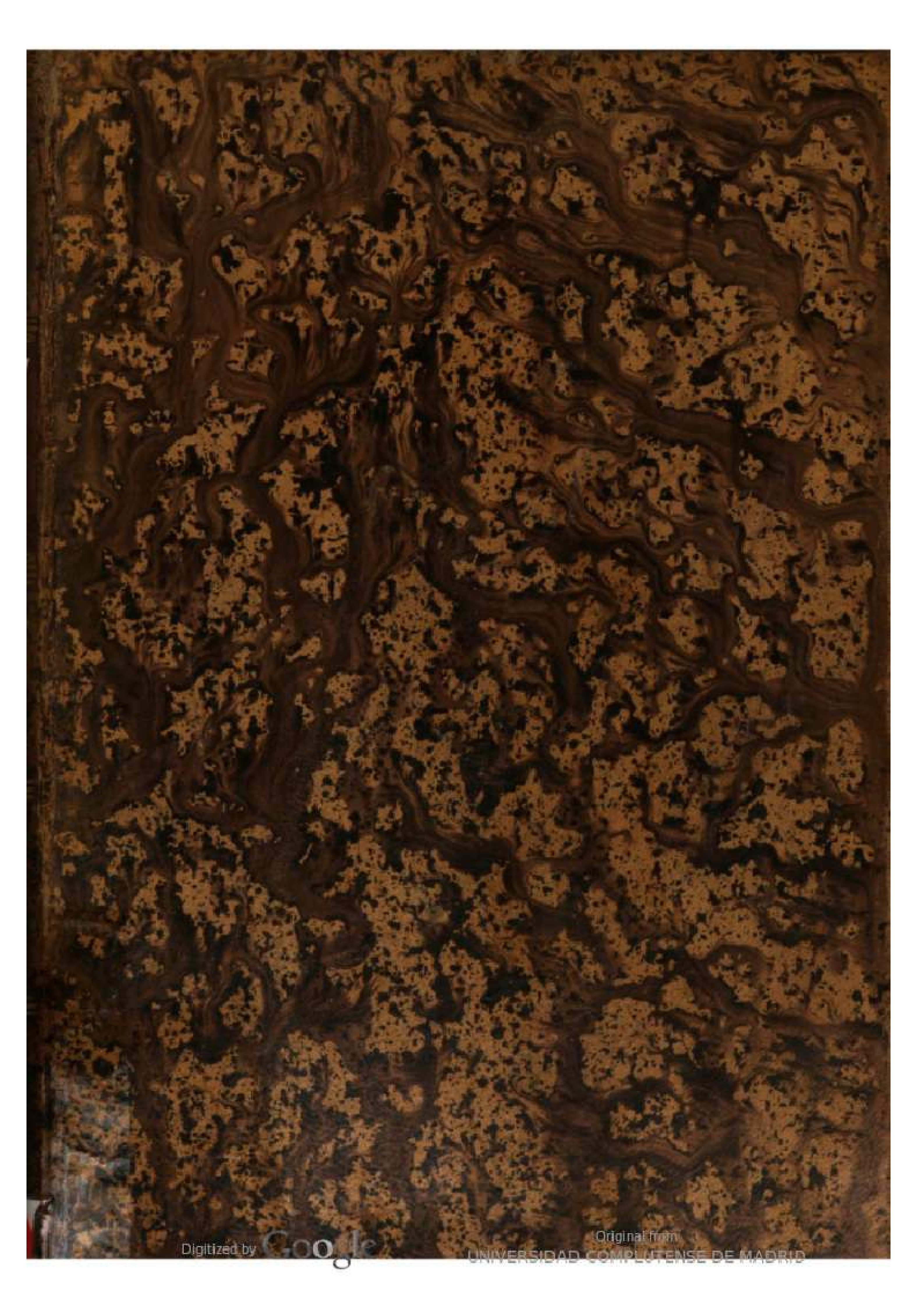
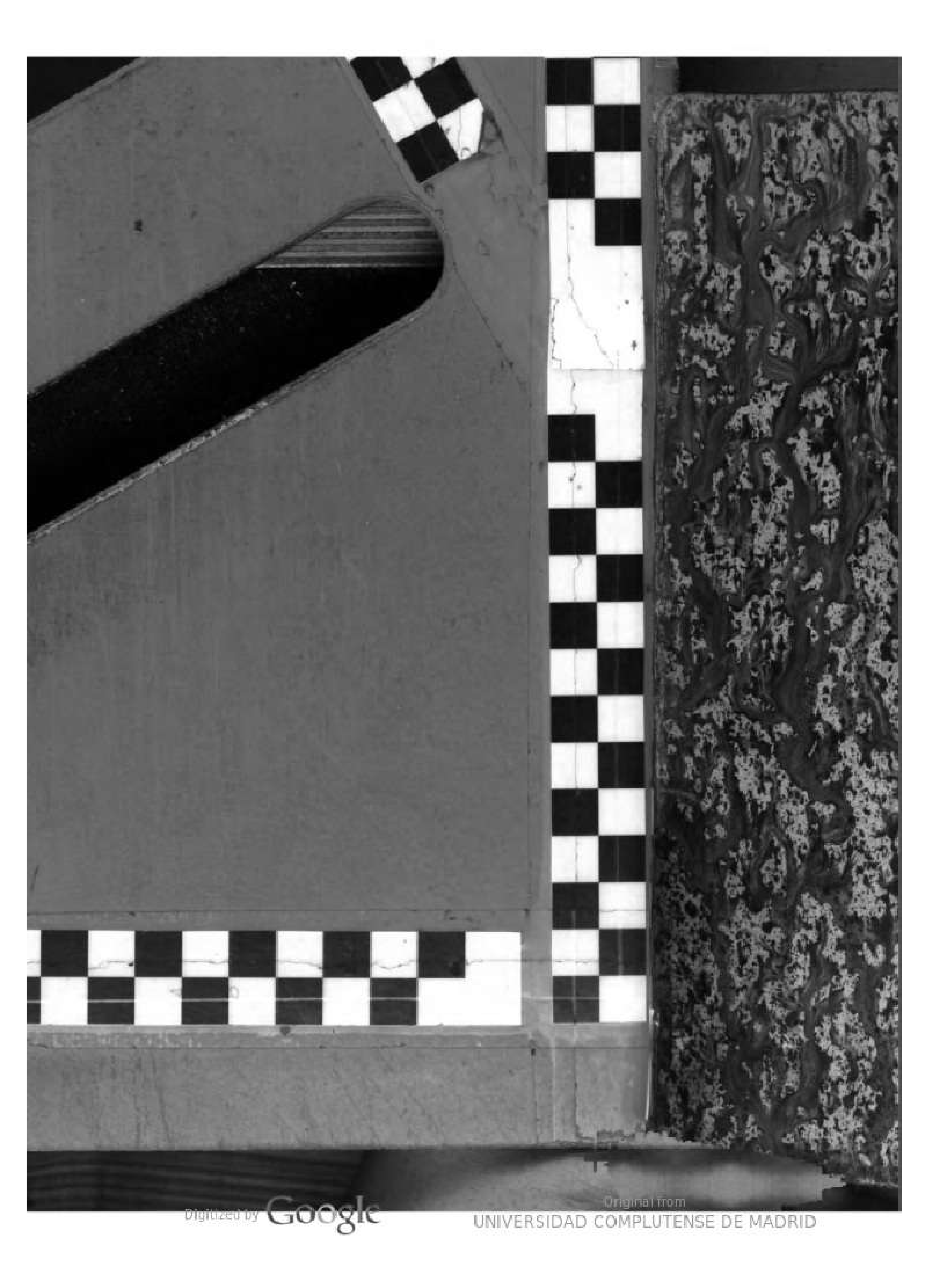
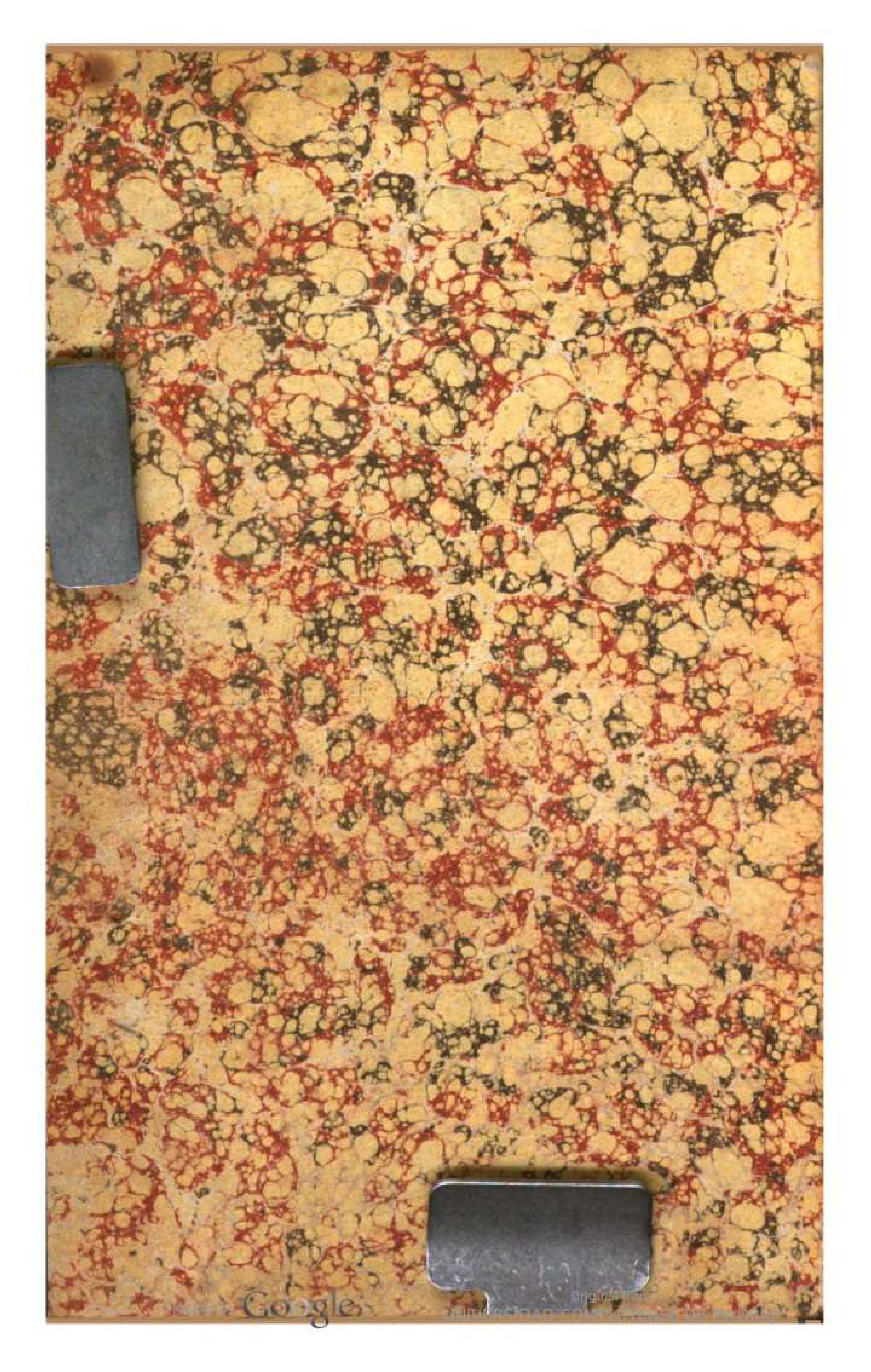
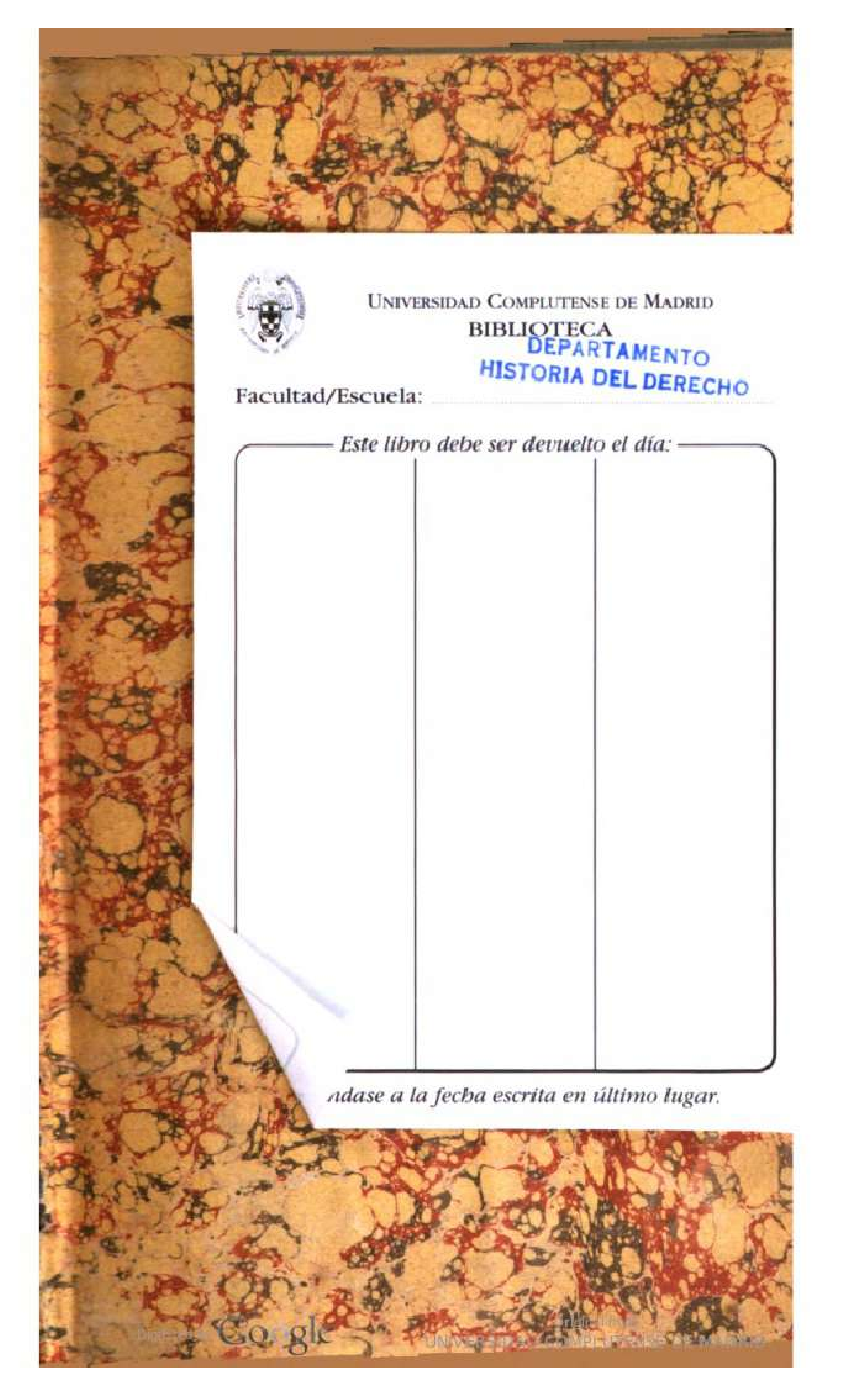



VII-2(b)
LAF his
3
SPAÑA.
DE
ISTORIA GENERAL
LAFUENTE.

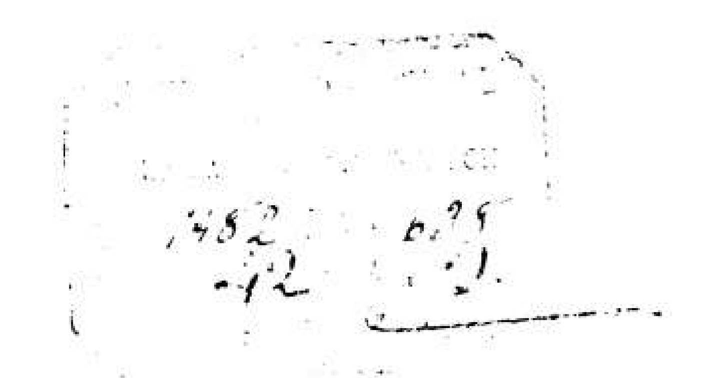



Digitized by Google




UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
BIBLIOTECA
DEPARTAMENTO
HISTORIA DEL DERECHO
Facultad/Escuela:
Este libro debe ser devuelto el día:
ndase a la fecha escrita en último lugar.

HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA.





HISTORIA GENERAL

DE ESPAÑA,

POR

DON MODESTO LAFUENTE,

SEGUNDA EDICION.

TOMO III.

MADRID: 1869.

IMPRENTA A CARGO DE D. DIONISIO CHAULIE,
calle del Almirante, núm. 7.




Digitized by Google

HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA.

PARTE SEGUNDA.

EDAD MEDIA.

LIBRO I.

CAPÍTULO I.

CONQUISTA DE ESPAÑA POR LOS ÁRABES.

De 711 á 713.

La Arabia.—Su clima.—Vida, costumbres, religion de los primitivos árabes.—Nacimiento, educacion y predicacion de Mahoma.—El Koran.—La Meca; Medina; la Hegira.—Contrariedades y progresos del islamismo.—Muerte de Mahoma.—Sus discípulos y sucesores.—Abubekr.—Conquistas de los musulmanes.—La Siria, la Persia, el Egipto, el Africa.—Guerras con los berberiscos: son estos vencidos y se hacen mahometanos.—Muza, gobernador de Africa.—Pasan los árabes y moros á España.—Sucesos que siguieron á la batalla de Guadalete.—Venida de Muza.—Desavenencias entre Muza y Tarik.—Se posesionan de toda la península.—Teodomiro y Abdelaziz.—Capitulacion de Orihuela.—Muza y Tarik son llamados por el califa á Damasco.—Castigo de Muza.—Conducta de los primeros conquistadores y carácter de la conquista.

¿De dónde procedian estos nuevos conquistadores que invadieron nuestra España, y por qué encade-

namiento de sucesos han venido esas gentes á plantar los pendones de una nueva religion en las cúpulas de los templos cristianos españoles? ¿Qué causa los movió á dejar los campos del Yemen, y quién fué ese hombre ó ese génio prodigioso á quien invocan por profeta,

Hay allá en el Asia una vasta península que circundan el mar Rojo y el Océano Indico, entre la Persia, la Etiopía, la Siria y el Egipto: país en que se reunen, más aun que en España, todos los climas; donde hay comarcas en que la lluvia del cielo está empapando los campos seis meses del año seguidos, y otras en que por años enteros suple á la falta de lluvia un ligerísimo rocío: heladas eminencias, y planicies abrasadas por un sol de fuego: vastísimos desiertos é inmensos arenales sin agua y sin vegetacion, donde se tiene por dichoso el viajero que al cabo de algunas jornadas encuentra una palma á cuya sombra se guarece de los ardientes rayos de aquel sol esterilizador; si ántes no ha perecido ahogado en un remolino de arena, ó caido en manos de alguna tribu de beduinos, únicos que de aquellos inmensurables yermos han podido hacer una patria movible; y tambien risueñas campiñas, fertilísimos valles, frondosos y amenos bosques, verdes y abundosos prados, regados por mil arroyos de cristalinas aguas, donde estuvo, dicen, el Eden, el paraiso terrenal criado por Dios para cuna del primer hombre. Este país tan diversa-

mente variado es la Arabia, que Tolomeo y los antiguos geógrafos dividieron en Desierta, Petrea y Feliz.

Preciábanse los árabes de descender de la tribu de Jectan, cuarto nieto de Sem, hijo de Noé, y tambien de Ismael, hijo de Abraham y de Agar, y de aquí los nombres de *Agarenos* y de *Ismaelitas*. Los habitantes del Yemen ó Arabia Feliz, y de una parte del desierto, ó labraban sus campos, ó comerciaban con las Indias Orientales, la Persia, la Siria y la Abisinia. Pero los más hacian una vida nómada, vagando en grupos de familias con sus rebaños y plantando sus movibles tiendas allí donde encontraban agua y pastos para sus ganados. Teniendo que ser á un tiempo pastores y guerreros, ejercitábanse y se adiestraban desde jóvenes en el manejo de las armas y del caballo para defender su riqueza pecuaria. Especie de campeones rústicos, los fuertes hacian profesion de defender á los débiles, y montados en caballos ligeros como el viento protegian las familias y sostenian su agreste libertad y ruda independencia contra toda clase de enemigos. Así resistieron á los más poderosos reyes de Babilonia y de Asiria, del Egipto y de la Persia. Vencidos una vez por Alejandro, pronto bajo sus sucesores recobraron su independencia antigua. Aunque los romanos estendieron sus dominios hasta las regiones septentrionales de la Arabia, nunca fué esta una provincia de Roma. Defendida la Arabia Feliz por los

abrasados arenales de la Desierta, cuando ejércitos estrangeros amenazaban su libertad como en tiempo de Augusto, aquellas tribus errantes aparejaban sus camellos, recogian sus tiendas, cegaban los pozos, se internaban en el desierto, y los invasores, hallándose sin agua y sin víveres, tenian que retroceder si no habian de sucumbir ahogados entre nubes de menuda y ardiente arena y sofocados por la sed sin poder dar alcance á aquellos ligeros y fugitivos hijos del desierto.

Así se defendió por miles de años esta nacion belicosa, protegida por los desiertos y los mares, y como aislada del resto del mundo. Pero divididas entre sí sus mismas tribus, no se libertaron de sostener sangrientas guerras intestinas, de que fué principal teatro la Arabia Central, y cuyas hazañas suministraron materia á multitud de poesías y cantos nacionales, á que tanto se presta el génio de Oriente.

En los tiempos de su ignorancia, como ellos los llamaban despues, aquellas tribus acampadas en las llanuras adoraban los astros que les servian de guia en el desierto. Cada tribu daba culto á una constelacion, y cada estrella y cada planeta era objeto de una veneracion particular. Mas desde los primeros tiempos del cristianismo la religion cristiana habia hecho tambien prosélitos en la Arabia. Cuando los hereges fueron desterrados del imperio de Oriente, refugiáronse muchos en aquella península, especialmente mono-

phisitas y nestorianos. Acogiéronse allí igualmente despues de la destruccion de Jerusalen muchos judíos, y el último rey de la raza homeirita se habia convertido al judaismo, lo cual le costó perder la corona y la vida en una batalla. Con esto y con distinguirse los árabes, en árabes primitivos, árabes de la pura raza de Jectan, y árabes mixtos ó descendientes de la posteridad de Ismael, hallábase el país dividido en una confusa multitud de sectas y de cultos, cuando nació Mahoma en la Meca, ciudad de un canton de la Arabia Feliz, hácia el año 670 de Jesucristo.

Pertenecia la Meca á la tribu de los Coraixitas, que se suponian descendientes en línea recta de Ismael, hijo de Abrahan. Gobernábanse por una especie de magistrados nombrados por ellos mismos, que eran al propio tiempo los sacerdotes y guardianes del templo de la Caabah, que decian construido por el mismo Abraham. A los dos años de su nacimiento quedó Mahoma huérfano de su padre Abdallah, el hombre más virtuoso de su tribu. A poco tiempo le siguió al sepulcro su esposa Amina, que dejó á Mahoma por toda herencia cinco camellos y una esclava etiopia. El huérfano fué confiado á una nodriza, hasta que le recogió su tio Abutaleb, que hizo con él veces de padre, y le dedicó al comercio, llevándole consigo á todos los mercados. Púsole despues en clase de mancebo en casa de Cádija, viuda de un opulento mercader, que prendada del ingenio, de la gracia, de la

elocuencia y del noble continente del jóven, le ofreció su fortuna y su mano. Tenia entonces Mahoma veinticinco años, y la que se hizo su esposa cuarenta, y á pesar de la diferencia de edad no quiso Mahoma, dicen los árabes, en todo el tiempo que vivió con ella usar de la ley que le permitia tener otras mugeres. Dueño ya de una inmensa fortuna, prosiguió algunos años dedicado á la vida mercantil, corriendo las ferias de Bostra, de Damasco, y de otros pueblos aun más lejanos, al frente de sus criados y sus camellos.

No era esta, sin embargo, la ocupacion á que Mahoma se sentia llamado. Otros y más elevados eran sus pensamientos. Por espacio de quince años, al regreso de cada viage, y despues de reposar en los brazos de Cádija, retirábase á una gruta del monte Ara á entregarse á sus silenciosas meditaciones. Allí fué donde se le apareció (al decir suyo) una noche el ángel Gabriel con un libro en la mano: «Mahoma, le dijo, tú eres el apóstol de Dios, y yo soy Gabriel.» Su libro estaba hecho: Mahoma comenzaba su mision: de allí salió proclamándose el *Profeta*, el *Enviado de Dios*. «*No hay mas Dios que Dios*, decia, y *Mahoma es su Profeta*.» Hé aquí su gran principio. Daba á su nueva religion el nombre de *islamismo, consagracion á Dios*. Proponíase acabar con la anarquía religiosa que reinaba en la Arabia, y principalmente con la idolatría, que habia llegado al mayor grado de des-

concierto. En solo el templo de la Caabah se adoraba á mas de trescientos ídolos, representados muchos de ellos en ridículas figuras de tigres, de perros, de culebras, de lagartos y de otros animales inmundos, á los cuales se sacrificaban hombres y niños, y bajo este concepto la religion de Mahoma que predicaba la unidad de Dios era un verdadero progreso.

Escaso fué no obstante el número de prosélitos que en los primeros años logró hacer Mahoma. Fueron estos su muger Cádija; Alí, á quien dió en matrimonio á Fátima su hija; Abubekr, con cuya hija se casó él cuando murió Cádija; Omar, Zaid y algunos otros. Cuando ya contó con adeptos entusiastas que le ayudaran en la obra de su mision, comenzó á hacer lectura pública de su libro *Koran*, ó *Al-Koran*, que significa la lectura. Mas aunque tenia ya su libro acabado, ni le leia ni le revelaba todo de una vez, sino por páginas sueltas y gradualmente segun las escribia y entregaba el ángel Gabriel, recitando en las plazas públicas con aire y voz de hombre inspirado los versos más maravillosos de su Coran, los más á propósito para herir las ardientes imaginaciones orientales, aquellos en que prometia á los buenos y justos la posesion de un paraiso de delicias, de una mansion de deleites, embalsamada de suavísimos aromas y perfumes, donde descansarian en los purísimos senos de hermosísimas huríes que los embriagarian de placer. Pero al paso que con tan seductora



doctrina halagaba la sensualidad de aquellas gentes y ganaba secuaces, escitaba más los celos de los Coraixitas, sacerdotes del templo de la Meca, que no podian consentir una predicacion que daba al traste con su influjo y sus riquezas. Conjuráronse contra tan peligroso innovador, y pusiéronse de acuerdo para asesinarle una noche. Fué avisado de ello Mahoma, y burló á los conspiradores fugándose con su discípulo y amigo Abubekr, con el cual llegó felizmente á *Yatreb*, llamada desde entonces *Medinath-at-Nabi*, ciudad del Profeta y despues por excelencia *Medina* (la ciudad). Esta huida memorable fué la que sirvió de cómputo para la cronología de los árabes. Llámanla *hegira*, que significa *huida* (1).

Tenia entonces Mahoma 54 años, y era el décimocuarto de su apostolado. Contaba en Medina con partidarios numerosos, y la antigua rivalidad entre Me-

(1) La hegira comienza en el primer dia de moharren, primer mes del año árabe, que corresponde al 16 de julio de 622 de J. C. Aunque la fuga de Mahoma se verificó el 8 de rabie, primera de este año, y su llegada á Medina fué el 16 del mismo mes, los árabes comenzaron á contar su era desde el primer dia del año en que tuvo lugar la huida, no del dia mismo en que se realizó. Para buscar la relacion entre los años árabes y los cristianos, hay que comparar los dos calendarios, comenzando á contar el primero de los árabes por el 16 de julio de 622 de Cristo, teniendo presente que el año arábigo no es solar como el cristiano, sino lunar de 354 dias, 8 horas y minutos, y que la diferencia de diez ú once dias en un año, viene á ser considerable á la vuelta de un siglo, puesto que 97 años solares equivalen casi á 100 lunares. Estas diferencias, no bien conocidas de nuestros antiguos cronistas, dieron ocasion á muchas equivocaciones cronológicas, que han ido desapareciendo desde que se fijaron con la posible exactitud las correspondencias. Hoy tenemos ya tablas bastante minuciosas y exactas.

La huida de Mahoma de la Meca su patria, es una buena confirmacion del proverbio del Evangelio: *Nemo es propheta in patria sua: Nadie es profeta en su patria*.

dina y la Meca favoreció los designios del gran reformador. Uniéronsele allí muchas familias principales, y los emires ó gefes de las más poderosas tribus. La espada de Dios vino luego en ayuda del Profeta, como decian sus sectarios, y en pocos años logró señalados triunfos contra sus perseguidores los Coraixitas, contra los incrédulos, los idólatras y los judíos. Fuerte y poderoso, púsose á la cabeza de sus fieles, que le siguieron entusiasmados, y acometió la Meca; rindió á los Coraixitas, se apoderó de la ciudad, abatió los ídolos del templo, le purificó y consagró al verdadero culto que él decia. Mahoma fué proclamado sobre la colina de Al-Safah primer gefe y soberano pontífice de los islamitas. Rendida la Meca, todas las tribus de la Arabia se agruparon en derredor de sus estandartes, todas las kabilas se fueron inclinando ante el Coran, y la Persia y la Siria se veian amenazadas del proselitismo. Volvió Mahoma á Medina, y entonces fué cuando dispuso la famosa peregrinacion á la Meca. Ochenta mil peregrinos le siguieron en aquella célebre expedicion: él ejecutó escrupulosamente todas las ceremonias del Coran: dió siete vueltas alrededor del templo de Caabah, besó el ángulo de la misteriosa piedra negra, inmoló sesenta y tres víctimas, tantas como eran los años de su edad, y se rasuró la cabeza: Khaled recogió sus cabellos, á los cuales atribuyó sus victorias posteriores. Hecho todo esto, regresó á Medina, y ya se disponia á llevar la guerra

santa á la Siria y la Persia, cuando le arrebató la muerte hallándose en la casa de su amada Aiesha (1).

¿Quién habia de sospechar entonces que la naciente religion de Mahoma habia de propagarse por la mitad del globo, y que habia de venir no tardando á

(1) Los árabes en su fanatismo religioso han llenado de relaciones maravillosas y hasta de anécdotas absurdas toda la vida de Mahoma. Segun ellos, á su nacimiento se derramó por el horizonte un resplandor inusitado: el lago de Sawa se secó de repente, y el fuego sagrado de los persas, conservado mil años hacia, se apagó por sí mismo. Cuando Abraham é Israel edificaron el templo de la Meca, un ángel les llevó un jacinto blanco, que con el tiempo se petrificó: un dia le tocó con su mano una muger adúltera, y la piedra mudó de color y se hizo negra. Tocóle á Mahoma enterrar en el templo esta piedra misteriosa, signo de la nueva religion que iba á fundar. Las apariciones del ángel Gabriel fueron frecuentes: él fué quien le enseñó á leer y escribir, el que le infundió la ciencia y le nombró apóstol de Dios, el que le inspiró el Coran. Un dia, durmiendo Mahoma en el monte Merva, el ángel Gabriel le despertó con un soplo. A su lado estaba el cuadrúpedo gris Elborak, cuyo galope era más vivo que el relámpago. El ángel echó a volar, y Mahoma le siguió en la famosa yegua. Llegaron á Jerusalen, donde Mahoma halló á Abraham, á Moisés y á Jesús; los saludó, los llamó sus hermanos, y oró con ellos. Desde allí se remontaron ambos viageros á los cielos: setenta mil ángeles estaban entonando alabanzas á Dios, el cual ordenó á Mahoma las oraciones que habia de hacer cada dia; de cincuenta que le prescribió diarias, fué rebajando á ruegos de Mahoma hasta cinco, que son las que manda el Coran. Despues de haber recibido las órdenes de Dios, volvió Mahoma á montar en su veloz yegua Elborak, y regresó á la tierra. Por este órden se contaban de él mil ridículas visiones y maravillas.

A pesar del entusiasmo que el impostor supo inspirar á sus adeptos, hubo ocasiones en que sus escándalos estuvieron á punto de hacerle perder toda su autoridad. La ley de su mismo Coran no permitia á los musulmanes tener más de cuatro mugeres. Mahoma, luego que murió su primera esposa Cádija, pasando por encima de su propia ley, tuvo doce á un tiempo, y se jactaba de ello. Hizo más, llevó á su lecho á Zainab, estando casada con Zaid, lo cual produjo entre los árabes gravísimo escándalo. «Dios (decia) ha dado á los hombres dos cosas buenas, los perfumes y las mugeres.» A pesar de todo, tuvo astucia y maña para acallar todas las murmuraciones, y logró que la misma Zainab fuese reconocida y saludada por muger legítima del Profeta. La mayor prueba del ascendiente y prestigio que Mahoma alcanzó sobre los árabes, fué haber conseguido hacerlos renunciar al uso del vino.

Cuando examinemos el Coran, juzgaremos del mérito de Mahoma como legislador, y como reformador religioso.

aclimatarse en la España cristiana por espacio de ocho siglos? Veamos como se verificó tan grande é impensado suceso.

Muerto Mahoma sin sucesion, fué nombrado gefe de los creyentes su discípulo Abubekr, el cual levantó el pendon de la guerra en Medina, dispuesto á propagar con las armas la fé del Profeta por todas las naciones. Los moradores de las ciudades y los pastores de las praderas del Yemen y del Hejiaz, todos acudieron entusiasmados, y vióse en poco tiempo la ciudad de Medina inundada de una muchedumbre inmensa de voluntarios, desarmados, descalzos y medio desnudos, de flacos y denegridos rostros, pero llenos de fé y de entusiasmo, pidiendo lanzas y cimitarras con que seguir al Califa [1] y ayudarle en su santa empresa. Abubekr convirtió aquel entusiasmo en un verdadero vértigo ó frenesí, prometiendo á aquellos hombres la posesion del paraiso en premio de la muerte que recibieran en el campo de batalla peleando por la santa causa de Dios y del Profeta. «Habitaréis, les dijo, oh creyentes, anchos y fresquísimos verjeles, plantados en un suelo de plata y perlas, y variados con colinas de ámbar y esmeralda. El trono del Altísimo cobija aquella mansion de delicias, en la cual sereis amigos de los ángeles y conversaréis con el Prefeta mismo. El aire que allí se

(1) Vicario.



«respira es una especie de bálsamo formado con el «aroma del arrayan, del jazmin y del azahar, y con «la esencia de otras flores. Frutas blancas y de jugo «delicioso penden de los árboles, cuyas hojas y ramas «son una labor de menuda filigrana. Las aguas mur«muran entre márgenes de metal bruñido..... Allí está «la *tuba*, ó el árbol de la felicidad, que plantado en «los jardines del Profeta, estiende una de sus ramas «hácia la mansion de cada musulman, cargado de sa«brosas frutas que vienen á tocar los lábios de los que «las apetecen. Cada uno de los creyentes será dueño «de alcázares de oro, y poseerá en ellos tiernas don«cellas de ojos negros y rasgados y tez alabastrina: «sus miradas más agradables que el iris, no se fija«rán sino en vosotros: aquellas huríes nunca se mar«chitaran, y serán tales sus encantos, tan aromático «su aliento y tan dulce el fuego de sus lábios, que si «Dios permitiera que apareciese la menos hermosa en «la region de las estrellas durante la noche, su res«plandor, más agradable que el de la aurora, inunda«ria al mundo entero. El menor de los creyentes ten«drá una morada aparte, con setenta y dos mugeres «y ochenta mil servidores..... Su oido será regalado «con el canto de Israfil, que entre todas las criaturas «de Dios es el que tiene la voz más dulce: y campa«nas de plata pendientes de los árboles, movidas por «la suave brisa que saldrá del trono de Allah, ento«narán con una melodía divina las alabanzas del Se-

«ñor. La cimitarra es la llave del paraiso: una noche «de centinela es mas provechosa que la oracion de dos «meses; el que perezca en el campo de batalla será «elevado al cielo en alas de los ángeles; la sangre que «derramen sus venas se convertirá en púrpura, y el «olor que exhalen sus heridas se difundirá como el «del almizcle. Pero ¡ay del incrédulo que vacile, que «no abrigue en su pecho la verdadera fé, y que des«maye por miedo á los peligros y á las fatigas! No «hay palabras para deciros los martirios que sufrirá «por los siglos de los siglos en las hogueras del in«fierno. Marchad á proclamar por el mundo: *No hay «Dios sino Dios, y Mahoma es su profeta* (1).»

¿Cómo con tan vivas y halagüeñas imágenes no habian de foguearse los ánimos ya exaltados de aquellos hijos del desierto y las vivas imaginaciones de aquellos fanáticos, ya de por sí propensas á dejarse arrastrar de lo maravilloso? ¿Qué no acometerian aquellos pobres y desnudos soldados de la fé á trueque de ganar el paraiso? ¿Qué peligros no arrostrarian, qué brechas no asaltarian, qué temor podria infundirles la muerte, cuando en pos de ella les esperaba una mansion de tantas delicias, una embriaguez de bienaventuranza?

Despues de esto el califa dió el mando general de

(1) En el Coran se hallan estas y otras descripciones de las bellezas y encantos del paraiso, tan propias para halagar el sensualismo oriental, especialmente en las *suras* ó capitulos 18, 25, 28, 38 y 56.

las tropas que habian de ir á conquistar la Siria á Yezid ben Abi Sofian: hizo una corta oracion á Dios para que auxiliase á los suyos, y dirigiéndose á Yezid, escuchando todos con el mas profundo silencio: «Yezid, le dijo en alta y sonora voz, á tus cuidados «confio la ejecucion de esta santa guerra: á tí te en«comiendo el mando y direccion de nuestro ejército: «ni le tiranices ni le trates con dureza ni altivez: mi«ra que todos son musulmanes: no olvides que te «acompañan caudillos prudentes y bravos; consúlta«les cuando se ofrezca; no presumas demasiado de tù «opinion, aprovecha sus consejos, y cuida de obrar «siempre sin precipitacion, sin temeridad, con re«flexion y prudencia; sé justo con todos, porque el «que no ama la equidad y la justicia, no prosperará.»

En seguida, dirigiéndose á las tropas, les habló de esta suerte: «Cuando encontreis á vuestros enemi«migos en las batallas, portáos como buenos musul«manes, y mostráos dignos descendientes de Ismael: «en el órden y disposicion de los ejércitos y en las li«des, seguid vuestros estandartes, seguid á vuestros «gefes y obedecedles. Jamás cedais ni volvais la es«palda al enemigo; acordaos que combatís por la «causa de Dios; no os muevan otros viles deseos; así «no temais jamás arrojaros á la pelea, y no os asuste «el número de vuestros adversarios. Si Dios os dá la «victoria, no abuseis de ella, ni tiñais vuestras espa«das con la sangre de los rendidos, de los niños, de

«las mugeres y de los débiles ancianos. En las invasiones y correrías por tierras enemigas, no destruyais los árboles, ni corteis las palmeras, ni abatais «los verjeles, ni asoleis sus campos ni sus casas; tomad de ellos y de sus ganados lo que os haga falta. «No destruyais nada sin necesidad, ocupad las ciudades y las fortalezas, y arrasad aquellas que puedan «servir de asilo á vuestros enemigos. Tratad con piedad á los abatidos y humildes; Dios usará de la misma misericordia para con vosotros. Oprimid á los soberbios, á los rebeldes, y á los que sean traidores á «vuestras condiciones y convenios. No empleéis ni doblez ni falsía en vuestros tratos con los enemigos, y «sed siempre para con ellos fieles, leales y nobles; «cumplid religiosamente vuestras palabras y vuestras «promesas. No turbeis el reposo de los monjes y solitarios, y no destruyais sus moradas; pero tratad con «un rigor á muerte á los enemigos que con las armas «en la mano resistan á las condiciones que nosotros «les impongamos [1].»

Despues de estas arengas, en que se revela el genio muslímico, y el caracter á la vez pontifical, militar y político de los califas, que desde la Meca y Medina dirigian las conquistas y los ejércitos, ordenó

(1) Conde, Historia de la Dominacion de los árabes en España, part. I., cap. 3. A ser ciertas estas arengas, probarian verdaderamente una ilustracion y un espíritu de humanidad y de templanza, que seria de desear en muchos caudillos militares de los pueblos civilizados y de los siglos modernos. Por lo menos descubren no poca política de parte de aquellos conquistadores.



Abubekr que la mitad de sus tropas marchase á la Siria, y la otra mitad al mando de Khaled ben Walid hácia los confines de la Persia. ¿Quién será capaz de detener estos torrentes, que se creen impulsados por la mano de Dios, ni qué imperio podrá resistir al soplo del huracan del desierto? Las ciudades de la Siria se rinden á la impetuosidad de los ejércitos musulmanes: Bostra, Tadmor, Damasco, dan entrada á los sectarios y á los estandartes del Profeta. Si alguno recibe la muerte, su gefe le señala el camino del paraiso, y una sonrisa de anticipada felicidad acompaña su último suspiro. Khaled, el más intrépido de los ginetes árabes, llamado *la Espada de Dios*, lleva delante de sí el terror, y no encuentra quien resista el impulso de su brazo. La Persia sucumbe á la energía religiosa de los hijos de Ismael. Abubekr muere, y le sucede Omar. Bajo Omar el torrente se dirige hácia el Egipto; la enseña muslímica tremola en los muros de Alejandría y de Menfis; los árabes del desierto reposan á la sombra de las pirámides. Pero estos soldados misioneros no pueden detenerse: un soplo que parece venir de Dios los empuja, los hace arrastrar tras sí á sus gefes mas bien que ser regidos por ellos: el verdadero gefe que los manda es el fanatismo; es Dios, dicen ellos, el que da impulso á nuestros brazos, y el que afila el córte de nuestras espadas; es el Profeta el que nos lleva por la mano á la victoria; si morimos, gozaremos mas pronto de Dios y del

paraiso, hablaremos con el Profeta, y nos acariciarán las huríes que no envejecen nunca. ¿Quién puede vencer á un ejército que pelea con esta fé?

Del Egipto el torrente se desborda de nuevo. ¿Qué dique podrá oponerle el Africa, devastada por los vándalos, sometida por Belisario, y arruinada y empobrecida por la tiranía de los emperadores griegos? Desde las llanuras de Egipto hasta Ceuta y Tánger, desde el Nilo hasta el Atlántico, habia una línea de poblaciones, poderosas y florecientes en otro tiempo, yermas y pobres ahora. Berenice, la ciudad de las Hespérides; Cirene, la antigua rival de Cartago; Cartago, la ciudad de Anibal y de Escipion; Utica é Hipona, las ciudades de Caton y de San Agustin; todas las poblaciones de las dos Mauritanias, teatro sucesivo de las conquistas de los cartagineses, de los romanos, de los vándalos, de los godos y de los griegos, se someten á las armas de ese pueblo nuevo, poco antes ó desconocido ó despreciado. Solo los moros agrestes, aquellas hordas salvages que, ó bien apacentaban ganados en las llanuras siendo el azote de los aduares agrícolas, ó bien vivian entre sierras y breñas disputando sus pieles á las fieras de los bosques, fueron los que opusieron á los árabes invasores una resistencia ruda y porfiada. Pero la política, la astucia y la perseverancia de los agarenos triunfaron al fin de todos los esfuerzos de los berberiscos. En medio del desierto y á unas treinta leguas de Cartago



fundaron la ciudad de Cairwan, que unos suponen poblada por Okbah y otros por Merwam. El intrépido caudillo Okbah, despues de haber penetrado por el desierto en que se levantaron más adelante Fez y Marruecos, cuéntase que detenido por la barrera del Océano, hizo entrar su caballo hasta el pecho en las aguas del mar, y esclamó: «¡Allah! ¡Oh Dios! Si la profundidad de estos mares no me contuviese, yo iria hasta el fin del mundo á predicar la unidad de tu santo nombre y las sagradas doctrinas del Islam!»

A principios del octavo siglo fué encargado Muza ben Nosseir, el futuro conquistador de España, de la reduccion completa de Al-Magreb, ó tierra de Occidente, que así llamaban entonces los árabes al Africa entera por su posicion relativamente á la Arabia. Muza llenó cumplidamente su mision, y el undécimo califa de Damasco, Al Walid, le dió el título de walí con el gobierno supremo de toda el Africa Septentrional (1). Muza logró con la persuasion y la dulzura mitigar la ruda fiereza de los moros; y las tribus mazamudas, zanhegas, ketamas, howaras y otras de las

(1) Los califas sucesores de Mahoma hasta la conquista de España fueron, Abubekr, Oman, Othman y Ali, que residieron en la Meca y Medina desde 632 hasta 660. Hácia el fin del reinado de Ali, Moaviah ben Abi Sofian, de la casa de Ommiyah, walí de Siria, con pretesto de vengar la muerte de Othman, le disputó el poder, y se siguió una guerra civil. A la muerte de Ali le sucedió su hijo Hassan en el Hejiaz, pero Moaviah tomó el título de califa de Damasco, y fué el origen de los *Ommiadas* que despues habian de fundar un imperio en España. Siguiéronle Yezid I., Moaviah II., Merwan, Abdelmelek y Walid, sexto de los Ommiadas, en cuyo califato fué conquistada España.

mas antiguas y poderosas de aquellas comarcas, fueron convirtiéndose al islamismo y abrazando la ley del Coran. Llegaron los árabes á persuadirlos de la identidad de su orígen, y los moros se hicieron musulmanes como sus conquistadores, llegando á formar como un solo pueblo bajo el nombre comun de sarracenos (1).

En tal estado se hallaban las cosas en Africa en 711, cuando ocurrieron en España los sucesos que en el capítulo octavo de nuestro libro IV. dejamos referidos. Estaba demasiado inmediata la tempestad y soplaba el huracan demasiado cerca, para que pudiera libertarse de sufrir su azote nuestra península. Los desmanes de Rodrigo, las discordias de los hispanogodos, y la traicion de Julian, fueron sobrados incentivos para que Muza, gefe de un pueblo belicoso, ardiente, victorioso, lleno de entusiasmo y de fé, resolviera la conquista de España. De aquí la expedicion de Tarik, y la tristemente famosa batalla de Guadalete que conocemos ya, y en la cual suspendimos nuestra narracion, para dar mejor á conocer el pueblo que concluia y el pueblo que venia á reemplazarle.

La fama del vencedor de Guadalete corria por Africa de boca en boca. Picóle á Muza la envidia de las

(1) Derivan algunos el nombre de *sarracenos* de *Sara*, una de las mugeres de Abraham, lo cual se opone á la genealogía que se dan ellos mismos. Otros de *Sharac*, que significa oriental, que puede ser mas probable, y otros tambien de *Sahara*, gran desierto, que no deja de ser verosimil.

glorias de su lugarteniente, y temiendo que acabára de eclipsar la suya, resolvió él mismo pasar á España. Por eso al comunicar al califa el triunfo del Guadalete calló el nombre del vencedor, como si quisiera atribuirse á sí mismo el mérito de tan venturosa jornada, y dió órden á Tarik para que suspendiera todo movimiento hasta que llegára él con refuerzos, á fin de que no se malográra lo que hasta entonces se habia ganado. Comprendió el sagaz moro toda la significacion de tan intempestivo mandato, mas no queriendo aparecer desobediente reunió consejo de oficiales, y les informó de la órden del walí, manifestando que se someteria á la deliberacion que el consejo adoptase. Todos unánimemente opinaron por proseguir y acelerar la conquista, aprovechando el terror que se habia apoderado de los godos, y no dando lugar á que pudieran reponerse de la sorpresa, y Tarik aparentó ceder á una deliberacion que ya esperaba y que él mismo habia buscado. Ordenó, pues, sus haces para la campaña; hizo alarde de sus huestes; nombró caudillos, otorgó premios, y arengó á sus soldados, recomendándoles, segun costumbre de los musulmanes, que no ofendiesen á los pueblos y vecinos pacíficos y desarmados, que respetáran los ritos y costumbres de los vencidos, y que solo hostilizasen á los enemigos armados (1).

(1) Conde, Dominacion, etc., part. I., cap. 11.—Ahmed Almakari, lib. IV., cap. 1.—Al Katib, y Ben Hazil, en Casiri, tom. II.



Con esto dividió su ejército en tres cuerpos: el primero bajo la direccion de Mugueiz el *Rumi* fué enviado á Córdoba; el segundo al mando de Zaide ben Kesadi recibió órden de marchar á Málaga; y el tercero guiado por él mismo partió al interior del reino por Jaen á Tolaitola, que así llamaban ellos la ciudad de Toledo.

Muza por su parte, resuelto á venir á España, organizó sus tropas, en número de diez mil caballos y ocho mil infantes, arregló las cosas de Africa, dejó en ella de gobernador á su hijo Abdelaziz, y trayendo consigo á otros dos hijos menores, Abdelola y Meruan, con algunos jóvenes coraixitas, y varios árabes ilustres, pasó el estrecho y desembarcó en Algeciras en la luna de Regeb del año 93 (712). Allí supo con indignacion y despecho que Tarik, desobedeciendo sus órdenes, proseguia la conquista. Desde entonces concibió el proyecto de perderle tan pronto como hallase oportuna ocasion.

Entretanto la primera hueste de Tarik al mando de Zaide tomó á Ecija, no sin resistencia; le impuso un tributo, encomendó la guarnicion de la plaza á los judíos, dejando tambien algunos árabes; se posesionó después, sin dificultad, de Málaga y Elvira, armó tambien á los judíos, procuró inspirar confianza á los pueblos, y marchó á incorporarse en Jaen con la division de Tarik. El segundo cuerpo regido por Mugueiz *el Rumi* (el romano), acampó delante de Córdoba, é

intimó la rendicion bajo condiciones no muy duras. Los godos que defendian la ciudad negáronse á admitirlas. Entonces informado Mugueiz por un pastor de la poca gente de armas que la ciudad encerraba, y tambien de que el muro tenia un punto de fácil acceso por la parte del rio, dispuso en una noche tempestuosa y de lluvia pasar el rio á la cabeza de mil ginetes que llevaban á la grupa otros tantos peones. El pastor que les servia de guia los condujo sin ser sentidos al lugar flaco de la muralla. Las ramas de una enorme higuera que al pié de ella crecia sirvieron á un árabe para escalarla, y el turbante desplegado de Mugueiz sirvió á otros para subir á lo alto del muro. Cuando ya hubo sobre el adarve el número suficiente, degollaron los centinelas, abrieron la puerta inmediata, y entraron todos los sarracenos en la ciudad derramando en ella el terror con sus gritos y alaridos. El gobernador y unos cuatrocientos hombres se refugiaron en un templo bastante fortificado, donde se defendieron por algunos dias obstinadamente, hasta que Mugueiz mandó aplicarle fuego, y perecieron todos, quedándole al templo el nombre de *iglesia de la Hoguera*. Dueño *el Rumi* de la plaza, tomó rehenes á su arbitrio, confió una parte de su guarnicion á los israelitas, dejó el gobierno de la ciudad á los más principales de ella, y partió con su ejército á correr la comarca, llenando de asombro el país con su maravillosa actividad y rápidos movimientos.

Mientras Mugueiz se enseñoreaba de Córdoba, los dos ejércitos reunidos de Tarik y Zaide avanzaban hácia Toledo. Pronto estuvieron delante de la córte de los visigodos, porque la noticia del suceso de Guadalete, la fama del valor y ligereza de la caballería árabe, y hasta la vista de los turbantes muslímicos, todo habia difundido el pavor en las poblaciones, los nobles y el clero huian despavoridos, las reliquias de los soldados godos andaban dispersas, y las familias abandonaban sus hogares á la aproximacion de los invasores. Lo mismo habia sucedido en Toledo. Aunque la posicion de la ciudad la hacia á propósito para la defensa, fuese terror, flaqueza, falta de provisiones, escasez de guarnicion ó todo junto, los toledanos pidieron capitulacion. Tarik recibió á los parlamentarios con firmeza y bondad, y concertóse la rendicion, á condicion de entregar todas las armas y caballos que hubiese en la ciudad, que los que quisiesen abandonarla podrian hacerlo dejando todos sus bienes, que los que quedáran serian respetados en sus personas é intereses, sujetos solo á un moderado tributo, con el libre ejercicio y goce de su religion y de sus templos, mas sin poder edificar otros nuevos sin permiso del gobierno, ni hacer procesiones públicas, y por último que se regirian por sus propias leyes y jueces, pero que no impedirian ni castigarian á los que quisiesen hacerse musulmanes. Con estas condiciones se abrió á Tarik la ciudad de Toledo; eran

casi las mismas que imponian á todas las ciudades.

El caudillo moro se hospedó en el suntuoso palacio de los monarcas visigodos, donde halló, dicen, muchos tesoros y preciosidades, entre ellos veinte y cinco coronas de oro guarnecidas de jacintos y otras piedras preciosas y raras, porque veinte y cinco, dicen estos autores, eran los reyes godos que habia habido en España, y era costumbre que cada uno á su muerte dejára depositada una corona en que escribia su nombre, su edad y los años que habia reinado (1). Veamos lo que hacia entretanto Muza.

Determinado Muza á continuar la conquista de España por las partes en que no hubiera estado Tarik, tomó guias fieles (que dicen las historias arábigas que nunca le engañaron), y recorrió el condado de Niebla apoderándose de varias ciudades, y mientras algunos cuerpos de caballería berberisca discurrian por las vecinas comarcas, detúvose él delante de Sevilla, cuya ciudad capituló despues de un mes de resistencia. Muza entró en ella triunfante, tomó rehenes, y encomendando la custodia de la ciudad al caudillo Isa ben Abdila, pasó á Lusitania, donde tampoco halló resistencia de consideracion, y vino á acampar delante de Mérida. A la vista de esta ciudad dicen los historia-

(1) Isidor. Pacens., Chron.—Roder Tolet., De Reb. Hisp.—Conde, cap. 12.—Al Makari. lib. IV.—En cuanto á haberse hallado en el palacio de Toledo algunas coronas, pudo muy bien suceder; pero no es tan verosimil que fuesen veinte y cinco, puesto que desde Leovigildo, primer rey godo de quien se sabe que usára corona, hasta Rodrigo, apenas pueden contarse diez y siete reyes.

dores árabes que se sorprendió el viejo musulman de su grandiosidad y magnificencia y esclamó: «¡Dichoso el que pudiera hacerse dueño de tan soberbia ciudad!» Desde luego reconoció Muza la dificultad de reducirla, y confirmóle en ello la altiva respuesta que recibió á su primera intimacion. Tanto que desesperanzado de rendirla con las fuerzas que acaudillaba, mandó á su hijo Abdelaziz que de Africa viniese en su ayuda con cuanta gente de armas allegar pudiera. Cada dia se empeñaba un combate entre sitiadores y sitiados: los mejores oficiales árabes iban pereciendo: Muza discurrió lograr por medio de un ardid lo que por la fuerza veia serle imposible. Escondió de noche gran parte de su gente en una caverna. A la alborada de la mañana siguiente presentóse Muza como de costumbre á atacar la ciudad; los cristianos salieron á rechazarlo; los árabes fingieron retirarse dejándose perseguir hasta la celada, y creyendo los cristianos aquella huida obra de su bravura y esfuerzo, llegaron hasta más allá de la gruta, salieron entonces los emboscados, y se trabó una reñida y brava pelea que duró muchas horas; acometidos los cristianos de frente y de espalda, despues de pelear valerosamente y vender caras sus vidas, fueron la mayor parte degollados. Pronto vengaron el ultrage, pues á pocos dias, habiéndose apoderado los árabes de una de las torres de la ciudad, asaltáronla los españoles tan denodadamente, que ni uno solo de los musulmanes que la

defendian quedó vivo. Llamaron desde entonces los árabes á aquella torre la *torre de los Mártires*.

Pero hé aquí que á este tiempo llega el jóven Abdelaziz de Africa con siete mil caballos y cinco mil ballesteros berberíes. Viendo los meridanos acrecentado el campo de los árabes con tan poderoso refuerzo, escasos ya de guarnicion y de provisiones, determinaron pedir capitulacion. El viejo walí recibió á los mensageros en su tienda, y acordó con ellos las bases del convenio. Muza acostumbraba á teñir su blanca barba, lo que dió ocasion á que en el segundo recibimiento que hizo al siguiente dia á los diputados de Mérida, se sorprendieran estos de hallarle como rejuvenecido. Duras fueron las condiciones que les impuso Muza: la entrega de todas las armas y caballos, de los bienes de los que se habian huido, de los que se retirasen de la ciudad, de los muertos en la celada, las alhajas y riquezas de los templos, la mitad de las iglesias para convertirlas en mezquitas, y por rehenes las más ilustres familias que se habian refugiado allí después de la batalla de Jerez, entre las cuales se hallaba la reina Egilona, viuda de Rodrigo. Muza hizo su entrada triunfal en Mérida el 11 de julio de 712, el dia de Alfitra, ó de la Pascua que termina el Ramadan [1].

Tarik desde Toledo hizo una escursion por los

(1) Conde, cap. 13.—Lucas Tud., Chron.

pueblos de lo que hoy forma el territorio de las dos Castillas, de donde, noticioso de que Muza se encaminaba desde Mérida á la antigua córte de los godos, regresó á Toledo cargado de ricos despojos, entre ellos la célebre y preciosa mesa llamada de Salomon, guarnecida de jacintos y esmeraldas (1). Desde allí salió á recibirle á Talavera (Medina Talbera); y conociendo las desfavorables disposiciones que para con él traeria, llevó consigo algunas preciosas joyas que ofrecer á Muza, con las cuales esperaba templar su enojo. Tan luego como el vencedor de Guadalete vió al anciano walí, apeóse respetuosamente de su caballo. La entrevista fué fria y severa.—«¿Por qué no has obedecido mis órdenes? le preguntó Muza con altivez.—Porque así lo acordó el consejo de guerra, le respondió Tarik, á fin de no dar tiempo á los enemigos para reponerse de su primera derrota, y porque así creí servir mejor la causa del Islam.» Y presentóle las alhajas que llevaba, y que el codicioso Muza aceptó. Pasaron luego juntos á Toledo. Allí en presencia de todos los caudillos preguntó Muza á Tarik dónde estaba la preciosa mesa verde de *Suleiman*. Presentósela el africano, pero falta de un pié, que de intento le habia hecho quitar, ya veremos con que singular

(1) Don Rodrigo de Toledo se estiende en muchos pormenores acerca de esta famosa mesa: supónese que fué hallada en Medinaceli, aunque no todos convienen en ello; otros creen que fué en la antigua Complutum: Dunhan lo califica de cuento árabe; el historiador inglés propende á hacer casi siempre la misma calificacion de todo suceso que tenga algo de estraño ó de dramático.

prevision, diciendo no obstante que en tal estado habia sido hallada. El término de estas conferencias fué la destitucion de Tarik en nombre del Califa, nombrando en su lugar á Mugueiz el Rumi, el cual tuvo la generosa valentía de constituirse en defensor del exonerado caudillo, pero sin poder evitar el que fuese reducido á prision. Estas reyertas de los dos gefes dejaron hondas huellas de division entre las dos razas de árabes y africanos, como en el discurso de la historia habremos de ver.

En este tiempo, el jóven Abdelaziz, que de órden de su padre habia ido á Sevilla á sosegar un motin popular que contra la guarnicion musulmana habia estallado, pacificado que hubo la ciudad, salió hácia la costa del Mediterráneo, defendida por el cristiano Teodomiro (llamado por los árabes Tadmir), el mismo que habia intentado rechazar la primera invasion de los árabes, y que despues habia hecho proezas en la batalla de Guadalete. Retirado allí con las reliquias del destrozado ejército godo, habia sido proclamado rey de aquella tierra. Llevaba Abdelaziz á sus órdenes varios jóvenes entusiastas de las más nobles familias árabes, entre ellos Otman, Edris y Abulcacin. Noticioso Teodomiro de la aproximacion de Abdelaziz, apostóse con su gente en los desfiladeros de Cazlona y Segura, con ánimo de hostilizar al enemigo desde aquellas asperezas, sin esponer sus mal pertrechados soldados al rudo empuje de los lanceros

árabes. Pero Abdelaziz combinó tan diestramente sus movimientos, que obligó á los españoles á replegarse á la provincia de Murcia. Persiguiéronlos los escuadrones musulmanes hasta las áridas campiñas de Lorca, donde los lancearon y acuchillaron. Teodomiro se encerró con muy pocos en Orihuela, á cuyas puertas se presentó en seguida Abdelaziz. Grande fué la sorpresa de este al ver las murallas coronadas de muchedumbre de guerreros. Preparábase no obstante á dar el asalto, cuando vió salir de la ciudad un gallardo mancebo, que dirigiéndose á él, solicitaba hablarle en nombre del caudillo godo. El árabe le admite en su tienda, y escucha con la mayor cortesanía las proposiciones de paz del caballero cristiano, y en esta célebre entrevista se ajusta un convenio que original nos ha conservado la historia, y que es uno de los documentos más curiosos de esta época. Hé aquí su contexto.

«En el nombre de Dios, clemente y misericor- «dioso: rescripto de Abdelaziz, hijo de Muza para «*Tadmir ben Gobdos* (Teodomiro hijo de los Godos): «séale otorgada la paz, y sea para él una estipulacion «y un pacto de Dios y de su Profeta, á saber: que no «se le hará guerra ni á él ni á los suyos: que no se le «desposeerá ni alejará de su reino: que los fieles (así se «nombraban á sí mismos los árabes), no matarán, ni «cautivarán, ni separarán de los cristianos sus hijos «ni sus mugeres, ni les harán violencia en lo que toca «á su ley (su religion); que no serán incendiados sus

«templos; sin otras obligaciones de su parte que las «aquí estipuladas. Entiéndase que Teodomiro exercerá «pacíficamente su poder en las siete ciudades siguien«tes: Auriola (Orihuela). Balentila (Valencia). Lecant «(Alicante), Mula, Biscaret, Aspis y Lurcat (Lorca): «que él no tomará las nuestras, ni auxiliará ni dará «asilo á nuestros enemigos, ni nos ocultará sus pro«yectos: que él y los suyos pagarán un dinhar ó aureo «por cabeza cada año, cuatro medidas de trigo, cua«tro de cebada, cuatro de mosto, cuatro de vinagre, «cuatro de miel y cuatro de aceite: los siervos ó pe«cheros pagarán la mitad.—Fecho el 4 de redjeb del «año 94 de la hegira (abril de 713). Signaron el pre«sente rescripto Otman ben Abi Abdah, Habib ben Abi «Obeida, Edris ben Maicera, y Abulcacin el Mozeli.»

Concluido el tratado, y manifestando Abdelaziz deseos de conocer á Teodomiro, el caballero cristiano se descubrió al jóven árabe; era él, el mismo Teodomiro en persona. Sorprendió á los árabes tan impensado descubrimiento celebráronlo mucho, y diéronle un banquete, en que comieron los dos caudillos juntos como si hubieran sido amigos toda la vida. Al dia siguiente entraron Abdelaziz y Otman en Orihuela con la gente más vistosamente ataviada, y preguntando á Teodomiro dónde estaban aquellos tantos guerreros que el dia anterior coronaban los muros de la ciudad, tuvieron que admirar una nueva estratagema y ardid del caudillo cristiano, Aquellos soldados, pertrecha-

dos de cascos y lanzas, que habian visto sobre los muros eran mugeres que Teodomiro habia hecho vestir de guerreros; sus cabellos los habian dispuesto de manera que imitáran la larga barba de los godos. Aplaudiéron los árabes la ingeniosa ocurrencia, riéronse de su mismo engaño, y todo contribuyó á que se entablára una especie de confraternidad entre Teodomiro y el hijo de Muza (1).

Pacificada toda la tierra de Murcia y Valencia, Abdelaziz retrocedió á las comarcas de Sierra Segura, descendió á Baza, ocupó á Guadix y á Jaen, tomó á Granada (Garnathat), colonia judia y arrabal de la antigua Illiberis (Elvira), entró en Antequera, y prosiguió á Málaga, sin hallar resistencia, y dejando en las ciudades judíos y árabes de guarnicion.

A este tiempo recibió Muza órdenes del Califa, preceptuándole devolver á Tarik el mando de las tropas que tan gloriosamente habia conducido, diciéndole que no inutilizase una de las mejores espadas del Islam. Muza obedeció, aunque bien á pesar suyo, pero con gran contento de los muslimes. Fingió no obstante una reconciliacion sincera, y concertóse que Tarik con sus tropas marchase al Oriente de España, mientras él con las suyas se dirigia á reducir las regiones del Norte. Tarik recorrió el Sur y el Este de Toledo, la Mancha, la Alcarria, Cuenca, y descendió á las ve-

(1) Isid. Pac., Chron. 38.—Roder. Tolet. de Reb. Hisp.—Conde, cap. 15.



gas y campos del Ebro hasia Tortosa. Muza tomó hácia Salamanca y Astorga, que se le rindieron sin resistencia, y volviendo y remontando el curso del Duero, haciendo despues una conversion hácia el Ebro, vino á incorporarse con el ejército de Tarik, que sitiaba ya á Zaragoza (Medina Saracusta). Obstinada resistencia habia encontrado Tarik en Zaragoza, pero la llegada de Muza, coincidiendo con el apuro de víveres de la plaza, desalentó á los sitiados, y fué causa de que se propusiese su entrega bajo las condiciones ordinarias. Muza, valiéndose de la ocasion y dejándose llevar de la codicia, impuso á los habitantes de Zaragoza una contribucion estraordinaria de guerra, para cuya satisfaccion tuvieron que vender sus alhajas y las joyas de los templos. Muza tomó en rehenes la más escogida juventud, y dejando el gobierno de la ciudad á Hanax ben Abdala, que luego edificó allí una suntuosa mezquita, prosiguió sometiendo el Aragon y Cataluña. Huesca, Lérida, Barcelona, Gerona, Ampurias, todas fueron reducidas á la obediencia del Islam. De allí volvió y enderezóse á Galicia por Astorga, entró en la Lusitania, y en todas partes fué recogiendo riquezas que no partia con nadie.

Tarik por el contrario, siguiendo otra ruta, y encaminándose por Tortosa á Murviedro, Valencia, Játiva y Denia hasta los límites del pequeño reino de Teodomiro, observaba tambien muy opuesto comportamiento. Trataba á los pueblos con dulzura, partia

con sus soldados los despojos de la guerra, y con mucha escrupulosidad reservaba el quinto de todo el botin para el califa. Comunicaba á éste directamente sus operaciones sin entenderse con Muza. Este por su parte no perdia ocasion de desacreditar á su rival para con el califa, ponderándole su espíritu de insubordinacion y sus prodigalidades.

Estos enconos de parte de los dos conquistadores fueron causa de que el Califa de Damasco escribiera á ambos mandándolos comparecer á su presencia, dejando el gobierno de España encomendado á personas de confianza. Tarik obedeció al momento: Muza lo hizo con más repugnancia, mas al fin despues de haber nombrado á su hijo Abdelaziz walí ó gobernador en gefe de España, partió con los despojos de sus felices expediciones, con la famosa mesa verde, y con inmensa cantidad de oro y pedrería. Paso el estrecho, atravesó el Magreb, primer teatro de sus campañas y de sus glorias. En su comitiva iban cuatrocientos jóvenes de las familias godas más ilustres, que tomó para que sirvieran de ostentacion á su marcha triunfal, y con este aparato fué costeando el litoral de Africa. Tarik habia llegado antes que él á Damasco, y expuesto ante el Califa sencillamente y con lealtad su conducta. Cuando llegó Muza, Walid se hallaba gravemente enfermo; Suleiman, su hermano, designado para sucederle, hizo comparecer á los dos rivales. La historia de esta entrevista es de un género

enteramente oriental. Muza creyó adquirir gran mérito á los ojos del Califa presentándole la célebre mesa de oro y esmeraldas. «Emir de los creyentes, dijo entonces Tarik, ésa mesa soy yo quien la ha encontrado.—He sido yo, replicó Muza, este hombre es un impostor.—Preguntadle, repuso Tarik, qué se ha hecho el pié que falta á la mesa.—Estaba así cuando se encontró, respondió Muza.—Emir de los fieles, esclamó Tarik, ahora juzgarás de la veracidad de Muza.» Y sacando el pié de la mesa que llevaba escondido, le presentó al Califa, el cual quedó convencido de que era Muza el verdadero calumniador. Y como ya deseaba tomar severa satisfaccion de su conducta, le castigó teniéndole un dia entero expuesto á un sol abrasador, haciéndole azotar y condenándole á una multa de cien mil mitcales, que Rasis y Ebn Kalkan hacen subir á doscientos mil. Así pagó el conquistador de Africa y de España la envidia y rencor con que había perseguido á Tarik.

Quedó, pues, sometida la España á las armas sarracenas. Rápida, breve, veloz fué la conquista. Lo que costó á los poderosos romanos siglos enteros de porfiada lucha, lo hicieron los árabes en menos de dos años. Diestros, políticos, activos, valerosos y entendidos capitanes eran los gefes de la conquista. El estupor se habia apoderado de los españoles después del desastre de Guadalete, y no les dieron tiempo para recobrarse. El principio religioso, único que

hubiera podido realentar los abatidos ánimos, tuvieron los conquistadores la política de aparentar por lo menos que le respetaban, dejando á los vencidos el libre ejercicio de su culto. Sin perjuicio de juzgar más adelante la conducta de estos primeros invasores, obsérvase desde luego que no fué ni tan ruda, ni tan cruel, ni tan bárbara como nos la pintaron nuestros antiguos cronistas, impresionados por las calamidades inherentes á tan brusca invasion, y como guiados por ellos la han representado despues otros historiadores. Á ser auténticas, como no se duda ya, las capitulaciones de Córdoba, de Toledo, de Mérida, de Orihuela, y aun la de Zaragoza, revélase en ellas más la política de un proselitismo religioso que el afan de esterminio, y algunas de sus condiciones fueron más humanitarias de lo que podia esperarse de un pueblo invasor que ocupaba por conquista un país donde hallaba diferente religion y distintos hábitos y costumbres: creemos que en este punto no puede compararse la conducta de los árabes á la de los romanos y godos; si bien se comprende tambien que á nadie tanto como á los conquistadores convenia, pocos como eran, no exasperar á una nacion grande y vasta, que aunque amilanada entonces, hubiera podido en un arranque de cólera serles terrible (1).

(1) Despues de leer las crónicas cristianas y árabes, nos quedamos sin saber con certeza qué fué del conde Julian, del obispo Oppas y de los demás parientes de Witiza, ó causadores ó cómplices de la pérdida de España. Los unos suponen al conde Julian alen-

Veamos cómo se condujeron los que sucedieron á Tarik y á Muza en el gobierno de España [1].

tando á Tarik en el consejo de oficiales á que se apresurára á apoderarse de Toledo, los otros le hacen servir de guia á Muza desde su desembarco y en casi toda la expedicion; otros, y son los más, guardan profundo silencio. El Pacense dice que Muza condenó á muerte á varios nobles de Toledo por causa de Oppas que se habia fugado de la ciudad: *per Oppam... á Toleto fugam arripientem*: lo cual probaria que los árabes no habian correspondido muy bien con los mismos que los invitaron ó auxiliaron en la empresa de la conquista. De todos modos la suerte de la familia de Witiza ha quedado envuelta en bastante misterio.

(1) Fuera largo enumerar las inexactitudes que cométió Mariana, privado de muchos documentos posteriores, en los capítulos que destina á la narracion de estos sucesos. Su mismo ilustrador, el docto Sabau y Blanco, nota ya bastantes; y al llegar al cap. 25 del libro VI. dice: «Los cronicones antiguos no hablan nada de lo que refiere Mariana en este capítulo, ni sabemos de dónde tomó estas noticias.» Hay errores evidentes de fechas, de nombres y de hechos.

CAPÍTULO II.

GOBIERNO DE LOS PRIMEROS EMIRES.

De 713 á 732.

Abdelaziz.—Regulariza la administracion de España.—Su tolerancia con los cristianos.—Cásase con la reina viuda de Rodrigo.—Hácese sospechoso á los musulmanes.—Muere asesinado de órden del emir de Africa.—Breve y justo gobierno de Ayub.—Traslada el asiento del gobierno de Sevilla á Córdoba.—El Horr.—Primera invasion de los árabes en la Galia.—Toma de Narbona.—Es depuesto El Horr por sus exacciones.—Alzama.—Hace una estadistica de España.—Es derrotado en Tolosa de Francia.—Prudente y equitativo gobierno de Ambiza.—Conquista toda la Septimania.—Otros emires de España.—Castigo de sus tiranías.—Abderrahman.—Rebelion de Munuza y su término.—Famosa batalla de Poitiers.—Cárlos Martéll.—Gran derrota del ejército sarraceno y muerte de Abderrahman.

Encargado Abdelaziz del gobierno de España, y habiendo fijado su asiento en Sevilla, dedicóse á regularizar la administracion de las ciudades sometidas; nombró perceptores ó recaudadores de los impuestos, que por regla general consistian en el quinto de las rentas, si bien le rebajó hasta el diezmo á algunas



poblaciones y distritos; creó un consejo ó divan, con el cual compartia la direccion de los negocios de España; estableció magistrados con el nombre de alcaides; dejó á los españoles sus jueces, sus obispos, sus sacerdotes, sus templos y sus ritos, de tal manera que los vencidos no eran tanto esclavos como tributarios de los vencedores. Indulgencia admirable, ni usada en las anteriores conquistas, ni esperada de tales conquistadores. Los que así quedaban y vivian denomináronse *Mostárabes* ó *Mozárabes*, nombre ya de antes usado en otros paises por el pueblo vencedor.

Habíase señalado ya Abdelaziz por su clemencia y su moderacion para con los cristianos. Una circunstancia notable vino á hacer todavía más suave la suerte y condicion de los vencidos bajo el gobierno del jóven emir (1), á estrechar más las relaciones entre árabes é indígenas, si bien fué al propio tiempo la causa de su ruina y perdicion.

Dijimos en el anterior capítulo, que entre los prisioneros hechos en Mérida se hallaba la reina Egilona, la viuda del desventurado Rodrigo. Era jóven y bella, Abdelaziz lo era tambien, y prendóse apasionadamente de su ilustre y hermosa cautiva. El gene-

(1) Dábase indistintamente á los gobernadores de España los títulos de *emir* y de *wali*, que equivalia á *príncipe*, *dux*, *gefe ó gobernador*. El emirato de España era una dependencia ó como vicariato del de Africa, que tenia su asiento en la moderna Cairwan, y este á su vez dependia del califato de Damasco. Abdelaziz antes de venir á España habia desempeñado el emirato de Cairwan.

roso hijo de Muza logró hacerse amar de la viuda del último monarca godo, y con sorpresa de musulmanes y cristianos los que comenzaron por amantes se convirtieron luego en esposos. Abdelaziz no exigió de Egilona que abrazase el islamismo, la permitió seguir siendo cristiana, y le dió el nombre árabe de *Ommalisam*, que quiere decir *la de los lindos collares*. Desde entonces por amor á su nueva esposa fueron en aumento las consideraciones del ya tolerante emir para con los cristianos, al paso que se hizo sospechoso á los fervorosos musulmanes, que murmuraban la mansedumbre con que trataba á los pueblos conquistados, tan opuesta al rigor que con ellos había empleado su padre. Suponíanle ya algunos traidor á la fé del islam, avanzando á decir que en secreto se habia hecho idolatra, que así llamaban ellos á los cristianos (1). Atribuíanlo todo al influjo de Egilona la infiel, muger ambiciosa y de corazon altivo, y añadían que todas las mañanas colocaba en la cabeza de Abdelaziz una corona semejante á la que llevaba su primer marido Ruderik el romano, como para incitarle que se alzára con el señorío de España (2).

Tales rumores fueron tomando consistencia, pasaron los mares y llegaron hasta el califa Suleiman, sucesor de Walid, hombre orgulloso y sombrío, que

(1) Faustino Borbon, en sus *Cartas para ilustrar la Historia de la España árabe*, intenta probar con el testimonio de algunos autores árabes, que Abdelaziz habia realmente abrazado el cristianismo.

(2) Isid. Pacens., Cron. n. 42.



irritado ya contra el padre de Abdelaziz, y temiendo el resentimiento de sus hijos, emires todos tres, los dos en Africa y el uno en España, acogió con avidez la acusacion y resolvió deshacerse de todos. La órden de muerte para Abdelaziz la comunicó á los cinco principales caudillos de esta tierra. El primero que la recibió fué Abib ben Obeidad el Fehri [1], el más fiel amigo y compañero de Abdelaziz. Grande fué la afliccion de Habib. «¿Es posible, esclamó, que la envidia y el ódio paguen de esta manera los más gloriosos servicios? Pero Dios es justo, y nos manda obedecer al Califa.» Tal era el deber de un musulman sumiso, y Habib se resignó.

Habitaba Abdelaziz una casa de recreo en las afueras de Sevilla; á su lado habia hecho construir una mezquita donde se congregaba el pueblo á la oracion. Resueltos los cinco gefes á ejecutar las órdenes del Califa, entraron una mañana en la mezquita, conducidos por Zeyad, cuando el desventurado y desprevenido Abdelaziz rezaba la oracion del alba. Echáronse sobre él los conjurados, y aunque muchos amigos pugnaron todavía por defenderle, acribilláronle con sus lanzas (año 97 de la hegira, 715 y 716 de J. C.). Cortáronle la cabeza, y enterraron su cuer-

(1) *Habib* era el nombre personal: *ben* significa hijo; *ben Obeidah* hijo de Obeidah; *el Fehri* es el patronímico de la tribu. Este mismo órden siguen generalmente los árabes en todos los nombres. A veces citan los de muchos de sus abuelos, para lo cual no hacen sino añadir á cada uno de ellos el *ben*. Es como el *filius* de la Biblia, en los que se observa tambien la misma costumbre.

po en el patio de la casa. La cabeza alcanforada la enviaron al Califa de Damasco. Tocóle á Habib ser el conductor del funesto presente. Cuéntase que habiendo llegado Muza al palacio del Califa al tiempo que éste examinaba la cabeza de su víctima, tuvo la horrible crueldad de preguntarle: «¿Conoces, Muza, esta cabeza?—Sí, contestó altivamente el anciano walí, la reconozco: la maldicion de Dios caiga sobre el asesino de mi hijo, que valia más que él.» Y salió del palacio, y partió para Waltichora, su patria, donde á poco tiempo murió oprimido de pesar. Los hermanos de Abdelaziz sufrieron la misma suerte que él. Justo castigo, dicen los cronistas cristianos, con que Dios hizo expiar á Muza sus crueldades para con los fieles: indigna recompensa, dicen los escritores árabes de los distinguidos servicios que habia prestado al imperio tan noble familia (1).

Abdelaziz habia gobernado la España con prudencia cerca de diez y ocho meses, En las inmediaciones de Antequera hay un valle que llaman todavía de Abdalaziz, nombre sin duda conservado por los árabes en memoria de aquel desgraciado emir. Ignórase lo que fué de Egilona. Parece que la Providencia quiso cubrir con el velo de la oscuridad el término de los principales personages godos de la última fa-

(1) Tarik murió tambien, como Muza, en la oscuridad y en la desgracia. Parecia destino de los conquistadores de España perecer ingratamente recompensados por sus pueblos. Anibal y Escipion, Muza y Tarik, todos tuvieron un fin poco digno de sus gloriosos hechos.

milia real. En cuanto á Teodomiro, al tiempo que la cabeza de Abdelaziz le fué enviada al Califa, despachó tambien emisarios para suplicar á Suleiman que respetára las estipulaciones hechas con el emir, y consiguió que el Califa las mandára observar.

No habia nombrado el Califa sucesor á Abdelaziz. En su virtud reuniéronse en consejo los principales caudillos, y eligieron walí á Ayub ben Habib el Gahmi, primo hermano de Abdelaziz, guerrero esperimentado y administrador entendido. Trasladó el nuevo emir el asiento del gobierno á Córdoba, como punto más central. Dividió la Península en cuatro grandes partes, con los nombres de Norte, Mediodía, Oriente y Occidente (1). Visitó á Toledo y Zaragoza, oyó las quejas de los pueblos sobre las injusticias de los alcaides y gobernadores, destituyó á muchos, puso órden en la administracion, y se captó el afecto de cristianos, judíos y musulmanes. Entre Toledo y Zaragoza, y sobre las ruinas de la antigua Bilbilis, erigió una fortaleza, que se llámó *Calat-Ayub*, castillo de Ayub (2). Ibanse reparando en lo posible los desastres de la guerra, pero gozó poco tiempo España las ventajas de un gobierno reparador. Depúsole el Califa por ser pariente de Muza, y nombró en su lugar á Alhaur ben Abderrahman, llamado comun-

(1) *Al Guf, al Kxblah, al Sherkiah, y al Garb.* Conserva todavía este último nombre una de las provincias occidentales de la Península, en lo que es hoy Portugal.

(2) Fundóse allí despues la ciudad que actualmente se nombra Calatayud.

mente El Horr, y Alahor en nuestras crónicas cristianas (1).

Violento y duro el nuevo emir, hizo pesar una opresion igualmente ruda sobre cristianos y musulmanes. Belicoso y emprendedor, fué el primero que se atrevió á llevar las armas sarracenas del otro lado de los Pirineos, ó por lo menos el primero que al frente de una expedicion formal franqueó la barrera oriental de aquellas montañas y penetró en la Galia Gótica, en aquella Septimania que habia constituido una parte integrante del reino godo-hispano, y que despues de la catástrofe habia tenido que ponerse bajo la tutela de los duques de Aquitania. Habíase refugiado á ella gran número de cristianos de la Península. Difundió El Horr el espanto por aquellos ricos y semi-abandonados paises. Narbona no pudo resistir al ímpetu de las huestes sarracenas, y la antigua capital de la Septimania gótica fué convertida en capital de la Septimania árabe. Por espacio de tres años recorrió, segun algunos, por un lado hasta Nimes y el Ródano, por otro hasta el Garona, hasta que le obli-

(1) Debemos advertir, que en cuanto á los nombres árabes, así de personas como de pueblos, de empleos, dignidades, instituciones, etc., los escribiremos muchas veces con la ortografía ó mas usada de nuestros cronistas é historiadores, ó más acomodada á la pronunciacion castellana, sin que por eso dejemos muchas veces y respecto á los más importantes, de poner á su lado la tecnología arábiga, segun que la vemos usada por los mas doctos orientalistas. Así lo hemos hecho con muchos nombres romanos y góticos. Nos acomodamos tambien en esto á la práctica de Conde, y creemos que de otro modo no seria facil á muchos lectores hallar la identidad de una gran porcion de estos nombres con los que estarán acostumbrados á leer en nuestras antiguas historias.

gó á regresar la noticia de una victoria de los cristianos del norte de la península sobre un ejército musulman.

Debió ser el primer triunfo de los refugiados en Astúrias, suceso de que daremos cuenta en lugar separado, así por merecerlo su importancia, como por no interrumpir la narracion cronológica de lo que acontecia en todo el resto de España.

Las injustas exacciones de El Horr y sus violencias contra los alcaides y walíes que no se prestaban á cooperar á sus iniquidades, sobre todo contra los moros y berberiscos, levantaron contra él universal clamor, y movieron al califa Yezid á enviar en su reemplazo á Alsamah ben Melek, el Zama de nuestras crónicas (720), que se consagró á reparar los males causados por la avidez y la dureza de su predecesor. Hábil y entendido en administracion Alzama arregló los tributos, hizo una distribucion por suerte de los bienes que habian quedado sin dueños, estudió las provincias, y fué el primero que hizo y envió al califa una estadística de la poblacion del país y sus riquezas de todo género, con una descripcion de sus ciudades, sus rios, sus costas y sus puertos.

Guerrero tambien Alsamah como todo buen musulman de aquel tiempo, no quiso ceder en gloria militar á ninguno de sus predecesores, y con numerosa hueste avanzó, no ya solo á la Septimania, sino

á la Aquitania misma, centro de los vastos dominios del conde Eudon, y puso cerco á Tolosa. A punto de rendirse estaba ya la ciudad, cuando acudió Eudon con un ejército considerable. La muchedumbre de los enemigos era tanta, dice un historiador árabe, que el polvo que levantaba con sus piés oscurecia el cielo. Los dos ejércitos se acometieron con el ímpetu de dos torrentes que bajan de las cumbres: dudosa estuvo mucho tiempo la batalla: corria Alzama á todas partes como un bravo leon; cuando levantaba su espada, fluía la sangre y destilaba por su brazo: pero la lanza de un cristiano le atravesó el cuerpo y le dió el martirio. Con esto desmayó la caballería árabe; el campo quedó sembrado de cadáveres, y los restos del desbaratado ejército se retiraron á Narbona, y nombraron su gefe y emir al valiente Abderrahman el Gafeki (721), cuya eleccion confirmó el emir superior de Africa.

No hizo poco Abderrahman en contener á los cristianos de la Galia, y en reprimir á los de la frontera oriental española, que alentados con el triunfo de sus correligionarios de Tolosa se habian removido y alterado. Perdióle á Abderrahman su escesiva liberalidad para con los soldados; repartíales todo el botin, sin esceptuar mas que el quinto que la ley mandaba reservar para el califa: amábanle con esto las tropas, pero los gefes le representaron como corrompedor de las costumbres frugales y sencillas de los mu-

sulmanes, y bastó para que el emir de Africa le reemplazára con Ambiza ben Sehim, de su misma tribu y familia.

Casi todos los emires comenzaban por organizar la administracion. Ambiza hizo una nueva y equitativa distribucion de los terrenos baldíos entre los veteranos del ejército y los musulmanes pobres que acudian á establecerse en España. Recargaba ó aliviaba el impuesto á las poblaciones, segun era mayor su sumision ó su resistencia á recibir la ley del islam. Hacia constantemente justicia á todos, sin mirar que fuesen musulmanes ó cristianos, y cuando visitaba las provincias llenábanle los pueblos de bendiciones. Propúsose despues vengar el desastre de Tolosa, é invadió resueltamente la Galia gótica. Carcasona, Beziers, Agda, Magalona, Nimes, todas las ciudades de la Septimania, además de Narbona que pertenecia ya á los árabes, cayeron en su poder. Penetró hasta el Ródano y tomó á Lyon; avanzó á la Borgoña, y saqueó á Autum. La conducta de los conquistadores de la Galia era casi idéntica á la que habian observado en España. No imponian el islamismo; dejaban á los cristianos su culto, y el tributo á que los sujetaban era más ó menos crecido segun la mayor ó menor resistencia de los pueblos conquistados. Murió no obstante allí Ambiza de resultas de heridas recibidas en un combate (725), designando antes de morir para sucederle á Hodeirah ben Abdallah, cuyo nombra-

miento no fué ratificado por el emir de Africa, el cual envió en su lugar á Yahia ben Salemah, hábil y bravo general, pero de un rigor inflexible [1].

Agriados por la severidad de Yahia los mismos gefes que habian influido en su nombramiento pidieron luego su destitucion, y el emir de Africa condescendiendo á los caprichos de aquellos caudillos, les dió á Hodeifa ben Alhaus, hombre sin talento, que solo pudo sostenerse algunos meses, y hubo de ser reemplazado por Othman ben Abu Neza, el Munuza de las crónicas cristianas, que á su vez fué pronto víctima de la inconstancia de aquellos turbulentos y descontentadizos gefes, y sustituido á los seis meses por Alhaitam ben Obeid.

Desacertada eleccion fué tambien la de Alhaitam. Su avaricia y sus tiranías con musulmanes y cristianos, sus tormentos, suplicios y confiscaciones le hicieron tan aborrecible, que informado el gobierno de Damasco de sus excesos, hubo de despachar á España á Mohamed ben Abdallah con la mision de averiguar lo que de cierto hubiese en los desmanes que se atribuian al emir, y de imponerle el conveniente castigo si resultase culpable. Poco trabajo le costó al enviado apurar la verdad: públicas eran sus vejaciones: el tirano fué preso; y despojado de sus insignias de gefe, con la cabeza desnuda y las manos atadas á la

(1) Isid. Pacens., Chron. 53.—Cron. de Moissac.—Ahmed Al Makari.—Conde, cap. 22.



espalda, hízole pasear montado en un asno por las calles de Córdoba, teatro principal de sus maldades, embarcándole en seguida cargado de cadenas á Africa á disposicion del emir (728). Así vigilaban los califas de Damasco por la suerte de su nueva dependencia de España, siempre que á tan larga distancia podian llegar las quejas de los oprimidos. Dos meses permaneció Mohamed en España gobernando con justicia y equidad, al cabo de los cuales partió dejando nombrado wali al guerrero Abderrahman, aquel mismo que por su escesiva liberalidad para con los soldados habia sido antes depuesto. Recibido fué este nombramiento con general aplauso: solo los berberiscos vieron con enojo su elevacion, porque como árabe que era, distinguia y apreciaba con preferencia á los de su raza. Munuza el africano, revoltoso y altivo, tramó pronto una traicion contra el gefe de pura raza árabe.

Muchas injusticias reparó Abderrahman; afable y justo con cristianos y muslimes, depuso á los alcaides opresores, y los reemplazó con otros de conocida probidad; restituyó á los cristianos las iglesias que les habian quitado faltando á las estipulaciones, y destruyó las que por soborno y á precio de oro habian permitido levantar de nuevo algunos gobernadores. Empleó los dos años primeros en reconocer y visitar las provincias, y en restablecer el órden por todas partes. Pero lo que hizó célebre á Abderrahman fué

su famosa expedicion á la Galia, aunque de fatal resultado para él y para los árabes. Estraordinarios fueron los preparativos; tribus enteras de Arabia, de Siria, de Egipto y de Africa vinieron á España á alistarse bajo las banderas de Abderrahman para la guerra santa; pero antes de emprenderla, érale preciso al emir deshacerse de Munuza, que envidioso de sus glorias, de carácter inquieto y díscolo, pero belicoso y bravo, se habia aliado con Eudon, duque de Aquitania, y casádose con su hija. Abderahman conoció lo que podia temer de Munuza, que ambicionaba su puesto, si le daba lugar á encender una guerra civil entre los musulmanes, de concierto con su aliado. Despacha pues á un gefe sirio llamado Gedhi ben Zeyan, con órden espresa de buscar á Munuza y traérsele vivo ó muerto. Gedhi en cumplimiento de su mision marcha al frente de un fuerte destacamento hácia la residencia de Munuza: apenas tuvo este tiempo para huir con su esposa Lampegia; Gedhi le persigue por los desfiladeros de las montañas: Munuza fatigado se detiene á reposar en un fresco y frondoso valle al pié de una fuente de agua viva que se desgajaba de una roca: el murmullo de las aguas y las caricias de su cautiva bien amada, como la llama el autor árabe, no le permiten oir el ruido de los pasos de su perseguidor: Munuza es sorprendido, Gedhi se apodera de Lampegia, Munuza cae á los golpes de las lanzas, córtanle la cabeza, y llevan ambos presentes

á Abderrahman. Admirado quedó el emir de la hermosura de Lampegia; la cabeza de Munuza la envió al Califa segun costumbre, esponiéndole las causas que le habian movido á esta rápida ejecucion.

Desembarazado de este rival, Abderrahman se pone en marcha con su grande ejército, el mayor que se habia visto jamás en España bajo los estandartes blancos de los Ommiadas. Dirígese por Pamplona y el Bidasoa á los Pirineos, franquéa esta inmensa barrera, penetra por los fértiles valles de Bigorra y el Bearnés en los estados de Eudon, duque de Aquitania. El inmenso ejército se derrama como un torrente devastador; Burdeos intenta resistirle, pero es tomada y saqueada, el conde que la defendia cae prisionero, y tomándole por Eudon, los árabes le cortan la cabeza para enviarla á Damasco. Prosigue el ejército sarraceno su marcha terrorosa, pasa el Garona y el Dordoña, y encuentra al fin á Eudon con considerables fuerzas de cristianos: Abderrahman no duda un momento en arremeter á Eudon, y el ejército aquitanio queda destrozado. Los sarracenos victoriosos, cargados de botin, marchan sin otro obstáculo que el inmenso despojo, y se presentan delante de Poitiers: penetran en un arrabal y le incendian, pero el centro fortificado de la ciudad se prepara á resistirles. Abderrahman duda si atacar á Poitiers ó marchar contra Tours, cuando vienen á anunciarle que numerosas huestes mandadas por Cárlos, hijo de Pepino, duque

soberano de los Franco-Austrasios, marchan á su encuentro unidas con las reliquias del destrozado ejército de Eudon. Los francos y los árabes se encuentran en las vastas llanuras que se estienden entre Tours y Poitiers. Seis dias maniobran los dos ejércitos en presencia uno de otro; al séptimo ú octavo se empeña sériamente el combate; Abderrahman, confiado en su fortuna, acomete el primero impetuosamente con un cuerpo de caballería; la pelea se hace general, horrible la matanza por ambas partes, y pasa el dia sin declararse la victoria. Reemprêndese al siguiente dia la batalla; Abderrahman arremete con rabioso brío, y rompe la espesa línea de los austrasios; los robustos soldados del Norte pelean cuerpo á cuerpo con los tostados árabes y africanos..... un tumulto se levanta en las tiendas de los sarracenos: eran las tropas del duque de Aquitania que habian hecho una irrupcion por aquel lado: los árabes, temiendo perder las riquezas de su botin, hacen un movimiento retrógrado para defender su campo; este movimiento introduce la confusion; en vano Abderrahman intenta restablecer el órden; haciendo heróicos esfuerzos cae del caballo atravesado de infinitas lanzas; estaba anocheciendo, y las tinieblas vienen á economizar alguna sangre mahometana. Los árabes se retiran silenciosamente del campo del combate: al dia siguiente los cristianos hallan las tiendas desiertas, los árabes habian ido en retirada hasta Narbona; el famoso Cárlos, lla-

mado despues Martéll, que quiere decir *martillo* [1], pone cerco á Narbona, pero los ismaelitas la defienden con valor, y le obligan á levantar el sitio con gran pérdida [2].

La derrota de Poitiers, acaecida en 732 [3], puso término al engrandecimiento de los árabes en Occidente, y acaso los impidió hacerse los dominadores de toda Europa, que tal habia sido el pensamiento de muchos de sus caudillos. Ella completó tambien el abatimiento de la casa real de Clodovéo, y fué el principio y cimiento del imperio Franco-Germano de Occidente, y la base sobre que Cárlos Martéll fundó la soberanía de la Galia para los herederos de Pepino de Herestall.

(1) «Por los terribles golpes que á manera de martillo descargó sobre los enemigos en esta batalla,» segun la Crónica de Saint-Denis.

(2) Isid. Pac. Crón. n. 59.—Conde, Dominac., cap. 25.—Fredegario, Cron.—Anales de Aniano.—Fauriel, Hist. de la Gaule meridion.

(3) Conde la pone en 733: las crónicas francas todas en 732.

CAPÍTULO III.

PELAYO.—COVADONGA.—ALFONSO.

De 711 á 756.

Los cristianos en Asturias.—Pelayo.—Combate de Covadonga.—Triunfo glorioso.—Formacion de un reino cristiano en Asturias y principio de la independencia española.—Reinado de Pelayo.—Su muerte.—Idem de su hijo Favila.—Elevacion de Alfonso I.—Estado de la España musulmana al advenimiento de Alfonso.—Sus guerras en la Galia con Cárlos Martéll.—Rebeliones y triunfos de los berberiscos en Africa.—Escisiones entre las razas muslímicas de España.—Atrevidas escursiones y gloriosas conquistas de Alfonso el Católico.—Terror de los árabes.—Nueva irrupcion de africanos.—Designacion de comarcas para el asiento de cada tribu.—Renuévanse con furor las guerras civiles entre las razas musulmanas.—Fraccionamiento de provincias.—Anárquica situacion de la España sarracena.

¿Era toda la España sarracena? ¿Obedecia toda á la ley de Mahoma? ¿Era en todas partes el Dios de los cristianos tributario del Dios del Islam? ¿Habian desaparecido todos los restos de la sociedad goda? ¿Habia muerto la España como nacion? No: aun vivia, aunque desvalida y pobre, en un estrecho rincon de



este poco há tan vasto y poderoso reino, como un desgraciado á quien han asaltado su casa y robado su hacienda, dejando solo un triste y oscuro albergue, en que los salteadores con la algazara de recoger su presa no llegaron á reparar.

Desde la catástrofe del Guadalete y al paso que los invasores avanzaban por el interior de la Península, multitud de cristianos, sobrecogidos de pavor y temerosos de caer bajo el yugo de los conquistadores, buscaron su salvacion y trataron de ganar un asilo en las asperezas de los montes y al abrigo de los riscos de las regiones septentrionales, llevándose consigo toda su riqueza moviliaria, las alhajas de sus templos y los objetos más preciosos de su culto. Obispos, sacerdotes, monjes, labradores, artesanos y guerreros, hombres, mugeres y niños, huian despavoridos á las fragosidades de las sierras en busca de un valladar que los pusiera al amparo del devastador torrente. Los unos ganaron la Septimania, los otros se cobijaron entre las breñas y sinuosidades de la gran cadena de los Pirineos, de la Cantabria, de Galicia y de Asturias. Esta última comarca, situada á una estremidad de la Península, se hizo como el foco y principal receptáculo de los fugitivos. Pais cortado en todas direcciones por inaccesibles y escarpadas rocas, hondos valles, espesos bosques y estrechas gargantas y desfiladeros, una de las postreras regiones del mundo en que lograron penetrar las águilas ro-

manas, no muy dócil al dominio de los godos, contra el cual apenas cesó de protestar por espacio de tres siglos, parecióles á aquellas asustadas gentes el más á propósito para guarecerse con menos probabilidad de ser hostilizados, y para atrincherarse y defenderse en el caso de ser acometidos. Diéronles benévola acogida los rústicos é independientes moradores de aquellas montañas: y allí vivian naturales y refugiados, si no contentos, resignados al menos con su estrechez y sus privaciones, prefiriéndolas al goce de sus haciendas á trueque de no verse sujetos á los enemigos de su patria y de su fé. La fé y la patria eran las que los habian congregado allí. En el corazon de aquellos riscos y entre un puñado de españoles y godos, restos de la monarquía hispano-goda confundidos ya en el infortunio bajo la sola denominacion de españoles y cristianos, nació el pensamiento grande, glorioso, salvador, temerario entonces, de recobrar la nacionalidad perdida, de enarbolar el pendon de la fé, y á la santa voz de religion y de patria sacudir el yugo de las armas sarracenas.

Los mahometanos por su parte habíanse cuidado poco de la conquista de un país que sobre ser de difícil acceso debió parecerles miserable y pobre en cotejo de las fértiles y risueñas campiñas de Mediodía y Oriente de que acababan de posesionarse, mucho más no sospechando lo que se ocultaba dentro de aquellas montuosas guaridas. Parece, no obstante,



que bajo el gobierno del cuarto walí Ayub llegaron algunos destacamentos enemigos á la parte llana de Asturias, y que hallándola desierta, por haberse retirado sus moradores á lo más fragoso de sus bosques y breñas, se apoderaron fácilmente de las aldeas y puertos de la costa. Dejaron por gobernador en Gegio ó Gigio (hoy Gijon) á un gefe que nuestras crónicas nombran Munuza, y que fué sin duda el Othman ben Abu Neza de que hemos hablado en el anterior capítulo.

Faltábales á los cristianos allí guarecidos un caudillo de tan grandes prendas como se necesitaba para que los guiára en tan grande y atrevida empresa como la que habian meditado. La Providencia les deparó un noble godo nombrado Pelayo, hijo de Favila, antiguo duque de Cantabria, y de la sangre real de Rodrigo. Habia sido Pelayo conde de los espatarios ó sea de la guardia del último monarca; habia peleado heróicamente en la batalla de Guadalete, y la fama de sus proezas, y la gallardía de su persona, y la nobleza de su alcurnia, todo contribuyó á que los asturianos se agrupáran en derredor suyo y le aclamáran unánimemente por gefe y capitan de aquella improvisada milicia religiosa, de aquella grey de fervorosos cristianos, más provistos de entusiasmo y de fé que de armas y materiales medios para la defensa. Pelayo aceptó, á fuer de hombre religioso y de varon esforzado y amante de su patria, el difícil y honroso car-

go que se le confiaba, y dióse principio á la obra derramándose aquellas gentes por las comarcas vecinas de Cangas de Onís, llamada entonces Cánicas.

Llegó la noticia del levantamiento de los astures á oidos del walí El Horr, á tiempo que éste se disponia á penetrar con sus huestes en la Galia Gótica, y no dando grande importancia al movimiento de Asturias, encargó á su lugarteniente Alkamah la empresa de sujetar los asturianos. Partió, pues, Alkamah con un cuerpo de ejército respetable, si bien es de sospechar que hayan exagerado su cifra los primeros cronistas españoles. A la aproximacion de la hueste sarracena no creyendo Pelayo conveniente esperarle en Cangas, se retiró con todo el pueblo hácia el monte Auseba. Las mugeres, viejos y niños buscaron lo más fragoso de las breñas para cobijarse, mientras los hombres de armas se situaban en las alturas y colinas desde donde mejor pudieran ofender á los enemigos que se atrevieran á penetrar por aquellos desfiladeros.

A la estremidad de un estrecho y sombrío valle al Oriente de Cangas, que torciendo un poco hácia Occidente forma una cuenca limitada por tres cerros, se levanta una enorme roca de ciento veinte y ocho piés de elevacion, en cuyo centro hay una abertura natural que constituye una caverna ó gruta, entonces como ahora llamada por los naturales la cueva de Covadonga. Allí se retiró Pelayo con cuantos soldados

podian caber en aquel agreste recinto, colocando el resto de sus gentes en las alturas y bosques que cierran y estrechan el valle regado por el rio Deva, y allí esperó con serenidad al enemigo, contando más con la proteccion del cielo que con sus fuerzas. Noticioso Alkamah de la retirada de Pelayo, orgulloso y confiado hizo avanzar su ejército encajonado por aquella cañada, no pudiendo presentar sino un frente igual al que oponian los refugiados en la cueva, quedando sus inmensos flancos expuestos á los ataques de los que en las colinas laterales se hallaban emboscados. Entonces comenzó aquel ataque famoso, cuya celebridad durará tanto como dure la memoria de los hombres. Las flechas que los árabes arrojaban solian rebotar en la roca y herir de rechazo á los infieles, mezcladas con las que desde la gruta lanzaban los cristianos. Al propio tiempo los que se hallaban apostados entre las breñas hacian rodar á lo hondo del valle enormes peñascos y troncos de árboles que aplastaban bajo su peso á los agarenos y les causaban horrible destrozo. Apoderóse el desaliento de los musulmanes, tanto como crecia el ánimo de los cristianos, á quienes vigorizaba la fé y alentaba la idea de que Dios peleaba por ellos.

Cuando Alkamah vió sucumbir á su compañero Suleiman, intentó ganar la falda del monte Auseba y ordenó la retirada. Embarazábanse unos á otros en aquellas angosturas. Levantóse en esto una tempestad

que vino á aumentar el espanto y el terror en los que iban ya de vencida. El estampido de los truenos, cuyo eco retumbaba con fragor por montes y riscos, la lluvia que se desgajaba á torrentes, las peñas y troncos que de todos lados sobre los árabes caian, el movedizo suelo que con la lluvia se aplastaba y hundia bajo los pies de los que habian logrado ganar alguna pendiente, y que caian resbalados por aquellos senderos sobre los que se rebullian confusos en el valle, y que perecian ahogados en las desbordadas aguas del Deva, todo contribuyó á hacer creer que hasta los montes se desplomaban sobre los soldados de Mahoma. Horrible fué la mortandad: hay quien afirma no haber quedado un solo musulman que pudiera contar el desastre: de todos modos el triunfo cristiano fué glorioso y completo; por mucho tiempo cuando las crecientes del rio descarnaban las faldas de las colinas, se descubrian los huesos y armaduras de los soldados sarracenos. En medio de la vega de Cangas una capilla con la advocacion de la Santa Cruz muestra todavía el sitio en que se atrevió ya Pelayo á atacar en campo raso á sus diezmados enemigos. Aconteció este famoso suceso en el año 99 de la hegira, 718 de Jesucristo (1).

(1) Para la relacion que acabamos de hacer del levantamiento de Asturias, de la proclamacion de Pelayo y de la batalla de Covadonga, hemos recogido cuanto hemos hallado de mas comprobado y verosimil en los escritores árabes y cristianos, desnudo de las exageraciones y fábulas, de las invenciones maravillosas y de las estravagantes aserciones con que algunos parece haberse propuesto em-

Admiremos aquí los altos designios del que rige los pueblos y tiene en su mano los destinos de las

brollar este brillante período de nuestra historia, los unos llevados del fanatismo propio de su época, los otros arrastrados de una especie de pirronismo histórico. Así no estrañamos que el doctor Dunhan se viera embarazado hasta el punto de espresarse de la manera siguiente: «Hay tanta confusion, tanta contradiccion y á veces tal carencia de probabilidad en las oscuras autoridades relativas á este período, así árabes como cristianas, que es desesperada empresa la del que aspira á formar una narracion algo racional y un tanto ordenada del reinado de Pelayo. Bien es verdad que cuando discrepan las autoridades, toca á la razon dar el fallo.» Esto es precisamente lo que nosotros hemos procurado hacer, con la diferencia que no tenemos por tan desesperada empresa como el historiador inglés, el entresacar de entre tan encontrados relatos lo más conforme á la autoridad, á la razon y á la tradicion. Creemos que basta para ello un mediano criterio.

Convenimos en que se ha embrollado mucho este período, ó por lo menos ha habido riesgo de que así sucediese, máxime desde que algunos críticos españoles conocidos por su prurito de sentar opiniones nuevas y peregrinas, pretendieron trastornar toda la cronología de estos sucesos, suponiendo no haber acontecido hasta el año 756, es decir, 38 años más tarde de lo universalmente admitido. Sustentó el primero esta asercion el erudito Pellicer, á quien un historiador moderno (Ortiz) llama el *Hardouin de España*, «por su ciega manía en decir cosas nuevas y sostener paradojas,» y á quien siguieron Mondejar, Masdeu y Noguera, aquejados tambien del mismo furor de novedad. Sirvióles de principal apoyo y fundamento el silencio del Pacense, único cronista español contemporáneo, acerca de todo lo acaecido en Asturias. Ciertamente es notable y lastimoso el silencio que sobre tan importantes sucesos guarda el obispo cronista. Mas por fortuna, sobre no pasar de ser un argumento negativo, ha venido la publicacion posterior de historias árabes que aquellos críticos no conocieron, á confirmar la cronología general recibida y que nosotros seguimos. ¿No pudiera ademas el Pacense haber escrito aparte los sucesos de Asturias, y haberse perdido su obra, como desgraciadamente sucedió con el Epitome de la Historia de los Arabes, de que el mismo Isidoro nos habla en el n. 65 de su Crónica?

Por otra parte, mientras Noguera niega el título de rey á Pelayo, Masdeu empieza su catálogo de reyes desde Teodomiro y Atanaildo ó Atanagildo, tocándole á Pelayo ser el tercer rey de España. Nos parece aventurada la opinion primera, é infundada la segunda.

Masdeu sostiene que los árabes no llegaron nunca á Gijon, y que Munuza no era gobernador de *Gegio*, sino de *Legio*, Leon. La similitud del nombre y la circunstancia de pertenecer entonces Leon á las Asturias, podrian hacerlo verosímil. Pero sus esfuerzos para probar que fuese *Legio* y no *Gegio* han sido insuficientes para persuadirlo.

Más razon nos parece que tienen Pellicer y Masdeu para dar por fabulosa la ida del obispo Oppas á Asturias y su presencia en la batalla, cuanto más los lar-

naciones. El inmenso poder de aquellos godos, á cuyo pujante brazo no habia podido resistir el coloso de Roma, de aquellos godos vencedores de cien pueblos,

gos razonamientos que dice Mariana pasaron entre el obispo y Pelayo, y que nos da integros y á la letra segun su costumbre. Lo cual, dice un escritor de nuestro siglo, lleva un sello de falsedad tan evidente que avergüenza hablar de ello. Tampoco falta quien añada haberse hallado y muerto en el combate el conde Julian y los hijos de Witiza: lo que consignamos, porque se vea que no ha quedado nada por decir de aquella célebre familia.

En cuanto á la genealogía de Pelayo hay tambien variedad y confusion. La crónica Albeldense le hace hijo de Veremundo ó Bermudo y sobrino de Rodrigo. Sebastian de Salamanca le supone hijo de Favila, duque de Cantabria. Duque de Alava llama á su padre la crónica de Oviedo.

El P. Mariana da un origen muy singular al gran suceso de Asturias. En la idea de que la incontinencia de un rey cristiano (Rodrigo) fué la causa de la pérdida de España, buscó el desquite en la incontinencia de un gobernador moro para encontrar la causa de su restauracion. Al efecto supone que Munuza se enamoró ciegamente de una hermana de Pelayo, estraordinariamente hermosa, como era menester que fuese, y que no pudiendo lograrla en matrimonio, halló medio de enviar á Pelayo con una comision á Córdoba para el caudillo Tarik, cuya ausencia aprovechó el moro para satisfacer su torpe deseo. Noticioso Pelayo á su vuelta é indignado de la afrenta y deshonra de su hermana, juró vengarse del atrevido y deshonesto moro, y de aquí la excitacion á los asturianos á tomar las armas y todo lo demás que se siguió, y que el historiador exorna con circunstancias todas singulares, sin que podamos saber de dónde tomó la fábula y sus decoraciones. El caso es que el Padre d' Orleans, el Abad de Vairac y la compilacion de Paquis, tomaron ciegamente la fábula del historiador español, la cual ha podido ser muy buena para dar argumento á Moratin, padre, para su tragedia de Ormesinda, y á Jovellanos y Quintana para su Pelayo.

Escusado es decir que el P. Mariana acoge de lleno todos los milagros que se cuentan de la batalla de Covadonga.

Las crónicas antiguas hacen subir el ejército árabe que combatió en Asturias á una cifra que asombra. Sebastian de Salamanca sienta muy formalmente que murieron en la primera refriega *ciento veinte y cuatro mil moros* (caldeos llama él), y que los *sesenta y tres mil* restantes perecieron aplastados bajo aquella colina que se desgajó. De manera que segun el cronista, á quien han seguido el monge de Silos y otros posteriores, hasta el canónigo Ortiz, historiador de nuestro siglo, el ejército moro se componia de *ciento ochenta y siete mil hombres*, que todos perecieron sin quedar uno solo que lo contára. Si así fué, bien hacen en recurrir á dos milagros visibles para esplicar la derrota de Covadonga, pues de otro modo seria imposible. Don Rodrigo de Toledo solo hace perecer veinte mil en la primera pelea, y despues en la retirada una gran muchedumbre. A este sigue sin duda el P. Mariana. Un historiador arabe (Ebn Haiyan, in Ahmed) toma su exageracion por

dominadores de España, de Africa y de la Galia, vióse reducido á un puñado de montañeses guarecidos en un rincon de esta Península, dentro de una cueva, capitaneados por un caudillo, en cuyas venas corria mezclada y confundida la sangre goda y la sangre española. Y del corazon de aquella gruta habia de salir un poder nuevo, que habia de luchar con otro pueblo gigante, y habia de ser el fundador de un estado que con el tiempo habia de dominar dos mundos.

otro estilo. Este dice que el comandante de los infieles (Pelayo) se encerró en una cueva con trescientos hombres, los cuales todos perecieron de hambre y de fatiga, escepto treinta hombres y diez mugeres que sobrevivieron y se alimentaban de miel que las abejas habian dejado en las hendiduras de la orea. Por último, en el *Moro Expósito* de nuestro ilustrado contemporáneo el duque de Rivas, se acaba de poner el sello á la exageracion en el romance, que supone cantado por un rústico como cancion popular en la España antigua, y dice así:

El valeroso Pelayo
cercado está en Covadonga
por *cuatrocientos mil moros*
que en el zancarron adoran.
Solo *cuarenta cristianos*
tiene, y aun *veinte le sobran.*

Y concluye diciendo:

Cuatrocientas mil cabezas
de los perros de Mahoma
los valerosos cristianos
siegan, hienden y destrozan;
concediendo así la Virgen
al gran Pelayo victoria.

Pero no era en España solo donde de tal manera se ponderaban las pérdidas de los infieles. Las crónicas cristianas francesas hacian subir el número de árabes muertos en el sitio de Tolosa á la enorme cifra de trescientos setenta y cinco mil, y á otros tantos en la batalla de Poitiers, si bien acaso algunos las confundieron. Menester es disimular tales hipérboles á las gentes de aquel tiempo en su ánsia de exterminar á los enemigos de su religion.

Pelayo cobijado en la caverna de Covadonga, seméjasenos á la semilla desprendida de un árbol viejo cortado por el hacha del leñador, que encarcelada dentro del hueso ha de romperle, brotar, desarrollarse, crecer, fructificar y formar con el tiempo un árbol más lozano, robusto y vigoroso que el que le habia engendrado, y cuyas ramas se han de estender por todo el universo.

Aunque el memorable triunfo de Covadonga se esplique, como lo hemos visto, por sus causas naturales, preciso es no obstante reconocer en aquel conjunto de estraordinarias y portentosas circunstancias algo que parece esceder los límites de lo natural y humano. En pocas ocasiones ha podido ser más manifiesta para el hombre de creencias religiosas la proteccion del cielo. Por lo mismo no nos maravilla que los escritores de una edad de tanta fé lo dieran todo al milagro y á la mediacion de la Vírgen María, cuya imágen habia llevado consigo Pelayo á la cueva. Las historias árabes refieren tambien el suceso con asombro, no disimulan haber sido horrible la matanza, y hacen justicia al valor á y la audacia de *Belay el Rumi* (Pelayo el Romano), como ellas le nombran (1). El gobernador de Gegio, Munuza sabedor de la derrota de los suyos y de la muerte de Alkamah, no se contem-

(1) Sabido es que los árabes llamaban *romano* á todo el que no fuese árabe, ó acaso godo puro. Tambien significaba el *cristiano*, el *estranjero*.

pló seguro en Astúrias, y retiróse hácia la España Oriental. Algunas crónicas cristianas afirman haber sido alcanzado y muerto en la vega de Ovalle por el héroe mismo de Covadonga; acaso pudo creerse así entonces: mas este relato le contradicen los posteriores hechos de Munuza que en el precedente capítulo dejamos referidos. Quedó no obstante con esto todo el territorio de Astúrias comprendido entre los montes y el mar, libre de soldados sarracenos.

En el entusiasmo de la victoria, los asturianos apellidaron rey á Pelayo: principio de una nueva monarquía, de la monarquía española; porque la religion y el infortunio han identificado á godos y romano-hispanos, y no forman ya sino un solo pueblo; y Pelayo, godo y español, es el caudillo que une la antigua monarquía goda que acabó en Guadalete con la nueva monarquía española que comienza en Covadonga. A la salida de esta célebre cueva hay un campo llamado todavía de *Repelayo* (síncope sin duda de Rey Pelayo), donde es fama tradicional que se hizo la proclamacion levantándole sobre el pavés; y nada más natural que este acto de recompensa de parte de aquellas gentes hácia el valeroso caudillo que las habia conducido á la victoria, en el primer sitio en que pudo hacer alto el ejército vencedor. A una legua junto al pueblo de Soto se halla el *Campo de la Jura*, donde hasta el siglo presente iban los jueces del con-

cejo de Cangas á tomar posesion de la vara de la justicia. Respetables y tiernas prácticas tradicionales de los pueblos, que recuerdan con emocion la humilde y gloriosa cuna en que nació el legítimo principio de la autoridad.

O no conocieron los árabes toda la importancia de su desastre de Asturias, ó entretenidos á la otra parte de los Pirineos en la empresa de posesionarse de la Septimania gótica, descuidaron reparar el contratiempo de Covadonga, ó no tuvieron tropas que destinar á ello. Es lo cierto que una paz que parecia providencial proporcionó á Pelayo tiempo y quietud para poder dedicarse á la organizacion de su pequeño estado. La fama de su triunfo fué atrayendo á aquel primer asilo de la libertad á los cristianos de las vecinas comarcas, que abandonando sus hogares y haciendas acudian ansiosos de aspirar el aire de la independencia y de vivir entre aquellos esforzados montañeses, que tenian la misma fé y hablaban la misma lengua que ellos. A medida que la poblacion iba creciendo, y que la seguridad infundia aliento á los moradores de las montañas, iban descendiendo de las breñas y bosques á los valles y á los llanos. La necesidad y la conveniencia les prescribia ocuparse en desmontar terrenos incultos, en laborear los campos, en apacentar sus ganados, en edificar templos y casas, en ensanchar el recinto de sus pequeñas aldeas, y en aplicar cada cual su industria para irlas fortaleciendo;



entre ellas debió ser una de las que recibieron más agregaciones la corta villa de Cangas, destinada á ser la capital de aquel diminuto reino. Natural era tambien, aunque las crónicas no lo digan, que Pelayo se consagrára en aquel período de paz á ejercitar á sus soldados en el manejo de las armas, y á dar á su pueblo una organizacion á la vez militar y civil, como lo es siempre la de los pueblos nacientes que conquistan su existencia por la guerra y tienen que sostenerla con la espada. No nos hablan las historias de nuevas batallas que tuviera que dar Pelayo. No hostilizado por los enemigos, fué por su parte muy prudente en no aventurarse á excursiones que hubieran podido ser peligrosas, y contento con haber formado el núcleo de la nueva monarquía, dedicado á consolidarla y robustecerla, reinó diez y nueve años, al cabo de los cuales murió pacíficamente en Cangas (737 de J. C.). Los restos mortales del ilustre restaurador de la independencia española fueron sepultados en Santa Eulalia de Abamia (antes Velamia), á una legua de Covadonga, junto con los de su muger Gaudiosa (1).

Mientras esto pasaba en Asturias, habian acontecido en los últimos años del reinado de Pelayo sucesos importantes en la España musulmana. La derrota de

(1) Sebast. Salmant., n. 11.—El monje de Silos.—El arzobispo don Rodrigo.—La crónica general.—Los Arabes de Conde.—Ahmed Almakari y otros.

los sarracenos en Poitiers, acaecida en 732, habia realentado á los cristianos de una y otra vertiente del Pirineo Occidental, que alzados en armas se dispusieron á resistir á los árabes al abrigo de sus montañas. En reemplazo del desgraciado Abderrahman muerto en la batalla de Poitiers, fué nombrado emir de España el anciano Abdelmelek ben Cotan, que bajo una cabellera emblanquecida por los años, conservaba el vigoroso corazon de un jóven. Habiendo hallado sus tropas abatidas bajo el golpe del hacha de Cárlos Martéll, las reanimó diciendo: «La guerra es «la escala del paraiso: el enviado de Dios se gloriaba «de ser el *hijo de la espada,* y reposaba en el campo «de batalla á la sombra de los estandartes ganados al «enemigo. Los triunfos, las derrotas y la muerte, «todo está en manos del Todopoderoso, que exalta «hoy á los que habia humillado ayer.» Animados con esta arenga los guerreros árabes, dirigíanse con su anciano gefe á la Aquitania, ansiosos de vengar su anterior desastre y la sangre de Abderrahman; mas al atravesar los desfiladeros de la Vasconia, encontraron á aquellos rudos montañeses preparados á atajarles el paso, y cayendo bruscamente sobre los musulmanes los obligaron á retroceder con gran pérdida y á replegarse sobre el Ebro. Segundo ejemplo que encontramos de resistencia de parte de los naturales de España á las armas sarracenas, todo en la cadena de los Pirineos (734). Costóle á Abdelmelek

ser depuesto por el walí de Africa, á quien preguntaba ya el Califa en qué consistia que saliesen tan desgraciadas todas sus empresas contra los hombres de Afranc [1].

El desastre de Abdelmelek infundió nuevo desaliento en las tribus de España, y el gobierno de Damasco nombró emir de esta tierra á Ocba ben Alhegag, cuya cimitarra se habia distinguido en Africa en las guerras contra los berberiscos. Tenia tambien fama de justo y de severo, y á ella correspondieron bien sus actos de gobierno en España. Ocba se mostró inexorable con los dilapidadores y concusionarios; quitó las alcaidías á los caudillos acusados de avaros ó crueles, y llenó las cárceles de malversadores y exactores injustos. El delito mas grave para este emir en un funcionario del gobierno, era el que oprimiese á los pueblos para saciar su codicia. Ocba era en esto inflexible. Ademas de haber establecido cadíes ó jueces para que administrasen rectamente justicia, ordenó que los walíes organizáran partidas de seguridad pública para la persecucion de los ladrones y bandidos, llamábanse esta especie de celadores *kaxiefes* (descubridores); institucion parecida á la que posteriormente han adoptado las naciones modernas, bajo denominaciones diferentes, como cuadrilleros, miqueletes ó gendarmes, acomodando su nombre y or-

(1) Ebn Khaldun, apud Ahmed Almakari.—Isidor. Pacens., Chron.

ganizacion á las circunstancias y á la índole de cada gobierno y país. Ocba deslindó las atribuciones de las autoridades, empadronó todos los vecinos de todas las poblaciones, é igualó los tributos sin distincion de orígenes ni de creencias. Creó escuelas y las dotó con las rentas públicas: mandó construir mezquitas y oratorios, y dispuso que hubiese en ellos predicadores y maestros que enseñasen la religion al pueblo. Era el emir irreprensible en su porte, amábanle los buenos y temíanle los malos. Examinó la conducta de Abdelmelek, y no hallándole delincuente, le nombró comandante de la caballería con destino á la frontera del Norte. El mismo Ocba se encaminaba hácia el Pirineo para invadir la Aquitania, cuando en Zaragoza recibió órdenes del walí de Africa, en que le mandaba que sin demora se pusiese en camino para aquella tierra, donde los turbulentos berberiscos de Magreb con nuevas rebeliones amenazaban sériamente la autoridad del Califa, y hacian necesaria la presencia de un caudillo cuyo alfange habia domado otras veces á los inquietos africanos. Obedeció Ocba, y regresando apresuradamente á Córdoba, pasó á Africa con un cuerpo escogido de caballería (737).

Coincidió este suceso con la muerte de Pelayo, á quien sucedió en el reino por consejo y determinacion de los grandes su hijo Favila, que en un corto reinado de menos de dos años no hizo cosa digna de la



historia, dice el cronista Salmantino [1], sino haber construido cerca de Cangas la iglesia de Santa Cruz que poco ha hemos mencionado. Era la caza la pasion favorita de este príncipe, y entregado á esta diversion pereció un dia desgarrado por un oso que habia tenido la imprudencia de irritar (739). Aunque Favila habia dejado hijos, ninguno de ellos fué llamado á reinar, acaso por sus pocos años, y dióse la soberanía al yerno de Pelayo, casado con su hija Ermesinda, llamado Alfonso, hijo de Pedro, duque tambien de Cantabria y de la noble sangre goda [2]. Era el nuevo príncipe hombre de ánimo esforzado, inclinado á la guerra, emprendedor y atrevido, y el más propio para mandar en aquella sazon al pueblo y gobernarle. Ardia ya Alfonso en deseos de acometer alguna empresa con los vencedores de Covadonga, y á este propósito comenzó por excitar el cele religioso y guerrero de aquellos moradores, exhortándolos á salir de sus estrechas guaridas y á emprender la guerra de agresion contra los infieles, en lo cual no hacia sino seguir los instintos de su natural belicoso y fiero.

Brindábale oportuna ocasion el estado en que los

(1) Propter paucitatem temporis nihil historiæ dignum egit. Sebast. Salmant. Chron. n. 12.

(2) Afirma Mariana equivocadamente haber muerto Favila sin sucesion; y consiguiente á este yerro, que una inscripcion de la iglesia de Santa Cruz desmiente expresamente, comete otro mayor y de más trascendencia, que es suponer que Alfonso fué nombrado rey, «segun que *estaba dispuesto en el testamento de don Pelayo*.» Ni dá nadie noticia de semejante testamento, ni la monarquía entonces era todavía hereditaria, sino electiva como en tiempo de los godos.

musulmanes se hallaban del otro lado de los Pirineos. Allá en la Galia llevaba Cárlos Martéll más de ocho años gastándoles las fuerzas con su prodigiosa actividad. Disputábanse con furor sangriento la posesion de la Provenza y de la Septimania. Marsella, Arlés, Avignon, Nimes, Beziers, Narbona, todas las ciudades del Sur de la Galia de que se habian posesionado los sarracenos, perdidas y recobradas alternativamente por árabes y francos, eran teatro de las devastaciones del feroz Cárlos, que en su furor de destruir pretendió hasta incendiar el maravilloso y colosal anfiteatro romano de Nimes. Guerra de esterminio era la que se hacia á los árabes por el Mediodía de la Francia. «Porque francos y sarracenos, dice con loable imparcialidad un historiador moderno de aquella nacion, bárbaros del Norte y bárbaros del Mediodía, parecia competir en aquella época desastrosa en menosprecio de la especie humana; y aun en esta triste rivalidad los francos excedian en mucho á los árabes. Desapiadados estos en el combate, pero tolerantes y humanos despues de la victoria, tenian aliados y súbditos, mientras los francos no tenian sino enemigos, y nadie jamás aplicó tan duramente como ellos el *væ victis* de Roma [1].» Así cuando la muerte sorprendió en 714 al

(1) Saint-Hilaire, Hist. d'Espagn. lib. III., c. 3. «El duque de Austrasia, dice tambien Romey, se mostraba más bárbaro con los cristianos que ninguno de los generales musulmanes que habian invadido el país. Así la memoria y el ódio de la invasion de Cárlos Martéll han vivido más tiempo en la Septimania que la memoria y el ódio de la ocupacion sarracena.» Hist. d'Espagn. part. II., c. 4.

furibundo gefe de la raza Carlovingia, dominaba la Provenza, y tenia reducidos los árabes á Naabona y á la insegura posesion de algunas ciudades de la Septimania.

En Africa habia conseguido Ocba sujetar á los inquietos berberiscos, derrotó muchas de sus tayfas, y dispersó á los más rebeldes por el desierto. Pero el temor de nuevas insurrecciones le detuvo en Africa por espacio de cuatro años, y cuando regresó á España la encontró en el mayor desórden. Durante su ausencia, los walíes y los gobernadores subalternos, más ocupados en guerras y rivalidades de raza que en el gobierno de los pueblos y en el progreso del Islam, no habian pensado en empresa alguna del otro lado de las fronteras. La discordia reinaba en todas partes. Solo Abdelmelek habia hecho esfuerzos por sostener el honor de las armas muslímicas, y acudido á reprimir las inquietudes de las fronteras. Ocba le dió las gracias por su celo y sus servicios, más habiendo enfermado el emir en Córdoba, sucumbió sin haber podido hacer otra cosa que dejar el gobierno de España en manos de Abdelmelek como el más digno.

Completemos el triste cuadro que para los musul-

«Aun pueden verse, dice Agustin Thierry hablando del famoso anfiteatro de Nimes, bajo las arcadas de sus inmensos corredores, todo lo largo de las bóvedas, las negras manchas trazadas por las llamas en los sillares que no pudieron ni destruir ni devorar.» Lettres sur l'Histoire de France.

manes ofrecia el estado de su imperio en Africa y España, cuando Alfonso I. de Asturias se preparaba á hacer sus primeras excursiones.

Horribles guerras entre árabes y berberiscos habian vuelto á ensangrentar el suelo africano desde la salida de Ocba. Aquellas bárbaras, numerosas y turbulentas tribus berberiscas, catervas de salvages de cetrinos rostros, ennegrecidos del sol, cubierta solo su cintura con un delantal corto y grosero, siempre de mal grado sujetos, montados en ligerísimos caballos, perpétuamente rebeldes al yugo de los árabes, habíanse insurreccionado de nuevo, y vencido en dos mortíferas batallas las huestes árabes, egipcias y sirias, la una cerca de Tánger, en que veinte y cinco mil árabes con su gefe el anciano Koltum *recibieron el martirio*, la otra á las márgenes del Masfa, en que despues de otra semejante y no menos espantosa carnicería, obligaron á un cuerpo de veinte mil sirios mandados por Baleg y Thaalaba á refugiarse en Ceuta, desde donde acosados por el hambre imploraron el socorro de sus hermanos de España. Negósele al principio el emir de Córdoba Abdelmelek; y á un piadoso musulman, Zebiad ben Amru, que de su cuenta les envió barcos con provisiones, le hizo arrancar los ojos y ahorcarle entre un cerdo y un perro para ignominia y afrenta y ejemplar escarmiento de los que imitarle pensáran. Mas noticiosos los berberiscos de España de los triunfos de sus hermanos en la Mauri-

tania, revolucionáronse tambien contra el emir, especialmente los de Galicia, y marcharon los unos sobre Toledo, los otros sobre Córdoba. Encerrado por ellos Abdelmelek en esta última ciudad, llamó entonces él mismo á los sirios de Ceuta, y los hizo trasportar á condicion de que habian de reembarcarse cuando él lo creyera oportuno. Baleg, en el apuro en que se hallaba, aceptó todas las condiciones.

Vinieron, pues, los veinte mil sirios á España en una desnudez espantosa. Vestidos y armados que fueron, unidos á los árabes andaluces pelearon con los berberiscos y los derrotaron, vengando el desastre de Masfa. Mas cuando Abdelmelek no tuvo necesidad de ellos y en cumplimiento del tratado quiso hacerlos reembarcar para Africa, negáronse á ello abiertamente, los auxiliares se convirtieron, como de comun acontece, en enemigos, pusiéronse sobre Córdoba, apoderáronse de Abdelmelek, y no olvidando Baleg su primera negativa de socorro, sin respeto á la blanca cabellera del anciano emir, impúsole el castigo que él habia ejecutado en Zehiad, hízole ahorcar entre un perro y un cerdo. Así los sirios se trocaron de miserables aventureros en señores de España, y aclamaron emir á su gefe Baleg (entre los años 742 y 743). No sufrieron los árabes andaluces que unos estrangeros les pusieran así la ley, y se revolucionaron. Tambien Thaalaba, segundo gefe de los sirios, se negó á reconocer la eleccion de Baleg. La más completa anar-

sion y anarquía se declaró en los ejércitos musulmanes. Vino á aumentar la confusion y el desórden el walí de Narbona Abderrahman ben Alkamah, uno de los árabes más ilustres, que á la cabeza de un gran número de descontentos acudió desde la Septimania á medir sus fuerzas con Baleg. Encontráronse los walíes en los campos de Calatrava (Calat Rabba), batiéronse cuerpo á cuerpo, la lanza de Abderrahman atravesó el cuerpo de Baleg, derrotó su hueste y fué apellidado *al Mansur* (el victorioso). Reunió Thaalaba los restos del ejército sirio, se apoderó de Mérida (743), pasó á Córdoba y se hizo proclamar emir. Tal era el estado de desconcierto del imperio muslímico en la Galia, en Africa y en España [1].

Por su parte los cristianos del Norte, gallegos, cántabros, vascones y euskaros, mal sujetos á la dominacion sarracena, apoyados los unos en sus vecinos de Aquitania, alentados los otros con el ejemplo de los asturianos, y animados todos con las discordias en que se destrozaban las razas y bandos del pueblo muslímico, hacian esfuerzos ó por defender ó por rescatar su independencia, y aunque sin concierto todavía ni combinacion, comenzaban á entenderse, porque los impulsaba un mismo pensamiento, los unia un mismo peligro, un mismo ódio al estrangero, una misma fé.

(1) Isid. Pacens. Chron. n. 63 sig.—Ben Alabar de Valencia, en y sig.—Conde, part. I., cap. 29 y Casiri, tom. 2.

Conoció Alfonso de Asturias todo el partido que de este concurso de circunstancias podia sacar, y resolvióse á levantar el pendon de la conquista y á ensanchar los reducidos límites de su reino, saliendo de los atrincheramientos rústicos á que estaba concretado. Compartió el mando de las tropas de la fé con su hermano Fruela, y con animoso corazon franqueó las montañas que dividen las Astúrias de Galicia (742). O mal guarnecido, ó abandonado entonces acaso este país por los sarracenos disidentes, Lugo vió con alegría ondear en su recinto el estandarte de los cristianos; Orense y Tuy recibieron con júbilo las bandas libertadoras de la fé; las ciudades de la Lusitania, Braga, Flavia, Viseo, Chaves, acogian con entusiasmo á sus hermanos de Asturias. Lástima grande que las crónicas no nos hayan relatado sino en conjunto la série de las conquistas ejecutadas por el esforzado Alfonso, ni fijado con exactitud el órden de las excursiones, ni dado noticia cierta de las dificultades con que hubo de tener que luchar en su atrevida cruzada. Refiérennos en globo haber tomado, además de las espresadas ciudades, las de Ledesma, Salamanca, Zamora, Astorga, Leon, Simancas, Avila, Segovia, Sepúlveda, Osma, Saldaña, Auca, Clunia y otras muchas de los territorios de Cantabria, Vizcaya, Alava, hasta el Bidasoa y los confines de Aragon, llevando sus armas victoriosas desde el Occéano Occidental hasta los Pirineos, y desde el Cantá-

brico hasta las sierras de Guadarrama y últimos términos de los Campos Góticos que taló y yermó [1], recorriendo con sus triunfantes pendones una cuarta parte de la Península.

Suponemos que haria en diferentes años estas rápidas y gloriosas escursiones, las cuales por otra parte no podian ser conquistas permanentes: antes bien la devastacion y el incendio iban señalando las huellas de la marcha de Alfonso. Los campos eran talados, desmanteladas las poblaciones, las guarniciones sarracenas degolladas, los hijos y mujeres de los vencidos llevados como esclavos, los cristianos mismos recogidos para poblar con ellos las comarcas de Cantabria, Alava y Vizcaya, menos expuestas á la invasion de los musulmanes. Solo conservó y fortificó las ciudades de las montañas limítrofes á sus antiguos estados, las que se prometia poder conservar. Leon y Astorga eran de este número. Un historiador arábigo describe así las expediciones de Alfonso: «Entonces «vino Adefuns, el *terrible*, el *matador de hombres*, el «*hijo de la espada*: tomó ciudades y castillos, y nadie «osaba hacerle frente; mil y mil musulmanes sufrie«ron por él el martirio de la espada; quemaba casas «y campiñas, y no habia tratados con él [2].» Ater-

(1) Campos quos dicunt ghoticos usque ad flumen Dorium cremavit. Chron. Albeld., n. 52. Los *Campos Góticos* se estendian entre el Duero, el Esla, el Pisuerga y el Carrion. Hoy se llama este pais *Tierra de Campos*, y pertenece á Castilla la Vieja.

(2) El Laghi, citado por Faustino Borbon, *Cartas*, p. 176.

raban á los árabes aquellos rudos montañeses, con sus largas cabelleras, sus groseras mallas de hierro, armados de hondas, del dardo ibero, del puñal cántabro, de horquillas de dos puntas, de aguzados chuzos y de cortas y cortantes guadañas, precipitándose de las sierras sobre los valles y campiñas.

En las poblaciones que conservaba, iba Alfonso restableciendo el culto católico, reponiendo obispos, restaurando ó erigiendo templos y dotando iglesias, lo cual le valió el dictado de *Católico*, que siglos adelante habia de aplicarse á otro rey de España para seguir siendo apelativo de honor de los monarcas españoles. Para defensa y seguridad de las fronteras, en las quebradas y en los lugares más enriscados de las breñas y montes iba tambien erigiendo fortalezas y castillos, *Castella*, de donde más adelante habian de tomar su nombre dos provincias de España. Así empleó Alfonso los 18 años de su reinado, de modo que á su muerte, acaecida en 756, el reino de Asturias se estendia, aunque inseguramente y sin solidez, por toda la ramificacion de los Pirineos desde Galicia y la Cantabria hasta la Vasconia. Murió Alfonso en Cangas, y sus restos mortales fueron sepultados en el monasterio de Santa María de Covadonga que él habia fundado, donde fueron tambien trasladados los de Pelayo. Las crónicas cristianas cuentan los milagros que señalaron sus últimos momentos, y dicen que en su entierro se oyó á los ángeles cantar en armonio-

sos coros el salmo: *Ecce quomodo tollitur justus* (1).

Grandemente habia favorecido al éxito de las correrías militares de Alfonso el anárquico estado en que los musulmanes continuaban, no más lisongero que el que anteriormente hemos descrito. Cierto que en Africa el emir Hantala habia logrado vencer y sujetar, momentáneamente al menos, la raza indomable de los berberiscos. Pero la idea de descargar el suelo africano de esta gente feroz y desalmada trasplantándola á nuestra Península vino á aumentar los elementos de discordia que ya pululaban en ella. Quince mil *magrebinos* fueron trasportados á España al mando del emir Hussan ben Dirhar, llamado tambien Abulkatar. Llegaron estos africanos á dar vista á Córdoba á tiempo que Thaalaba iba á degollar en las afueras de esta ciudad mil prisioneros berberiscos. Preparábase una inmensa muchedumbre á presenciar el horrible suplicio de aquellos infelices, cuando entre nubes de polvo se divisaron banderolas y turbantes y el brillo de fulgentes armas. A la llegada de Abulkatar se suspendió la sangrienta ejecucion; los que iban á ser sacrificados fueron puestos en libertad, ordenó Abulkatar la prision de Thaalaba, y encadenado le envió á África á disposicion del emir (744).

Deseoso Abulkatar de poner término á las escisiones en que se depedazaban las diversas razas de los

(1) Sebast. Salmant., n. 15.—Silens. 26.—Chron. Ovet., p. 65.

musulmanes españoles, é informado de que una de las causas más fuertes de las discordias era la reparticion de tierras, aspirando todos á poseer las fértiles campiñas de Andalucía, y principalmente los árabes y sirios que se creian con derecho de preferencia en la reparticion, como lo eran en la gerarquía religiosa, quiso por un medio ingenioso cortar todas las disputas, acallar todas las pasiones y contentar todas las voluntades, haciendo una nueva y general distribucion de territorios, señalando á cada tribu aquellas tierras ó comarcas que más se asemejasen á su pais natal, y cuyo suelo y clima les suscitase más dulces recuerdos de su patria. Así á los de la Palestina les señaló el pais montuoso de Ronda, Algeciras y Medina Sidonia, que podian recordarles su Líbano y su Carmelo; los que habian pastoreado en las márgenes del Jordan estableciéronse en Archidona y Málaga, á orillas del Guadalhorce, que corre como el Jordan entre pintorescos valles: asentáronse los de Kinserina en tierra de Jaen; algunos persas se quedaron en Loja; los de Wacita en los alrededores de Cabra; los del Yemen y Egipto obtuvieron las comarcas de Sevilla, de Ubeda, Baza y Guadix; á otros egipcios les fué designada la tierra de Osonoba y Beja; los de Damasco no hallaron pais ni cielo que les representára mejor los jardines y verjeles que rodeaban la córte de sus Califas, que las márgenes del Genil y la vega de Garnathah y de Elvira, y adoptaron por nueva patria el pais de Grana-

da: á los árabes de Palmira les fueron señaladas las campiñas de Murcia y las comarcas orientales de Almería, que formaban la tierra de Tadmir. Por algun tiempo llamaron á Elvira *Damasco*, á Málaga *Arden* á Jaen *Kinserina*, á Murcia *Palmira*, *Palestina* á Medina Sidonia, y así á las demas (1).

Estas adjudicaciones no se hicieron sin perjuicio de los cristianos, saliendo entre ellos el más lastimado en sus intereses el godo Atanaildo, que por muerte de Teodorico obtenia el señorío de la tierra de Murcia. Impúsole Abulkatar fuertes tributos para el mantenimiento de los nuevos colonos, ó creyéndose ó suponiéndose desobligado el emir de guardar los convenios y estipulaciones ajustadas entre Teodomiro y Abdelaziz. Así fué desapareciendo aquel estado que el valor de Teodomiro habia sabido conservar enclavado entre los dominios musulmanes, sin que de él vuelva á hacer mencion la historia (2).

Lo que se hizo para traer las tribus á una concordia vino á ser causa de disturbios mayores. Samail, jóven sirio de ilustre cuna, pero de genio inquieto y díscolo, práctico en el ejercicio de las armas y astuto para tramar conspiraciones, alzó el estandarte de la rebelion so pretesto de que la tribu del Yemen, á que pertenecia Abulkatar, habia sido la mas favore-

(1) Xerif Aledris., Geogr.—Ben Alabar, Cassiri, tom. 2.—Conde, cap. 33.—Al Kattib de Granada, part. 1.

(2) Segun el Pacense, le exigió 27,000 sueldos. Chron., n. 39.

cida en la distribucion de los lotes. Adhirióseie Thueba ben Salemi, aunque yemenita, y juntos declararon una guerra cruel á Abulkatar y á las tribus de su partido. Nada puede dar mejor idea del estremado encono á que se dejaron llevar en esta guerra aquellas razas vengativas que la descripcion que hace un historiador arábigo de las batallas que se dieron cerca de Córdoba. «Fué (dice) como un duelo caballeresco «entre dos ejércitos de quince á veinte mil hombres «cada uno... No hubo lanza que no se rompiera, y «los caballos heridos y sofocados por el calor, ni obe«decian ya al freno ni podian moverse: echaron los «ginetes pié á tierra, y arremetiéronse espada en «mano.... la mayor parte rompieron tambien sus ace«ros, pero no por eso dejaban de combatir, los unos «con el pedazo de alfange que en la mano les queda«ba, los otros hasta con puñados de arena y de guijo. «Los que no hallaban con que herirse se abrazaban «cuerpo á cuerpo, se asian por la garganta, por los «cabellos, luchando, haciéndose rodar por el polvo, «sobre los cuerpos de los heridos, de los moribun«dos, de los muertos. Hácia el medio dia la victoria «estaba indecisa, faltaban ya á todos las fuerzas..... «cuando de repente vienen de Córdoba algunos cen«tenares de hombres á mezclarse en la pelea. No eran «guerrerros, era un populacho tumultuoso de artesa«nos, de ganapanes, de carniceros, ávidos de san«gre, armados de lanzas ó de espadas, de hachas,

«de palos, de cuchillos ó de piedras.... que en otra «ocasion no hubieran excitado sino risa, pero que en «la crisis en que la lucha se hallaba no tuvieron que «hacer sino ó prender ó degollar.... (1).»

Alzóse Thueba de resultas de esta batalla con el poder soberano de la Península: recompensó á Samail dándole el emirato independiente de Zaragoza y de la España Oriental, pero los walíes de Toledo y de Mérida se negaron á obedecer al usurpador. Así se fraccionaba ya en pedazos el imperio fundado por Muza y Tarik. La anarquía, el desórden y la inseguridad eran tales, que hasta los labradores y pastores tenian que defender con las armas sus propiedades y ganados. Era esto en ocasion que Alfonso de Asturias paseaba los estandartes cristianos desde la Lusitania hasta la Vasconia. Aprovechábase bien Alfonso del desconcierto de los musulmanes. En tan angustiosa situacion las diferentes razas de árabes, sirios, egipcios, persas, yemenitas y berberiscos, por un natural instinto de conservacion acordaron dar una tregua á sus rivalidades y reunir todas las fuerzas del Islam bajo la autoridad única y central de un emir. Congregáronse los más nobles jeques en Córdoba en una especie de asamblea general de los estados musulmanes, y conviniendo en la necesidad de elegir un gefe bastante enérgico que administrára justicia

(1) Manuscrito árabe de la Biblioteca Real de Paris, citado por Fauriel, tom. III.

por igual y los sacára á todos de aquel estado de anarquía, recayó la eleccion en Yussuf ben Abderrahman el Fehri, noble coraixita y caudillo acreditado, que habia sabido mantenerse estraño á todos los partidos, siendo por esta razon recibido su nombramiento con aplauso y contentamiento universal (746).

Dedicóse Yussuf á escuchar y satisfacer las quejas de los pueblos; arregló la administracion, reformó la estadística, destituyó á los malos gobernadores, consagró la tercera parte de las rentas de cada provincia á la construccion de mezquitas y á la reparacion de puentes y caminos, y dividió la España muslímica en cinco grandes provincias ó emiratos, cuyas capitales eran: Córdoba, Toledo, Mérida, Zaragoza y Narbona. De hecho el emir de España obraba ya con independencia del Califa de Damasco, ó era por lo menos una dependencia casi nominal. De ello se valió el ambicioso Ahmer ben Amru, walí de Sevilla, para intrigar con el Califa contra Yussuf y Samail, á quienes aborrecia mortalmente. Descubrióse la intriga por una carta que les fué interceptada. Yussuf y Samail trataron de deshacerse de Ahmer y no pudieron lograrlo (753). Nuevas guerras civiles volvieron á ensangrentar los campos de la España musulmana, porque le fué fácil á Ahmer indisponer de nuevo á las siempre rivales y jamás bien unidas tribus. Pelearon, pues, otra vez encarnizadamente árabes, sirios, egip-

cios y mauritanos, y guerrearon entre sí los emires y walíes de Córdoba, Zaragoza y Toledo. Toda la España ardia en guerras civiles: todos sufrian: era un estado insoportable. Veremos cómo el mismo exceso del mal les inspiró el remedio.

CAPÍTULO IV.

LOS OMMIADAS DE CÓRDOBA.

DE 756 Á 774.

Revolucion en Oriente.—Cambio de dinastía en el califato de Damasco.—Los Omeyas.—Los Abassidas.—Horrible esterminio de la familia destronada.—Aventuras del jóven Abderrahman el Beni Omeya.—Acuérdase la fundacion de un imperio independiente en España.—El proscripto Abderrahman es llamado de los desiertos de Africa para ocupar el trono muslímico español.—Su recibimiento en Andalucía.—Prosiguen las guerras civiles.—Yuscuf y Samail.—Triunfos de Abderrahman.—Los hijos de Yussuf.—Marsilio.—Irrupciones de africanos.—Nuevos triunfos y nuevas contrariedades de Abderrahman.—Sitio de Toledo.—Guerra de las Alpujarras.—Espantosa noche en Sevilla.—Sosiégase la Andalucía.—Considerable fomento y desarrollo que dan á su marina los árabes de España.

«Loado seas, Señor Dios, dueño de los imperios, que das el señorío á quien quieres, y ensalzas á quien quieres, y humillas á quien quieres. En tu mano está el bien y el mal, y tú eres sobre todas las cosas poderoso.» Así esclama un autor arábigo al dar cuenta de la gran revolucion y mudanza que sufrió el imperio muslímico, y que vamos á referir nosotros en el capítulo presente.

No era solamente en Africa y en España, no era solo en estos dos emiratos dependientes de Damasco donde ardia el horno de las guerras civiles, donde lo devoraba todo el fuego de la discordia. Acontecia otro tanto en Siria, en el centro del imperio, en la córte misma de los Califas. Por eso no podian ni reprimir con mano fuerte las revueltas de Africa y España, ni atender al buen gobierno de estas dependencias, ni evitar que se desgarráran en disensiones. Antes bien veian cómo se iban aflojando los lazos de estas provincias con el gobierno central, y cuando los walíes de las ciudades procedian á nombrar su emir de propia autoridad y sin consultar á Damasco, como sucedió con Yussuf en España, la situacion vacilante y débil en que se encontraban los Califas los obligaba á ratificarlo, ya que no podian impedirlo.

Combatido y vacilante traian las contiendas civiles el trono imperial de Damasco, principalmente en los cuatro últimos reinados desde Walid ben Yezid hasta Meruán, todos de la ilustre familia de los Beni-Omeyas, que habia dado catorce Califas al imperio. Meruán veia la marcha que hácia la emancipacion iban llevando las provincias más apartadas. Pero amenazábale todavía otro mayor peligro. La raza de los Abassidas (Beni-Alábas), descendientes de Abbas, tio de Mahoma, y abuelo de Alí, aquel á quien el Profeta habia dado en matrimonio su hija Fátima, aspiraba á suplantar en el trono á los Ommiadas ó descendientes

de Abu Sofiam. Uno de ellos, Abul-Abbas el Seffah, ayudado de su tio Abdallah, y del wazir Abu-Moslema, hombre feroz, tipo de los déspotas de Oriente, á quien no se habia visto reir en su vida, y que se jactaba de haber muerto medio millon de hombres, levantó el negro pendon de los Abassidas contra el estandarte blanco de los Omeyas, en cuyos colores se significaba la irreconciliable enemistad de los dos bandos. Meruân llamó á todos los fieles á la defensa de la antigua dinastía imperial; pero emprendida la guerra, perdió Meruân el trono y la vida en una batalla á manos de Saheh, hermano de Abdallah. Abul-Abbas se sentó en el trono de Damasco. Gran revolucion en el imperio muslímico de Oriente. Ella se hará sentir en España (749).

Horrible y bárbaro furor desplegaron los vencedores contra la familia del monarca destronado. Propusiéronse exterminar hasta el último vástago de la noble estirpe de los Omeyas. Todos los que podian ser habidos eran degollados. Noventa miembros de aquella ilustre raza habian hallado asilo cerca de Abdallah, tio del nuevo Califa; convidóles aquel á un festin en Damasco, como en demostracion de querer poner un término á las discordias. Cuando los convidados aguardaban á los esclavos que habian de servirles á la mesa esquisitos manjares, entraron de tropel en el salon del banquete los verdugos de Abdallah, y arrojándose á una señal suya sobre los

noventa caballeros, apaleáronlos hasta hacerlos caer exánimes. El feroz Abdallah hizo estender una alfombra sobre aquellos cuerpos espirantes, y sentado con los suyos sobre el sangriento lecho, tuvo el bárbaro placer de saborear las delicadas viandas oyendo los gemidos y sintiendo las palpitaciones de sus víctimas. Otro tio de Abul-Abbas hizo degollar á los Ommiadas de Bassorah, y arrojó sus cadáveres á los campos para que los perros y los buitres les dieran sepultura. Falta serenidad y aliento para referir el refinamiento de los suplicios inventados para acabar con la familia y raza de los Omeyas (1).

Solo un tierno vástago de aquella esclarecida estirpe, mancebo de veinte años, ausente de Damasco al tiempo de las ejecuciones, habia logrado salvar su cuello de la tajante cuchilla de los Abassidas. «Bendito sea aquel Señor, vuelve á esclamar aquí el «escritor arábigo, en cuyas manos están los imperios, «que da los reinos, el poderío y la grandeza á quien «quiere.... Estaba escrito en la tabla reservada de los «eternos decretos que á pesar de los Beni-Alabás, y «de sus deseos de acabar con toda la familia de los «Beni-Omeyas, todavía se habia de conservar una «fecunda rama de aquel insigne tronco, que se esta«bleceria en Occidente con floreciente estado.» Era

(1) Abul Feda, Annal. moslem. — D' Herbelot., Bibliotec. Orient. — Conde, part. I., c. 39. — Al Makari, History of the mohamm. dinast. — Roder. Tolet., Hist. Arab.

este jóven Abderrahman ben Moawiah, nieto de Hixem, décimo Califa de los Omeyas. Huyendo este jóven príncipe de la furiosa persecucion de los sacrificadores de su familia, refugióse á Egipto, donde anduvo errante de lugar en lugar, temeroso siempre de ser reconocido. Expiados allí sus pasos, tuvo que pasar al pais de Barca, donde entre aquellas tribus salvajes halló una hospitalidad que le era negada en su patria. Allí el ilustre proscripto, criado en las delicias de la córte y del serrallo, hacia la vida agreste del beduino, manteniéndose de leche y de cebada medio cocida, y abrigándose en un humilde aduar, pero admirando á todos por su agilidad y destreza en el manejo de un caballo, por su conformidad en las privaciones, por el sufrimiento en las fatigas y por la serenidad en los peligros. Un dia llegaron allí los emisarios del Califa con un grueso destacamento de caballería: «¿Está por aquí, preguntaron á los beduinos, Abderrahman el Beni-Omeya?—Aquí ha venido, respondieron, un jóven desconocido que acompaña á la tribu en sus cacerías: hácia aquel valle ha salido con otros jóvenes á la caza de los leones.» Y les señalaron una lejana cañada. Dirigiéronse allí los satélites del Califa, y entretanto avisado Abderrahman pudo fugarse con seis animosos jóvenes del aduar que se brindaron á escoltarle.

Caminaron los siete viageros cruzando montes y collados de arena, oyendo á su paso el rugido de los

leones y el maullido de los tigres, y errando de desierto en desierto llegaron á Tahart, en la Mauritania, capital de la tribu de los zenetas, donde habia nacido Tarik el conquistador de España [1]. La madre de Abderrahman era tambien originaria de aquella tribu. Allí encontró el jóven príncipe su patria. Su desgracia, su amabilidad, su noble continente, interesó á los jeques de aquella rústica tribu, y todos le ofrecieron proteccion. Pero hasta en aquellas apartadas comarcas le perseguia el ódio inextinguible del Califa [2].

Acontecia esto en ocasion que la guerra civil asolaba las más fértiles provincias de nuestra España, cuando Yussuf, Samail y Ben Amrú, y las razas partidarias de cada caudillo traian los pueblos fatigados con sus peleas, y los hacian víctimas de sus rivalidades y particulares enconos. El mismo exceso del mal, decíamos al terminar el anterior capítulo, les inspiró el remedio. Resueltos á oponer un dique al torrente de tantas calamidades, acordaron los ancianos y jeques de todas las tribus celebrar una junta en Córdoba, con objeto de arbitrar un medio de salir de tan angustioso y aflictivo estado. Congregáronse hasta ochenta venerables musulmanes con sus largas y blancas barbas, como por milagro escapados de la

(1) Es tambien el país donde en nuestros dias se estableció, segun Defrance, el célebre Abdelkader. Pertenecia al Algarbe ó Magreb del Mediodía.

(2) Conde, part. II., cap. 1.

muerte en tantas guerras civiles [1]. Convinieron todos en la poca esperanza que habia de poder salvar la España musulmana de los horrores de la anarquía, y en el ningun remedio que podian aguardar de la córte de Damasco, agitada como estaba ella misma y á tan larga distancia de la Península. Ayub el de Emeso propuso como único medio de salvacion elegir un gefe que los gobernára con independencia del imperio de Oriente, y ante el cual todos se inclináran, pues ni ellos ni los pueblos debian ser por más tiempo juguetes de las miserables ambiciones de sus caudillos. ¿Pero dónde hallar un hombre que reuniera tan escelentes dotes como se necesitaban para salvar así la causa del Islam en España? Suspensos estaban todos, hasta que se levantó Wahib ben Zahir, diciendo: «La eleccion de un príncipe no es dudosa: yo os propongo un jóven descendiente de nuestros antepasados Califas, y del linage mismo del Profeta. Proscripto y errante vaga ahora por los desiertos de Africa sin familia ni hogar: pero aunque perseguido y prófugo, es tal su superioridad y su mérito, que hasta los bárbaros le quieren y le veneran. De Abderrahman os hablo, el nieto del Califa Hixem ben Abdelmelek.»

(1) Id., cap. 2. Es la segunda vez que vemos á los musulmanes de España reunirse en asamblea para elegir un gefe que los gobernara. Creemos por lo tanto que se equivocó el ilustrado Roseew-Saint Hilaire, cuando al hablar de la que antes celebraron los jeques de las tribus árabes y egipcias para nombrar á Yussuf dice: «Esta asamblea, única de este género de que hallamos vestigio en los historiadores árabes.......» Histoir. d' Espagn., lib. III., c. 3.

Aprobaron todos los jeques el pensamiento, y acordó la asamblea que Theman y Wahib pasasen en comision á Africa á ofrecer en su nombre al fugitivo huérfano Beni-Omeya un trono independiente en la Península española. Partieron los emisarios, y los demás quedaron preparando los ánimos para el buen éxito de la importante resolucion acordada en la asamblea (1).

Mientras los comisionados desempeñaban su encargo cerca del príncipe sirio, á quien hallaron en un pobre aduar de la tribu de los zenetas, Yussuf, vencedor en Aragon del rebelde Amrú, despues de haber tenido á éste, con su hijo y su sagaz secretario el Zohiri, encarcelados en Zaragoza, habíalos conducido á Toledo en camellos y con cadenas. Descansado que hubo algunos dias en aquella ciudad, partia para Córdoba con los caudillos de Andalucía, cuando una tarde, reposando con su familia en un ameno y frondoso valle del camino, llegaron dos mensageros anunciándole que los pueblos de tierra de Elvira estaban esperando con ansia la llegada de un príncipe Ommiada, á quien habian ofrecido el gobierno de España, y que era universal el levantamiento y entusiasmo por aquel príncipe. Indignado con esta nueva Yussuf, descargó su cólera y rabia sobre los infelices prisioneros, mandándoles despedazar en el acto. El emisario no le

(1) Conde, cap. 8.

habia engañado. En aquellos momentos el príncipe Abderrahman con viento propicio verificaba su tránsito de las costas de Argel á las playas de Almuñecar. Agolpáronse los pueblos á recibir al ilustre vástago de los Beni-Omeyas, llamado del desierto para ocupar el trono de España (7*5), Acompañábanle sobre mil ginetes de la tribu africana que le habia dado asilo. No bien puso sus plantas en tierra española el jóven príncipe, la muchedumbre le victoreó con frenético entusiasmo: los jeques y caudillos de las tribus sirias y egipcias saludáronle con júbilo y rindiéronle homenage. La gallarda presencia del jóven, que entonces contaba veinte y cinco años, su talle esbelto y varonil, su dulce mirada y graciosa sonrisa, todo contribuia á aumentar la satisfaccion y á realzar la idea que les habian hecho formar de la gentileza del deseado príncipe. Escoltado por sus fieles zenetas, y seguido de una inmensa comitiva, atravesó la Alpujarra y llegó á Elvira incorporándosele en el camino voluntarios de todas las partes de Andalucía. Toda su marcha fué una verdadera ovacion. Cuando llegó á Sevilla llevaba ya veinte mil hombres armados, y la ciudad le dispuso una entrada triunfal. Jamás príncipe alguno fué más sinceramente aclamado. «Dios ensalce á Abderrahman ben Moawiah,» era el grito que resonaba por todas partes.

Súpolo todo Yussuf el Febri, y escusado es decir el enojo y desesperacion que le causaria. Dió órden á

su hijo para que defendiese la ciudad y comarca de Córdoba, mientras él y Samail allegaban gente en las demás partes, y ponian en movimiento las tribus amigas de Mérida, Toledo, Valencia y Murcia. Pero la suerte habia abandonado á los caudillos que con sus rivalidades habian manchado de sangre el suelo de España, y puéstose del lado del que aparecia en ella como el iris de paz en medio de tantas tormentas, y que habia de brillar despues como un sol en despejado horizonte. El jóven Abderrahman batió al hijo de Yussuf que le habia salido al encuentro, y le obligó á encerrarse en Córdoba. Adelantábanse en tanto Yussuf y Samail con numerosas huestes, confiados en vencer fácilmente á un jóven inesperto y bisoño. Pero Abderrahman, dejando en el cerco de Córdoba diez mil infantes, salió con otros tantos caballos al encuentro de los dos orgullosos caudillos: á pesar de la inferioridad y desproporcion numérica, embistió Abderrahman con tal ímpetu, que no hubo filas que resistieran las lanzas de sus fogosos escuadrones: los dos ejércitos combinados quedaron deshechos. Yussuf no paró hasta la Lusitania; Samail con las reliquias de su gente se retiró hácia Murcia; el hijo de Yussuf salió con sus tropas desalentadas camino de Mérida, y Córdoba abrió sus puertas al vencedor.

De esta manera quedó en poder de Abderrahman la ciudad que habia de ser asiento y silla de su imperio. Y aunque todavía para asegurar su naciente

trono tuvo que luchar contra recios huracanes, quedó por decirlo así instalado el imperio árabe español, independiente de Asia y Africa, empezando la dinastía de los Califas árabes españoles con el último y único vástago de la familia de los Beni-Omeyas, que por tantos años habia tenido el califato de Damasco.

Dióse pocos dias de reposo Abderrahman en Córdoba. Salió luego para Mérida con la mayor parte de su ejército. Las ciudades le abrian sus puertas como á un libertador, y los jeques se le presentaban á rendirle homenage. Mas noticioso el hábil Yussuf de la escasa guarnicion que en Córdoba habia dejado, dirigióse rápidamente á esta ciudad por desusadas sendas, como práctico que era ya en el país, y apoderóse de ella por un atrevido golpe de mano. Avisado de ello Abderrahman, retrocedió con no menor precipitacion, si bien Yussuf, no teniendo valor para esperarle en la ciudad, habíase corrido ya con su hueste, reunida otra vez á la de Samail, hácia tierra de Elvira. Allí los siguió el intrépido sirio, y acosándolos por entre los desfiladeros de la Alpujarra, dióles alcance en Almuñecar (*Hins Almunecab*, fortaleza de las lomas), teatro de las primeras glorias de Abderrahman. Empeñóse allí otra más brava y tenaz pelea, en que la fortuna favoreció segunda vez las armas del ilustre descendiente de los Califas. Retiráronse á Elvira los vencidos, y parapetáronse al abrigo de la

villa de los Judíos (756). La poca gente que á Samail quedaba, el prestigio que veia ir ganando al jóven Ommiada, la idea que este último golpe le habia hecho formar de las altas prendas militares del ilustre emir, todo le movió á proponer á su compañero Yussuf el venir á una avenencia y transaccion con el afortunado vencedor de Córdoba y de Almuñecar. Accedió á ello Yussuf aunque con repugnancia. Deseaba tambien Abderrahman poner término á tan sangrienta guerra, y estipuláronse los tratos. Mostróse en ellos Abderrahman tan generoso, que queriendo premiar á Samail por la parte que habia tenido en la sumision de Yussuf, le dejó el gobierno de la España Oriental. A Yussuf ofreció completo olvido de lo pasado, y éste por su parte hizo entrega de las fortalezas de Elvira y la Alpujarra. Tremoló, pues, el pendon blanco de los Ommiadas en todas las fortificaciones de las márgenes del Darro y del Genil, y los sometidos pasaron á tierra de Murcia, donde los hijos de Yussuf, más tenaces aun que su padre, no dejaron de conspirar y atizar de nuevo la guerra.

Terminada esta campaña, procedió el jóven emir (1) á visitar algunas provincias y ciudades prin-

(1) Aunque el objeto habia sido hacer de España un imperio muslímico independiente, los primeros soberanos Ommiadas de Córdoba solo tomaron el modesto título de *Emires*: y aunque no usaron hasta más adelante el de *Califas*, comunmente se los nombra en las historias arábigas y cristianas desde Abderrahman I. ó Califas ó reyes ó emperadores. Nosotros, hecha esta salvedad, emplearemos tambien cualquiera de estas denominaciones generalmente adoptadas.

cipales, entre ellas Mérida, donde entró con gran pompa á la cabeza de sus fieles y distinguidos zenetas. Paseó la ciudad á caballo entre las aclamaciones de una multitud encantada de su amabilidad, gentileza y gallardía: él por su parte tuvo todavía ocasion de admirar los magníficos restos de la famosa Emérita de Augusto: trató con su genial dulzura á musulmanes y cristianos, y recibió allí los enviados de las ciudades de Estremadura y Lusitania que iban á ofrecerle sus respetos. Recorrió despues algunas comarcas de los Algarbes, y regresó apresuradamente á Córdoba, con motivo del estado crítico de la sultana Howara, que á los pocos dias le dió felizmente un hijo. Entonces, contando ya más asegurado el trono (757), decidióse á hacer la capital del emirato asiento y córte del nuevo imperio. Las horas que los negocios del Estado le dejaban libre, entreteníalas agradablemente en los bellos jardines de Córdoba que le recordaban con placer los de su amada Siria. Para que fuese más vivo el recuerdo, plantó con su mano aquella esbelta palma que tan célebre se hizo en los anales de la España musulmana. En otro lugar hemos observado la singular circunstancia de haber sido plantada la reina de las selvas orientales por la mano de un árabe ilustre en los mismos sitios en que ocho siglos antes habia crecido el famoso plátano puesto por el más ilustre de los capitanes romanos. Los jardines de Córdoba eran testigos de estas grandes revo-

luciones de los tiempos; un mismo recinto veia sucederse una planta á otra planta, un héroe á otro héroe, y un imperio á otro imperio. Pero César era guerrero é historiador, y su plátano tuvo que celebrarle un poeta de España; Abderrahman era guerrero y poeta, y él mismo compuso á su palma aquella célebre y tierna balada que los árabes repetian de memoria, y que revela toda la dulzura de sentimientos del jóven príncipe Ommiada:

Tú tambien, insigne palma,—eres aquí forastera;
De Algarbe las dulces auras—tu pompa halagan y besan:
En fecundo suelo arraigas,—y al cielo tu cima elevas,
Tristes lágrimas lloráras—si cual yo sentir pudieras;
Tú no sientes contratiempos,—como yo, de suerte aviesa:
A mí de pena y dolor—continuas lluvias me anegan:
Con mis lágrimas regué—las palmas que el Forat (1) riega;
Pero las palmas y el rio—se olvidaron de mis penas,
Cuando mis infaustos hados—y de Alabas la fiereza
Me forzaron á dejar—del alma las dulces prendas.
A tí de mi patria amada—ningun recuerdo te queda:
Pero yo triste no puedo—dejar de llorar por ella (2).

A invitacion de Abderrahman vinieron á España muchos personages ilustres de los que por adictos á la causa de los Beni-Omeyas andaban proscriptos y errantes por Siria, Egipto y Africa, que fueron los

(1) El-Eufrates.
(2) Traduccion de Conde. En este género de metro, el más usado en la poesía árabe, cada uno de los versos, divididos por dos hemistiquios, equivale á dos de los de nuestros romances.

troncos de otras tantas familias nobles en España. A todos los honró y distinguió el nuevo soberano, y á Moavia ben Salehi que de su órden habia ido á ofrecer una nueva patria á aquellos desterrados ilustres, le nombró *Cadí de los Cadíes* ó juez superior del nuevo imperio.

Poco tiempo gozó Abderrahman las dulzuras de sus pacíficos entretenimientos. El tenaz y nunca escarmentado Yussuf, faltando á los compromisos de Elvira, habia alzado de nuevo banderas contra el emir, llamándole el *adaghel* (el aventurero, el intruso), y proclamándose emir legítimo de España. Dió Abderrahman el encargo de perseguirle al walí de Sevilla Abdelmelek ben Omar, el famoso *Marsilio* de las crónicas cristianas y de los romances moriscos [1], que pronto recobró las plazas de que Yussuf se habia apoderado Alcanzándole despues en los campos de Lorca, la hueste rebelde fué acuchillada, y el mismo Yussuf se encontró entre los cadáveres acribillado de heridas. Su cabeza fué enviada al emir, que la hizo clavar á una de las puertas de los muros de Córdoba. Así acabó el valeroso y tenaz Yussuf el Fehri (759). Su antiguo compañero Samail que gobernaba el oriente de España renunció el mando de su provincia y se

(1) Contraccion sin duda de *Omaris filius*, como llamarian los cristianos á *Ben Omar*, y despues por corrupcion *Marsilius* y *Marsilio*. Es el célebre personage mencionado en los romances de Carlo-Magno, en los cantos de Ariosto, y en la escena del retablo de Maese Pedro en el Quijote.

retiró á vivir tranquilamente en su casa de Sigüenza.

¿Pero acabaron con esto las conspiraciones y las revueltas entre los dominadores musulmanes? Condenado estaba el buen Abderrahman á no gozar momento de descanso en el trono como no le habia gozado en el destierro. Jamás imperio alguno habia sido más espontáneamente ofrecido: ninguno habia de ser á costa de más fatigas consolidado. Carácter era de aquellas gentes no renunciar nunca á los ódios de tribu y de familia, trasmitirse el encono de generacion en generacion y no extinguirse nunca. Los hijos de Yussuf se encargaron de continuar la obra de su padre, y la bandera de la rebelion se alzaba alternativamente en la España Central y Meridional, ó en todas partes á un tiempo. Ni porque el mayor de los tres, Abderrahman, fuera cogido y su cabeza enviada á adornar la muralla de Córdoba al lado de la de su padre; ni porque al segundo, Abul Amad, prisionero á su vez le fuera generosamente perdonada la vida; ni porque el tercero, Cassim, vencido en Sevilla y Algeciras, hallára todavía indulgencia en el magnánimo corazon de Abderrahman, que se contentaba con enviarle á una prision de Toledo, nada bastaba á escarmentar aquella familia aviesa é incorregible; y escapados de una prision ó sacados de ella por sus parciales, volvian á hacer armas y á conmover el imperio, y costábale á Abderrahman el sujetarlos ó largos cercos ó sangrientas batallas. Llegó el emir á ar-



repentirse de su clemencia, y el mismo Samail, cuando retirado en su casa de Sigüenza acaso no se acordaba de conspirar, hízosele sospechoso, y arrancado de su retiro y llevado á Toledo, murió al poco tiempo en un calabozo (761).

Otras contrariedades y reveses sufria entretanto por otra parte el imperio muslímico español. Narbona, aquella célebre capital de la Septimania gótica y de la Septimania árabe, caia, al cabo de cuarenta años de dominacion musulmana, en poder de Pepino, hijo de Cárlos Martéll, que llevaba siete años presiguiendo activamente la obra de su padre. Despues de un largo asedio sucumbió aquel postrer baluarte de los mahometanos en la Galia, y la guarnicion sarracena pereció al filo de las espadas de los feroces y sanguinarios francos. Si de España habia intentado algun caudillo ismaelita llevar socorros á sus hermanos de Narbona, habia sido destrozado en el Pirineo de la España Oriental; que ya los cristianos de Cataluña se atrevian á ejemplo de los de Asturias, la Cantabria y la Vasconia, á caer sobre los infieles desde los desfiladeros de sus montañas.

Abderrahman estaba destinado á no reposar. Los Abassidas de Oriente, los mortales enemigos de su estirpe, no le tenian tampoco olvidado. Era imposible que vieran con indiferencia á un vástago de la raza proscripta fundar un imperio en Occidente. El Califa Almanser, sucesor de Abulabbas, que habia trasla-

dado la silla del imperio á Bagdad, envió á las costas de Andalucía con poderosa hueste al walí de Cairvan Alí ben Mogueitz, que comenzó á recorrer el país excitando la insurreccion contra Abderrahman el intruso, el usurpador, el maldecido, y proclamando al Abassida Almansur Califa de Oriente y de Occidente (763). Encendióse con esto en Toledo la llama de la rebelion mal apagada. Cada dia se allegaban nuevos rebeldes en derredor del estandarte negro de los Abassidas. Pero no amilanó esta nueva tormenta al ilustre y valeroso Ommiada, cuyo destino era pelear y vencer, estar siempre venciendo, pero siempre é incesantemente peleando. Encontráronse ambas huestes entre Badajoz y Sevilla. Siete mil abassidas quedaron en el campo. Pereció Alí entre ellos: algunos grupos de fugitivos pudieron ganar la Serranía de Ronda. Al poco tiempo de esta batalla, una mañana amaneció en la plaza pública de Cairvan un trofeo sangriento. Sobre una columna ó poste se veia clavada una cabeza humana junto con algunos truncados miembros. Encima habia un rótulo que decia: *Así castiga Abderrahman ben Moavia ben Omeya á los temerarios como Alí ben Mogueitz, walí de Cairvan.* Eran la cabeza y miembros de Alí que el vencedor habia hecho trasportar secretamente á la capital del emirato africano. Muy irritado debia estar Abderrahman para cometer un acto de tan ruda ferocidad, habiéndose hasta entonces distinguido tanto por lo humanitario y lo cle-

mente. ¡Cuánto endurece la guerra los corazones más propensos á la piedad [1]!

Lo peor fué que ni por eso terminaron las rebeliones. El viejo Hixem ben Adra, obstinado en sostener la doble causa de los Abassidas y de los Fehries, sorprendió á Sevilla, la saqueó y corrió á encerrarse en Medina Sidonia, donde se habian reunido todos los caudillos facciosos. El célebre *Marsilio* fué sobre ellos, y de tal manera los apretó, que no les quedaba otra alternativa que capitular ó romper la línea enemiga erizada de lanzas. Adoptaron este último partido, y en una noche tenebrosa hicieron una arremetida súbita por dos diferenoes puertas de la ciudad, logrando muchos de ellos ganar los riscos de la Serranía de Ronda. Hixem, menos afortunado y más viejo, habiendo tenido la desgracia de que su caballo tropezase, cayó en poder del terrible Marsilio, el cual temiendo que la escesiva bondad de Abderrahman le hiciese todavía gracia de la vida, le cortó inmediatamente la cabeza y se la envió al emir en señal de la victoria, segun costumbre. Medina Sidonia abrió las puertas al vencedor Marsilio (765).

Pero el ilustre Ommiada, despues de haber corrido por Egipto y Africa todos los azares, todas las vicisitudes de un proscripto, semejábase en Es-

(1) Añaden que el Califa exclamó con este motivo: «Este hombre es el mismo Eblis (*Satanás*). ¡Loado sea Dios que ha puesto un mar entre él y yo!»

paña á un bajel lanzado en medio del Océano y contra el cual el dios de los mares parecia complacerse en conjurar todos los elementos y en levantar una tras otra cien deshechas borrascas. Así fué que los rebeldes escapados de Medina Sidonia, abrigados en las fragosidades y riscos de las ásperas sierras de Ronda y de la Alpujarra, no contentos con hacer desde aquellas breñas una guerra de pillage, enviaron á Africa á invitar para que viniese á capitanearlos al jóven Abdel-Gafir, walí de Mequinez (Meknasah), que se jactaba de descender de Fátima, la hija del Profeta, y cuyo pujante brazo, preclaro linage, y brillantes virtudes ponderaban los rebeldes de España diciendo á los de Elvira: «ahora vendrá un caballero de fuerte brazo, descendiente del Profeta, que derribará del trono al usurpador y al intruso.» Halagó á Abdel-Gafir una invitacion que no esperaba, y que lisonjeaba grandemente su génio y carácter aventurero, y reclutando porcion de moros, dispúsose á venir á España. En vano Abderrahman quiso activar la guerra contra los fieros alpujarreños, en vano puso á pregon las cabezas de los caudillos rebeldes, en vano envió naves de guerra que protegiesen las costas de Málaga y Almería: el atrevido walí de Mequinez no por eso dejó de desembarcar junto á Almuñécar, y tremolando el negro pendon de los Abassidas, á que unió el verde de los Fatimitas, que era el suyo propio, é incorporado á los insolentes guerrilleros de

aquellas sierras, comenzó por de pronto una campaña de depredacion, aunque limitándose á algunas ligeras excursiones y sin osar internarse demasiado en la tierra llana.

Por entonces el walí de Elvira Ased El Schebani, cuya larga permanencia en aquella ciudad le habia dado ocasion de conocer el génio indomable y fiero de los montañeses de aquellas sierras, no considerando á Elvira susceptible por su posicion de la conveniente defensa contra los ataques de los turbulentos alpujarreños, determinó fortificarse en lugar más oportuno, y comenzó á ceñir de sólidos muros y espesos torreones las inmediatas colinas de *Garnathah*, la ciudad de los Judíos, desde cuya altura podia dominar y explorar de un solo golpe de vista toda la comarca, abundante por otra parte de aguas y de víveres. Entonces fué cuando echó los cimientos del castillo que con el nombre de Alcazaba se conoce hoy todavía en Granada y forma parte de la ciudad (1). Pero Ased no pudo ver concluida su obra, porque encargado por Abderrahman de perseguir los rebeldes del distrito, despues de atacarlos briosamente á la cabeza de sus tropas y arrojarlos de sus posiciones, cayó mortalmente herido de una lanzada, y falleció luego en Elvira. Grandemente sintió el emir la muerte de su fiel Ased, y nombró en su lugar á

(1) Conde, part. II., c. 18.—Mármol, Rebel. de los morisc., lib. I.

un caballero sirio llamado Abdel-Salem ben Ibrahim, el cual tenia doce hijos que todos llevaban las armas en favor de Abderrahman. Ufanos los rebeldes de Sierra Elvira con la muerte del walí, y protegidos por nuevos moros venidos de Africa, reunidos todos bajo las órdenes de Abdel-Gafir, plagaron la Serranía de Ronda, y con contínuos amagos y rebatos nocturnos trabajaban los distritos de Arcos y Osuna, si bien contenidos por la gente de Ecija, de Sevilla y de Carmona, que los hacian replegar á sus montuosas guaridas (766).

Otros cuidados embargaban al propio tiempo á Abderrahman. Los rebeldes de Toledo, sitiados tres años hacía, estábanlo tan flojamente, que mas bien que cerco parecia ser una tregua ó convenio tácito entre sitiadores y sitiados de guardar cada cual sus posiciones sin hostilizarse. Tal estado de cosas no podia convenir á Abderrahman, y menos en las circunstancias en que se hallaba; y así encargó al activo Teman ben Alkama que partiese á estrechar el sitio y apresurar la rendicion de la ciudad. La presencia de Teman cambió la inercia en movimiento y la apatía en actividad. Al ver sus enérgicas disposiciones, aterrorizados los de Toledo abrieron las puertas implorando la clemencia del vencedor, no sin haber dejado antes escapar á nado por la parte superior del rio á Casim ben Yussuf, aquel hijo menor del famoso Fehri, tantas veces afortunado en deber á la fuga su salvacion.

Entretanto Abdel-Gafir de Mequinez inquietaba desde sus montuosos abrigos á los alcaides de Ecija, de Baena, de Sevilla, de Carmona, de Arcos y de Sidonia, y su osadía creció con el suceso siguiente. Los walíes de Africa, empeñados en arrojar de España á Abderrahman, y conceptuándole apurado con la guerra de Elvira y con la de los cristianos del Norte, enviaron á las costas de Cataluña una escuadra de diez buques con tropas aguerridas al mando del gefe abassida Abdalla ben Abih el Seklebi. La noticia de este desembarque inspiró sérios temores á Abderrahman, que abandonando los alcázares y jardines de Córdoba, marchó apresuradamente en direccion del punto nuevamentte amenazado. Mas antes de llegar á Valencia recibió aviso del walí de Tortosa de haber dispersado ya á los africanos y obligádolos á reembarcar con gran pérdida. En la refriega habia muerto su gefe el Seklebi. Abderrahman aprovechó esta ocasion para visitar la parte oriental de su imperio que aun no habia visto, y recorió Tortosa, Barcelona, Tarragona, Huesca y Zaragoza, volviendo por Toledo y Calatrava á Córdoba, donde hizo una especie de entrada triunfal. Pero aquellas bandas dispersas de africanos habian logrado incorporarse con las de Abdel-Gafir, con cuyo inesperado refuerzo envalentonado el molesto caudillo, se atrevió á tentar fortuna en la tierra llana, invadiendo las comarcas de Antequera, Estepa y Archidona, y avanzando hácia Sevilla. Noticioso de

esta aproximacion salió á su encuentro el valeroso Marsilio (Abd-el-Melek ben Omar), y como enviase de descubierta un destacamento al mando de uno de sus hijos, jóven tímido é inesperto, no avezado á los horrores de la guerra, sorprendido el mancebo y bruscamente atacado por la caballería de Abdel-Gafir, volvió bridas á su caballo y corrió á ampararse al lado de su padre. Marsilio indignado de verle huir tan cobardemente, no pudiendo reprimir la cólera; «*tú no eres mi hijo, esclamó; tú no eres un Meruán: muere, cobarde.*» Y enristrando ciegamente la lanza le derribó del caballo, llenando de terror á los circunstantes (768).

Sangrienta y brava fué la lucha que se emprendió al siguiente dia. El grueso de la faccion acudió á Sevilla en la confianza de que Ayud ben Salem les abriria las puertas de la ciudad. Abdel-Gafir ocupó á Alxarafe (hoy San Juan de Alfarache), donde esperó las tropas de Marsilio. Al penetrar en las calles este intrépido gefe, una lluvia de venablos y de saetas lanzadas desde las ventanas diezmó sus filas, sus mejores oficiales pagaron con la vida tan temerario arrojo, y el mismo Marsilio cayó gravemente herido. Entretanto en Sevilla ejecutábase otra no menos sangrienta tragedia. Ben Salem se habia alzado abiertamente en favor de los rebeldes, ocupado el alcázar, y degollado su guarnicion. Abdel-Gafir, triunfante en Alxarafe, recibió aviso de avanzar; sus feroces hor-

das entraron sin obstáculo y ya de noche en Sevilla: el palacio del walí fué brutalmente destrozado, robadas las casas de los opulentos vecinos, y entrados á saco los almacenes de víveres y armas. Infausta noche fué aquella. Cuando la desenfrenada soldadesca se hallaba entregada á los horrores del mas atroz vandalismo, vino á completar la confusion del sombrío cuadro la entrada de la caballería de Marsilio, que capitaneada por sus lugartenientes, irritada con la derrota de la víspera, penetró por las calles de la ya horrorizada poblacion. Las tinieblas de la noche, el estrépito de los caballos, el sonido de los instrumentos bélicos, los lamentos de los despojados vecinos, los gritos de los sorprendidos saqueadores, los ayes de los moribundos, y el crugir de las armas, todo formaba un conjunto de lúgubres y espantosas escenas, hasta que el resplandor del nuevo dia vino á poner término al negro y sangriento cuadro. Abdel-Gafir con sus rebeldes se vió obligado á evacuar la ciudad y á retirarse á Cazalla, y los sevillanos respiraron, que harto lo habian menester (1).

Cansado Abderrahman de tan larga y fatigosa guerra, resolvió dirigir en persona las operaciones militares. Trabajo le costó al ministro Teman contener los fogosos ímpetus del emir, que á la cabeza de sus fieles zenetas queria lanzarse á castigar la audacia del

(1) Conde, cap. 19.

pertináz ó importuno Abdel-Gafir, al menos hasta que llegase el refuerzo de tropas que se habia pedido á Mérida. Llegaron al fin estas, y Abderrahman puso en accion todos sus recursos materiales para una pronta y decisiva campaña. Combinó diestramente su plan, y cuando el rebelde Abdel-Gafir acababa de vadear el Guadalquivir por la parte de Lora para ganar sus antiguas guaridas de la sierra, un ataque simultáneo de los dos ejércitos combinados arrolló completamente á las tropas rebeldes en las alturas de Ecija, y una horra de matanza puso término á la guerra de siete años que tenia fatigado al país. El turbulento y porfiado Abdel-Gafir pereció atravesado de un lanzazo dirigido por la vieja pero vigorosa mano del anciano Abdel-Salem, que le cortó la cabeza con su propio alfange. Más de cincuenta cabezas de caballeros africanos de la tribu de Mequinez fueron distribuidas en las poblaciones del país que habia sido teatro de la guerra, y clavadas segun costumbre en los muros de las ciudades sirvieron de sangriento trofeo en las plazas y edificios de Elvira, en la alcazaba de Granada, en los torreones de Almuñecar, y en las almenas de otras poblaciones de Andalucía. El vencedor Abderrahman tomó enérgicas medidas para que no se reprodujese el fuego de la rebelion, y publicó un edicto de perdon para todos los que en un plazo dado depusiesen las armas y se acogiesen á su clemencia. Con lo que restituyó la paz á un país de tanto tiempo

trabajado, y afirmó con ella su combatido trono (772).

Trasladóse el victorioso emir desde el campo de batalla de Ecija á Sevilla con el fin de visitar y consolar al valiente y fiel Marsilio, que además de sufrir de sus heridas, se hallaba acongojado por la muerte que en un momento de ciego arrebato habia dado á su hijo. Abderrahman creyó conveniente alejarle de un país que le suscitaba dolorosos recuerdos, y le nombró walí de Zaragoza y de toda la España Oriental. Los grandes sucesos que en aquella tierra se preparaban habian de ofrecer á Abdelmelek un teatro digno de sus prendas, y allí habia de ganar aquella fama que hizo tan célebre el nombre de *Marsilio* en las crónicas de la edad media y en los romances de Carlo-Magno, de cuyos sucesos nos habremos luego de ocupar.

Sosegada la tierra de Andalucía con la derrota de Ecija, gozó al fin Abderrahman de una paz de diez años. Por de pronto, para asegurar las costas de las contínuas incursiones de los walíes de Africa, dedicóse á fomentar la marina, aumentando sus escuadras: nombró almirante (*emir-al-má*) al activo y fiel Teman ben Alkama, el cual en poco tiempo hizo construir numerosos buques de guerra sobre modelos que hizo venir de Constantinopla, de la mayor dimension que entonces se conocia en las construcciones navales, y las aguas de Barcelona, Tarragona, Tortosa y Rosas, las de Almería y Cartagena, las de Al-

geciras, Huelva, Cádiz y Sevilla, se plagaron, al decir de los historiadores arábigos, de bien construidas naves, obra de la actividad de Teman, y los puertos de la Península se pusieron al abrigo de las incursiones africanas (774).

Dejemos por ahora á Abderrahman ocupado en plantear en sus estados una sencilla y sábia administracion á beneficio de la paz, y veamos lo que entretanto hacian los cristianos de uno y otro lado del Pirineo.

CAPÍTULO V.

ASTURIAS.

DESDE FRUELA HASTA ALFONSO EL CASTO.

DE 757 Á 791.

Reinado de Fruela I.—Rebélanse los vascones y los sujeta.—Medida sobre los matrimonios de los clérigos.—Consecuencias que produjo.—Rebelion en Galicia.—La sofoca.—Funda á Oviedo.—Mata á su hermano, y él es asesinado despues por los suyos.—Reinado de Aurelio.—Idem de Silo.—De Mauregato.—De Bermudo el Diácono.—Sube al trono de Astúrias Alfonso II.

Habia coincidido la fundacion del imperio árabe de Occidento en Córdoba con la muerte del belicoso rey de Astúrias Alfonso el Católico (756). ¡Cuán bella ocasion la de las revueltas que despedazaban á los musulmanes para haberse ido reponiendo los cristianos y haber dilatado y consolidado las adquisiciones de Alfonso, si los príncipes que le sucedieron hubieran seguido con firme planta la senda por él trazada y abierta, y si hubiera habido la debida concordia y acuerdo entre los defensores de una misma patria y

de una misma fé! ¿Pero por qué deplorable fatalidad, desde los primeros pasos hácia la grande obra de la restauracion, cuando era comun el infortunio, idéntico el sentimiento religioso, las creencias las mismas, igual el amor á la independencia, la necesidad de la union urgente y reconocida, el interés uno solo, y no distintos los deseos, ¿por qué deplorable fatalidad, decimos, comenzó á infiltrarse el gérmen funesto de la discordia, de la indisciplina y de la indocilidad entre los primeros restauradores de la monarquía hispano-cristiana?

Por base lo asentamos ya en otro lugar. «Era el génio ibero que revivia con las mismas virtudes y con los mismos vicios, con el mismo amor á la independencia y con las mismas rivalidades de localidad. Cada comarca gustaba de pelear aisladamente y de cuenta propia, y los reyes de Asturias no podian recabar de los cántabros y vascos sino una dependencia ó nominal ó forzada [1].»

A Alfonso I. de Asturias habia sucedido en el reino su hijo Fruela (757). No faltaban á este príncipe ni energía ni ardor guerrero: pero era de condicion áspera y dura, y de génio irritable en demasía. Mas este carácter, que le condujo á ser fratricida, no impidió que fuera tenido por religioso, del modo que solia en aquellos tiempos entenderse por muchos la

(1) Discurso, pág. 67.

religiosidad, que era dar batallas á los infieles y fundar templos. De uno y otro certifican con su laconismo mortificante los cronistas de aquellos siglos. «Ganó victorias,» nos dice secamente uno de ellos (1). «Alcanzó muchos triunfos contra el enemigo de Córdoba,» nos dice otro (2). Si bien este último cita una de las batallas dadas por Fruela á los sarracenos en Pontumium de Galicia, en que afirma haber muerto cincuenta y cuatro mil infieles, entre ellos su caudillo Omar ben Abderrahman ben Hixem, nombre que no hallamos mencionado en ninguna historia árabe, las cuales guardan tambien profundo silencio acerca de esta batalla (3). No lo estrañamos. Achaque solia ser de los escritores de uno y otro pueblo consignar sus respectivos triunfos, y omitir los reveses. Así, y como en compensacion de este silencio, nos hablan las crónicas árabes de una expedicion hecha por Abderrahman hácia los últimos años del reinado de Fruela á las fronteras de Galicia y montes Albaskenses, de la cual regresaron á Córdoba los musulmanes victoriosos, llevando consigo porcion considerable de ganados y de cristianos cautivos, estendiéndose en descripciones de la vida rústica, de los trages groseros y de las costumbres salvages que habian observado en los cristianos del Norte de España (4). Y acerca de esta ex-

(1) Albeldens., Chron. n. 53.
(2) Salmant., n. 16.
(3) Solo Almakari hace alguna indicacion sobre ella.
(4) Conde, cap. 18.

pedicion enmudecen nuestros cronistas. Tarea penosa para el historiador imparcial la de vislumbrar la verdad de los hechos por entre la escasa y escatimada luz que en época tan oscura suministran los parciales apuntes de los escritores de uno y otro bando, secos y avaros de palabras los unos, pródigos de poesía los otros (1).

Una rebelion de los vascones contra la autoridad de Fruela en el tercer año de su reinado, demostró ya la tendencia de aquellas altivas gentes á emanciparse del gobierno de Astúrias, á que sin duda los habia sometido Alfonso el Católico, y á obrar aislada é independientemente de los demás pueblos cristianos. Y aunque Fruela logró reducirlos, estas sumi-

(1) Para que se vea hasta qué punto están en desacuerdo las crónicas árabes y las cristianas respecto á los sucesos de esta época, baste decir que hácia el año en que estas refieren la brillante victoria de Fruela en Pontumio, suponen aquellas haber impuesto Abderrahman un tributo á los cristianos de Galicia, cuya escritura copian en los términos siguientes: «En el nombre de Dios clemente y misericordioso: el magnífico rey Abderrahman á los patriarcas, monjes, próceres y demás cristianos de España, á las gentes de Castela y á los que los siguieren de las regiones otorga paz y seguro, y promete en su ánima que este pacto será firme, y que deberán pagar diez mil onzas de oro, y diez mil libras de plata, y diez mil cabezas de buenos caballos, y otros tantos mulos, con mil lorigas y mil espadas, y otras tantas lanzas cada año por espacio de cinco años. Escribióse en la ciudad de Córdoba dia 3 de la luna safar del 148 (759).» Este documento tiene todos los visos de apócrifo. Ni entonces á Abderrahman se le nombraba rey, sino emir, ni al reino cristiano de Astúrias le llamaban ellos Castela sino Galicia, ni hubiera sido posible á los cristianos pagar un tributo anual de diez mil caballos y diez mil mulos, ni tan inmensa suma de oro y plata, aunque se hubiera agotado toda la riqueza pecuaria y metálica del país, ni estaban tampoco en aquella sazon los árabes, envueltos como andaban en sus guerras civiles, para dar de una manera tan dura la ley á los cristianos de las montañas. No podemos convenir con el doctor Dunham, á quien le parece verosímil este tratado.

siones forzadas, que hubieran debido ser espontáneas alianzas, sobre distraer la atencion y las fuerzas de los cristianos, que bien las habian menester todas para resistir al comun enemigo, eran flojos y precarios lazos que habian de desatarse fácilmente en la primera ocasion ó romperse. Las crónicas no nos esplican las causas ó motivos de aquel movimiento. ¿Pero hay necesidad de buscarlos en otra parte que en la índole misma y en la independiente arrogancia de los pueblos vascos, tan distintos de los demás pueblos de España en carácter, en lengua, en costumbres, siempre dados á gobernarse á sí mismos por caudillos propios y de libre eleccion? Prendóse allí Fruela de una noble y hermosa jóven llamada Munia, la cual llevó consigo á Astúrias, y haciéndola su esposa tuvo de ella un hijo que más adelante habia de regir el reino y alcanzar glorioso renombre. Llamóse tambien Alfonso como su abuelo.

Enagenóse Fruela una gran parte del clero y del pueblo con una medida que acaso le inspiró su celo religioso. Tal fué la de prohibir los matrimonios de los sacerdotes, y aun obligar á los ya casados á separarse de sus mugeres: costumbre antigua en España y desde el tiempo de Witiza muy recibida y generalizada. Bien fuese que no le creyeran con derecho á hacer por su sola autoridad esta innovacion en la disciplina canónica, bien que el clero y los pueblos mismo tuvieran interés en la conservacion de aquella

costumbre. «porque los hombres, dice á este propósito uno de nuestros historiadores, quieren que lo antiguo y usado vaya adelante, y la libertad de pecar es muy agradable á la muchedumbre [1],» atrájose con esto el desabrimiento de una gran parte del pueblo y de los sacerdotes. «Lo cual, dice hablando de esto mismo otro de nuestros analistas, agradó á todos los piadosos, aunque se exasperaron los más de los eclesiásticos [2].» Con tanto disgusto se supone haber sido recibida esta medida, que á ella se atribuye la rebelion que en Galicia estalló contra Fruela, el cual desplegó para sofocarla toda la severidad de su irascible génio, devastando la provincia y castigando de muerte á todos los culpados.

De regreso de esta expedicion edificó á Oviedo, destinada á ser más adelante el asiento y córte de los reyes de Astúrias. Dos piadosos varones, el abad Fromistano y su sobrino el presbítero Máximo habian erigido un templo en honor de San Vicente mártir en un lugar cubierto de guájaras y arbustos, no lejos de la selva llamada por los romanos *Lucus Asturum*. Al rededor de este templo habíanse ido agrupando muchos fieles, que desbrozando las malezas de la colina hicieron allí sus viviendas, siendo la ermita el centro de la poblacion, que á favor de un terreno fértil y de un clima suave iba atrayendo á los mora-

(1) Mariana, lib. VII. c. 6.
(2) Ferreras, Sinops. hist. tomo 4. pág. 85.

dores de las montañas. Agradóle á Fruela aquel sitio, y mandó construir en él otro templo de mayores dimensiones bajo la advocacion del Redentor. Fuéronse multiplicando las casas, y se dió á la nueva poblacion el nombre de Ovetum, hoy Oviedo [1]. Así casi al mismo tiempo que el árabe Abderrahman embellecia con alcázares y jardines la córte del nuevo imperio musulman, y pensaba levantar en Córdoba la gran mezquita consagrada al culto del Profeta, Fruela, el cristiano levantaba en Asturias una basílica consagrada al culto del Salvador de los hombres.

Pero este celo religioso de Fruela no le impidió afear su nombre con la mancha de un fratricidio horrible. Su hermano Vimarano, que por su amabilidad y su dulzura se habia hecho querer del pueblo y de los grandes, llegó sin duda á inspirar recelos y sospechas al irritable monarca, que dejándose llevar de su arrebatado génio le asesinó con su propia mano y dentro de su palacio mismo. Con este crímen acabó de exasperar á los grandes, á quienes antes se habia hecho ya harto aborrecible, y conjurados contra él, hiciéronle sufrir, dice el cronista, la justa pena del talion, asesinándole á su vez en Cangas los mismos suyos [2]. Enterráronle en la iglesia de Oviedo que él ha-

(1) Risco, España Sagrada, tomo 37.

(2) *Talionem juste accipiens, á suis interfectus est.* Salmant. Chron. l. c.

bia fundado (768). Reinó once años y algunos meses. (1).

No pasó la corona á su hijo Alfonso, ya por su corta edad, «que no estaba aquel pequeño estado, dice el juicioso Florez, para colocar corona y cetro donde faltaban cabeza y mano,» ya por el odio que los grandes á su padre tenian. Cualquiera de las dos causas hubiera bastado, continuando como continuaba entonces siendo electiva la monarquía. Fué, pues, nombrado en su lugar su primo-hermano Aurelio, hijo del otro Fruela hermano de Alfonso el Católico, su tio. Como una fatalidad puede contarse para el naciente reino cristiano el que le tocara un príncipe de quien solo han podido decir los historiadores que «no hizo cosa en paz ni en guerra que sea digna de memoria.» Parece, no obstante, que se debió á su prudencia el haber podido reprimir una insurreccion de los esclavos contra sus señores que sucedió en su tiempo. Discúrrese que aquellos esclavos serian los cautivos que Alfonso el Católico habia recogido y llevado en sus expediciones por las tierras de los sarracenos. La paz en que Aurelio vivió con estos fué cau-

(1) Mariana atribuye á Fruela una hija llamada Jimena, «muy conocida, dice, por ser madre de Bernardo del Carpio y por su poca honestidad.» Mariana refiere más adelante muy extensamente los romancescos amores de Jimena y el conde de Saldaña, el nacimiento de Bernardo del Carpio y sus celebradas proezas. Convencidas ya de fabulosas las hazañas de este romancesco personage, objeto de los cantos populares de los siglos XII y XIII en que se inventó, no hay para que nos detengamos á refutar fábulas que los mismos ilustradores de Mariana desechan ya. Véanse las notas de Mondejar á Mariana, edicion de Valencia, 1787, y las de Sabau, edicion de Madrid, 1818.



sa de que condescendiera en que algunas doncellas cristianas de linage noble se casaran con musulmanes, lo que acaso dió orígen á la famosa fábula, inventada cerca de cinco siglos despues, del tributo de las cien doncellas [1]. Falleció Aurelio de muerte natural en Cangas en 774, despues de seis años de pacífico reinado.

Tambien esta vez fué postergado el hijo de Fruela, y dióse la soberanía del reino á un noble llamado Silo, por hallarse casado con Adosinda, hija de Alfonso I. Fijó Silo su residencia en Pravia, pequeña villa situada á la izquierda de Nalon despues de su confluencia con el Narcea. Príncipe tambien oscuro, solo se sabe de él que debió á la influencia de su madre la paz en que vivió con los árabes [2], sin que de esto nos hagan más revelaciones las crónicas, y que sujeto y redujo á la obediencia á los gellegos que otra

(1) Mariana, que con una ligereza estraña en su buen juicio acoge de lleno esta fábula, como la de Bernardo del Carpio y tantas otras, dice en tono aseverativo hablando de éste rey: «pero la loa «que por esta causa ganó (la de «haber sujetado los esclavos) la oscureció del todo y amancilló con «un asiento muy feo que hizo con «los moros, en que se obligó á dar«les cada un año cierto número de «doncellas nobles como por parias.» Por fortuna la invencion de este supuesto tributo, que otros atribuyen á otro posterior monarca, y que ningun cronista mencionó hasta el siglo XIII., está ya tan desautorizada, que no hay escritor de mediano criterio que no la tenga por ridícula conseja. Por lo mismo no necesitamos detenernos á vindicar ninguno de nuestros reyes de esta deshonrosa mancha que algunos ligeramente echaron sobre ellos. Otros se han encargado de hacerlo antes que nosotros, y lo que sentimos es tener que hacer mencion todavía de tan desacreditadas tradiciones, y no lo haríamos á no hallarlas estampadas en la historia de España que más popularidad ha alcanzado entre nosotros. Véase sobre esto á Ambrosio de Morales, á Mondejar, Florez, Ferreras, Masdeu, y á todos los modernos, inclusos los estrangeros.

(2) *Ob matris causam... pacem habuit*, dice el Cronicon Albeldense.



vez habian vuelto á sublevarse, batiéndoles en el monte Ciperio, hoy Cebrero. Viéndose sin sucesion, trajo á su lado, á persuasion de la reina Adosinda, y dió participacion en el gobierno del palacio y del reino á su sobrino Alfonso, que desde la muerte de su padre se hallaba retirado en Galicia en el monasterio de Samos. Murió Silo en Pravia al año noveno de su reinado.

A la muerte de Silo la reina viuda Adosinda en union con los grandes de palacio hizo proclamar rey á su sobrino Alfonso. Mas como todavía muchos nobles guardáran encono á la memoria de su padre Fruela, hácia quien parecian conservar un ódio inextinguible, concertáronse para anular la eleccion de Adosinda y sus parciales y proclamaron á su vez á Mauregato. Era este Mauregato hijo bastardo del primer Alfonso, á quien habia tenido de una esclava mora de aquellas que él en sus excursiones habia llevado á Astúrias. Hay quien añade que puesto Mauregato á la cabeza de los descontentos reclamó el auxilio del emir de Córdoba Abderrahman, el cual le acudió con un ejército musulman para ayudarle á derribar del trono á su sobrino, y que á esto debió apoderarse del reino [1]. Sobre no estar justificado este llamamiento á

(1) A este es á quien han atribuido los más el vergonzoso tributo de las cien doncellas, á cuyo precio dicen, compró el auxilio de Abderrahman. El buen Mariana, sin tener presente que en el c. 6. (lib. VIII.) habia aplicado lo del infame tributo al rey Aurelio, no vaciló en aplicárselo tambien en el cap. 7 á Mauregato, diciendo: ahi-

los árabes, bastaba el recelo de los que habian tenido parte en la muerte de Fruela para que vieran de mal ojo el poder en manos de su hijo, cuya venganza temian, y para que ayudáran con todas sus fuerzas á Mauregato á arrebatarle el cetro. Lográronlo al fin, y Alfonso se vió obligado á buscar un asilo en el país de Alava entre los parientes de su madre. De esta manera conquistó Mauregato el trono de Astúrias que ocupó por seis años, sin que del bastardo príncipe hubiera quedado á la posteridad otra memoria que la de su nombre, á no haberle dado cierta celebridad las fábulas con que en tiempos posteriores exornaron algunos su reinado. En la historia religiosa de España se hace mencion de la heregía que en aquel tiempo difundieron los dos obispos de Urgel y Toledo, Félix y Elipando, cuya doctrina era una especie de nestorianismo disfrazado, contra la cual escribieron luego algunos monjes y otros obispos españoles, y fué anatematizada en los concilios de Narbona y Frankfort, celebrados por Carlo-Magno (2).

Todavía despues de la muerte de Mauregato (789), fué por cuarta vez desairado y desatendido el poco

«zo recurso á los moros, pidiéndoles le auxiliasen, y alcanzólo con «asentar de dalles cada un año por «parias cincuenta doncellas nobles «y otras tantas del pueblo.» Sobre lo cual dice su anotador Sabau: «No consta por ningun documento auténtico, ni por ningun escritor de aquellos tiempos que este príncipe pidiese socorro á los moros, ni que hiciese el concierto vergonzoso de darles las cien doncellas: y así debe reputarse por una fábula inventada para denigrar la fama de nuestros reyes, y recibida y propagada inconsideradamente por nuestros historiadores.» Por nuestra parte nada tenemos que añadir á lo que arriba dejamos dicho.

(2) Florez, Esp. Sagrad. t. V.

afortunado Alfonso. Temerosos siempre los nobles (que ya comenzaban á recobrar aquella antigua influencia que habian ejercido en tiempo de los godos) de que siendo rey quisiera tomar satisfaccion, no ya solo de la muerte de su padre, sino tambien de los repetidos desaires que en cada vacante le habian hecho, no hallando otra persona de sangre real en quien depositar el cetro, diéronsele á Veremundo ó Bermudo, hermano de Aurelio, sin reparar en que fuese diácono, traspasando así por primera vez en este punto las leyes góticas que inhabilitaban para el ejercicio del poder real á los que hubiesen recibido la tonsura. Bermudo, aunque diácono, estaba casado con Nunila, de quien tuvo dos hijos, Ramiro y García; que el precepto del celibatismo impuesto por Fruela á los clérigos, ó no alcanzaba á los diáconos, sino solo á los sacerdotes, ó no habia tenido la más rigurosa observancia. Era Bermudo hombre generoso y magnánimo, y más ilustrado de lo que la índole de aquellos tiempos comunmente permitia. Por lo mismo, conociendo las altas prendas de aquel Alfonso tantas veces excluido, le llamó luego cerca de sí, y le confió el mando de las milicias cristianas, que era como predestinarle al trono, dando tambien de este modo ocasion á que conociéndole los grandes fueran deponiendo los recelos y prevenciones que contra él tenian. Y como nunca se hubiera olvidado de sus deberes de diácono, y pensára más, como dice la crónica, en

ganar el reino del cielo que en conservar el reino de la tierra, concluyó por resignar espontáneamente el cetro en manos de Alfonso, retirándose á cumplir con las obligaciones del órden sagrado de que se hallaba investido (791). Conocida ya por los grandes la condicion apacible y las altas cualidades de aquel Alfonso que tanto habian repugnado y temido, determináronse á reconocerle por rey, posesionándose de esta manera del supremo poder un príncipe que tantas contrariedades habia esperimentado. Bermudo vivió todavía lo bastante para gozar en su retiro y en medio de su abnegacion el placer de ver realizadas las esperanzas que de su sucesor habia concebido, manteniendo con él las relaciones más afectuosas [1].

Falta hacia al pobre reino de Asturias, despues de tantos monarcas ó indolentes ó flojos (pues apenas alguno desde Fruela habia sacado la espada contra los sarracenos) un príncipe enérgico y vigoroso que le sacára de aquel estado de vergonzosa apatía, é hiciera respetar otra vez á los infieles las armas cristianas como en tiempo de Pelayo y de Alfonso el Católico. Mas por lo mismo que vá á tomar nuevo aspecto la monarquía cristiana bajo el robusto brazo del segundo Alfonso, fuerza nos es hacer una pausa para dar cuenta de los importantes sucesos que en otros puntosde nuestra España habian durante estos reinados acaecido.

(1) Chron. Albeld. 57.—Sebast. Salman. 20-21.—Flores, tom. 37.



CAPÍTULO VI.

RONCESVALLES.—FIN DE ABDERRAHMAN I.

DE 774 Á 788.

Educacion de los hijos de Abderrahman.—Defeccion del walí de Zaragoza Ibnalarabi.—Pide auxilio á Carlo Magno contra el emir.—Venida de Carlo Magno con grande ejército á España.—Llega á las murallas de Zaragoza.—Se retira.—Célebre derrota del ejército de Carlo-Magno en Roncesvalles.—Canto de guerra de los vascos.—Nuevos disturbios en Zaragoza.—Someteia el emir.—Alzan otra vez bandera de rebelion los hijos de Yussuf.—Notable fin que tuvieron.—Paz.—Dá principio Abderrahman á la construccion de la gran mezquita de Córdoba.—Nombra sucesor á su hijo Hixem, y muere.

Dejamos á Abderrahman en Córdoba en 774, vencidas las facciones de los Abassidas y Fehríes, gozando, si no de paz, por lo menos de un respiro que desde su arribo á España no habia podido obtener. Ibase afianzando el poder de los Ommiadas en el centro y Mediodía de España. Los hijos del emir desempeñaban ya cargos públicos importantes. El mayor Suleiman, era walí de Toledo; el segundo, Abdallah, lo era de Mérida. El tercero, Hixem, el predilecto de su padre, el que destinaba para sucesor suyo, vivia en su com-



pañía recibiendo la más esmerada educacion, asistiendo á las asambleas de los cadíes de la aljama y al mexuar ó consejo de estado, é instruyéndose en las artes y en las ciencias, de que hacian los árabes alta estima: añaden los escritores que él mismo leia en las academias elegantes versos en elogio de su padre.

Mas al tiempo que reinaba esta calma por la parte de Mediodía, nublábase el horizonte por Oriente, y preparábase por el Norte estruendosa tempestad. Las indóciles tribus berberiscas que tenian su principal asiento en la parte oriental y septentrional de la Península, las más apartadas del centro del imperio, en sus perpétuos ódios de raza no cesaban de conspirar contra el emirato, alimentando siempre la esperanza de la emancipacion. Ya un personage llamado Hussein el Abdari, walí que habia sido de Zaragoza, habia fraguado en esta ciudad una conspiracion, que el walí Abdelmelek, el bravo Marsilio, habia acertado á conjurar, apoderándose bruscamente de Hussein y haciéndole decapitar instantáneamente, dejando con esto por entonces la ciudad consternada y tranquila. Mas estos no eran sino síntomas de otras más terribles borrascas. El gérmen del descontento minaba sordamente aquel país; silencio y misterio envuelven el período que siguió á aquel amago de revolucion, y las crónicas no nos dicen ni lo que pasó despues en Zaragoza, ni lo que fué del valeroso Marsilio, ni quién le reemplazó en el gobierno de la provincia.

Sábese solo que en 777 se hallaba de walí de Zaragoza Suleiman ben Alarabi, que lo habia sido de Barcelona por Abderrahman y conducídose allí con la mayor fidelidad al emir. Pero el fiel servidor de Abderrahman en Barcelona dejó de serlo en Zaragoza. Acaso el verse al frente de una ciudad tan importante y en que dominaba el espíritu y abundaban los elementos de hostilidad hácia la familia de los Omeyas, le sugirió el pensamiento de alzarse en emir independiente de la España Oriental. Fuese este ú otro semejante su designio, Zaragoza se hizo el centro y asilo de todos los enemigos y de todos los resentidos ó descontentos del emir. Creyó no obstante Ben Alarabi (comunmente Ibnalarabi), que necesitaba el apoyo de un aliado poderoso que le ayudase en sus planes contra el soberano de los muslimes de España. Corria entonces por Europa la fama de los grandes hechos de Carlo-Magno, y á él determinó acudir el ingrato walí. Trasladémonos por un momento á otro teatro para comprender mejor el interesante drama que se vá á representar.

Despues de los célebres triunfos de Cárlos Martéll sobre las armas sarracenas, su hijo Pepino el Breve habia estendido su dominacion desde este lado del Loire hasta las montañas de la Vasconia. A su muerte, acaecida en 768, los estados de Pepino se dividieron entre sus dos hijos Karl, y Karloman; mas habiendo ocurrido á los tres años (771) la muerte de Karloman, hallóse su hermano Karl, el llamado despues Cárlos



el Grande y Carlo-Magno, dueño de toda la herencia de Pepino hasta los Pirineos. Tuvo Carlo-Magno en los primeros años siguientes ocupada toda su atencion y empleadas todas sus fuerzas y toda su política en el Norte del otro lado de los Alpes y del Rhin, peleando alternativamente contra los sajones y contra los lombardos, y oponiendo un dique á las últimas oleadas de las invasiones de los pueblos germanos. Habíanse los sajones sublevado de nuevo en 777; marchó contra ellos el rey franco y los deshizo, y despues de haber implantado, como dice un escritor de aquella nacion, con ayuda de los verdugos la obediencia y el cristianismo en el suelo rebelde de la Sajonia, los emplazó para que compareciesen en el *Campo-de-Mayo* (1) de Paderborn.

Hallábase pues Carlo-Magno presidiendo esta célebre dieta en el fondo de la Germania, cuando inopinadamente se presentaron en ella unos hombres cuyos trages y armaduras revelaban ser musulmanes. ¿A qué iban y quiénes eran aquellos estrangeros que así interrumpian las altas cuestiones que se agitaban en la asamblea? Era Ben Alarabi el walí de Zaragoza, que con Cassim ben Yussuf (2) y algunos otros de sus

(1) Nombre que daban los francos á las asambleas semi-religiosas, semi-militares de la Germania, por haber Pepino trasladado al mes de mayo los antiguos *Campos de Marte*. Más tarde se llamaron *dietas*, *estados generales*, *cámaras*, etc.

(2) Aquel tercer hijo de Yussuf el Fehri, que cuando el ejército de Abderrahman tomó á Toledo se habia fugado de la ciudad salvándose á nado. (Cap. IV. de este libro).

compañeros iba á solicitar de Carlo-Magno el auxilio de sus armas contra el poderoso emir de Córdoba Abderrahman. No desechó el monarca franco una invitacion que le proporcionaba propicia coyuntura, no solo de asegurar la frontera de los Pirineos, sino tambien de ensanchar sus estados incorporando á ellos por lo menos algunas ciudades de España que el disidente musulman le debió ofrecer (1), dado que más allá no fuesen sus pensamientos de conquistador. Preparóse pues para invadir la España en la primavera del año siguiente (778). Dejó aseguradas las fronteras de Sajonia, pasó el Loire, cruzó la Aquitania, juntó el mayor ejército que pudo, y dividiéndole en dos cuerpos ordenó que el uno franqueára los desfiladeros del Pirineo Oriental, mientras él á la cabeza del otro penetraba por las gargantas de los Bajos Pirineos.

Sin tropiezo avanzó el rey franco con todo el aparato y brillo de un conquistador poderoso por San Juan de Pié de Puerto y los estrechos pasos de Ibañeta hasta Pamplona, cuya ciudad, en poder entonces de los árabes, tampoco le opuso resistencia; y prosiguiendo por las poblaciones del Ebro, talando y devastando sus campos, se puso sobre Zaragoza. Gran confianza llevaba el monarca franco de entrar derecho y sin estorbo á tomar posesion de la ciudad. Grande

(1) «Entonces el rey, dice su mismo secretario y cronista Eginhard, concibiendo á persuasion del mencionado sarraceno la esperanza de tomar algunas ciudades en España... *Tunc rex persuasione prædicti sarraceni etc.* Eginh. Annal.

por lo mismo debió ser su sorpresa al encontrar las puertas cerradas y sus habitantes preparados á defenderla. ¿Qué se habian hecho los ofrecimientos y compromisos de Ben Alarabi? ¿Es que se arrepintió de su obra al ver á Cárlos presentarse, no como auxiliar, sino con el aire y ostentacion de quien va á enseñorearse de un reino? ¿O fué que los musulmanes llevaron á mal el llamamiento de un príncipe cristiano y de un ejército estrangero, y se levantaron á rechazarle aun contra la voluntad de su mismo walí? Las crónicas no lo aclaran, y todo pudo ser. Es lo cierto que en vez de hallar amigos vió Cárlos sublevarse contra sí todos los walíes y alcaides, todas las poblaciones de una y otra márgen del Ebro, y que temiendo el impetuoso arranque de tan formidables masas, tuvo á bien retirarse de delante de los muros de Zaragoza, con gran peso de oro, dicen algunos anales francos, pero con gran peso de bochorno tambien [1]. Determinado á regresar á la Galia por los mismos puntos por donde habia entrado, volvió á Pamplona, hizo desmantelar sus muros, y prosiguiendo su marcha se internó en los desfiladeros de Roncesvalles, sin haber encontrado enemigos. Solo en aquel valle funesto habia de dejar sus ricas presas, la mitad de su ejército, y lo que es peor para un guerrero, su gloria.

Dividido en dos cuerpos marchaba por aquellas

(1) Annal. Meteus.—Id. de Aniano.—Id de Eginhard. ad. an. 778.



angosturas el grande ejército de Carlo-Magno á bastante espacio y distancia el uno del otro. Cárlos á la cabeza del primero. «Cárlos, dice el Astrónomo historiador, igual en valor á Anibal y á Pompeyo, atravesó felizmente con la ayuda de Jesucristo las altas cimas de los Pirineos.» Iba en el segundo cuerpo la córte del monarca, los caballeros principales, los bagages y los tesoros recogidos en toda la expedicion. Hallóse éste sorprendido en medio del valle por los montañeses vascos, que apostados en las laderas y cumbres de Altabiscar y de Ibañeta, parapetados en las breñas y riscos, lanzáronse al grito de guerra y al resonar del cuerno salvage sobre las huestes francas, que sin poderse revolver en la hondonada, y embarazándolas su misma muchedumbre, se veian aplastadas bajo los peñascos que de las crestas de los montes rodando con estrépito caian. Los lamentos y alaridos de los moribundos soldados de Carlo-Magno se confundian con la gritería de los guerreros vascones, y retumbando en las rocas y cañadas aumentaban el horror del sangriento cuadro. Allí quedó el ejército entero, allí todas las riquezas y bagages; allí pereció Egghiard, prepósito de la mesa del rey, allí Anselmo, conde de palacio, allí el famoso Roland [1], prefecto de la Marca de Bretaña, allí, en fin, se sepultó la flor de la nobleza y de la caballería francesa,

(1) El Roldan de nuestros romances, *Hruodland*.



sin que Cárlos pudiera volver por el honor de sus pendones ni tomar venganza de tan ruda agresion (1).

Tal fué la famosa batalla de Roncesvalles, como la refiere el mismo secretario y biógrafo de Carlo-Magno que iba en la expedicion, desnuda de las ficciones con que despues la embellecieron y desfiguraron los poetas y romanceros de la edad media de todos los paises (2). Por muchos siglos siguieron enseñando los descendientes de aquellos bravos montañeses la roca que Roldan, desesperado de verse vencido, tajó de medio á medio con su espada, sin que su famosa Durindaina ni se doblara ni se partiera; aun muestran los pastores la huella que dejaron estampada las herraduras del caballo de aquel paladin; aun se conservan en la Colegiata de Nuestra Señora de Roncesvalles, fundada por Sancho el Fuerte, grandes sepulcros de piedra, con huesos humanos, astas de lanzas, bocinas, mazas y otros despojos que la tradicion supone pertenecientes á aquella gran batalla.

Entre los cantos de guerra que han inmortalizado aquel famoso combate, es notable por su enérgica

(1) Eginh. Annal.—Id. Vit. Karol. Magn.—Conde, cap. 20.

(2) ¿Quién no conoce la famosa crónica del arzobispo Turpin, las proezas de Roldan y de los Doce Pares de Francia, las hazañas de Bernardo del Carpio, y los mil romances, canciones y leyendas á que ha dado argumento aquella famosa batalla, incluso lo de:

Mala la hubistes, franceses,
en esa de Roncesvalles,

que el inmortal Cervantes llegó á poner como el romance más popular en boca de un labrador del Toboso?

sencillez, por su aire de primitiva rudeza, por su espíritu de apasionado patriotismo, de agreste y fogosa independencia, el que se nos ha conservado con el nombre de *Altabizaren cantua*, que abajo ponemos en el antiguo idioma vasco, y de que damos aquí una imperfecta traduccion.

«Un grito ha salido del centro de las montañas de los Eskaldunacs: y el Etcheco-Jaona (el caballero hacendado, el señor de casa solariega), de pié delante de su puerta, aplicó el oido y dijo: ¿qué es esto? y el perro que dormia á los pies de su amo se levantó, y sus ladridos resonaron en todos los alrededores de Altabiscar.

«Un ruido retumba en el collado de Ibañeta; viénese aproximando por las rocas de derecha é izquierda: es el sordo murmullo de un ejército que avanza. Los nuestros le han respondido desde las cimas de las montañas; han tocado sus cuernos de buey, y el Etcheco-Jaona aguza sus flechas.

«¡Que vienen! ¡que vienen! ¡oh qué bosque de lanzas! ¡qué de banderas de diversos colores se ven ondear en medio! ¡cómo brillan sus armas! ¿Cuántos son? ¡Mozo, cuéntalos bien! Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, once, doce, trece, catorce, quince, diez y seis, diez y siete, diez y ocho, diez y nueve, veinte.

«¡Veinte, y aun quedan millares de ellos! Seria tiempo perdido quererlos contar. ¡Unamos nuestros nervudos brazos; arranquemos de cuajo esas rocas; lancémoslas de lo alto de las montañas sobre sus cabezas: aplastémoslos, matémoslos!

«¿Y qué tenian que hacer en nuestras montañas estos hijos del Norte? ¿Por qué han venido á turbar nuestro re-

poso? Cuando Dios hizo las montañas, fué para que no las franqueáran los hombres. Pero las rocas caen rodando, y aplastan las haces: la sangre corre á arroyos; las carnes palpitan. ¡Qué de huesos molidos! ¡qué mar de sangre!

«¡Huid, huid! los que todavía conservais fuerzas y un caballo. Huye, rey Carlo-Magno, con tus plumas negras y tu capa encarnada. Tu sobrino, tu mas valiente, tu querido Roldan yace tendido allá abajo. Su bravura no le ha servido de nada. Y ahora, Eskaldunacs, dejemos las rocas, bajemos aprisa lanzando flechas á los fugitivos.

«¡Huyen, huyen! ¿Qué se hizo aquel bosque de lanzas? ¿Dónde están las banderas de tantos colores que ondeaban en medio? Ya no despiden resplandores sus armas manchadas de sangre. ¿Cuántos son? Mozo, cuéntalos bien. Veinte, diez y nueve, diez y ocho, diez y siete, diez y seis, quince, catorce, trece, doce, once, diez, nueve, ocho, siete, seis, cinco, cuatro, tres, dos, uno.

«¡Uno! ¡ni uno siquiera hay ya! Se acabaron Etcheco-Jaona, ya puedes retirarte con tu perro, á abrazar tu esposa y tus hijos, á limpiar tus flechas, á encerrarlas con tu cuerno de buey, á acostarte despues y dormir sobre ellas.

«Por la noche las águilas vendrán á comer esas carnes machacadas, y todos esos huesos blanquearán eternamente (1).»

(1) ALTABIZAREN CANTUA.

Oiuba! aituia izauda
Escualdunem mendeüen artelic;
Eta etcheco-jauna, bere atiaren aitcinian chutic,
Idekitu beharrüac, eta errandu: norda hor? ¿Cer nahi dantel?
Eta chacurra bere nausiaren cinetan lo zaguena;



El escarmiento de Roncesvalles aleccionó á Carlo-Magno y le enseñó á abstenerse de traspasar unas fronteras tan ostensiblemente por la naturaleza trazadas, así como le sirvió para procurar la mejor defensa de aquel natural baluarte por la parte que miraba

Alt chatuda eta carasiz Altabizaren ingurniac beteditu.
Ibanetaren lephuan harabostbat agercenda;
Hurbilcenda, arrokac ezker eta escuin iotcendi tuie lazic.
Horida urrundic helduden armada baten burrumba.
Mendüen capete taric guriec erepuerta emandiote.
Bere tunten seinuia adiaaçinte:
Eta etcheco-januac bere dardac chioroch tentu

¡Herdurida¡ ¡herdurida! ¡Cer lantzazco sasia!
¡Nola cernahi colorezco banderas hoi en erdian agertcendiren!
¡Cer sinuitac at heratcendiren hoi en armetaric!
¿Ceubat dira? Haurza condaitçac ongi!
Bat, büa, hirur, laü, bortz, sei, zatzpi, sortzi, bederatzi, hamar, hameca hamabi,
Hamairur, hamalaü, hamabort, hamasei, hamazazpi, hemeçortzi, hemeretsi, hogoi.

¡Hogoi eta milaca oraino!
Hoien condatcia deubora, gastcia litake.
Hurbildet çagun gure beso çai lac, errhotic alherabet çagun arroca horiec.
Botha detçahun mendáren petharra behera.
Hoien buruen gainezaino.
Leherdet çagun, herüoaz iodetçagun.

¿Cer nahiçuten gure medietaric norteco giçon horiec?
¿Certaco iendira gure baakiaren maasterat?
Jaungoicoa mendiac endituiemar, nahi izandu hec giçonec ez pasatçia.
Bainan arrohac biribicoilca eroztcendira tropac leher canditutze.
Odola currutan badeira, haragi puscac dardaran dande.
¡Oh! ¡ceubat heçur carrascat huac! ¡Car odolesco itsasua!

Escapa, escapa, indar eta zaldi dituenianac.
Escapa hadi, Carlomagno errege, hire luma beltcekin eta hire capa gloria rekin.



á sus estados, encomendando su guarda á sus más fieles condes, abades y leudes, y poniendo la Aquitania bajo una vigorosa organizacion militar que la conservase al abrigo de una invasion por parte de los árabes ó de los montañeses vascones (1).

Despues de la desastrosa retirada de Carlo-Magno, Zaragoza fué teatro de nuevas turbulencias entre

Ire iloba maitia Rolan çangarraha hautchet hila dago.
Bere cangarthasuna ieretaco ez tuiçan
Eta horai, Escualdunac, utzdiçagun arrhoca horiec.
Jausgiten fite igordetçakun queredardac escapa tcendiren contoa.

¡Baduaci! ¡baduaci! ¿Nunda bada lantzazco sasi hura?
¿Nun dira hoien erdian agericiren cernahi colorezco bandera hec?
Ezta gihüago simistaric atheratcen hoien arma odolez bethetaric.
¿Ceuban dira? ¡Haura, condaitçac ongi!
Hogoi, hemeretzi, hemeçortzi, hamazazpi, hamazei, hamabortz, hamalaü, hamahirur,
Hamabi, hameca, hamar, bedaratzi, zortzi, zatzpi, sei, bortz, laü, hirur, büa, bat.

¡Bat! Ezta bihiric ageri gihiiago.
¡Akhaboda! Etcheco-jauna, inaiten ahaltcia çure Macurrarekin,
Zure emaztiaren, eta çure haurren bezarcat cerat,
Zure darden garbitcerat, eta altchatcerat, çure tuntekin, eta gero heüen gainian et çalçat eta lociteat.
Gabaz arrchanuac ienendira haragi pusca leherta horiun iaterat.
Eta hezur horiec oro zuritu codira eternitatean.

Este bello canto de guerra en lengua éuskara, cuya tradicion aun se conserva entre los habitantes de los Pirineos donde pasó la batalla de Roncesvalles á que alude, hállase en el Reçueil de M. J. Michel, Chan-ons de Roland, appd. pag. 226, y en el Journal de l'Institut historique, tom. 1, pág. 176.— El altabizar es una colina que domina el vallado de Roncesvalles.

(1) No es posible formar una idea medianamente exacta de estos sucesos por la historia de Mariana. En el cap. 11 del libro VII. que titula: *Como Carlo-Magno vino en España*, altera fechas, refiere fábulas, supone hechos, ni probados ni verosimiles, añade dos ó tres venidas de Carlo-Magno que no hubo, confunde épocas, y confunde tambien al lector, que debe mirar como no existente dicho capítulo.

los caudillos musulmanes enemigos de Abderrahman. Hussein ben Yahia, el Abassida, habia hecho asesinar á Ibnalarabi, provocado una reaccion contra los malos muslines, que habian llamado al rey de los cristianos *Karilah* y proclamádose emir independiente de la España Oriental. Los partidarios de Ibnalarabi, incluso su hijo Issum, igualmente que los parciales del emir de Córdoba, habian tenido que refugiarse á los valles de los Pirineos y á la Septimania, huyendo de la comun persecucion de Hussein. La traicion de Ibnalarabi y la invasion de Carlo-Magno habian conmovido menos á Abderrahman que la noticia de haberse enarbolado de nuevo en Zaragoza el aborrecido pendon de sus eternos enemigos los Abassidas, y desde luego acudió con gran golpe de gente contra la sublevada ciudad. Costó esta vez la rendicion de Zaragoza dos años de obstinado sitio, al cabo de los cuales, cansado Hussein y agotados todos sus medios de defensa, se sometió á Abderrahman, dando al vencedor en rehenes sus hijos (780). El valeroso Ommiada, restablecida su autoridad en Zaragoza, pasó á Pamplona, que desmantelada de murallas dos años antes por Carlo-Magno, no pudo oponerle resistencia alguna; desde allí prosiguió á visitar el pais vecino á Roncesvalles, teatro de las glorias de los montañeses vascones, pero sin atreverse á penetrar en aquellas terribles gargantas en que tan duro escarmiento habia hallado un príncipe cristiano, no

menos esclarecido y poderoso que él; despues cruzando de nuevo el Aragon, y reducidos á la obedienca los walíes y alcaides de las ciudades y villas de aquellas inquietas comarcas, pasó á Gerona, Barcelona y Tortosa, y asegurada al parecer la tranquilidad en estas no menos turbulentas tribus, regresó á su residencia habitual de Córdoba, satisfecho de dejar sometidos á su dominacion los valles del Ebro y las tribus y ciudades de las vertientes de los Pirineos.

Pero destinado estaba el ilustre fundador del imperio árabe de Occidente á pasar una vida desasosegada y zozobrosa. Veinte y cinco años se contaban desde su arribo á la Península, y apenas habia podido gustar algunos momentos de reposo. Vencedor de cien rebeliones, tantas veces reproducidas como sofocadas, parecia que sus enemigos de dentro y fuera se habian propuesto proporcionarle ocasiones de ganar gloria aunque á costa de inquietudes y peligros. Aun no habia trascurrido un año de la sumision de Zaragoza cuando se vió tremolar otra vez la bandera de la rebelion en el seno mismo de la Andalucía (781). El otro hijo de Yussuf el Febri, aquel Abul Asûad, á quien en 763 dejamos recluido por órden de Abderrahman en un torreon de los muros de Córdoba, acababa de evadirse de la prision, y era el que habia alzado de nuevo el estandarte rebelde de los Fehries. Las circunstancias de su evasion merecen ser referidas.

Los primeros años de su cautiverio habia sido custodiado con toda rigidez, porque el bando de los Febríes era todavía fuerte y hacia necesaria toda precaucion. Mas al paso que se disipaban los temores de nuevas revueltas por parte do aquella parcialidad indócil, habia ido aflojando el rigor de los guardas y carceleros, y disminuyendo poco á poco su vigilancia y cuidado. No era, sin embargo, ésta tan escasa que hubiese podido Abul Asûad realizar su fuga en dos ocasiones que la intentó. Entonces apeló á un ardid, tan ingenioso como de paciencia grande y de ejecucion difícil. Un dia habiéndole sacado á que gozase de la luz del sol, fingió en aquel momento quedarse ciego, y lo fingió con tal propiedad y lo sostuvo con tal perseverancia que llegaron todos á persuadirse de ser una realidad su ceguera. Con este motivo fuéronsele ensanchando los límites de la prision; permitíasele bajar á los algibes y á las salas bajas del baluarte que daban al rio, y cuyas ventanas ofrecian fácil salida; dejábasele hasta dormir en aquellas piezas en las noches del estío. En este estado habia tenido ocasion de comunicar su proyecto á algunos parciales de su familia que acudian á verle, y de concertar con ellos los medios de ejecucion. Así fué que una tarde de verano aprovechando la hora y sazon de estarse bañando las gentes en el Guadalquivir y distraidos en otros negocios sus carceleros, se descolgó de repente por una de las ventanas bajas de la

escalera de las cisternas, pasó á nado el rio, y cuando se halló del otro lado tomó un disfraz y un caballo que sus amigos le tenian dispuesto, y se encaminó por sendas desusadas á Toledo, donde ya le esperaban tambien sus adictos, los cuales le proveyeron de todo lo necesario y le facilitaron medios para que pudiese sin peligro pasar á las montañas de Jaen, abrigo de todos los descontentos del emir y de todos los parciales del antiguo y pertinaz partido de los Fehríes.

Cuando el emir supo la evasion del creido ciego exclamó: «Temo mucho que la fuga de este ciego nos haya de causar no poca inquietud y efusion de sangre.» En efecto, ya entonces se hallaba Abul Asûad al frente de seis mil hombres posesionado de las sierras de Segura y de Cazorla, mientras su hermano Cassim, el fugado de Toledo, el compañero de Ibnalarabi, habia reaparecido otra vez como por encanto en la Serranía de Ronda, y reclutaba gente para engrosar las bandas de Abul Asûad. ¡Admirable actividad y constancia la de los hijos de Yussuf, solo comparable á la de su padre! Noticioso el emir de esta novedad partió de Córdoba á la cabeza de su caballería, y dió órdenes á diferentes walíes para que se le incorporasen con sus respectivas huestes. Encastillados los rebeldes en las breñas de Cazorla, sostuviéronse por espacio de tres años haciendo la guerra de montaña, la más á propósito para rendir de fatiga y sin

resultados las tropas del emir. Impacientado ya éste y ardiendo en deseos de terminar de una vez lucha tan prolongada y fatigosa, hizo un llamamiento general á todas las tribus, y congregados todos los hombres útiles de guerra, dispuso una batida simultánea en las asperezas en que se abrigaban los rebeldes, resuelto á no dejar un enemigo á vida. Abul Asûad de resultas de este ojeo reconcentró su gente en Cazorla. Aconsejábanle allí unos que implorase la clemencia del emir, seguro de que seria acogido con benignidad, otros que aceptára la batalla y en lo mas recio de ella se pasára al campo enemigo donde seria recibido con benevolencia. Desechó altivamente el Fehri una y otra proposicion como innobles, y prefirió aventurar el todo por el todo en un combate. Y así fué que forzado á aceptar la pelea en los campos de Cazorla, sus indisciplinadas bandas, buenas para la guerra de montaña, de sorpresa y de rapiña, pero poco á propósito para una batalla campal, fueron pronto acuchilladas y deshechas por los escuadrones regulares y aguerridos de Abderrahman. Muchos se ahogaron en las aguas del Guadalimar; otros se retiraron á sus casas; Hafila, uno de los bandidos mas antiguos, huyó á sus conocidas montañas de Jaen; Cassim pudo retirarse á la Serranía de Ronda, y Abul Asûad escapó despavorido con unos pocos por Sierra Morena á Estremadura y el Algarbe. Mas de cuatro mil hombres habian quedado en el campo (784).



Vióse Abul Asûad acosado en tierra estraña por los walíes de Beja, de Alcántara y de Badajoz: abandonáronle sus compañeros; y solo, errante noche y dia por bosques y cuevas, como hambriento lobo, dice un autor arábigo, derrotado y miserable entró en Coria, donde estuvo oculto algun tiempo: precisado á volver á salir de allí, continuó errante de bosque en bosque, apagando su sed en los arroyos, y pidiendo limosna á los transeuntes: por fin, descalzo y andrajoso, desfigurado con los trabajos, entró en Alarcon, pueblo y fortaleza de Toledo, donde recibió la hospitalidad del desvalido, y á poco tiempo una muerte oscura puso fin á sus infortunios. Tal fué el lamentable fin del hijo mayor de aquel Yussuf, enemigo implacable de Abderrahman. Habíase fingido ciego en la prision, y solo recobró la libertad y la vista para gozar de la libertad de las fieras del bosque y del espectáculo de su negra desventura.

Terminada esta guerra, pasó Abderrahman á visitar la Estremadura y Lusitania. Recorrió las ciudades de Mérida, Evora, Lisboa, Santaren, Coimbra, Porto y Braga, haciendo levantar en todas partes mezquitas y estableciendo escuelas públicas para la enseñanza del islamismo: volvió por Zamora, Astorga y Avila, ciudades todas conquistadas antes por el rey cristiano de Asturias Alfonso I., y abandonadas sin duda despues ó poco defendidas, y pasó á Toledo, donde fué recibido por su hijo Abdallah con las mayo-

res demostraciones de alegría (785). Allí supo que Cassim, el hijo menor de Yussuf, unido al indómito Hafila, restos ambos de la batida de Cazorla, hacian todavía los últimos desesperados esfuerzos por la parte de Murcia y Almería. Mientras Abdallah, hijo del célebre Marsilio, y heredero del valor y de la severidad de su padre, perseguia á Cassim ben Yussuf, Abderrahman visitaba los pueblos de las montañas de Jaen, teatro de la última guerra, cambiando con su presencia y porte el espíritu desfavorable que en ellos dominaba y disipando con su amabilidad las prevenciones que contra él tenian. Al llegar á Segura de la Sierra, esclamó: «Esta fortaleza, defendida por un buen alcaide y por algunos ballesteros fieles, seria inaccesible como el nido del águila en la empinada roca.» Lleváronle allí la noticia importante de haber caido Cassim el Fehri en manos de Abdallah, hijo de Marsilio (Abdelmelek ben Omar). Invirtió algunos dias el emir en recorrer las aldeas de la sierra, y luego bajó á Denia, donde le esperaba otra nueva no menos feliz. Abdallah habia capturado tambien al terrible caudillo de los rebeldes Hafila, á quien habia decapitado en el acto. Cuando Abderrahman llegó á Lorca, incorporósele el vencedor Abdallah, y juntos se encaminaron á Córdoba, donde entraron en medio de las más vivas aclamaciones y plácemes de los habitantes de la ciudad (786). Presentáronle allí al rebelde Cassim encadenado: el hijo de Yussuf imploró la clemen-



cia del emir besando la tierra que pisaba el mismo á quien habia hecho guerra obstinada y pertinaz. El ilustre emir puso término á la guerra de treinta años con un rasgo de magnanimidad que acabó de realzar su grandeza, No solo mandó quitar las cadenas y grillos al cautivo Fehri, sino que le otorgó mercedes y le dió tierras en Sevilla para que pudiese vivir conforme á su antiguo rango y socorrer á sus parientes desvalidos. Cassim conmovido con tan generoso proceder ofreció solemnemente ser desde entonces el más fiel servidor y amigo de su magnánimo bienhechor (1).

¡Cuán diferente estrella la de los dos hijos de Yussuf el Fehri! Abul Asûad, preso diez y ocho años en una torre, logra á costa de una fingida ceguera, ficcion aun más incómoda que el mismo cautiverio, evadirse de la prision, alza el pendon rebelde en el corazon de una montaña, es batido á ojeo como una fiera dañina, derrótanle en un combate, abandónanle los suyos, vaga por los bosques como una alimaña perseguida por el cazador, pide limosna á los transeuntes, apaga la sed en los torrentes del desierto, desfigúranle los trabajos de la vida salvage, y escuálido y desnudo entra en una poblacion donde muere como un mendigo en la oscuridad y en la miseria. Cassim, su hermano, diez veces prisionero y otras tantas au-

(1) Conde, part. II., cap. 25.

xiliado para fugarse, fomentador de todas las rebeliones, conspirador incansable y eterno, aparecido do quiera que habia enemigos armados del emir, en ciudades y en despoblados, en España y fuera de ella, en Mediodía y en Oriente, en riscos y llanos, es apresado al fin, y no solo obtiene perdon é indulto de un vencedor de quien fuera tan mortal enemigo, sino tambien tierras de que poder vivir con la grandeza de un príncipe. Inútil seria buscar en lo humano las causas de estos contrastes que en todos los siglos, en todas las religiones y en todos los paises, suele ofrecer la suerte de los hombres.

Llegamos por fin al término de la carrera de Abderrahman: treinta años llevaba de luchas el hijo de Moavia con pocas interrupciones, al cabo de los cuales, vencedor siempre, pero siempre molestado, logró todavía poder dedicar con quietud alguno aunque corto tiempo á afianzar el trono de los Ommiadas y á legársele en un estado brillante á sus sucesores. Dedicó, pues, Abderrahman este apetecido período de sosiego á embellecer á Córdoba con monumentos que testificarán á la posteridad su poder y grandeza. Ya la habia adornado con alcázares, palacios y jardines; mas queriendo dejar levantado en la capital del imperio un templo que igualára ó excediera á los más magníficos y soberbios de Oriente, dió principio á la construccion de la grande aljama ó mezquita mayor de Córdoba sobre el mismo plan de la de Damasco, en

lo cual llevó acaso la idea religiosa y el pensamiento político de apartar más y más á los musulmanes españoles de la dependencia moral de Oriente en que los conservaba la veneracion á la Meca, haciendo á Córdoba un nuevo centro de la religion muslímica. Para activar los trabajos y alentar ó los operarios con su ejemplo, trabajaba Abderrahman por sí mismo una hora cada dia; mas á pesar de tanta actividad y de haber consumido en los gastos de la obra más de cien mil doblas de oro, Dios no le permitió ver concluido el grandioso monumento, en que, al decir de un moderno poeta, el ojo habia de perderse en maravillas (1). Reservada estaba esta satisfaccion á su hijo Hixem (2). Pero á Abderrahman corresponde la gloria del pensamiento y la honra de haber dotado con rentas perpétuas los hospitales y escuelas (madrissas) que levantó á la sombra de la grande aljama.

Ocupado estaba el ilustre Ommiada en estos trabajos, cuando sintiéndose próximo á descender al

(1) Victor Hugo.

(2) Abderrahman hizo la parte principal, desde el muro occidental hasta la undécima nave inclusive. Segun el autor del Indicador Cordobés (edicion de 1837), la actual catedral de Córdoba compendia en sí la historia de los cuatro grades periodos de la España romana, gótica, arábiga y restaurada. En el sitio que hoy ocupa este grandioso templo estuvo el que los romanos dedicaron á Jano, que llamaron Augusto. De ello se hallaron dos inscripciones cuando se abrieron los cimientos para la fábrica de la capilla mayor, que están hoy colocadas en el arco llamado *de las Bendiciones*. En este mismo sitio, segun la opinion más probable, estuvo en tiempo de los godos el templo de San Jorge, aquel fuerte donde se refugiaron los caballeros godos y cordobeses cuando la invasion de Mugueiz el Rumi, y que de la catástrofe en él ocurrida se llamó *iglesia de los Mártires*. Despues fue la gran mezquita, y San Fernando la convirtió en catedral cristiana, cuyo destino conserva.

sepulcro convocó á los walíes de las seis provincias, y á los gobernadores de doce ciudades principales, con sus veinte y cuatro wazires, y teniéndolos reunidos en su alcázar, á presencia de su *hahgib* ó primer ministro, del cadí de los cadíes, de los alkatibes, secretarios y consejeros de estado, declaró su voluntad de dejar á su hijo Hixem por *wali alahdi*, ó sucesor del imperio; rogó á todos le reconociesen y jurasen por tal, é hiciéronlo así todos aquellos altos dignatarios, tomando la mano á Abderrahman, segun costumbre, en señal de obediencia y respeto, y prometiendo fidelidad al futuro emir cuando su padre muriese. Era Hixem el predilecto de su padre, porque aventajaba á sus hermanos en bondad y en sabiduría, en prudencia y rectitud. Murmuróse que la sultana Howara, madre de Hixem, la más querida, y acaso la única esposa que tuvo el emir, no habia dejado de influir en la eleccion. Mas aunque los dos hermanos mayores Suleiman y Abdallah no podian reclamar legalmente derecho de preferencia á la soberanía, puesto que esta era electiva como lo era tambien en aquella época entre los cristianos, no pudieron sin secretos celos y sin un resentimiento que por entonces ahogaron, verse postergados á un hermano menor, cuyo mérito y virtudes presumian por lo menos igualar.

Despedida la asamblea, partió Abderrahman á Mérida, acompañándole Hixem, y quedando Abdallah

en Córdoba: Suleiman volvió á su gobierno de Toledo. A los pocos meses adoleció Abderrahman en Mérida de una enfermedad, de la cual no tardó en sucumbir. Acaeció su muerte en el año de la hegira 171, el 22 de la luna de Rebie segunda (30 de setiembre de 788). Tenia entonces poco más de cincuenta y nueve años, y dejaba once hijos y nueve hijas. Hízosele un entierro solemne y pomposo, acompañando su féretro toda la gente de la ciudad y de sus contornos, con señaladas muestras de sentimiento y pesadumbre (1).

Así terminó su agitada y gloriosa carrera el primero de los Ommiadas de España, Abderrahman ben Meruán, á cuyas aventajadas cualidades sus mayores enemigos no pudieron menos de hacer justicia. Almanzor, Califa de Bagdad, y por lo mismo natural enemigo de su nombre y familia, elogiaba su valor y sus talentos, y se felicitaba de que las guerras interiores de España le hubieran impedido ejecutar el atrevido pensamiento que tuvo, segun Al Makkari, de llevar la guerra hasta el Oriente y de derrocar la poderosa dinastía de los Abassidas. Los escritores cristianos, á pesar de sus naturales antipatías, no pudieron dejar de reconocer sus virtudes. El Silense le llama el gran Rey de los moros (2), y el Arzobispo don Rodrigo dice que Abderrahman fué llamado *Adahid*, el Justo (3). «Carlo-Magno, dice un escri-

(1) Conde, cap. 24.
(2) Abderramen magnus rex Maurorum..... Chron., n. 18.
(3) Hist. Arab. 18.

tor contemporáneo, la figura colosal que descuella en aquel siglo, queda rebajado en comparacion de Abderrahman [1].»

Aunque Abderrahman gobernó como gefe supremo é independiente, y aunque las historias cristianas y algunas árabes le nombran Rey, Califa (Vicario), ó Miramamolin [2], consta por Al Makkari que nunca se dió á sí mismo sino el modesto título de Emir. Los dictados de Miramamolin y de Califa no empezaron á darse á los Emires de Córdoba hasta el octavo de los Ommiadas de España Abderrahman III. ó sea Abderrahman al Nasir.

El mismo año de la muerte de Abderrahman I. entró en Africa Edris ben Abdallah, que despues de haber andado errante por aquellas regiones como en otro tiempo Abderrahman, se apoderó de Almagreb, quitándoselo á los califas de Oriente, y echó los cimientos del reino de Fez, que trasmitió en herencia á su hijo Edris ben Edris. De esta manera el Africa propiamente dicha, desde el Egipto hasta el Estrecho, se constituia independiente de los califas Abassidas, como treinta y ocho años antes se habia constituido la España: circunstancia interesante para la inteligencia de los sucesos ulteriores de nuestra historia.

(1) Alcant., Hist. de Granada, tom. II.

(2) Corrupcion de *Emír-al-mumenin*, emir ó gefe de los creyentes.



CAPÍTULO VII.

HIXEM Y ALHAKEM EN CÓRDOBA:

ALFONSO EL CASTO EN ASTURIAS.

De 788 á 802.

Solemne proclamacion de Hixem I. en Córdoba.—Guerra que le movieron sus dos hermanos Suleiman y Abdallah.—Véncelos el emir.—Noble y generoso comportamiento de éste.—Rebeliones de los walíes de la frontera oriental.—Proclama Hixem la *guerra santa*.—Progresos de los musulmanes de uno y otro lado del Pirineo.—Termina Hixem la gran mezquita de Córdoba.—Su descripcion.—Triunfo de Alfonso II. (el Casto) en Asturias.—Muerte de Hixem, y elevacion de su hijo Alhakem I.—Dispútanle el trono sus dos tios Suleiman y Abdallah.—Guerra civil.—Su término.—Alfonso de Asturias hace una escursion hasta Lisboa.—Mensage y presentes de Alfonso á Carlo-Magno en Aquisgran.—Es destronado momentáneamente, recluido en un monasterio, y vuelto á aclamar.—Conquistas de los francos en el Oriente de España.—Célebre sitio de Barcelona por Ludovico Pio, rey de Aquitania.—Rindenle la plaza los musulmanes.—Origen del condado de Barcelona.

Estraño se mantenia á todos estos sucesos el pequeño reino de Asturias, como oscurecido en su rincon bajo los inertes príncipes que mediaron del primero al segundo Alfonso, que todavía, como anunciamos en otro capítulo, tardará tres años en empuñar el cetro de la monarquía de Pelayo.



Con desusada pompa se celebraba en 788 en Mérida, terminados los funerales de Abderrahman, la solemne proclamacion de su hijo Hixem I. «Que Dios ensalce y guarde á nuestro soberano Hixem, hijo de Abderrahman!» era el grito que resonaba en todas partes, y rezábase por él la *chotba* ú oracion pública en todas las mezquitas de España. Ayudaba al entusiasmo con que era saludado Hixem su magestuosa presencia, su índole apacible, y la fama de religioso y justiciero que ya gozaba, designándole desde el principio con el doble dictado de *Al Adhil*, el justo, y de *Al Rahdi*, el benigno y afable.

Pero estas virtudes no bastaron á estorbar que sus dos hermanos mayores Suleiman y Abdallah, walíes de Toledo y de Mérida, no pudiendo resistir á la envidia y enojo de verse postergados, le declaráran abierta guerra, proclamándose independientes en Toledo, donde ambos se habian reunido. Al wazir de la ciudad, que se negó á coadyuvar á sus designios, encarceláronle y le cargaron de cadenas. Y como Hixem escribiese á su hermano Suleiman para que le diese cuenta de la causa ó motivo de aquel maltratamiento, la respuesta del soberbio Suleiman fué hacer sacar de la prision al desgraciado wazir y clavarle en un palo á presencia del portador de la carta, diciéndole á éste: «vuelve y dí á tu señor lo que vale aquí su soberanía: que queremos ser independientes en nuestras pequeñas provincias, lo cual es una corta indemni-

«zacion del desaire que se nos ha hecho.» Justamente indignado Hixem de la desatentada osadía de sus hermanos, marchó á la cabeza de una hueste de veinte mil hombres sobre Toledo. Suleiman habia salido á su encuentro con quince mil. Batiéronse los dos hermanos con el encarnizamiento de estraños enemigos. Derrotado el rebelde, pudo á favor de las tinieblas de la noche refugiarse á los montes, y el ejército vencedor prosiguió á poner cerco á la ciudad, defendida por Abdallah. El sitio apretaba, Suleiman no volvia, escaseaban los víveres, cundia en la ciudad el descontento, y Abdallah pidió permiso á los gefes del campo enemigo para pasar á conferenciar con el emir su hermano. Salió de Toledo de incógnito, presentóse á Hixem, el cual por uno de aquellos impulsos indeliberados, propios de las almas generosas, recibió á Abdallah con los brazos abiertos. Ante la elocuencia muda de la sangre no vió en su hermano al gobernador rebelde de Toledo, sino al hijo de Abderrahman como él. Concertóse, pues, la entrega de la plaza y el olvido de todo lo pasado, y juntos marcharon á Toledo, donde fué recibido Hixem con públicas demostraciones de alegría. Instaló en calidad de walí á un pariente del wazir tan inhumanamente sacrificado: dió á Abdallah para que pudiese vivir una casa de recreo situada en uno de los más amenos sitios de la campiña del Tajo, y regresó á Córdoba á preparar los medios de reducir á Suleiman, que tenaz en su rebe-



lion, se habia corrido de los montes de Toledo á los campos de Murcia, y reclutado gran número de descontentos.

Tampoco tardó en verse segunda vez humillada la soberbia de Suleiman. El jóven hijo de Hixem, Alhakem, que hacia el primer ensayo de acaudillar algunas tropas, mandaba la vanguardia del ejército destinado á perseguir á su rebelde tio. En los campos de Lorca encontró la gente de éste, y con el ardimiento y la inconsideracion de un jóven que no ve los peligros la arremetió impetuoso, y tuvo la fortuna de arrollarla. Cuando llegó el ejército del emir no halló ya con quien pelear. Costóle al jóven vencedor ser amonestado por su padre, para que otra vez no procediera con tanta precipitacion, pues si bien es necesario el arrojo en las lides, no lo es menos la prudencia, por cuya falta caudillos muy bravos causaron muchas veces la ruina de sus reinos y la suya propia. Cuando Suleiman, que no habia estado en la batalla, supo la derrota, «¡maldicion á mi suerte!» exclamó, y sin decir mas corrióse con algunos ginetes á tierra de Valencia, donde acosado por la caballería del emir escribió á su hermano solicitando le admitiese en su gracia con las mismas condiciones que á Abdallah. Hixem, siempre generoso, allanóse tambien á ello; si bien conociendo el carácter impetuoso y arrebatado de Suleiman, le propuso que se estableciese en Tánger ú otra ciudad de Almagreb, donde con el valor

de los bienes que tenia en España podria adquirir otras posesiones equivalentes. Accedió á todo Suleiman, y vendidas sus haciendas en sesenta mil mitcales de oro pasó á morar en Tánger. Así terminó (de 788 á 790) la guerra de los tres hermanos [1].

Simultáneamente habia estado ardiendo el fuego de la rebelion por las fronteras del Pirineo Oriental. Los inquetos berberiscos no se resignaban á la obediencia de los emires árabes. Ya era el walí de Tortosa Said ben Hussein que se negaba á reconocer á su sucesor, y se concertaba con sus vecinos los francos para sostener contra el soberano de Córdoba las plazas de Gerona, Ausona y Urgel; ya era el caudillo de la frontera Balbul, que unido á los walíes de Barcelona, Tarragona y Huesca, se apoderaba de Zaragoza, y se proclamaba independiente. Por fortuna de Hixem, el walí de Valencia, Abu Otman, enviado contra los rebeldes, fué tan enérgico y feliz en su expedicion, que no tardó en informar al emir de sus triunfos de la manera auténtica que los musulmanes solian hacerlo, enviándole las cabezas de los caudillos vencidos. Como esto coincidiese con la sumision de los dos hermanos, hiciéronse en Córdoba fiestas públicas. Hixem escribió de su puño una carta de gracias al bravo Abu Otman, y le dió el mando de la frontera de Afranc ó del Frandjat (que así llamaban

(1) Roder. Tolet., Hist. Arab., y 26.—Ben Alabar in Cassiri. c 18.—Conde, part. II., cap. 25



ellos á la frontera de Francia, prometiéndole le serian enviados refuerzos para recobrar las ciudades que en aquella tierra habian perdido los muslimes.

Desembarazado Hixem de estas guerras, pensó en resucitar en los musulmanes españoles el fervor religioso de los buenos tiempos del Islam, y llevando el pendon del Profeta á los dominios cristianos emplear las fuerzas y la atencion de todas las tribus en combatir á los enemigos de su fé, haciendo cesar por este medio el espíritu de sedicion que trabajaba y enflaquecia el imperio. Al efecto hizo leer en todos los *mimbhares* ó púlpitos de las mezquitas la proclamacion del *alghied* ó guerra santa. Hizo un llamamiento general á todos los walíes y caudillos, á todos los creyentes, ofreciendo grandes premios á cuantos contribuyeran de algun modo á tan digna empresa. Respondieron á la invitacion del emir todos los buenos musulmanes, concurriendo los unos con sus personas, los otros suministrando armas ó caballos, los demás con sus bienes, haciendo donativos y limosnas (791). Juntáronse así brevemente tres grandes cuerpos de ejército, que destinó el emir á Astúrias y Galicia, á los montes *Albaskenses* (montañas vascas), y á las tierras de Afranc.

El primero, al mando del hadgib ó primer ministro Abdel Wahid, fuerte de cerca de cuarenta mil hombres, corrió las comarcas de Astorga y Lugo, talando y destruyendo el país, y cuando volvia car-

gado de ganados, despojos y cautivos, encontróse una parte de él en Burbia [1] con fuerzas del rey de Astúrias Bermudo (Bomond que nombran los árabes). El resultado de esta pelea le traducen en su favor las historias musulmanas: distinta interpretacion le dan los cronistas cristianos [2]. Era el último año del reinado de Bermudo, cuando ya Alfonso mandaba las armas de Astúrias. El segundo ejército penetró por los montes de Vizcaya hasta la Vasconia. Pero la irrupcion más notable de la guerra santa fué la que hizo el tercer cuerpo á las órdenes de Abdalá ben Abdelmelek á la Septimania ó Narbonense. Los momentos no podian ser más oportunos. Carlo-Magno se hallaba en el Norte defendiendo las fronteras de su reino contra los indóciles sajones: Luis el Bondadoso, su hijo (Ludovico Pío), rey de Aquitania, habia tenido que acudir á Italia al socorro de su hermano Pepino, contra quien se habian sublevado los de Benevento. En tal ocasion, el ejército musulman, despues de tomar á Gerona, que estaba por los franco-aquitanios, y de degollar á sus habitantes, invadió la Septimania, incendió el grande arrabal de Narbona, treinta años hacia perdida por los sarracenos, hizo gran matanza en sus defensores, y cargado de botin dirigióse á Carcasona. En vano quiso hacer frente el duque Guiller-

(1) Junto á Villafranca del Vierzo, en la actual provincia de Leon.
(2) Conde, cap. 27.—Ahmed Almakari.—Albeld. Chron. n. 57. —Roder. Tolet. Hist. Arab.: c. 21.

mo de Tolosa en las riberas del Orbieu á las vencedoras huestes agarenas: inútiles fueron las proezas personales del duque cristiano. El pendon mahometano quedó otra vez triunfante, y contentos los árabes con esta segunda victoria, regresaron de este lado de los Pirineos á poner en seguridad su inmenso botin (793). Córdoba celebró con regocijos públicos las nuevas de tan felices expediciones [1]. Del quinto de aquellos despojos tocaron al emir más de cuarenta y cinco mil mitcales ó pesantes de oro.

«Con estos venturosos sucesos, dicen los historiadores arábes, era el rey Hixem muy temido de sus enemigos y muy amado de los pueblos; con su clemencia, liberalidad y condicion dulce y humana, se granjeaba las voluntades de todos.» Príncipe, añaden, tan magnánimo, que de su particular tesoro pagaba los rescates de los prisioneros, y tomaba á su cargo y bajo su proteccion los hijos y mujeres de los que morian en la guerra santa. Tan celoso por la religion como caritativo con los pobres, destinó en su totalidad el quinto de los despojos que le habia tocado á acabar la gran mezquita de Córdoba empezada por Abderrahman I., y en la cual, á ejemplo de su padre, tambien trabajaba él algun rato cada dia. Dicen que empleó como obreros á todos los cautivos hechos en Narbona, lo que pudo dar ocasion á la tradicion po-

(1) Hist. de Languedoc, tom. I. —Fauriel, Hist. de la Gaule, etc., tom. III.—Conde, cap. 27.—Rodr. Tolet. Hist. Arab. c. 10.



pular de haber hecho traer en hombros de cautivos los escombros de aquella ciudad para emplearlos en este edificio. Acabóse, pues, en tiempo de Hixem este grandioso templo, que describe así un historiador árabe. «Esta magnífica aljama de Córdoba aventajaba á todas las de Oriente; tenia seiscientos piés de larga y doscientas cincuenta de ancha; formada de treinta y ocho naves á lo ancho y diez y nueve á lo largo, mantenidas en mil noventa y tres columnas de mármol: se entraba á su *alquibla* (1) por diez y nueve puertas forradas de planchas de bronce de maravillosa labor, y la puerta principal cubierta de láminas de oro: tenia nueve puertas á Oriente y nueve á Occidente. Sobre la cúpula más alta habia tres bolas doradas, y encima de ellas una granada de oro: de noche para la oracion se alumbraba con cuatro mil setecientas lámparas, que gastaban veinte y cuatro mil libras de aceite al año, y ciento veinte libras de aloe y ámbar para sus perfumes: el *atanor del mihrab*, ó lámpara del oratorio secreto, era de oro, y de admirable estructura y grandeza.» Otro escritor arábigo, Abdelhalin de Granada, que tuvo la humorada de informarse hasta de las tejas que cubrian el edificio, dice que eran cuatrocientas sesenta y siete mil trescientas (2). Tambien se reedificó de ór-

(1) La parte destinada á la oracion, que se hacia con el rostro vuelto hácia la Meca.

(2) Conde, part. II., cap. 28.—Ponz, Viage de España.—Indicador Cordobés.

den de Hixem el famoso puente romano de Córdoba.

Reinaba desde 791 en Asturias Alfonso II. llamado el Casto [1]. En el tercer año de su reinado, y sesto del de Hixem en Córdoba (794) invadió las Asturias otro nuevo ejército sarraceno. Internáronse esta vez bastante los mahometanos en aquel suelo clásico de la restauracion española, devastando campiñas y destruyendo iglesias. Alfonso reunió toda la gente de armas que pudo; el número era mucho menor que el de los enemigos; pero la presencia de su rey y el celo por su religion les inspiraba un ardor irresistible. Alfonso supo con maña atraer á los enemigos á un lugar pantanoso llamado Lutos (Lodos), en que entraron confiadamente los musulmanes. Salieron entonces los cristianos que emboscados los esperaban, y embistiéronlos tan bravamente, que embarazados y confusos los moros en un terreno fangoso, y para ellos desconocido, sufrieron una horrible mortandad: las crónicas cristianas hacen subir el número de muertos á setenta mil [2]. Las historias arábigas confiesan que fué grande la matanza de los muslimes, que pereció

(1) Llamósele así, por ser fama que «con deseo de vida más pura y santa por todo el tiempo de su vida no tocó á la reina Berta, su muger:» dice Mariana. Lo que se infiere del cotejo de las crónicas de Albelda, de Alfonso III., de Pelayo de Oviedo y de Lucas de Tuy, es que si estuvo desposado con Berta, no debió llegar á realizarse el consorcio, ó esta señora, á quien suponen francesa, no vino á España. Por lo menos no se encuentra su nombre entre los confirmantes de los privilegios de aquel reinado, como acostumbraban á hacerlo las reinas en aquel tiempo.

(2) Sebast. Salmant., n. 21.—Algunos confunden esta entrada y derrota con la de 791.



en ella el caudillo Yussuf ben Bath, y que perdieron la presa y cautivos que traian. Esta fué la última expedicion de los sarracenos á tierras cristianas durante el reinado de Hixem.

La santa guerra, feliz para él por la parte de Narbona, lo habia sido bien poco por la de Asturias. Entreteníase como su padre en el cultivo de las hermosas huertas y jardines de Córdoba. Conociendo su aficion, propusiéronle un dia la adquisicion de una heredad contigua sumamente feraz y amena: sabedor el emir de que deseaban adquirirla otros, abstúvose de comprarla por no perjudicarles (1).

Cuéntase que un astrólogo anunció á Hixem la proximidad de su muerte; y que en su virtud, sin apesadumbrarse por ello, dicen las crónicas, convocó una solemne asamblea de los principales dignata-

(1) Con esta ocasion compuso los siguientes versos, que revelan no tanto ingenio como grandeza de animo.

Mano franca y liberal—es blason de la nobleza,
El apañar intereses—las grandes almas desdeñan;
Floridos huertos admiro—como soledad amena,
El aura del campo anhelo,—no codicio las aldeas,
Todo lo que Dios me da—es para que á darlo vuelva:
En los tiempos de bonanza—infundo mi mano abierta
En el insondable mar—de grata beneficencia:
Y en tiempo de tempestad—y de detestable guerra
En el turbio mar de sangre—baño la robusta diestra:
Tomo la pluma ó la espada,—como la ocasion requiera,
Dejando suertes y lunas,—y el contemplar las estrellas.

Conde, cap. 28.



rios del imperio (ceremonia que desde su padre siguieron usando en iguales casos los emires), y en ella hizo reconocer por sucesor suyo á su hijo el jóven Al-Hakem, al cual juraron todos los principales jeques obediencia y fidelidad. El vaticinio del astrólogo, si fué cierto, no tardó en cumplirse. En los primeros dias de abril de 796 enfermó Hixem, y á los doce dias, dicen los autores árabes, se fué á la misericordia de Alláh. Refieren que poco antes de morir llamó á su hijo y le dió los siguientes consejos, que algunos equivocadamente han atribuido á su padre [1]. «Considera, hijo mio, que los reinos son de Dios que los dá «y los quita á quien quiere. Pues Dios por su bondad «nos ha dado el poder que está en nuestras manos, dé«mosle gracias por tanto beneficio, hagamos su santa «voluntad, que no es otra que hacer bien á todos los «hombres, y en especial á los que están encomenda«dos á nuestra proteccion: haz justicia igual á pobres «y á ricos, no consientas injusticias en tu reino, que «es camino de perdicion; sé benigno y clemente con «todos los que dependan de tí, que todos son criatu«ras de Dios. Confia el gobierno de tus provincias y «ciudades á varones buenos y esperimentados; castiga «sin compasion á los ministros que opriman tus pue«blos: gobierna con dulzura y firmeza á tus tropas «cuando la necesidad te obligue á poner las armas en

(1) Viardot, Hist. des Arabes, etc., cap. 11.

«sus manos; sean los defensores del estado, no sus «devastadores; pero cuida de tenerlos pagados y de «inspirarles confianza en tus promesas. No te canses «de grangear la voluntad de tus pueblos, pues en su «amor consiste la seguridad del estado, en el miedo «el peligro, y en el ódio su ruina cierta. Cuida de los «labradores que cultivan la tierra y nos dan el nece«sario sustento: no permitas que les talen sus siem«bras y plantíos. En suma, haz de manera que tus «pueblos te bendigan, y vivan contentos á la sombra «de tu proteccion y bondad, que gocen tranquilos «y seguros los placeres de la vida: en esto consiste «el buen gobierno, y si lo consigues, serás feliz, «y alcanzarás fama del mas glorioso príncipe del «mundo [1].»

«Al leer este fragmento, exclama un escritor de nuestros dias, ¿no se cree tener á la vista una página de Fenelon?» Ciertamente, á ser auténtico, como lo parece, este discurso, holgaríamos de ver practicadas las máximas del príncipe musulman por los mismos que rigen y gobiernan los pueblos cristianos. Dejó Hixem establecidas en Córdoba escuelas de lengua arábiga, y en su tiempo se comenzó á obligar á los cristianos mozárabes á no hablar ni escribir en su lengua latina.

Alfonso de Asturias habia trasladado su córte y

(1) Conde, cap. 29.



residencia real á Oviedo, la ciudad que habia fundado su padre Fruela, y donde él habia nacido. Consagrábase el tiempo que las irrupciones sarracenas se lo permitian á fomentar la prosperidad de su reino con el celo, piedad y prudencia que hicieron tan glorioso su largo reinado. Cinco años llevaba gobernando la monarquía de Asturias, cuando por muerte de Hixem fué proclamado emir de la España musulmana Alhakem, su hijo, cuya brillante educacion juventud, ingenio y cultura hacian esperar á los muslimes que tendrian en él un digno sucesor de su abuelo y de su padre: y esperáronlo más al verle nombrar su hagib ó primer ministro al ya ilustre en armas y letras Abdelkerim ben Abdelvahid, su bibliotecario y amigo desde la infancia. Pero la altivez é irascibilidad de su génio le condujeron á los excesos y estravagancias que nos irá diciendo la historia.

Borrascoso y turbulento comenzó el reinado del tercer Ommiada. Sus dos tios Suleiman y Abdallah, en Tánger el uno, en las cercanías de Toledo el otro, de nuevo aguijados de la ambicion de reinar, preparáronse á disputar con las armas á su jóven sobrino un trono de que aun se creian injustamente despojados, como hijos mayores de Abderrahman. Entendéronse entre sí, y mientras Abdallah con ayuda del cadí de Toledo Obeida ben Amza (el Ambroz de las crónicas cristianas), hombre astuto y de intriga, organizaba secretamente la rebelion, Suleiman en Africa reclu-

taba á fuerza de oro la gente movediza y vagabunda del Magreb para traerla á España. Abdallah, despues de haberse concertado con su hermano en Tánger, pasó resueltamente á solicitar el apoyo del más poderoso príncipe que entonces en Europa se conocia, de Carlo-Magno, que se hallaba á la sazon en su palacio de Aquisgran (Aix-la-Chapelle). Allá se fué el atrevido árabe, como antes Ibnalarabi á Paderborn, á implorar la ayuda del gran gefe de la cristiandad contra el emir su inmediato pariente y correligionario. A tal punto la codicia del poder ahoga en los hombres la voz de la sangre y el sentimiento religioso. Lo que negociaron en su comun interés el monarca franco y el rebelde Ommiada, indicáronlo pronto, si del todo no lo aclararon los sucesos (1).

Despues de haber venido juntos hasta la Aquitania Abdallah y el rey franco Luis el Pio, y mientras el hijo de Carlo-Magno se disponia á invadir la España por el Pirineo Oriental, el tio del emir de Córdoba atravesaba todo el territorio que media hasta Toledo, donde ya su activo agente Ambroz (Aben Amza) le tenia ganadas algunas fortalezas de la provincia, alzado banderas por él, y apoderádose de las puertas y alcázar de Toledo por un atrevido golpe de mano (797). De todos los alcaides de la comarca ninguno habia permanecido fiel al emir sino Amrú el de Talavera.

(1) Eginhard, Annal.—Annal. Laurlss.—Conde, cap. 30.

Suleiman con su hueste aventurera de Africa desembarcaba en Valencia y se reunia á su hermano en Toledo, sin que alcanzara á impedirlo el emir por pronto que acudió con la caballería de Arcos, de Jerez, de Sidonia, de Córdoba y de Sevilla. Viéronse al instante los resultados de la entrevista de Aquisgran, porque mientras Alhakem y su fiel Amrú sitiaban en Toledo á los dos hermanos rebeldes, el hijo de Carlo-Magno y rey de Aquitania Luis (Ludovico el Pío) por medio de sus leudes y caudillos recobraba á Narbona, batia á los comandantes musulmanes de la frontera Balhul y Abu Tahir, rendia otra vez á Gerona, se le entregaban Lérida, Huesca y Pamplona, y un moro nombrado Zaid escribia á Carlo-Magno ofreciéndole poner la plaza de Barcelona á su disposicion.

En tal conflicto el jóven Alhakem, con una resolucion propia de su juventud, dejando encomendado á su fiel Amrú el sitio de Toledo, parte rápidamente con la caballería de su guardia á apagar el incendio de la España Oriental. Llega á Zaragoza, hace un llamamiento á los buenos musulmanes: su presencia, sus modales, sus ardientes discursos reaniman las poblaciones del Ebro, y acuden en derredor de la legítima bandera. Con esto emprende vigorosamente la reconquista de las plazas perdidas, los franco-aquitanios huyen delante de sus armas, recobra á Huesca, Lérida y Gerona, entra en Barcelona, traspone el Pirineo, avanza á Narbona, destruye, degüella, cau-

tiva niños y mugeres, le aclaman sus soldados *Al-mudhaffar* (vencedor afortunado), y dejando el cuidado de la frontera á su primer ministro Abdelkerim, y al walí Foteis ben Suleiman, regresa á Toledo fuerte y orgulloso con el resultado de tan feliz y rápida campaña. En vano en su ausencia se habia engrosado el partido de sus rebeldes tios; en vano se les habian adherido las ciudades de Valencia y Murcia: íbale á Alhakem el trono y la vida en acabar con aquella rebelion: el sitio se activa; las aguerridas y triunfantes huestes del emir vencen en varios reencuentros á la gente allegadiza y baldía de Suleiman; tómanles las fortalezas del país; Suleiman y Abdallah se ven forzados á pasar á tierras de Valencia y Murcia: el emir se mueve tambien, y establece su cuartel general en Gingilia (Chinchilla). A poco tiempo se le presenta en Chinchilla el intrépido y fiel Amrú con la noticia de haber entrado en Toledo, de haber decapitado á Ambroz, cuya cabeza le llevaba en testimonio segun costumbre, y de haber dejado de gobernador de la ciudad á su hijo Yussuf (799).

Intentan entonces Suleiman y Abdallah penetrar en Andalucía y apoderarse de Córdoba por un golpe de mano. Pero el activo emir les sale al encuentro, y casi en el mismo sitio en que en vida de su padre habia hecho el primer ensayo de su temeraria intrepidez contra aquel mismo Suleiman su tio, allí encontró ahora las huestes de los dos hermanos: allí

correspondió otra vez al alto concepto que desde aquella primera ocasion habia hecho formar de su arrojo; allí en lo más recio de la batalla vió caer á los piés de sus caballos al mayor de sus tios, Suleiman, clavada una flecha en su cuello. Desordenáronse con este golpe las bandas rebeldes, y Abdallah se retiró á Valencia á favor de la noche seguido de algunos. Cuando al emir le fué presentado el cadáver de su tio lloró sobre él, y mandó hacerle solemnes exéquias á que asistió él mismo. Aunque Abdallah era muy querido en Valencia, tanto que le apellidaban *Al Balendi* (el Valenciano), no quiso prolongar por más tiempo los males de una guerra que seria ya inútil, y envió á Alhakem su sumision, ofreciéndole pasar á vivir en Africa ó donde le destinase. Admitió el emir la propuesta, concediéndole generosamente morar donde más gustase, asignándole mil mitcales de oro mensuales y cinco mil más al fin de cada año, pero exigiéndole en rehenes sus hijos como en garantía de la fé de su padre. Trató Alhakem á sus primos como príncipes, otorgándoles altos empleos en muestra de su confianza, y aun dió al mayor de ellos, Esfah, en matrimonio su hermana *Alkinza* (1). Volvióse con esto Alhakem á Córdoba donde fué recibido con grande alegría (800). De este modo acabó la segunda guerra de los dos hermanos Suleiman y Abdallah en que se

(1) *Alkinza* significa el *tesoro*.

vieron tantos ejemplos de esta estraña mezcla de cruel- dad y de sentimientos nobles y humanitarios tan co- mun en las gentes de la Arabia.

¿Habia estado entretanto ocioso y quieto Alfonso de Astúrias? Por el contrario, aprovechando las des- avenencias de los musulmanes habia hecho en 797 una atrevida escursion á la Lusitania. llevádola hasta las lejanas márgenes del Tajo, penetrado aunque mo- mentáneámente en Lisboa, talado sus campiñas y trai- do ricos despojos. Hallándose Carlo-Magno en Aquis- gran, vió llegar unos personages cristianos que mos- traban ir de apartadas tierras, llevando consigó siete cautivos musulmanes con otros tantos caballos, lujo- sos arneses, y un magnífico pabellon árabe. Eran dos noblos españoles, Basilico y Froya, enviados y men- sageros de Alfonso el Casto de Astúrias, que iban á ofrecer de parte de su rey al monarca franco aquellos preciosos dones, gloriosos trofeos de su feliz expedi- cion á Lisboa, al propio tiempo que su alianza y amistad (1). Quedó desde entonces Alfonso en relacion íntima con el poderoso Cárlos que estendió igualmente á su hijo Luis de Aquitania. Tambien á Tolosa, donde este príncipe celebraba una especie de asamblea para deliberar sobre el modo de hacer otra incursion en España, fueron mensageros de Alfonso con presen- tes para aquel rey, siendo de este modo los tres

(1) Eginhard, Annal.—Id. Ful- dens.—Reginon, Cron. cit. por Florez, tomo XI. p. 6.

monarcas el nervio de la liga cristiana de aquel tiempo.

Pero tan íntimas relaciones, tales y tan cumplidas muestras de amistad por parte de Alfonso á los príncipes francos hubieron de ser interpretadas por algunos celosos próceres de Astúrias como signos de dependencia, sumision ó vasallage, y no pudiendo tolerar la idea del más remoto peligro de dependencia estrangera, formóse un partido bastante poderoso para derrocar á Alfonso del trono y encerrarle, bien que por muy corto tiempo, en el monasterio de Abelanica (802). Las sucintas crónicas de aquella era no nos dicen quién fuese aclamado en su lugar. Acaso ninguno: porque muy brevemente, en aquel mismo año, los vasallos leales de Alfonso, que eran los más, capitaneados por un godo llamado Theuda, le sacaron de la reclusion y le devolvieron la libertad y el trono de que injustamente le habian despojado. Fundado ó no el cargo que á Alfonso le hacian, es lo cierto que desde aquella fecha no se volvió á hablar ni de presentes y regalos, ni de afectuosos escritos de parte del rey de Asturias y Galicia al señor emperador Carlo-Magno, como ya entonces se le llamaba [1]. Tampoco desde entonces volvió á ser inquietado Alfonso en la pacífica posesion de su cetro.

(1) Albeld. Chron. l. c.-Astron. rol. Magn. Vit. Hludovici Pii.—Egin. Vit. Ka-



Por dichoso hubiera podido tenerse Alhakem con no contar más enemigos cristianos que los del Norte de España. Hubiera al menos podido reposar un tanto tranquilo en su soberbio alcázar y á la sombra de sus bellos jardines de Córdoba, despues de terminada la guerra civil de sus dos tios, si por el Nordeste de la Península no viera irse estrechando las fronteras de su imperio al empuje de las armas de otro formidable adversario. Ni Cárlo-Magno ni su hijo Luis habian renunciado á sus proyectos sobre España. Uno y otro tenian honra que vindicar, pérdidas que resarcir, y ambicion que satisfacer: y la asamblea de Tolosa que hemos mencionado, no habia sido estéril; habíase acordado en ella una nueva invasion, y realizóse con la ayuda y cooperacion que habia ido á ofrecerles en Tolosa aquel gefe de frontera Balhul, uno de aquellos moros de quienes dice la crónica árabe, «que acostumbrados á ser independientes en sus gobiernos, se mantenian en ellos con artera y vil política, buscando la amistad y el favor de los cristianos para no abedecer á su señor ni servirle, y cuando ya no podian sufrir la opresion de los cristianos, fingian ser leales y buenos muslimes, y se acogian al rey, que por esta causa se habia perdido aquella frontera.» Viene, pues, otra vez el ejército franco-aquitanio. Gana fácilmente los lugares fronterizos: Gerona, tres veces en un año tomada y perdida por musulmanes y cristianos: la antigua Ausona, tan floreciente en otro tiempo, y en

aquella sazon casi deshabitada [1]; Caserras, situada sobre una alta roca; el fuerte de Cardona, en la pendiente de un desfiladero; Solsona, Manresa, Berga, Lérida, todas fueron cayendo sucesivamente en poder de los francos, que se dedicaron á fortificarlas, como quien pensaba hacer asiento en el país, que fué el núcleo de lo que habia de llamarse luego *Marca Hispana*, y quedó por entonces encomendado al conde Borrell. El gobernador de Barcelona Zaid rehusó entregar la plaza, segun habia ofrecido. Tal era la fé de los moros. Quedó Barcelona para ser especial objeto de una gran cruzada por parte de los francos.

En el primer año del siglo IX. se celebraba en Tolosa una solemne asamblea, especie de Campo-de-Mayo, presidida por el rey Luis de Aquitania. Tratábase de formar una gran liga de todos los condes y leudes francos y aquitanios para la conquista de Barcelona. El duque Guillermo de Tolosa fué el orador más vehemente y el instigador más fogoso en favor de la expedicion. Ardia en deseos de vengar el desastre del Orbieu. El discurso de aquel Guillermo, entonces duque y despues santo, arrastró tras sí los votos de toda la asamblea. Francos, vascones, godos y aquitanios, de Tolosa, de la Guiena y de la Auvernia, provenzales y borgoñones enviados como auxiliares por Carlo-Magno, formaron el grande ejército expedi-

(1) Estaba tan destruida que se le dió el nombre de Vicus (ai-des) Ausonensis, de donde le quedó el de Vic, Vique, y hoy Vich.

cionario, que fué dividido en tres cuerpos. En el otoño de aquel año (801), una numerosa hueste cristiana derribaba los árboles de las cercanías de Barcelona, levantaba estacadas, construia torres de madera, armaba escalas, arrastraba piedras, manejaba arietes y todo género de máquinas de batir. Un moro, seguido de una muchedumbre de gente, paseaba por lo alto de los muros de Barcelona. Era Zaid, que alentaba á los musulmanes á que no desmayáran á la vista del ejército franco. Todos los asaltos de los sitiadores eran rudamente rechazados con no poca pérdida de la gente cristiana.

Los musulmanes esperaban que Alhakem les enviára socorros de Córdoba. Pero habíase apostado para impedirlo el duque Guillermo de Tolosa con el tercer cuerpo entre Tarragona y Lérida. Por otra parte, el moro Balhul, acaudillando los cristianos del Pirineo, aquellos rústicos y bravos montañeses avezados á todo género de privaciones y de fatigas, devastaba las campiñas y poblaciones árabes que hallaba descuidadas, y en una de sus atrevidas escursiones llegó á apoderarse de Tarragona, que hizo su plaza de armas. Singular fenómeno el de un caudillo musulman haciendo guerra terrible á los de su misma creencia con guerrilleros cristianos. Un cuerpo de auxiliares andaluces mandados por Alhakem hubo de retroceder apenas llegó á Zaragoza, espantado del aparato bélico de los cristianos. Con eso pudo el duque Guillermo

reunirse con su division á la de los sitiadores, y activáronse las operaciones del asedio, y jugaron con más vigor los máquinas de guerra, Insultábanse y se denostaban sitados y sitiadores. «¡Oh mal aconseja»dos francos! gritaba un árabe de lo alto del muro; «¿á qué molestaros en batir nuestras murallas? Ningun »ardid de guerra os podrá hacer dueños de la ciudad. »Sustento no nos falta; tenemos carne, harina y miel, »mientras vosotros pasais hambre.»—«Escucha, or»gulloso moro, le contestó el duque Guillermo; escu»cha palabras amargas que no te agradarán, pero »que son ciertas. ¿Ves este caballo pio que monto? »Pues bien, las carnes de este caballo serán despeda»zadas con mis dientes antes que mis tropas se alejen »de tus murallas, y lo que hemos comenzado sabre»mos concluirlo.»

Lo del moro habia sido una arrogante jactancia. Hambre horrible llegaron á sufrir los sitiados: los viejos cueros de que estaban aforradas las puertas los arrancaban y los comian; otros preferian á las angustias del hambre precipitarse de lo alto de las murallas en busca de la muerte: todo menos rendirse: heroismo digno de otra mejor causa y religion que la de Mahoma: escitaban ya la compasion como la admiracion de los mismos cristianos. Créese que luego recibieron socorros por mar, porque el sitio continuó, y ellos en vez de rendirse se mostraron más firmes y animosos.

Aproximábase ya la cruda estacion del invierno, y esperaban los muslimes que los rigores del frio obligarian á los cristianos á levantar el sitio y volver el camino de Aquitania. Por lo mismo fué mayor su confusion y sorpresa al ver desde las murallas los preparativos para la continuacion del bloqueo, construir chozas, clavar estacas, colocar tablones, levantar, en fin, por todo el campo atrincheramientos y abrigos que indicaban intencion resuelta de pasar allí el invierno. Mayor fué todavía el desánimo de los mahometanos al percibir un dia en el campo enemigo del lado del Pirineo un movimiento y una agitacion desusada. Era el rey Luis que acababa de llegar del Rosellon con su ejército de reserva, avisado de que era el momento y sazon de venir á recoger la gloria de un triunfo con que ya se atrevian á contar. El desaliento de los musulmanes de la ciudad fué grande entonces: hablábase ya públicamente de rendicion: solo Zaid rechazaba esta idea con energía, y para reanimarlos les daba esperanzas de recibir pronto socorros de Córdoba. Poco tiempo logró mitigar la ansiedad del pueblo, porque los socorros no llegaban y Alhakem parecia tenerlos abandonados. Zaid veia crecer la alarma y los temores, y no hallaba ya medio de acallarlos. Asaltóle entonces el atrevido pensamiento de salir él mismo de la ciudad, ir á Córdoba, pedir auxilio al emir, y volver á la cabeza de las tropas auxiliares á libertar á Barcelona. Arrojado era

el proyecto, pero ante ninguna dificultad retrocedia el intrépido y valeroso Zaid. Comunicóle á los demás gefes, nombró gobernador de la plaza durante su ausencia á su pariente Hamar, y se dispuso á ejecutar su designio á la noche siguiente. Encargó y recomendó mucho á sus compañeros que no desanimáran, que no se asustáran por nada, que tuvieran serenidad, pero que no provocáran al enemigo con salidas imprudentes, seguros de que no tardaria en venir en su socorro.

A estas instrucciones añadió otra muy notable, que prueba la prevision al mismo tiempo que el ardor generoso del bravo musulman. «Si por casualidad, les dijo, cayese en poder de los cristianos, lo cual no es un imposible, y quisieran sacar partido de mi cautiverio imponiéndome por condicion para el rescate de mi vida el exhortaros á entregar la ciudad, no me escucheis, no hagais caso de mis palabras, manteneos firmes, sufridlo todo, hasta la misma muerte, como la sufriré yo, antes que rendiros con ignominia. Esto es lo que os dejo encargado.» ¿Cómo no habia de inflamarse, por decaido que estuviese, el espíritu de los muslimes con tales palabras?

Llegó la noche; una noche tenebrosa de invierno. Zaid habia observado un sitio del campo enemigo en que las tiendas y cabañas estaban menos espesas ó á más distancia unas de otras. En aquella direccion salió Zaid á caballo por una puerta secreta: el animal

parecia comprender el oculto designio de su dueño; en medio del silencio de la noche percibíanse apenas sus pisadas: así llegaron sin ser sentidos casi á las últimas chozas que ceñian el campamento: unos pasos más, y el atrevido musulman se veia libre de peligros. Ya casi se lisongeaba de estarlo cuando una desigualdad del camino hizo tropezar al caballo: el cuadrúpedo se levanta, relincha, espoléale el ginete, corren.... poco les falta para salvar el campo.... pero al relincho del corcel todos los centinelas se han puesto en movimiento, y Zaid encuentra embarazado el paso por un peloton de soldados. En su vista retrocede camino de Barcelona: pero la alarma habia cundido por todas partes: por todas encuentra soldados cristianos que le acosan, le cercan, le hacen en fin prisionero, y le conducen á la tienda del rey. La alegría se derrama por el campamento cristiano; la noticia no tarda en llegar á los sitiados de Barcelona: compréndese el terrible efecto que causaría.

Sucedió todo lo que Zaïd habia previsto. Los francos quisieron valerse de su ilustre prisionero para que aconsejára á los suyos la entrega de la ciudad. Presentáronle, pues, ante los muros de Barcelona con un brazo ligado, el otro desnudo y suelto. Cuando Zaid llegó á sitio de poder hacerse oir de los suyos agolpados sobre las murallas, estendió hácia ellos el brazo que le quedaba libre, y comenzó á exhortarlos á voz en grito que abriesen las puertas de la ciudad;

pero al mismo tiempo doblaba los dedos y hacia otras semejantes demostraciones, como para dar á entender que ejecutáran todo lo contrario de lo que con la voz les ordenaba. Reparó el duque Guillermo en aquel juego misterioso, sospechó de él, y no pudiendo reprimir su indignacion dejóse arrebatar hasta el punto de descargar su puño sobre el rostro del astuto musulman. Su saña, sin embargo, no habia sido perdida: los gefes de la ciudad la comprendieron y continuaron defendiéndose con vigor. Tambien los sitiadores redoblaron sus esfuerzos. Resolvióse el asalto general; no hubo máquina que no se empleára; eran tantas, dice la crónica, que faltaba sitio para colocarlas; abriéronse al fin algunas brechas, mas al penetrar por ellas los cristianos, millares de flechas, piedras y dardos llovian sobre ellos. Los cristianos hacian no menor destrozo en los musulmanes.

Ultimamente, agotados todos los medios de defensa, hostigados por todas partes, oprimidos por el número, su gefe en poder de los sitiadores, cedieron los árabes y se rindieron, mas no sin obtener honrosas condiciones del vencedor, entre ellas la de salir de la ciudad ellos y sus familias con armas y bagajes, y la de poder retirarse libremente á la parte de territorio musulman que les agradase escoger. Bajo este pacto abrieron las puertas y franquearon la entrada al ejército-franco aquitanio. Solo entró aquel dia una parte de él á tomar posesion de la ciudad. Hízolo el

rey al siguiente con gran aparato, precedido de sacerdotes y clérigos cantando salmos y entonando himnos, y con este cortejo pasó á la iglesia de Santa Cruz á dar gracias á Dios por tan importante victoria (1).

Poco tiempo permaneció en Barcelona el rey Luis. Dejando en ella en calidad de conde á Bera, noble godo, y uno de los capitanes que más se habian distinguido en el asedio, con fuerte guarnicion de francos y españoles, regresó á Aquitania. Desde allí despachó al conde Bego á anunciar al emperador Carlo-Magno, su padre, los triunfos de sus armas, enviándole en testimonio de ello al ilustre y desgraciado prisionero Zaid con multitud de despojos de guerra. Bego encontró en Lyon un ejército que Carlo-Magno enviaba en auxilio de su hijo Luis, al mando de Cárlos su hermano mayor, el cual, no siendo ya necesario, volvió incorporado con Bego cerca de su padre. Estraordinario júbilo causó al emperador la nueva de la conquista de Barcelona, y acaso, añade un historiador francés, le halagó un momento la idea de poder hacer de toda España una provincia del imperio de Occidente con que acababa de ser investido (2). Cuéntase que Zaid fué mal recibido y no mejor trata-

(1) A las noticias de Eginhard, del Astrónomo autor de la vida de Ludovico Pio, del arzobispo Marca, de Conde, de la historia de Languedoc, etc., sobre estos sucesos, hemos añadido los interesantes y dramáticos pormenores que solo se encuentran en la obra titulada *Gesta Ludovici Pii de Ermoldius Nigellius*, ó Ermold-el-Negro, como le nombra Mr. Guizot.

(2) Carlo-Magno recibió la corona del imperio de Occidente de mano del papa Leon III. en Roma el año 800.

do por el nuevo emperador, y que el mismo dia de su presentacion le condenó á destierro.

Tal fué el famoso sitio y toma de Barcelona por Ludovico Pío, hijo de Carlo-Magno y rey de Aquitania; uno de los más importantes acaecimientos de aquella época, por las consecuencias que estaba llamado á producir; verdadero fundamento de la Marca Gótica, y principio y base del condado de Barcelona, que tanta influencia y tanto peso habia de tener en la solemne lucha entre el mahometismo y el cristianismo, entre la esclavitud y la libertad de España, que hacia cerca de un siglo se habia inaugurado.

CAPÍTULO VIII.

ALFONSO II. EN ASTURIAS.

ALHAKEM I. EN CORDOBA.

De 802 a 843.

Recobra Alhakem una parte del territorio perdido en la España Oriental.—Noche horrible y trágica en Toledo. Espantoso espectáculo. Crueldad abominable del wali Amrû.—Sublevacion en Mérida apagada. La bella Alkinza.—Conspiracion en Córdoba contra el emir. Otra catástrofe sangrienta.—Carlo-Magno y su hijo Luis de Aquitania intentan en vano por tres veces distintas tomar á Tortosa.—Frústrase otra expedicion de los francos contra Huesca.—Invasion de Ludovico Pio, rey de Aquitania, hasta Pamplona. Sus esquisitas precauciones al regresar por Roncesvalles.—Triunfos del rey Alfonso el Casto en Galicia sobre los árabes.—Famosos rescriptos de Carlo-Magno y Luis el Pio en favor de los españoles de la Marca Hispana.—Abdicacion del emperador Carlo-Magno en su hijo Luis.—Alhakem proclama sucesor del imperio á su hijo Abderrahman.—Muerte de Carlo-Magno, y division de sus estados.—Horrorosas escenas en Córdoba. Suplicio de trescientos nobles musulmanes. Famosa destruccion del arrabal. Emigracion de veinte mil cordobeses.—Misantropía de Alhakem: sus demencias: su muerte.—Alfonso el Casto: funda y dota la catedral de Oviedo.—La cruz de los Angeles.—Invencion del sepulcro del Apóstol Santiago.—Se erige en catedral el templo de Compostela.—Restablece Alfonso el órden gótico en su reino.—Ultimos hechos de Alfonso el Casto: su muerte.

Dominaba Alfonso el Casto en el segundo año del siglo IX. además de las Asturias, el país de Galicia hasta el Miño, algunos pueblos de lo que despues fué Leon y Castilla, la Cantabria y provincias vascas, de-

bilitándose su accion en estas últimas hasta perderse en la Vasconia, que á veces se sometia á los sarracenos ó se aliaba con ellos ó con los francos, ó se mantenian libres algunas de sus comarcas el tiempo que podian. Las ciudades de la Lusitania, poseidas por los árabes, pero expuestas á las irrupciones de los cristianos de Asturias, solian mudar frecuente aunque momentáneamente de dueño, segun los varios sucesos de la guerra. Los musulmanes acababan de ver desmembrarse una buena parte de su imperio por una y otra vertiente del Pirineo Oriental, y la conquista de Barcelona aseguraba al hijo de Carlo-Magno el territorio español que con el nombre de Marca Hispana se estendia desde las fronteras de la Septimania hasta Tortosa y el Ebro, y constituia una parte integrante de la Marca Gótica.

No se comprende la causa de haber estado el emir Alhakem tan remiso en socorrer á los apurados defensores de Barcelona. Acaso no le pesaba ver comprometido á aquel Zaid que antes habia cometido la imprudente ligereza de ofrecer la entrega de la plaza á Carlo-Magno. Es lo cierto que todo estaba terminado ya cuando el emir se movió con su ejército á Zaragoza. No fué, sin embargo, estéril esta expedicion. Procedió primeramente á ocupar á Pamplona que no perdonaba ocasion de desprenderse del dominio musulman, y descendiendo por las riberas del Ebro pasó á Huesca, cuyo walí Hassan era de aquellos que se



ofrecian á musulmanes y á cristianos, y no guardaban fé ni á cristianos ni á musulmanes. Y habiendo restablecido allí su autoridad y acaso decapitado al walí (de quien por lo menos no volvió á saberse), dedicóse á exterminar al famoso guerrillero mahometano Balhul, que desde Tarragona, la antigua ciudad de los Escipiones y de los Césares, ahora guarida de un bandido musulman, con sus bandas de cristianos, gente ruda y montaráz de los Pirineos, sorprendia las guarniciones muslímicas de las comarcas del Ebro, vejaba las poblaciones y devastaba los campos. Pudo el emir apoderarse fácilmente de Tarragona, que se hallaba desmantelada de muros, pero habiéndose corrido Balhul hácia Tortosa, allí le persiguió el emir, que despues de darle muchos combates parciales logró al fin vencerle en formal batalla, no sin esfuerzo grande, que no menos de catorce horas se sostuvo peleando con impavidez el rebelde caudillo musulman. Cayó por último vivo en manos del emir, que instantáneamente y en el acto le hizo decapitar (803). Con esto y con proveer á la seguridad de la frontera, sin intentar por entonces recobrar á Barcelona, regresó Alhakem por Tortosa, Valencia, Denia y el país de Tadmir á Córdoba, desde donde envió una embajada (804), con un séquito de quinientos caballeros andaluces, al jóven Edris ben Edris, que acababa de ser proclamado emir independiente del Magreb, ofreciéndole su amistad y alianza; que importaba mucho



á los Ommiadas de Córdoba fomentar todo lo que fuese desmembrar el imperio de los Abassidas de Oriente [1].

Una série de horribles tragedias, tan espantosas que las tomáramos por ficciones de imaginaciones sombrías si no las viéramos por todas las historias árabes confirmadas, señalaron el resto del reinado del primer Alhakem.

Atónitos y helados de estupor se hallaron una mañana los moradores de Toledo al ofrecerse á sus ojos el sangriento espectáculo de cuatrocientas cabezas separadas de sus troncos y destilando sangre todavía. El espanto se mudó en indignacion al saber que aquellas cabezas eran de otros tantos nobles toledanos. ¿Quién habia sido el bárbaro autor de aquella horrorosa matanza, y cuál la causa del espantoso sacrificio?

Recordará el lector que cuando el walí Amrû rescató á Toledo del poder del rebelde Ambroz cuya cabeza llevó al emir hallándose en Chinchilla, habia dejado por gobernador de la ciudad á su hijo Yussuf. Este inesperto y acalorado jóven habia con sus violencias y su imprudente conducta exasperado en tal manera á los toledanos, que llegó á producir un tumulto popular en que su alcázar, su guardia, su vida

(1) Este Edris ben Edris, segundo emir independiente de África, fué el que despues en 807 (191 de la hegira) edificó la ciudad de Fez, que vino á ser capital de un imperio.



misma corrieron inminente riesgo. Interpusiéronse los jeques y principales vecinos, y lograron apaciguar la tumultuada muchedumbre. Mas sabiendo que el imprudente walí intentaba hacer un ejemplar escarmiento en los sublevados, y temiendo que provocára nuevos desórdenes y desafueros, apoderáronse ellos mismos del temerario Yussuf, y encerráronle en una fortaleza, enviando luego un mensage al emir en que le participaban respetuosamente lo que se habian visto forzados á hacer para sosegar al irritado pueblo. Recibió el emir estas cartas cuando iba á Pamplona, enseñóselas á Amrú, el padre de Yussuf, y despues de haber acordado sacar á Yussuf de Toledo, donde su presencia era peligrosa, y dádole la alcaidía de Tudela, Amrú, disimulando el agravio, se convidó á reemplazar á su hijo en el gobierno de Toledo, á lo cual accedió el emir.

Oculto llevaba ya Amrú un pensamiento de venganza contra los nobles toledanos que habian sabido enfrenar á su desacordado hijo. Meditaba una ocasion, y quiso que fuese estruendosa y solemne. Enviaba Alhakem á la España Oriental cinco mil caballos andaluces al mando de su hijo Abderrahman, jóven de quince años. Al pasar la hueste cerca de Toledo salió Amrú á rogar al jóven príncipe se dignára entrar en la ciudad y descansar algun dia en su alcázar. Aceptó Abderrahman la invitacion, y se hospedó en casa del walí, el cual para obsequiar al ilustre huésped dispuso

para aquella noche un magnífico festin, á que convidó á todos los vecinos más distinguidos y notables de la ciudad. Acudieron estos á la hora señalada. Al paso que los convidados entraban confiadamente en el alcázar, apoderábanse de ellos los guardias de Amrû, conducíanlos á una pieza subterránea, y allí los iban degollando. El trágico término del festin le pregonaban á la mañana siguiente las cuatrocientas cabezas que el bárbaro Amrû hizo enseñar al pueblo para inspirarle terror. ¿Qué parte habian tenido en la horrenda matanza Alhakem y su hijo? Si el emir no la habia ordenado ó consentido, por lo menos así se divulgó por la ciudad, y gran parte del ódio y de la animadversion pública cayó sobre él (805). En cuanto al jóven Abderrahman, no se le creyó participante de la negra traicion. A los tres dias salió con su hueste en direccion de Zaragoza [1].

Amagaba casi al mismo tiempo en Mérida otra catástrofe, que acertó á evitar la resolucion animosa de una muger. Esfah, el primo y cuñado de Alhakem, que tenia el gobierno de aquella ciudad, habia destituido á su wazir, el cual persuadió al emir de Córdoba que su destitucion envolvia de parte de Esfah el proyecto de sustraerse á la autoridad del emirato y de proclamarse independiente. Creyólo Alhakem, y á su vez ordenó la separacion de Esfah. Negóse éste

(1) Conde, cap. 32 y 33.



á obedecerle diciendo: «pues qué, ¿así se depone á un nieto de Abderrahman como á un hombre vulgar?» La respuesta excitó la cólera de Alhakem, que partió al punto á Mérida, resuelto á hacer un ejemplar escarmiento en el soberbio walí. Guerra terrible amenazaba á Mérida sitiada por el ejército de Alhakem, desgracias y desórdenes se temian dentro de la poblacion, cuando por una de las puertas de la ciudad se vé salir montada en un fogoso corcél una muger árabe lujosamente vestida, que acompañada de dos solos esclavos atraviesa impávida el campo de los sitiadores, y se dirige y llega hasta el pabellon del emir. Era la bella y virtuosa Alkinza, hermana de Alhakem y esposa de Esfah, que con varonil resolucion habia salido á interceder y con elocuente persuasiva pedia gracia al ofendido hermano en favor del desobediente marido. Dejóse vencer Alhakem á pesar de la acritud y aspereza de su génio, y se conjuró y desvaneció la tempestad. Juntos y en armonía entraron los dos hermanos en Mérida, y Esfah que no esperaba sino ser decapitado si caia en manos del emir, le tuvo hospedado en su casa y recibió de él la confirmacion de su autoridad. Convirtióse en alegría y fiesta lo que se creyó que ocasionaria solo llanto y luto, y Mérida bendecia á la noble y hermosa Alkinza (806).

Mas si la borrasca de Mérida se habia conjurado por la mediacion benéfica de una muger, otra tan

terrible como la de Toledo se preparaba en Córdoba, que ayudó á estallar el maléfico soplo de un hombre instigador, Una conspiracion se habia fraguado en la capital del imperio contra el aborrecido emir. Cassim, su primo, habia fingido entrar en ella, y bajo la fé de conjurado le habia sido confiada la lista de los conspiradores, que eran hasta trescientos caballeros de los principales de Córdoba. El desleal Cassim escribió reservadamente á su primo que se hallaba en Mérida indicándole lo que pasaba y excitándole á que sin pérdida de tiempo se trasladase á Córdoba para castigar á los conjurados. Así lo ejecutó el colérico emir. Dos dias antes que hubiera de estallar la conspiracion, Cassim que estaba al corriente de todos sus planes y pasos entregó á su primo la fatal nómina, previniéndole que no se descuidase en hacer lo que convenia. «No se durmió el rey, añade la crónica, y por diligencia del *walilcoda*, ó presidente del consejo, á la tercera vela de la noche *vió tendidas sobre sus alfombras las trescientas cabezas de los conjurados*, y mandó que amaneciesen puestas en garfios en la plaza, y escrito sobre ellas: *Por traidores enemigos de su rey*. Horrorizó al pueblo este atroz espectáculo, ignorando la mayor parte la causa de este escarmiento (1).» ¡Así practicaba Alhakem los humanitarios consejos que su padre le habia dado al tiempo de morir!

(1) Conde, cap. 34.

Despues del viage de Alhakem á las fronteras del Ebro, los vascones y pamploneses parece se habian desprendido de nuevo de la sumision á los árabes uniéndose al rey de Aquitania, y en Galicia los caudillos muslimes habian concertado ya una tregua de tres años con los cristianos del rey Anfús (Alfonso): que de esta manera se entablaban ya negociaciones entre el pueblo conquistado y el pueblo conquistador (1).

Donde mas viva se mantenia la guerra, aunque en parciales choques y sin resultados sustanciales, era en el territorio que entre el Pirineo y el Ebro se conocia ya con el nombre de Marca Hispana, siendo ahora Barcelona el baluarte principal de los franco-aquitanios, como antes lo habia sido de los árabes, y sirviendo á estos de apoyo la plaza de Tortosa, que como llave del Ebro y el punto más avanzado que les quedaba ya de aquella frontera se habian dedicado á abastecer en abundancia y á fortificar con esmero. Era tambien por lo mismo el punto en que tenia clavada su vista Carlo-Magno desde su palacio de Aquisgran. Así en cumplimiento de sus órdenes, de que era su hijo Luis de Aquitania dócil ejecutor, salieron en 809 de Barcelona dos cuerpos de ejército á poner sitio á Tortosa, el uno á las inmediatas órdenes del mismo rey Luis, el otro á las de Borrell, marqués de

(1) Eginhard, ad ann. 806.—Conde, ubi supra.



Gothia, de Bera, conde de Barcelona, y de otros condes de la Marca de España. El primero recobró de paso á la desmantelada Tarragona, tomó algunas fortalezas, destruyó otras, incendió y saqueó las poblaciones del tránsito, y se puso sobre Tortosa. El segundo, despues de una correría hasta el Guadalope cuyos romancescos pormenores é incidentes se complacen las crónicas francas en contar, logró al fin incorporarse con el primero ante los muros de aquella plaza, cuyo asedio emprendieron con vigor. Mas habiendo acudido desde Zaragoza el jóven príncipe Abderrahman, junto con el walí de Valencia, dieron tan impetuosa acometida á los cristianos, que haciendo en ellos no poca matanza obligaron á los francos á tomar el camino de Barcelona con mas precipitacion de la que competia á soldados de Carlo-Magno, á tantos condes acreditados de guerreros y á un rey tantas veces victorioso cual era el hijo del emperador.

Ganó con esto no poca fama entre los suyos el jóven Abderrahman, que apenas frisaba entonces en los 19 años. Mas en vez de recoger los frutos de su primera victoria, corrió á recoger aplausos en Córdòba, siendo nombrado en su lugar walí de Zaragoza el famoso Amrú, el verdugo de Toledo (809). El gobierno de Zaragoza era tentador para un musulman del temple de Amrú. Distante del gobierno central, y comprendiendo bajo su dependencia porcion de ciudades importantes de las fronteras de la Marca y de la Vas-



conia, comprendió Amrú el partido que de su nueva posicion podia sacar, haciendo un doble papel con el emir su señor y con Carlo-Magno, el gefe de la cristiandad. Y como por muerte del conde franco Aureolo se apoderase bruscamente de las plazas de la Marca, por un lado escribia al emir poniendo á su disposicion con la alegría de un celoso musulman su nueva conquista, mientras por otro despachaba un mensage á Carlo-Magno ofreciendo ponerse á su servicio: mensage en que el emperador creyó de lleno, correspondiéndole con otro y enviándole legados para acordar la ejecucion de lo prometido. Pero el astuto y falaz moro manejóse con tal maña, que los legados hubieron de volverse sin llevar otro resultado que buenas y muy atentas palabras y nuevas promesas.

De todos modos no desistia Carlo-Magno de su empresa sobre Tortosa. Ademas de la importancia de la plaza, el honor de las armas francas se hallaba empeñado en ello. Así al año siguiente (810), dispuso otra expedicion, que encomendó, no ya á su hijo, á quien destinó á defender las costas de Aquitania de las depredaciones de los normandos, sino á Ingoberto, uno de los leudes de su mayor confianza. Otra vez partieron de Barcelona dos cuerpos de ejército. Singulares eran las precauciones con que marchaban. Caminaban solo de noche, muy en silencio y por desusadas veredas; ocultábanse de dia en los bosques; ni llevaban tiendas, ni encendian fuego; pero iban pro-

vistos de unas barcas de cuatro piezas, que se armaban y desarmaban fácilmente, y podian ser trasportadas en acémilas, con las cuales atravesaron él Ebro. ¿De qué les sirvieron tan esquisitas precauciones? El walí de Tortosa Obeidalah los hizo retirarse de delante los muros de la plaza tan vergonzosamente como la vez primera. El leude Ingoberto no fué más afortunado que lo habia sido el rey Luis, y las huestes del gran emperador cristiano volvieron á la Aquitania con gran prisa y no poco bochorno [1].

A pesar de tan mal éxito, y cuando menos el emperador Carlo-Magno podia esperarlo, recibió en Aquisgran una diputacion del emir Alhakem proponiéndole la paz; y es que el emir, fatigado de guerrear con los cristianos de Galicia, conocia lo difícil de sostener á un tiempo las dos luchas de Oriente y Occidente. Aceptóla Carlo-Magno; si bien una expedicion marítima de los árabes á la isla de Córcega dependiente del imperio, sirvióle de pretesto para romperla antes de trascurrir un año. Y fijo en su idea favorita de tomar á Tortosa, un nuevo y más numeroso ejército que los dos anteriores, al mando otra vez de Luis el Pío, partió en direccion de la codiciada ciudad. Provisto esta tercera vez Ludovico de todo género de máquinas de batir, hízolas jugar contra la plaza por espacio de cua-

(1) Anon. Astronom. Vit. Ludovici. —Eginhard. Annal. — Ermold. Nigell.—Fauriel. Hist. de la Gaul. tom. 3.—Murphy.—Conde.

renta dias. Una sumision, menos real que ilusoria, de parte del walí Obeidalah, que ofreció entregar las llaves de la ciudad, y que debió ser uno de tantos ardides que los sarracenos solian emplear en los casos apurados para entretener al enemigo, fué bastante para que el rey Luis regresára á Aquitania sin que de esta tercera expedicion hubiera recogido fruto alguno que por positivo y duradero pudiera tenerse [1]. Tanto que, picado el emperador su padre del poco resultado de esta empresa, envió en el mismo año de 811, otro cuarto ejército á la Marca de España á las órdenes del conde Heriberto, que esta vez parecia dirigido menos contra Tortosa que contra Huesca y los demás puntos que antes habia poseido Aureolo y de que se habia apoderado despues Amrú, á quien acaso iba á pedir cuenta de la falta de cumplimiento de su promesa y de su conducta ambígua y falaz.

Tampoco fué esta invasion más feliz que las tres primeras. Desgraciadas fueron estas tentativas de los francos, y ni Carlo-Magno, ni su hijo, ni sus leudes y condes ganaron en ellas gran reputacion.

Ni fueron tampoco más afortunados en otra incursion que al año siguiente (812), hizo el rey de Aquitania á otra comarca de nuestra Península, tiempo

(1) Solo su biógrafo habla de la entrega de la ciudad; ningun otro historiador ni árabe ni franco confirma esta noticia, y los sucesos posteriores demuestran que Tortosa continuaba en poder de los árabes.

hacia de los monarcas francos codiciada, la Vasconia española. Los vascones de la otra vertiente del Pirineo se habian alzado hostigados por las vejaciones que sufrian del gobierno de Aquitania. El rey Luis habia marchado en persona contra ellos y sometídolos por la fuerza. Despues de lo cual determinó venir á la Vasconia ultrapirenáica, que ya comenzaba entonces á llamarse Navarra. Conocia el espíritu indócil de estos habitantes, que en su independiente altivez, si en algunas ocasiones como en 806 se amoldaban á la alianza de los galo-francos para sacudirse de los sarracenos, nunca de buena voluntad toleraban el influjo de gente estraña, aunque fuesen cristianos como ellos, y solo la necesidad los hacia valerse alternativamente del apoyo de unos y otros, mientras de unos y otros hallaban oportunidad de descartarse. Venia Luis con objeto de afirmar aquí su autoridad, y entrando por San Juan de Pié-de-Puerto, llegó sin obstáculo á Pamplona por el mismo camino que treinta y cuatro años antes habia traido su padre. Ni en la ciudad, ni en su comarca encontró resistencia, y arregló el gobierno del país al modo que en la Marca Hispana lo habia hecho.

Sospechosa se le hizo ya por lo estraña al hijo del emperador aquella conformidad de los navarros, y habiendo determinado regresar á Aquitania por aquel mismo Roncesvalles de tan funesta memoria para Carlo-Magno, no lo hizo sin tomar precauciones para que

no le aconteciese lo que á su padre. Y hubiérale sucedido sin prevision tan oportuna, porque ya le esperaban los montañeses dispuestos á repetir la famosa caza de Roncesvalles. Pero Luis hizo reconocer y ojear antes los montes y collados, y las cañadas y valles por donde tenia que pasar, y como hubiese caido en poder de los exploradores un navarro que tomaron por caudillo de aquellas gentes, hízole colgar de un árbol, y apoderándose en seguida de las mugeres y niños de algunas poblaciones de aquellos valles, mandó el rey colocarlos en medio de las filas de su ejército, y así atravesaron aquellos desfiladeros terribles hasta llegar á sitio en que no pudieran ya ser sorprendidos. Tan temibles se habian hecho los navarros y tan viva se conservaba en la memoria de los francos la derrota de 778 (1).

Mientras de esta manera se libertaba Luis de Aquitania de las asechanzas de los navarros, el jóven Abderrahman, hijo de Alhakem, que habia vuelto á tomar el gobierno de la España Oriental, invadia la Marca Hispano-Franca, recobraba á Tarragona y Gerona, llevaba las armas muslímicas hasta la Narbonense, y volvia cargado de riquezas y cautivos: despues de lo cual pasó á las fronteras de Galicia.

(1) Eginhard. Annal.—Astron. Anon.—El cap. 11 del libro VII. que Mariana dedica á hablar de la venida de Carlo-Magno a España abunda, como hemos dicho, de inexactitudes históricas y cronológicas, con mezcla de no pocas fábulas. La invasion de Carlo-Magno en 778, y la batalla de Roncesvalles la supone en 812 ó 14, y no habla de la de su hijo Luis el Bondadoso.

Fatigaba á Alhakem y apuraba su paciencia la guerra que por esta parte le hacian los cristianos; tanto que de vuelta á Córdoba en 811, encomendó su direccion á los dos más bravos generales del ejército musulman, Abdalá y Abdelkerim. Alentados estos con algunos sucesos parciales, llevaron sus campamentos hasta el otro lado del Miño, internándose así imprudentemente en comarcas montañosas que no conocian bien. El resultado de esta imprudencia vino á serles fatal. Dejemos á sus historiadores que lo refieran ellos mismos. «Al año siguiente, «dice la crónica arábiga (813), vencieron los cris«tianos al caudillo Abdalá ben Malehi en la fron«tera de la Galicia, y sufrieron los muslimes cruel «matanza, y el esforzado caudillo Abdalá murió pe«leando como bueno, y su caballería huyó en desór«den, llevando el terror y el espanto á la hueste que «acaudillaba Abdelkerim, y á pesar del valor de este «caudillo huyeron desbaratados, y por huir se atro«pellaban, que muchos murieron ahogados en la «corriente de un rio, donde confusamente se arroja«ban unos sobre otros: otros se acogian á los cercanos «bosques y se subian sobre los árboles, y los balleste«ros enemigos por juego y donaire los asaetaban y «burlaban de su triste suerte. Cuenta Iza ben Ahmed «el Razi, que despues de esta derrota estuvieron «trece dias ambas huestes á la vista sin osar los cris«tianos ni los muslimes venir á batalla: pero que en

«una sangrienta escaramuza que se empeñó por am-
»bas partes, fué herido de un bote de lanza Abdel-
»kerim, y dos dias despues murió (1).»

Nada podria espresar mejor esta solemne derrota de los musulmanes, que las palabras sencillas con que la cuenta el historiador de su nacion, ni nada puede dar idea del pavor que se apoderó de ellos, como representarlos encaramándose á los árboles y escondiéndose entre sus ramas, y á los cristianos entreteniéndose en cazarlos como si fuesen aves de rapiña. Estas dos derrotas se verificaron en Naharon y á orillas del rio Ancéo (2). Debieron á resultas de esta victoria los cristianos posesionarse de todo el país desde el Miño hasta el Duero, pues cuando Abderrahman pasó de la frontera Oriental á la de Galicia, dice la crónica que arrojó á los cristianos de Zamora. Entonces fué cuando ajustó con ellos la tregua de tres años. El rey Alfonso el Casto de Asturias era el que guiaba los cristianos de Galicia.

Desde que los franco-aquitanios habian conquistado aquella parte de España que se llamó Marca Hispana, habian acudido á aquel país muchos cristianos del interior, huyendo del domino sarraceno. Todos eran allí bien recibidos, porque hacian falta hombres para poblar y brazos para el cultivo de las tierras. En poco tiempo estos activos colonos hicieron

(1) Conde cap. 35.
(2) Sebast. Salmant Chron. número 18.

prosperar la agricultura, pero excitada la envidia y la codicia de los condes, oprimiéronlos con impuestos exorbitantes, llegando hasta disputarles la propiedad de sus tierras y la posesion de las ciudades que ellos habian fundado. Quejáronse los maltratados colonos al emperador, el cual los escuchó favorablemente, y en su virtud expidió un *Præceptum*, que ahora llamaríamos carta, edicto ó pragmática, á los principales condes de la Gothia [1]. La tregua recientemente ajustada entre moros y francos dió ocasion á Luis el Pio para poner en ejecucion la carta espedida poco antes por su padre en favor de la poblacion española. El texto del célebre *Præceptum* de Carlo-Magno decia así, traducido del latin al español.

«En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu-«Santo, Cárlos, Serenísimo, Augusto, coronado por «la mano de Dios, emperador grande, pacífico, go-«bernador del imperio romano, y por la misericordia «de Dios rey de los francos y de los lombardos, á los «condes Bera, Gausselino, Gisclaredo, Odilon, Er-«mengardo, Ademar, Laibulfo y Erlino.

«Sabed que los españoles cuyos nombres siguen, «habitantes de los paises que vosotros administrais,

(1) Del nombre de esta marca ó territorio, *Gothia*, debió derivarse el de *Cataluña*, que recibió más adelante la parte española en él comprendida. *Gothland*, palabra teutónica que significa tierra de Godos, se fué latinizando y convirtiendo en *Gothlandia*, *Gothalania*, *Catalonia*, y despues *Cataluña*.

«Martin, sacerdote, Juan, Quintila, Calapodio, Asi-«nario, Egila, Esteban, Rebellis, Ofilo, Atila, Fre-«demiro, Amable, Cristiano, Elperico, Homodei, Ja-«cinto, Esperandei, otro Esteban, Zoleiman, Mar-«chatello, Teodaldo, Paraparius, Gomis, Castellano, «Ardarico, Vasco, Vigiso, Viterico, Ranoido, Sunie-«fredo, Amaucio, Cazorellas, Langobardo y Zate «militares, Obdesindo, Valda, Roncariolo, Mauro, «Pascales, Simplicio, Gabino y Salomon, sacerdo-«te [1], han acudido á nos quejándose de las nu-«merosas opresiones que sufrian de vosotros y de «vuestros oficiales inferiores. Y nos han dicho, así «como lo atestiguan los unos de los otros á nues-«tro fisco, que ciertos gefes del país los han ar-«rojado de sus propiedades contra toda justicia, «quitándoles el beneficio de nuestra investidura de «que han gozado hace treinta años y más; represen-«tándonos que eran ellos los que en virtud de la li-«cencia que les habiamos otorgado habian sacado «estas tierras del estado de incultura. Dicen tambien «que muchas ciudades que ellos mismos edificaron «les han sido quitadas por vosotros, y que los some-«teis á prestaciones injustas, que vuestros hugieres «les exigen violentamente y á la fuerza. Por lo tanto,

(1) Entre estos nombres los hay, como advertirá el lector, de origen romano-hispano, como Cristiano, Homodei, etc., otros góticos como Atila, Elperico, Viterico, etc., y otros tambien sarracenos, como Mauro, Zoleiman ó Suleiman, Zate, que acaso seria Zaide, sin duda musulmanes conversos.

«hemos dado órden á Juan, arzobispo [1], nuestro de-
«legado, de presentarse á nuestro muy amado hijo, el
«rey Luis, para tratar con él de este negocio cuida-
»dosa y minuciosamente. Le enviamos, pues, á fin
«de que llegando oportunamente y compareciendo
«vosotros por vuestra parte á su presencia, arregle
«cómo y de qué manera hayan de vivir los españoles.
«Hemos, no obstante, ordenado espedir estas cartas,
«y os las despachamos, para que ni vosotros ni vues-
«tros oficiales subalternos impongais por vosotros
«mismos censo alguno á los susodichos españoles,
«venidos á nos de España con confianza, propietarios
«ahora de yermos ó baldíos que les habiamos dado á
«cultivar, y que se sabe han cultivado, ni permitais
«que ellos mismos se impongan ninguno, sino que al
«contrario, mientras nos sean fieles á nos y á nues-
«tros hijos, lo que han poseido durante treinta años
«lo posean tranquilos ellos y sus herederos, y vosotros
«se lo conserveis. Y todo lo que hayais hecho vosotros
«y vuestros oficiales contra justicia, si les habeis to-
«mado algo indebidamente, lo restituyais al momento
«si quereis obtener el favor de Dios y el nues-
«tro. Y para que deis más entera fé á este escri-
«to, hemos ordenado que vaya sellado con nuestro
«anillo.

«Dado el IV. de las nonas de abril, en el año de

(1) Era el arzobispo de Arlés.



«gracia de Cristo, XII. de nuestro imperio, el XLIV. «de nuestro reinado en Francia, y el XXXVIII. de «nuestro reinado en Italia, en la V. indiccion. Fecho «felizmente en el palacio real de Aquisgran, en el «nombre de Dios. Amen (1).»

Este rescripto ó *præceptum* fué confirmado por dos cartas posteriores redactadas en el mismo espíritu, pero más esplícitas todavía, sobre los derechos y deberes de los españoles refugiados. «Todos los que «sustrayéndose á la dominacion de los sarracenos, «decia el emperador en la primera á sus condes, se «pongan espontáneamente bajo nuestra potestad, «queremos sepais que los tomamos bajo nuestra par«ticular proteccion, y que entendemos que conservan «su libertad.» Seguidamente deslinda los derechos y obligaciones de dichos súbditos. Estos colonos estaban obligados como los demás hombres libres á tomar las armas al llamamiento de sus condes, á los cuales competia regularizar el servicio. Estábanlo tambien á proveer de raciones, alojamientos y bagajes á los enviados del emperador y á los de su hijo Lotario. Ninguna otra carga debia imponérseles. Debian comparecer ante su conde, cuando fuesen judicialmente llamados, así en las causas civiles como en las criminales. Los negocios de menor cuantía, las contestaciones ó diferencias que se suscitaban entre ellos y

(1) Baluz. Capitul. Tom. II.



aquellos á quienes cedian sus tierras como precio del trabajo, podian juzgarlas entre sí, segun su antigua costumbre [1]. Pero los delitos de los terratenientes quedaban sujetos á la jurisdiccion de los condes. Los colonos perdian todo derecho de propiedad sobre las heredades que cultivaban en el caso de abandonarlas, y volvian á su primer dueño. En lo demás los colonos estaban exentos de tributos, y dependian directamente del emperador. Pero podian, segun costumbre franca, hacerse vasallos particulares de un conde, ó feudatarios suyos, si les parecia más ventajoso. El original de este rescripto ó constitucion, como se nombra en latin [2], se depositó en los archivos del palacio real de Aquisgran, y se sacaron para cada ciudad tres copias, una para el obispo, otra para el conde, y otra para los vecinos españoles, es decir, para el pueblo.

La tercera carta (de 10 de enero de 816) arregló al fin las relaciones de los españoles entre sí. Los que se habian hecho vasallos de un propietario y en cambio y remuneracion habian recibido tierras de él, debian conservar su disfrute con las condiciones una vez pactadas; cuya disposicion se hizo estensiva á todos los refugiados españoles que en lo sucesivo se establecieron en las Marcas. De esta ordenanza se depositaron siete copias en las ciudades de Narbona, Carca-

(1) More suo, sicut hactenus fecisse noscuntur.

(2) Cujus constitutionis in unaquaque civitate, etc.

sona, Rosellon, Ampurias, Barcelona, Gerona y Beziers, en cuyos territorios formaban los españoles una considerable parte de la poblacion y tenian más particularmente sus propiedades (1).

Por esta reseña vemos la particular constitucion que regia á los españoles de estas Marcas. Súbditos del imperio por una parte, sujetos por otra en lo militar y judicial á los condes, pudiendo hacerse vasallos inmediatos, ó del rey, ó de los condes, ó de sus mismos compatriotas propietarios, vivian entre sí ligados con costumbres y leyes particulares.

Por una coincidencia singular dos acaecimientos importantes y parecidos se verificaron en la España árabe y en el imperio cristiano de Occidente durante la tregua de que hemos hablado entre cristianos y musulmanes. El emperador Carlo-Magno sintiendo sus fuerzas debilitadas por la edad, llamó cerca de sí á su hijo Luis, y ante una asamblea de obispos, abades, duques, condes y sus lugartenientes, reunidos en su palacio de Aquisgran, pacífica y honestamente, dice la crónica, preguntó á todos si serian gustosos en que trasmitiese el título de emperador á su hijo Luis. A lo cual contestaron unánimemente que tal pensamiento debia ser inspirado por Dios. Con que quedó

(1) Entiéndese que estos dos rescriptos fueron dados ya por Luis el Pio, que habia sucedido á su padre en el imperio, como ahora vamos á ver. Romey ha ilustrado mucho con documentos y útiles investigaciones este período de la historia franco-hispana, y su relacion, conforme en lo general con nuestras averiguaciones, nos ha parecido preferible á otra alguna.

Luis rey de Aquitania, reconocido emperador de Occidente como lo habia sido su padre. Por el mismo tiempo, conociendo Alhakem que su hijo Abderrahman, aunque jóven, pues solo contaba sobre veinte y dos años, era ya la gloria del Estado y el alma del gobierno, convocó á todos los walíes, vazires, alcaides y consejeros, y á presencia de todos, segun costumbre, le declaró walí alahdi ó futuro sucesor del imperio, jurándole en seguida los primeros sus primos Esfâh y Cassim, hijos de Abdallah, despues el hagib ó primer ministro, el cadí de los cadíes, continuando los demas walíes y funcionarios, siendo celebrado aquel dia con grandes y solemnes regocijos.

Ocurrió al año siguiente (28 de enero de 814) la muerte del emperador Carlo-Magno en Aix-la-Chapelle (Aquisgran), á los setenta y dos años de edad, el cuarenta y siete de su reinado como rey de los francos, el treinta y seis de la fundacion del reino de Aquitania, y el catorce del imperio. La muerte de este ilustre personage, que tanto y por tantos años habia influido en los destinos de Europa, no podia menos de hacerse sentir en nuestra España, si bien al pronto su hijo y sucesor Luis alteró muy poco la antigua constitucion del imperio. Mas en el año 817 hízose la famosa particion del imperio franco entre los tres nietos de Carlo-Magno, Lotario, Pepino y Luis. Lotario fué asociado al título y á la potestad del emperador: á Pepino le fué adjudicada la Aquitania

propiamente dicha, la Vasconia, la Marca de Tolosa, el condado de Carcasona en la Septimania, el condado de Autun en Borgoña, Avalon y Nevers. La Marca de España y la Septimania fueron segregadas del antiguo reino aquitanio, y erigidas en ducado, cuya capital se hizo á Barcelona, bajo la dependencia directa del imperio de Luis y del mayor de sus hijos, reconocido heredero de la dignidad imperial, y admitido á llevar su título provisionalmente.

Parece que en 815 se habia roto la paz entre árabes y francos, pero momentáneamente y sin grandes consecuencias; pues Abderrahman que habia vuelto á tomar el gobierno de las fronteras orientales, la solicitó de nuevo del emperador Luis y fué prorogada por otros tres años.

Nadie gozaba más de ella que Alhakem. Desprendido de todo cuidado del gobierno, encerrado en su alcázar de Córdoba, pasando la vida en sus jardines entre mugeres y esclavas, entregado de lleno á los placeres sensuales, sin miramiento á las prácticas religiosas de los buenos muslimes, no se acordaba de que era rey sino para exigir tributos, y para satisfacer, dice la crónica, cierta sed de sangre que parece tenia, pasándose pocos dias sin dar ó confirmar alguna sentencia de muerte. Atribúyesele haber introducido en España el uso de los eunucos, de los cuales tenia muchos dentro del alcázar. Habia creado y le rodeaba, una guardia de cinco mil hombres, los tres

mil andaluces muzárabes, y los dos mil eslavos, á los cuales asignó sueldo fijo, imponiendo para ello un nuevo derecho de entrada sobre varias mercancías. Su vida muelle y licenciosa tenia disgustados á todos los buenos musulmanes, y su despotismo irritaba al pueblo.

Un dia negáronse algunos á pagar el nuevo tributo, y atropellaron á los recaudadores. Siguióse conmocion y alboroto en las puertas. Diez de los transgresores fueron presos. Alhakem halló ocasion de satisfacer sus instintos sanguinarios, y mandó empalar á los diez delincuentes á la orilla del rio. Acudió á presenciar la ejecucion gran muchedumbre de pueblo especialmente del arrabal de Mediodía, y como acaeciese que un soldado de la guardia hiriera por casualidad á un vecino, alborotóse la multitud, y cargó sobre él á pedradas: herido y ensangrentado se acogió á la guardia de la ciudad, pero la muchedumbre desenfrenada persiguió á los soldados hasta el mismo alcázar con gran gritería y con amenazas insolentes. Alhakem ardiendo en cólera, sin escuchar los templados consejos de su hijo, del hagib, y de otros caudillos, salió de su alcázar, y puesto á la cabeza de sus mercenarios cargó bruscamente á la muchedumbre, que huyó al arrabal y se encerró en las casas. Muchos habian caido atravesados por las lanzas de los eslavos. Sobre unos trescientos que cayeron prisioneros fueron clavados vivos en estacas y coloca-



dos en hilera á lo largo del rio desde el puente hasta las últimas almazaras ó molinos de aceite. A tan bárbara ejecucion siguió una órden para que fuese demolido el arrabal, y por espacio de tres dias se permitió á la soldadesca cometer á mansalva todo género de desmanes, salvo la violacion de las mugeres que se les prohibió. Al cuarto dia mandó el emir quitar de los maderos á los infelices ajusticiados, y otorgó seguridad de la vida á los que habian podido escapar con ella, pero desterrándolos de Córdoba y su territorio. Abandonaron, pues, aquellos desventurados, no ya sus hogares, sino las cenizas de ellos, único que habia quedado. Muchos anduvieron errantes por las aldeas de la comarca de Toledo, hasta que por compasion les abrieron las puertas de la ciudad. Mas de quince mil pasaron con sus familias á Berbería, de los cuales ocho mil se quedaron en Magreb, y los restantes continuaron su marcha hasta Egipto (1).

(1) Digna es de saberse la suerte que corrieron los desgraciados proscritos del arrabal de Córdoba. A los que se quedaron en Magreb les concedió el emir Edris ben Edris un asilo en su nueva ciudad de Fez, y el barrio que se les dió á habitar se llamó el *Cuartel de los Andaluces*. Menos afortunados los que prosiguieron á Egipto, les negó el gobernador de Alejandría la entrada en la ciudad, pero cansados ya y desesperados de tantas contrariedades é infortunios penetraron á viva fuerza, y despues de hacer gran mortandad se apoderaron de ella y de su gobierno. Habiendo luego acudido Abdalá ben Taher, wali de Egipto por el Califa abassida Almamun, capituló con los cordobeses, accediendo estos á dejar la ciudad mediante una suma considerable de oro, y á condicion de dejarles libres los puertos de Egipto y de Siria hasta que eligiesen una isla en que establecerse. Salieron, pues, los desterrados andaluces de Alejandría, y armándose de naves con el dinero que habian recibido, corrieron como

En más de veinte mil hombres útiles disminuyó Alhakem con tan rudo golpe la poblacion de Córdoba. El grande arrabal quedó convertido en campo de siembra, y se prohibió edificar en él. Y el sanguinario emir, que en el principio de su reinado se apellidaba *Al Morthadi* (el Afable), fué despues llamado *Al Rabdi* (el del Arrabal), y *Abul Assy* (el Padre del mal), de que los cristianos hicieron Abulaz.

Desde este tiempo pocos sucesos notables ocurrieron en el imperio, como no fuesen las ordinarias correrías á las fronteras de Galicia y de Afranc, en que Abderrahman logró algunos parciales triunfos, y las expediciones marítimas que entonces ocupaban á los árabes á las islas de Cerdeña, de Córcega y Baleares, donde se señalaban por sus devastaciones, pero que mostraban el desarrollo que desde Abderrahman I. habia tomado la marina del pueblo musulman.

Por empedernido y sanguinario que fuese el corazon de Alhakem, la matanza del arrabal de Córdoba habia sido tan espantosamente terrible, que sus recuerdos le hicieron caer en una hipocondría febril que

piratas el mar y las islas de Grecia, hasta que al fin se asentaron en Creta, que hallaron poco poblada, y cuyo clima y fertilidad les agradó. Gobernábalos Omar ben Xoaib, natural de las cercanías de Córdoba, á quien desde el principio habian nombrado su caudillo. La parte de la isla que eligieron para su morada fué donde hoy se levanta Candia. Poco á poco se hicieron dueños hasta de veinte y nueve ciudades, convirtieron en mezquitas los templos cristianos, y propagaron allí el mahometismo. Rechazaron varias expediciones que contra ellos fueron enviadas, y así se mantuvieron por espacio de ciento treinta y ocho años hasta el 961, en que fué vencido su gobernador Abdelaziz ben Omar, y conquistada Creta por Armetas, hijo del emperador griego Constantino. Hist. del Bajo Imperio.—Conde, cap. 38.



le consumia el cuerpo y le alteraba la razon. Paseábase solo y como espantado de sí mismo por los salones y azotéas del alcázar; en aquellos paseos solitarios representábasele la matanza, y parecíale ver y oir la gente que combatia, el ruido y chocar de las armas y los ayes de los moribundos. A deshora de la noche solia llamar á su palacio á los caudillos y jeques de las tribus, como para encomendarles la ejecucion de algun gran proyecto, y cuando los tenia reunidos hacia cantar á sus esclavas ó danzar delante de ellos sus bailarinas, y seguidamente los mandaba retirarse á sus casas. Cuéntanse de él muchos actos de verdadera demencia. A veces exhalaba su melancolía y sus impetuosos instintos en cantos poéticos de fogosa y vehemente espresion. Pero la fiebre le iba consumiendo; y al fin un jueves, cuatro dias por andar de la luna dylhagia del año 206 de la hegira (25 de mayo de 822) murió el cruel Ommiada, arrepentido de su crueldad, dicen sus crónicas, despues de un reinado de veinte y seis años.

Alfonso de Asturias que desde su advenimiento al trono habia mostrado á los árabes que el cetro cristiano se hallaba en manos harto mas hábiles y fuertes que las de sus cuatro antecesores; Alfonso que desde la victoria de Lutos habia paseado dos veces el pendon de la fé hasta los muros de Lisboa [1]; Alfonso,

(1) En 797 y 806.



que desde las montañas de Galicia habia sabido hacer frente y frustrar todos los esfuerzos del imperio musulman; que habia con su denuedo y su constancia desesperado á Alhakem, al jóven é intrépido Abderrahman, á sus mejores caudillos Abdallah y Abdelkerim; Alfonso II. que como guerrero habia hecho revivir los tiempos de Pelayo y del primer Alfonso, y pactado ya con el emir de Córdoba como de poder á poder, dedicábase en los períodos de paz á fomentar la religion como príncipe cristiano, y á regularizar y mejorar el gobierno de su estado como rey. Oviedo se embellecia y agrandaba con nuevos edificios públicos, casas, palacios, baños, acueductos, ya de sólida y regular arquitectura. La iglesia del Salvador, fundada por su padre Fruela, se reedificaba y convertia en grandiosa basílica episcopal, con doce altares dedicados á los doce apóstoles. Asistian á su solemne consagracion todos los obispos que el peligro y la fé tenian refugiados en Asturias, y un noble godo, Adulfo, fué el primer prelado que tuvo la honra de ser designado y puesto por el piadoso monarca para regir la primera catedral de la restauracion, á la cual dotó el magnánimo rey con nuevas rentas, hizo y confirmó donaciones, y otorgó y ratificó privilegios (1).

(1) Interesantes son las dos actas ó escrituras de fundacion y donacion expedidas por Alfonso el Casto, ambas en 812, que originales se conservan en el archivo de la catedral de Oviedo, y su libro de Testamentos, y cuya copia inserta el P. Risco en el tomo 37 de

El pequeño templo dedicado á San Miguel, enclavado entonces en el palacio como capilla doméstica, y que hoy subsiste con el nombre de Cámara Santa, donde se custodian las reliquias de la catedral; el monasterio de San Pelayo, las iglesias de San Tirso, de San Julian, de Santa María del rey Casto, son monumentos que viven todavía en la capital de Asturias y recuerdan la piedad del ilustre hijo de Fruela.

Deseoso el rey de adornar la basílica del Salvador con una rica ofrenda, habia reunido gran cantidad de oro y joyas con intento de hacer labrar una preciosa cruz. Inquieto y apesadumbrado andaba por no ha-

la España Sagrada. La primera empieza: *Fons vitæ: ó lux, autor lúminis, etc.* La segunda: *In nómine sanctæ et individuæ Trinitatis per infinita sæculorum sæcula regnantis. Ego Rex Aldephonsus, indigne cognominatus Castus, etc.* En la primera, despues de dar á la iglesia el átrio, acueducto, casas y otros edificios construidos en su circuito, y muchas alhajas para el culto y ornato del templo, le ofrece los llamados mancipios ó clérigos sacrificastores, á saber: «Nonnello, presbitero, Pedro Diácono, que adquirimos de Corbello y de Fafila, Secundino clérigo, Juan clérigo, Vicente clérigo, hijo de Crescente, Teodulfo y Nonnito, clérigos, hijos de Rodrigo, Enneco clérigo, que compramos de Lauro Baca, etc.» Firman este testamento el rey, tres obispos, y varios abades y testigos. En la segunda, despues de confirmar el testamento y donaciones de su padre Fruela, le ofrece toda la ciudad de Oviedo que él habia circundado de muro: *offero igitur, Domine..... omnem Oveti urbem, quam muro circumdatam, te auxiliante, peregimus.....* montes, tierras, prados, aguas y molinos fuera de la ciudad, con muchos ornamentos de oro, plata y otros metales, telas de seda y lino para uso de los altares, etc. Confirman con el rey esta escritura cinco obispos y varios testigos.

¿Qué podian ser, pregunta un moderno historiador, esos sacerdotes, diáconos y clérigos que se compraban? No podian ser otra cosa, se responde á si mismo, siguiendo la conjetura plausible de otro crítico español, que hijos ó nietos de esclavos mahometanos convertidos, que el rey manumitia y dedicaba al servicio de la iglesia. Las historias no lo declaran y no estamos lejos de pensar como estos autores.

Tardó la catedral de Oviedo treinta años en concluirse.

llar en sus estados artista bastante hábil para poder ejecutar tan piadosa obra, cuando repentinamente al salir un dia de misa (dicen las crónicas y las leyendas), se le aparecieron dos desconocidos en trage de peregrinos que le habian adivinado su pensamiento y se ofrecieron á realizarle. Al instante los llevó Alfonso á un aposento retirado de su palacio. A poco tiempo, habiendo ido algunos palaciegos á examinar el estado en que los artífices llevaban su trabajo, sorprendiéronlos dos prodigios á un tiempo. Los peregrinos habian desaparecido: una cruz maravillosamente elaborada, suspendida en el aire, despedia vivos resplandores. Aquellos peregrinos eran dos ángeles, dijo el pueblo cristiano, y así se lo persuadió su fé; y la preciosa cruz de Alfonso el Casto, revestida de planchas de oro y piedras preciosas, que hoy se venera todavía en la basílica de Oviedo, sigue llamándose *la Cruz de los Angeles* (1).

Otro prodigio, que como milagroso refieren tambien los devotos cronistas de la edad media, señaló el reinado del segundo Alfonso. Cerca de ocho siglos hacia, dicen, que el cuerpo del apóstol Santiago habia sido traido de la Palestina por sus discípulos, y depositado en un lugar cerca de Iria Flavia en Galicia. Pero las contínuas guerras y trastornos de aquel

(1) El primero que mencionó como milagrosa la obra de esta cruz fué el Monge de Silos, á quien siguieron despues Pelayo de Oviedo y otros cronistas.

país habian hecho olvidar el sitio en que el sagrado depósito se guardaba, hasta que se descubrió en tiempo de Alfonso el Casto. Cuentan las crónicas haber acaecido del modo siguiente. Varios sugetos de autoridad comunicaron á Teodomiro, obispo de Iria, haber visto diferentes noches en un bosque no distante de aquella ciudad resplandores estraños y luminarias maravillosas. Acudió en su virtud el piadoso obispo al lugar designado, y haciendo desbrozar el terreno y escavar en él, hallóse una pequeña capilla que contenia un sarcófago de mármol. No se dudó ya que era el sepulcro del santo Apóstol. Puso el prelado el feliz descubrimiento en noticia del rey Alfonso que se hallaba en Oviedo, é inmediatamente el monarca se trasladó al sagrado lugar con los nobles de su palacio, y mandó edificar un templo en el *Campo del Apóstol* (que desde entonces, acaso de *Campus Apostoli*, se denominó *Compostela*), y le asignó para su sostenimiento el territorio de tres millas en circunferencia. Posteriormente le hizo merced de una preciosa cruz de oro, copia, aunque en pequeño, de la de los Angeles de Oviedo, y empleando la buena amistad en que estaba con Carlo-Magno, le rogó impetrase del papa Leon III. el permiso para trasferir la sede episcopal de Iria á la nueva iglesia de Compostela. Hízolo así el pontífice, que con este motivo escribió una carta á los españoles. Pronto se difundió por las naciones cristianas la noticia de la invencion del santo sepulcro

y de los milagros del apóstol, y multitud de peregrinos acudian ya á mediados del siglo IX. á visitar el santuario de Compostela [1].

Atento el monarca, no solo á los asuntos de interés religioso, sino tambien á los civiles y políticos de su reino, adicto á las costumbres y gobierno de los godos, que vivian en su memoria, restableció el órden gótico en su palacio, que organizó bajo el pié en que estaba el de Toledo antes de la conquista: promovió el estudio de los libros góticos, restauró y puso en observancia muchas de sus leyes, y llevó á la iglesia su antigua disciplina canónica [2]: que fué un gran paso hácia la reorganizacion social del reino y pueblo cristiano.

Ni amenguaron por eso las dotes de guerrero que desde el principio habia desplegado. En las expediciones que Abderrahman II., sucesor de su padre Alhakem en el imperio musulman, hizo por sí ó por sus caudillos á las fronteras de Galicia, encontráronle siempre los infieles apercibido y pronto á rechazarlos con vigor. Hácia los últimos años de su reinado un caudillo árabe, Mohammed ben Abdelgebir, que en

(1) Chron. Iriens. — Samp., Chron. — Esp. Sagr., tom. 19. Apend.—Privil. de donac. de la catedral de Santiago.—Hist. Compostel.—Baluz. Coleccion de cartas de los papas.—Son muy varias las opiniones acerca del año de la invencion del sagrado cuerpo. Morales y el marqués de Mondejar suponen fuese en agosto de 835: Ferreras pretende haber acontecido en 808. Por la fecha del diploma del rey Casto, y más aun por la circunstancia de haber intervenido Carlo-Magno en este asunto, debió de todos modos suceder antes de 814.

(2) Chron. Albeld., n. 58,

Mérida se habia insurreccionado contra el gobierno central de Córdoba, acosado por las victoriosas armas del emir, hubo de buscar un asilo en Galicia, que el rey Alfonso le otorgó con generosidad dándole un territorio cerca de Lugo, donde pudiesen vivir él y los suyos sin ser inquietados (833). Correspondió más adelante el pérfido musulman con negra ingratitud á la generosa hospitalidad que habia debido á Alfonso, y tan desleal al rey cristiano como antes lo habia sido á su propio emir, alzóse con sus numerosos parciales y apoderóse por sorpresa del castillo de Santa Cristina, dos leguas distante de aquella ciudad (338). Voló el anciano Alfonso con la rapidez de un jóven á castigar á sus ingratos huéspedes, y despues de haber recobrado el castillo que les servia de refugio, los obligó á aceptar una batalla en que pereció el traidor Mohammed con casi todos sus secuaces [1]. Alfonso regresó victorioso á Oviedo por última vez.

Este fué el postrer hecho de armas del rey Casto, sin que ocurrieran otros sucesos notables hasta su muerte, acaecida en 842, á los cincuenta y dos años de reinado, y los ochenta y dos de su edad. Sus restos mortales fueron depositados en el panteon de su iglesia de Santa María. Aun se conserva intacto el humilde sepulcro que encierra las cenizas de tan glo-

(1) Id., ibid.—El cronista de Salamanca, tan propenso á exagerar el número de enemigos que morian en cada encuentro, hace subir el de este combate á 50,000. Chron., n. 22.

rioso príncipe. Los monjes de los monasterios de San Vicente y San Pelayo iban diariamente en comunidad á orar sobre los restos del rey Casto, y aun conserva el cabildo catedral la costumbre de consagrarle anualmente un solemne aniversario. Su memoria vive en Asturias como la de uno de los más celosos restauradores de su nacionalidad.

CAPÍTULO IX.

LA ESPAÑA CRISTIANA

EN EL PRIMER SIGLO DE LA RECONQUISTA.

De 718 á 842.

Marcha y desarrollo del reino cristiano de Asturias.—Cómo contribuyó á él cada monarca.—Bases sobre que se organizó el estado.—Tradiciones góticas.—Orden de sucesion al trono.—Navarra.—Conducta de los navarros con los musulmanes y con los francos.—Dos ejemplos de ódio á la dominacion estrangera en Navarra y en Asturias.—Marca Hispana.—Origen y carácter de la organizacion de este estado.

Ha pasado más de un siglo de lucha entre el pueblo invasor y el pueblo invadido. Reposemos un momento para contemplar cómo vivió en este tiempo cada una de las dos poblaciones.

¿Cuál era la vida social de ese pobre pueblo cristiano, que ó se salvó de la inundacion, ó pugnaba por recobrar su existencia? ¿Cuál era su organizacion, sus leyes, sus instituciones, sus artes, sus ejércitos? Ejércitos, artes, instituciones, leyes, todo habia perecido ahogado por las desbordadas aguas del torrente. Al abrigo de una roca, que era como el Ararat

del nuevo diluvio, y entre riscos y breñas moraba un puñado de hombres, pobres náufragos, sin riquezas, sin ciudades, sin gobierno regularizado, que poseian por todo tesoro un corazon ardiente, los símbolos de su fé, y los recuerdos de una sociedad que habia desaparecido. Unidos con el doble lazo de la religion y del infortunio, estrechados con el lenguage elocuente y fraternizador de la fé y de la desgracia, la necesidad los obliga á cobijarse en una cueva. Decretado estaba que de aquella gruta habia de salir un poder que dominára mundos que entonces no se conocian. Tambien el cristianismo nació en una gruta de Belen para desde allí derramarse con el tiempo por toda la tierra, lentamente y á fuerza de siglos y de contrariedades como la monarquía española. Belen y Covadonga...... una gruta para el cristianismo naciente, otra gruta para el cristianismo perseguido: en ambas se vé una misma providencia. Todos los grandes acontecimientos suelen semejarse en la pequeñez de sus principios.

Veíanse precisados á pelear, y aquellos animosos montañeses, teniendo por ciudadela una gruta, rocas por castillos, peñascos por arietes, y troncos de robles por lanzas, vencen, arrollan, aniquilan á los vencedores de Siria, de Persia, de Egipto, de Africa y de Guadalete, y empieza á pregonarse por el mundo que el estandarte de Mahoma ha sido por primera vez abatido en un rincon de España. En los tiempos

mitológicos se hubiera creido ver realizada la fábula de los Titanes: eran tiempos cristianos, y se llamó milagro la maravilla. El vencedor como caudillo supo ser prudente como rey, y Pelayo se limitó á guardar y conservar su pequeño estado. Ni el rey capitan ni el pueblo soldado podian hacer otra cosa que cultivar para vivir y organizarse para defenderse. Es la sociedad cristiana que renace como una planta nueva al pié de la añosa encina derribada por el huracan. En la grosera reorganizacion de la nueva sociedad entraban como principal elemento las tradiciones y recuerdos de la sociedad que habia perecido. La razon nos enseña, aunque la historia no lo diga, cuán imperfecta tenia que ser la forma de su gobierno.

Tampoco la historia nos dice otra cosa de Favila, sucesor de Pelayo, sino que murió en una partida de caza. Una fiera le devoró, como si hubiera querido avisar á sus sucesores que más que de distraerse en ejercicios de montería era tiempo ya de emplear el venablo contra los enemigos exteriores.

Hízolo así Alfonso I., príncipe cual convenia entonces á los cristianos, guerrero y devoto. Como guerrero, sale á enseñar á los musulmanes que los soldados del cristianismo no tienen solo fé viva en el corazon, sino tambien robustas diestras para manejar la espada: pasea el estandarte de la cruz de uno á otro confin de la Península; destruye, incendia, degüella y cautiva. Como devoto, restablece iglesias,

repone obispos, y funda y dota monasterios. Muere, y el pueblo cree oir armonías celestiales sobre su tumba: son los ángeles, dice, que anuncian que las puertas de la gloria se abren para recibir á Alfonso el Católico.

Vése bajo el reinado de Fruela el órden y la marcha progresiva de la poblacion cristiana. Un monje desbroza un terreno cubierto de jarales para construir una ermita. Los fieles de las montañas acuden á vivir allí donde se les ofrece pasto espiritual, y en derredor del pequeño templo edifican viviendas, levantan albergues y roturan terrenos. Al lado de aquella iglesia erige el rey otro santuario mayor, aunque no muy suntuoso. Aquel humilde lugarcito era Oviedo, que otro rey hará córte y asiento de los monarcas de Asturias, y la ermita del monje se convertirá en basílica episcopal. De aldeas y ermitas hacen los reyes ciudades y catedrales; así protegen la poblacion y el culto.

La inaccion y la debilidad de los tres personages sucesivos que tuvieron el título de reyes, presentan una laguna lamentable en la historia de las glorias cristianas. Las biografías de Aurelio y de Silo pudieran reducirse á que vivieron y murieron en paz: felicidad ni envidiable ni honrosa en tiempos en que tan necesaria era la accion. A Mauregato solo pudieron darle celebridad dos circunstancias que nadie envidiaria tampoco, la de haber sido hijo natural de un rey y de una esclava, y la fábula del tributo de las cien

doncellas. El corto reinado de Bermudo, retrata las costumbres del pueblo cristiano de aquel tiempo. Los grandes no reparan en que sea diácono para investirle del poder real, y Bermudo, príncipe ilustrado, tampoco halla reparo en asentarse la corona real sobre la corona de la tonsura: ni el rey escrupuliza en unir en sí mismo el sacramento del matrimonio al del órden, ni el pueblo muestra escandalizarse de ello, á pesar de las leyes godas y de las prohibiciones de Fruela. Por último, el rey diácono y el clérigo padre de familias deja espontáneamente cetro y esposa para volver á la iglesia y al breviario, y coloca en el trono al segundo Alfonso su sobrino, á quien, sin dejar de convenirle el nombre de *Casto*, hubiérale cuadrado mejor el de *Contrariado*.

Aquel pequeño reino que en el siglo VIII. vimos nacer en el corazon de una roca con Pelayo, desarrollarse bajo el génio emprendedor del primer Alfonso, sostenerse, ya que no crecer, con Fruela, estacionarse ó amenguar bajo otros cuatro reyes ó débiles ó tímidos, aparece en el siglo IX. vigoroso y fuerte, con los arranques de un jóven lleno de robustez y de vida. generoso de conquistas y de glorias. Aquella humilde córte, si título de córte podia dársele, que tenia un asiento incierto en Cangas, ó en Pravia, se ha fijado en Oviedo; y Oviedo no es ya una agregacion de modestas viviendas agrupadas en torno á la ermita de un monje; es una ciudad murada, y embellecida

con palacios, con acueductos, con baños, con grandiosos templos, con un panteon destinado para sepulcro de los reyes. La ermita del monje se ha trasformado en iglesia catedral, erigida por un rey, consagrada por siete obispos, y regida por un prelado godo. En la cámara santa de este templo se vé una brillante cruz, cubierta con planchas de oro, engastadas en ella multitud de piedras preciosas, con infinitas labores de esmalte y filigrana ejecutadas con delicadeza esquisita. El pueblo la llama *la Cruz de los Angeles*, porque, más lleno de fé que conocedor de las artes, no puede creer que tan preciosa labor haya podido salir de las manos de los hombres, y está persuadido de que los ángeles han sido los verdaderos artífices de aquella obra maravillosa (1). En los cuatro brazos de esa cruz se leen otras tantas inscripciones latinas: la de la parte superior nos revela el nombre del ilustre y afortunado príncipe á quien debe engrandecimiento el reino, esplendor la nueva córte, la religion aquel templo y aquella cruz.

Susceptum placide maneat hoc in honore Dei
Offert Adefonsus humilis servus Christi.

(1) Los que no creen que bajasen los ángeles á fabricar esta cruz, suponen que los dos mancebos ó peregrinos que, segun dijimos en el capítulo anterior, se habian aparecido al rey Alfonso y ofrecídosele á elaborarla, serian artistas árabes de Córdoba, que ya en aquel tiempo tenian fama de escelentes plateros, y se distinguian por el primor y delicadeza con que trabajaban esta clase de obras. Si así hubiera sido, no estrañamos que el monarca cuidára de no herir el celo religioso de su pueblo, que á no dudar se hubiera ofendido de que en un objeto que representaba el símbolo de su fé hubieran trabajado manos mahometanas.



Es Alfonso II., el Casto, el religioso, el guerrero, el victorioso, el que ha consagrado á Dios esa preciosa ofrenda, fabricada de los despojos cogidos en Lisboa á los enemigos de la fé: porque Alfonso ha llevado las armas del cristianismo hasta las playas del Atlántico, y plantado su pendon en los muros de aquella ciudad. Su nombre suena ya con respeto del otro lado de los Pirineos, y el nuevo César de Occidente, el más poderoso príncipe de su tiempo, Carlo-Magno, que se decora con el título de protector de la iglesia y de gefe de la cristiandad, recibe embajadores del rey de Asturias, que se presentan con ostentacion en Aquisgran y Tolosa de Francia. Los emires le proponen treguas, porque han probado el valor de sus armas en los campos de Lutos, de Lisboa, de Naharon y de Ancéo.

Tiene la fortuna de que se descubra en su tiempo el sepulcro del apóstol Santiago, y desplegando su piedad religiosa en Compostela como en Oviedo, funda en Galicia una basílica cristiana que con el tiempo competirá en fama y grandeza con la mezquita musulmana de Córdoba, y entusiasma de tal modo á clérigos y obispos, que piden acompañarle á las batallas con la cruz del apóstol y el escudo del soldado. Político y legislador, da un gran paso hácia la restauracion de las leyes visigodas, restableciendo el órden gótico en la iglesia y en el palacio.

Hé aquí la nueva sociedad cristiana reorganizán-



dose sobre la base de las tradiciones góticas. Lo anunciamos ya en otro lugar. «La religion y las leyes (dijimos) fueron las dos herencias que la dominacion goda legó á la posteridad, y estos dos legados son los que van á sostener los españoles en su regeneracion social. Tan pronto como tengan donde celebrar asambleas religiosas, pedirán que se gobierne su iglesia *juxta ghotorum antiqua concilia*, y tan luego como recobren un principio de patria, clamarán por regirse *secundum legem ghotorum* (1).» Si las actas del primer concilio de la restauracion que se cree celebrado en Oviedo bajo Alfonso el Casto, no pudiesen acaso acreditarse evidentemente de auténticas (2), nadie por eso niega el espíritu y la tendencia que hácia estas asambleas religiosas ya en aquel tiempo se manifestaba.

Habíase observado ya desde el principio el sistema gótico en órden á las sucesiones al trono. Siguiendo tradicional y como instintivamente el principio electivo en lo personal, pero guardada siempre consideracion á la familia, y conservando en ella el principio semi-hereditario, continuaba la intervencion poderosa de los grandes y nobles como en tiempo de los godos. Apenas desde el primer Alfonso dejó al-

(1) Discurso preliminar, página 64.

(2) Este concilio I. de Oviedo, que se halla en la Coleccion de Aguirre y en los Apéndices al tomo 37 de la España Sagrada, es tratado de apócrifo por muchos críticos españoles. Sin embargo, el ilustrado P. Risco se esfuerza de nuevo por probar su autenticidad. Puede verse su disertacion en el mencionado tomo desde la pág. 166 á la 194.

guno de ser proclamado por este sistema mixto. Pero el ejemplo mas notable de esta libertad electoral lo fué Alfonso II. Siendo hijo único de Fruela, á la muerte de su padre le postergan los nobles so pretexto de su corta edad, y entregan el cetro en manos de Aurelio su tio. Muerto Aurelio, es desatendido otra vez Alfonso, y elevan á Silo, sin otro título que estar casado con Adosinda, hija de Alfonso I. Vaca de nuevo la corona, y antes que colocarla en las sienes del hijo de Fruela, y á pesar de la proclamacion que en su favor logró la reina Adosinda, consienten en colocarla en la cabeza de un bastardo. Y como si aquellos próceres quisiesen hacer gala y ostentacion de su libertad electiva, todavía á la muerte de Mauregato, no hallando vástago de estirpe real en el siglo, van á buscarle á la iglesia, y arrancan á un clérigo de las gradas del altar para hacerle subir las gradas del trono. Así se pasan cuatro reinados postergado siempre el hijo único y legítimo de un rey, hasta que los arbitrarios grandes ceden á las nobles instigaciones de otro rey generoso, y le dan al fin el tan escatimado cetro.

Lo mismo que en tiempo de los godos, la pena mayor que á los reyes les ocurria imponer era la excomunion, abrogándose la magestad atribuciones del pontificado: «si alguno de mi propia estirpe y familia, ó de otra estraña, decia Alfonso II. en sus cartas de dotacion, quitáre, defraudáre, ó con cualquier pretexto enagenar presumiére las cosas que os damos y

concedemos, sea privado de la comunion de Cristo, sujeto á perpétuo anatema, y sufra con Datan y Abiron y con Judas traidor las penas eternas.»

Al otro extremo del Pirineo, los belicosos vascones pugnaban por rechazar todo yugo estraño y por recobrar y sostener su libertad dentro de sus propias montañas. Animados del mismo espíritu de religion y de independencia que los asturianos, alzábanse contra los musulmanes, pero ofendíales y esquivaban depender de otros hombres, aunque fuesen cristianos y españoles como ellos, mostrando la antigua tendencia al aislamiento y la repugnancia á la unidad heredadas de los pobladores primitivos. Si preferian su independencia turbulenta al gobierno de los reyes de Asturias, ¿cómo habian de sufrir la dominacion de los francos de Aquitania sus vecinos, siendo estrangeros, por mas que fuesen tambien cristianos? Asi es que si la necesidad los forzaba tal cual vez á aceptar la alianza ó á tolerar el dominio de los monarcas francos para libertarse de los sarracenos, ni nunca aquella alianza fué sincera, ni nunca dejaban de romperla tan pronto como podian. En cambio se aliaban otras veces con los árabes para sacudirse de los francos. Y en esta alternada lucha, encajonados entre dos pueblos que aspiraban á dominarlos, no sabemos á cuál mostraban mas antipatía, si al uno por ser mahometano, ó al otro por ser estrangero.

Consignemos bien los dos grandes ejemplos de



ódio á la dominacion estraña que dieron los españoles casi á un tiempo en dos puntos extremos de la Península, en Navarra y en Asturias. Cuando penetró Carlo-Magno con sus huestes hasta Pamplona y Zaragoza, por mas que apareciera dirigirse contra los musulmanes como monarca cristiano, hubieron de comprender los vascones que traería miras de dominacion sobre ellos, y mirando solo á lo estrangero. y no atendiendo á lo cristiano, exclamaron: «¿Qué vienen á hacer entre nosotros esos hijos del Norte? ¿No ha puesto Dios entre ellos y nosotros esas montañas para tenernos separados?» Y las cañadas y desfiladeros de Roncesvalles fueron sepulcro do los soldados de Carlo-Magno; y hubiéranlo sido mas adelante de los de su hijo Luis, á no haber empleado tantas precauciones para atravesar aquel valle de fatídicos recuerdos. Sospecharon los asturianos que las intimidades del segundo Alfonso con Carlo-Magno pudieran degenerar en sumision y dependencia estraña y en menoscabo de su nacionalidad, y tomándolo ó por motivo ó por pretesto hicieron al casto rey perder temporalmente el trono. Justa ó injusta la deposicion, sirvióle de leccion al destronado monarca, despues de recobrado el cetro, para no dar más celos á su pueblo con una amistad que se hacia aparecer peligrosa, siquiera estuviese distante y agena de su intencion. Tales eran los españoles de los primeros tiempos de la reconquista.

Más afortunados los franco-aquitanios en el Oriente que en el Norte de España, acostumbrados como estaban de antiguos tiempos los españoles de aquella parte á mirar como compatricios, como súbditos de un mismo trono á sus vecinos de la Septimania Gótica, trajéronles más fácilmente á su alianza, y con su concurso expulsaron de allí á los árabes, y estendieron su dominacion desde los Pirineos hasta el Ebro, aunque sujeta á los vaivenes y oscilaciones de la guerra. Fundan así la Marca Hispana, la Marca de Gothia, en que entraban la parte española y el Rosellon, el condado de Barcelona, que habia de concentrar en sí los condados subalternos que ya existian, porque cuando Luis el Benigno dejó establecido por primer conde de Barcelona á Bera, éste lo era ya de Manresa y de Ausona. Naturalmente los que con mayores fuerzas y más poder concurrian á lanzar de aquella parte del suelo español y á libertar sus poblaciones del dominio musulman, habian de imprimir al nuevo estado franco-hispano el sello de sus costumbres, de sus leyes, de su organizacion y de su nomenclatura. Los *Preceptos* de Carlo Magno y de Luis el Pío, si bien generosos y protectores de los españoles, comunicaban á aquella Marca ó estado todo el tinte galo-franco de su orígen. De aquí aquella fisonomía particular que habia de seguir distinguiendo á los habitantes de aquella region, denominada despues Cataluña, de la de las otras provincias de España, en

carácter, en inclinaciones, en costumbres, en instituciones, y hasta en dialecto.

¿Pero se conformaban de buen grado los catalanes, sufrian de buena voluntad el gobierno y la superior dominacion de los galo-francos de Aquitania? La historia nos dirá cuán pronto aquellos españoles, celosos de su independencia como todos, aprovecharon la primera ocasion que se les deparó para convertir la Marca Franco-hispana en estado español y en condado independiente, sin dejar por eso de conservar su legislacion originaria.

Así bajo distintas bases y elementos nacian y se desarrollaban los tres primeros estados cristianos que del primero al segundo siglo de la invasion sarracena se formaron en la península española, con la suficiente independencia y aislamiento entre sí, para seguir por largo tiempo viviendo cada cual su vida propia, que es uno de los caractéres que constituyen el fondo y la fisonomía histórica de nuestra nacion.

CAPÍTULO X.

LA ESPAÑA MUSULMANA

EN EL PRIMER SIGLO DE SU DOMINACION.

I.—En que consistia la religion de los musulmanes.—Exámen del Coran: en lo dogmático, en lo político, en lo civil y en lo militar.—Nótanse sus principales preceptos y disposiciones.—Juicio crítico de este libro.—II.—Conducta de los árabes con los cristianos de España.—Situacion en que quedaron los mozárabes.—Comportamiento de los diferentes emires.—Iglesias, obispos y monjes en Córdoba.—Cómo se condujeron los conquistadores entre sí mismos en sus guerras civiles.—Inextinguibles ódios de tribu: crueldades horrorosas: venganzas horribles.—Esplícase el contraste de tan opuesta conducta.—Carácter de los árabes.—III.—Gobierno de los árabes en España en este primer período.—Administracion de justicia.—Idem económica.—Empleos militares.—Sistema de sucesion al trono.—IV.—Varias costumbres de los árabes.

Conozcamos al pueblo que nos dominó, y con quien se ha emprendido una lucha que durará siglos. ¿Cuál era su religion, cuál su gobierno, cuáles sus costumbres, su conducta, sus relaciones con el pueblo conquistado?

I. ¿Qué religion traian esos hombres que tenian la presuncion de llamarse á sí mismos *los creyentes* por excelencia, y de dar el nombre de *infieles* á los



que no creian lo que ellos? ¿Qué doctrina es esa que tan rápidamente desde un ignorado rincon del desierto se ha difundido por las inmensas y dilatadas regiones de Asia y Africa, y aspira á extinguir el cristianismo en Europa, y á prevalecer sola en el mundo?

Todo el dogma, todos los preceptos de la religion mahometana están encerrados en un libro, que es para los musulmanes el libro de Dios, el libro precioso, que es no solo su Biblia, sino tambien su código civil, político y militar. Este libro es el Coran, que fué sacado del gran libro de los decretos divinos, y cayó del cielo hoja á hoja. Dios le dictó, dicen ellos, el ángel Gabriel le escribió, Mahoma le recibió y le comunicó á los hombres. El Coran está dividido en capítulos ó *suras*, que en todos suman ciento catorce, y todos, á excepcion del noveno, van encabezados con la fórmula que los musulmanes ponen á la cabeza de todos sus escritos: *En el nombre del Señor clemente y misericordioso*. El noveno comienza de este modo: *Este libro se halla distribuido con un órden juicioso, siendo obra del que posee la sabiduría y la ciencia*. La asercion no puede ser más falsa, y todo el libro la está desmintiendo. Respecto al órden, nada más comun que encontrar al fin del Coran lo que evidentemente corresponde al principio, y los dos primeros versículos que Mahoma recibió de mano del ángel Gabriel son ahora el noventa y seis y el setenta y cuatro. Sin órden fueron publicados, y el celoso musulman que

despues de Mahoma se dedicó á recoger las hojas sueltas del Coran y á recopilar en un libro lo que los discípulos del Profeta habian ido escribiendo en hojas de palmera, en piedras blancas, en pedazos de tela y de cuero, y hasta en huesos de animales, lo hizo sin órden de tiempo ni de materia. Y en cuanto á la sabiduría y la ciencia del autor, no la acreditan mucho la incoherencia de materias en un mismo capítulo, la vaguedad y confusion en las disposiciones legislativas y en los preceptos religiosos, las repeticiones, y hasta las contradicciones.

Como obra literaria, está muy lejos de corresponder su mérito al que han querido darle los devotos musulmanes y muchos de sus comentadores. Es cierto que se hallan en él algunos pasages sublimes, otros tambien poéticos y bellos, y algunas descripciones magestuosas: mas para encontrarlas es menester á veces devorar largos y enojosos capítulos. Parécenos semejarse al país en que se escribió; que para hallar los verjeles del Yemen es necesario atravesar los abrasados arenales del Desierto. Necesítase perseverancia para leer todo el Coran. Si hay capítulos que parece revelar habilidad en el legislador para cautivar la admiracion de las clases ignorantes y crédulas, no comprendemos cómo las gentes ilustradas podian admitir los absurdos milagros del viage de Mahoma á Jerusalen, de su ascension nocturna al cielo en la famosa yegua Borak, de la luna que se hendia á su voz,



de la tela de araña que cubrió la boca de la caverna, en que se escondió en su huida de la Meca á Medina, y otros de este género. ¿Y qué diremos de las revelaciones celestes para cohonestar las faltas del Profeta á su misma ley, sus vicios y sus crímenes, los escándalos de su incontinencia, sus adulterios y divorcios, las liviandades y torpezas que se hallan sancionadas por Dios en este libro *divino*? ¿Cómo no conocian que en vez de un legislador que se acercase á la divinidad, tenian un legislador que hacia á la divinidad descender á autorizar su desenfrenada lujuria y sus obscenos placeres?

Pero érale necesario al lascivo apóstol encubrir sus flaquezas de hombre halagando por el mismo lado las imaginaciones ardientes y voluptuosas de los orientales, é inventó un paraiso en que los servidores de Dios habrian de hallar todo género de delicias y materiales placeres, y nada más propio para esto y mas seductor que jardines esmaltados de arroyos, fuentes puras y cristalinas, sombrías alamedas, frutas deliciosas, manjares exquisitos, blandos lechos, aromas suaves, vírgenes hermosas y tiernas, adornadas de perlas y esmeraldas, inmarchitables huríes de ojos negros, siempre encantadoras y siempre enamoradas de los que tenian la dicha de morir por la fé del Profeta, de las cuales el más humilde de los creyentes habia de tener para sus placeres por lo menos setenta y dos, cuya virginidad se estaria perpétuamente re-

novando. De modo que vino á hacer de la morada celeste un inmenso lupanar en que entraba todo lo que habia podido inventar una imaginacion lúbrica.

De esta suerte para los mahometanos los premios espirituales del cristianismo deberian ser ofertas áridas, sin aliciente, y en cierto modo incomprensibles. Mahoma, pues, discurrió una religion mas acomodada por entonces á la grosería del mundo oriental. Así su código religioso, al través de su oscuridad, de sus incoherencias, contradicciones y absurdos, era un objeto de profunda veneracion para los árabes, y al cual rendian un homenago ciego. Prestábase juramento en los tribunales sobre el Coran. Nadie le tocaba sin hallarse legalmente purificado, sin besarle ó llevarle á la frente con mucho respeto y devocion. Miraban como un deber estudiarle de memoria y recitar versos y capítulos enteros. Muchos califas, sultanes, príncipes, y grandes señores hacian vanidad de saberlo de punta á cabo y le recitaban cada cuarenta dias. Otros poseian muchos ejemplares adornados y enriquecidos con oro y pedrería; y algunos mostraban su celo religioso copiándole muchas veces en la vida, y vendiendo los ejemplares á beneficio de los pobres. En su supersticiosa veneracion hubo quien se tomára la tarea de contar las voces y letras que entraban en él, resultando setenta y siete mil seiscientas treinta y nueve de las primeras, y trescientas veinte y tres mil quince de las segundas. Se sabe hasta las veces que



cada letra está repetida: propia paciencia de quienes la tuvieron para contar las tejas que cubrian la gran mezquita de Córdoba. Siendo, pues, el Coran el libro santo, el código de las leyes religiosas, políticas y civiles de los conquistadores de España, la bandera que se enarboló en contra del cristianismo, y á cuya sombra pelearon sus sectarios en nuestro suelo por espacio de ocho siglos, daremos una breve idea de sus principales dogmas y disposiciones.

El dogma fundamental del Coran es la unidad de Dios y la mision del Profeta. *No hay Dios sino Dios y Mahoma es su Profeta.* Su idea dominante fué la abolicion de la idolatría que prevalecia entre los árabes, y para lo cual habia sido él elegido por Dios, el encargado de purgar la tierra de los falsos ídolos y de restituir la religion á su primitiva pureza. Bajo este punto de vista y del reconocimiento de la gran verdad religiosa, la unidad de Dios, que forma tambien la base del cristianismo, y que acaso él aprendió de la comunicacion con los cristianos y judíos, Mahoma dió un gran paso hácia la civilizacion en Oriente, puesto que era una especie de transaccion y de término medio entre la idolatría y el cristianismo, y al cual probablemente se hubiera ya acercado si no hubiese prohibido absolutamente toda discusion sobre su doctrina. Mahoma admitió tambien ángeles buenos y malos, y génios á imitacion de los persas. Estos genios son creados de fuego como los ángeles, pero de

organizacion más grosera, puesto que comen, beben, propagan su especie, y están sujetos á la muerte. Consígnase en el Coran el principio de la inmortalidad del alma, el de la resurreccion, y el de los premios y castigos en el paraiso y en el infierno. El paraiso hemos visto ya como lo describia: el infierno era igualmente material. «Los que no creen serán vestidos de fuego; se echará agua hirviendo sobre sus cabezas, con ella se disolverán su piel y sus entrañas, y serán además apaleados con mazas de hierro.» El juicio final será anunciado por la trompeta de Israfil. Entre otras señales terribles el sol saldrá por el Occidente como al principio del mundo: el Antecristo derrocará reinos, y Cristo volviendo al mundo abrazará el islamismo. Despues de contar las escenas horribles y espantosas que precederán al juicio final, dice que aparecerá Dios para hacer justicia á todos. Abraham, Noé y Jesucristo habrán declinado su oficio de intercesores, y reemplazará á todos Mahoma. Los hombres darán entonces cuenta de su vida, en este mundo, y el ángel Gabriel sostendrá la balanza en que se han de pesar las acciones buenas y malas, balanza cuyos platos serán bastante grandes para contener el cielo y la tierra y estar suspendidos el uno en el paraiso y el otro en el infierno.

Veneraban los musulmanes, además del Coran, la *Sunna* ó tradicion, que correspondia á la *Mischna* de los judíos. Eran doctrinas trasmitidas de viva voz por

el Profeta y recogidas despues por sus discípulos. No faltaban sectas, cismas ni heregías entre los mahometanos, así sobre la Sunna como sobre el Coran mismo, á que daba ancho campo la oscuridad de muchos lugares de su código religioso y sus mismas contradicciones. No podemos nosotros detenernos á enumerar ni esplicar sus divergencias religiosas. Baste decir que sus cuestiones sobre el dogma y las diversas escuelas que se crearon produjeron escisiones profundas entre ellos, y los envolvieron más de una vez en sangrientas guerras civiles.

Cuéntase que un dia se apareció á Mahoma el ángel Gabriel en forma de un beduino y le preguntó: *¿En qué consiste el islamismo?* A que Mahoma contestó sin detenerse: *En creer que no hay mas que un Dios, y que yo soy su Profeta, en la rigurosa observancia de las horas de oracion, en dar limosnas, en ayunar el Ramadan, y en hacer, si se puede, la peregrinacion á la Meca.*

Estas palabras encierran las principales obligaciones de los musulmanes. Prescribíase la peregrinacion á la Meca, al menos una vez en la vida, á todo el que no estuviese imposibilitado de hacerla. El ayuno del mes de Ramadan era riguroso. No se podia tomar alimento desde la salida hasta la puesta del sol; cosa bien difícil de observar en otro país que no fuese la Arabia. «Se os permite comer y beber hasta el momento en que haya luz bastante para distinguir un

hilo blanco de un hilo negro. *El olor de la boca del que ayuna es mas grato á Dios que el almizcle.*» Prohíbese en todo tiempo el uso del vino y licores fermentados, la carne y sangre de puerco, y de todo animal que muriese ahogado, ó de alguna caida, ó herido por otro animal, ó sacrificado á algun ídolo. Los árabes encontraron motivo ó pretesto en el clima de España y en el ejercicio de la guerra para quebrantar la abstinencia del vino y de otras bebidas y manjares prohibidos, y los primeros á dar el ejemplo solian ser los Califas. Mahoma habia imitado de los hebreos muchas de estas prácticas. Ordena tambien el Coran las abluciones, la santificacion del viernes, dia en que Dios crió al hombre y en que Mahoma hizo su entrada en Medina, y prohibe los juegos de azar y las varas divinatorias.

Ademas de la *chotba* ú oracion pública por el Califa que todas las fiestas tenian que hacer los muslimes en las mesquitas principales, el Coran les prescribe cinco oraciones diarias: antes de salir el sol, al medio dia, antes y despues de ponerse, y á la primera vigilia de la noche; cada una tiene su denominacion, como *al-Sobhi*, la oracion del alba, *al-Dohar* la de medio dia, etc. El que presidia á una asamblea de creyentes consagrada para la oracion, se llamaba *iman*, y el iman supremo era el sucesor de Mahoma. El *mufti*, intérprete de la ley, era el gefe de los *alfakies* ó doctores. *Almokri* era el lector de la mez-

quita: *alhafit* el doctrinero, y el *muezzin* llamaba á la oracion de lo alto del *minaret* ó *alminar*. «La oracion conduce al creyente hasta la mitad del camino del cielo, el ayuno le lleva hasta la puerta del Altísimo, la limosna le abre la entrada.»

No se aconseja solo la limosna como acto de caridad, sino que se impone como obligacion. «Haced limosnas de dia, de noche, en público, en secreto. Socorred á vuestros hijos, á vuestros deudos, á los huérfanos, á los peregrinos: el bien que hagais no quedará oculto para el Todopoderoso. Restituid á los huérfanos su patrimonio cuando lleguen á mayor edad, y no les deis malo por bueno; no devoreis sus haciendas, acreciendo con ellas la vuestra, porque esto es un gran pecado.» No dejan de abundar en el Coran preceptos semejantes de humanidad y de beneficencia, que sin duda fueron tomados del Antiguo y del Nuevo Testamento. Condénase el suicidio y el asesinato, pero el legislador tuvo buen cuidado de no ser muy severo respecto á las pasiones á que su pueblo propendia más.

«El deseo de poseer á una muger, sea ó no manifiesto, no os hará delincuentes ante el Señor, pues sabe que no podeis prescindir de pensar en las mugeres. No os caseis mas que con dos, tres ó cuatro. Si no podeis mantenerlas decorosamente, tomad una sola y contentáos con esclavas.» En otra parte hemos observado ya cómo el legislador comerciante se dispen-

só á sí mismo de esta especie de limitacion que puso á la poligamia, como quien habia recibido de Dios el privilegio exclusivo de casarse con cuantas mugeres y de tomar cuantas concubinas quisiese, inclusa la que fuese ya muger de otro. ¡Y, sin embargo, este moralista logró fanatizar aquel pueblo! Permitíase el divorcio, pero con harta desigualdad de derechos entre los dos sexos, pues al marido le bastaba el motivo más leve, mientras la muger tenia que alegar motivos poderosos y perdia ademas su dote. Todas las leyes eran desfavorables á las mugeres, y el legislador que tanto las amaba las hizo esclavas.

Siendo el Coran un código político y civil al propio tiempo que religioso, contiene las leyes sobre herencias, sobre contratos, sobre hurtos y homicidios, y en general sobre todos los negocios y transacciones de la vida. No nos detendremos á analizar esta legislacion: haremos solo unas ligeras observaciones. Los hijos habidos de concubinas y esclavas son mirados en el Coran como legítimos para la sucesion en igualdad á los de las mugeres libres y legítimas: solo son declarados bastardos los hijos de mugeres públicas y de padre desconocido. El adulterio se castiga de muerte, pero ha de ser probado con cuatro testigos de vista. El testimonio de dos mugeres equivale al de un hombre. En las sucesiones los hijos reciben doble parte que las hijas. Impónese al delito de robo la amputacion de la mano que le ha cometido. Se castiga

de muerte el homicidio voluntario, pero se admite la composicion pagando un tanto de indemnizacion á la familia del difunto. El Coran prescribe la pena del talion para los homicidios y las injurias personales. «¡Oh verdaderos creyentes! La ley del talion ha sido ordenada para el homicidio: el libre morirá por el libre, el esclavo por el esclavo, y la muger por la muger.» Obsérvase que la legislacion civil del Coran es más completa que la criminal. La insuficiencia de ésta daba lugar á las modificaciones y decisiones de los tribunales, y dejó mucho á la prudencia y discrecion de los jueces ó cadíes, entre los cuales habia uno superior que se nombraba el cadí de los cadíes, alta dignidad, ante la cual los mismos Califas estaban obligados á comparecer.

Pero las disposiciones y preceptos que más resaltan en el código sagrado de los musulmanes son las relativas á la guerra. No en vano se llama tambien al Coran *el libro de la Espada*. En todas sus partes se descubre la intencion de Mahoma de inflamar el espíritu belicoso de los árabes, de halagar sus pasiones aventureras y sanguinarias haciendo del pueblo una especie de milicia sagrada dispuesta siempre á conquistar en nombre de la religion. «Combatid á los infieles hasta que no tengais que temer y esté consolidado el culto.» Como predicacion de guerra y de conquista, observa oportunamente un ilustrado escritor, jamás una trompeta más belicosa ha sonado para

llamar al combate. Esta conversion del principio religioso en enseña militar es la que imprime una fisonomía nueva y original al sistema del legislador de la Arabia, y á cuya influencia debieron las armas sarracenas sus rápidos triunfos, el mahometismo su asombrosa propagacion. En muchos pasages del Coran se declara la guerra á los infieles como el servicio más agradable á los ojos de Dios; los que mueren peleando por la fé son verdaderos mártires, y se les abren inmediatamente las puertas del Paraiso. «La espada es la llave del cielo y del infierno; y una sola gota de sangre derramada en defensa de la fé ó del territorio musulman es más acepta á Dios que el ayuno de dos meses. ¡Oh creyentes! no digais jamás de los que mueren en la pelea por la religion de Dios, que han muerto: ellos viven; pero vosotros no entendeis esto...... ¡Oh Profeta! Dios es tu apoyo, y los verdaderos creyentes que te siguen. Alentad los fieles á la guerra: si veinte de vosotros perseveran constantes, destruirán á doscientos; si ciento, ellos derrotarán á mil infieles. El soldado musulman cuando va á la guerra no debe pensar ni en su padre, ni en su madre, ni en su esposa, ni en sus hijos; debe apartar todos estos recuerdos de su corazon, y pensar solo en la guerra; porque si su espíritu desfallece, no solo pecará contra la ley, sino que la sangre de todo el pueblo caerá sobre él, porque su cobardía será la causa de que se derrame la sangre del pueblo.»

Cuando se llamaba á la guerra santa, todo buen musulman en estado de llevar armas estaba obligado á acudir sin escusa ni pretesto.

El Coran determina cómo se ha de distribuir el botin que se coge al enemigo. «Sabed que siempre que ganeis algun despojo, la quinta parte pertenece á Dios y al Apóstol, y á sus parientes, y á los huérfanos, á los pobres y á los peregrinos.» Estas palabras han sido de diversas maneras interpretadas. Abu Hanifa cree que la porcion destinada á Mahoma y sus parientes debió cesar desde la muerte del Profeta, y aplicarse á los peregrinos, huérfanos y pobres. Al-Shaafei opina qua la porcion llamada de Dios debe destinarse al tesoro y servir para hacer mezquitas, fortalezas y otras obras públicas. Cada intérprete del Coran lo entiende á su modo.—Cuando los musulmanes declaraban la guerra á los *infieles*, les daban á elegir entre estas tres cosas: ó abrazar el mahometismo, en cuyo caso cesaba la guerra: ó pagar un tributo, quedando entonces en libertad de seguir profesando su religion: ó decidir la contienda con la espada, en cuyo último caso los vencidos eran condenados á muerte, y sus hijos y mugeres hechos cautivos, si el príncipe no disponia de ellos de otro modo. Esto nos da la clave para juzgar la conducta de los árabes en Esprña.

Hemos dado una ligera idea del Coran en su parte dogmática, política, civil y militar. Este libro ha

sido ya juzgado por los filósofos y los historiadores. Reproduzcamos algunos de los juicios á que se conforma mas el nuestro. «El Coran, dice uno de ellos, es la obra de un presuntuoso, que cree resolver de lleno las más elevadas cuestiones sin ocuparse de las dificultades, y que de este modo constituye un teismo insípido y superficial..... Es estéril é incompleta la doctrina de su libro, y bien examinada no pasa de una compilacion sacada de los evangelios apócrifos, preferidos en aquella parte de la Arabia á los auténticos, y de la Cábala más bien que del Pentateuco. No queda por consiguiente más que su mérito poético.» «Para libro bajado del cielo, dice otro, es una obra bastante imperfecta; para código redactado por mano de un hombre, su esfera de accion es demasiado limitada. Producto de un cerebro acalorado por los fuegos del desierto, á los hijos del desierto se dirige la ley de Mahoma, divinizando sus sensuales apetitos y sus inflamables cóleras. Quitad el desierto que le ha inspirado, y el Coran no se comprende.»

Añadiremos, por último, que si el legislador de la Meca se hubiera propuesto solamente componer un libro para hacer un pueblo guerrero, conquistador, enérgico y valiente, hubiera sin duda acertado, porque al fanatismo que supo inspirar debió sus rápidas conquistas y la obstinada y tenaz resistencia que los conquistadores de España opusieron al valor y á la perseverancia de los cristianos. Mas como código re-



ligioso y social, llevaba en sí el principio de su muerte. Un fatalismo mortal pesaba sobre las acciones de los musulmanes. El despotismo no podia ser más absoluto. Sin gerarquías en el órden religioso como en el órden civil, todo está sujeto á la voluntad omnipotente de un hombre solo, á la vez monarca, pontífice, juez supremo y general de los ejércitos. Era un crímen variar la legislacion, porque la legislacion era dogma. Estaba prescrito el estacionamiento eterno. Todos los demás pueblos marchan con los tiempos, adquieren nuevas ideas, modifican con arreglo á ellas sus instituciones. El pueblo musulman permanece inmóvil: su religion le prohibe moverse: tiene que envejecer; tiene que morir como era en su infancia. Esta era la religion que traian nuestros conquistadores. Recuérdese la débil pintura que del cristianismo hicimos en el tomo II. de nuestra obra: cotéjese con el islamismo que acabamos de bosquejar, y júzguese si sufren comparacion, si la providencia podia permitir que de la religion pura del Crucificado en Jerusalen triunfara la moral lasciva del voluptuoso apóstol de la Arabia (1).

II. La conducta de los conquistadores de España habia sido en lo general conforme á las máximas y

(1) Las leyes y disposiciones que hemos citado las hemos tomado del mismo Coran. Trad. de Sale.—Id. de Du Ryer.—Gagnier, vida de Mahoma, trad. de Abulfeda. No hemos visto algunas rectificaciones que Hammer hace á Sale y á Sacy en sus Noticias sobre la religion musulmana.

preceptos del Coran. La política se lo hubiera aconsejado, aun cuando el deber no se lo hubiera impuesto: que era el pueblo español demasiado respetable, y ellos no muchos en número al principio para que les conviniese exasperarle. Pero política, ó deber religioso, ó todo junto, es lo cierto que á los cristianos que se les sometieron, que fueron los más, dejáronles el libre ejercicio de su religion y de sus ritos, y permitiéronles gobernarse por leyes y jueces propios, y conservar sus tierras y haciendas si bien afectas á un tributo, al tenor de las capitulaciones de Córdoba, de Toledo y demás ciudades sometidas. Así los sentidos lamentos, los quejidos elegíacos que con el nombre de *Llanto de España* copiamos en otro lugar de la Crónica del Rey Sábio (1), eran mas bien la espresion del justo dolor de ver una patria subyugada y una falsa religion enseñoreándose en ella, que la pintura exacta de la situacion y de los hechos: porque ni todos los templos fueron destruidos, ni todos los obispos y sacerdotes degollados, ni perecieron todos los fieles, ni todas las ciudades fueron arrasadas: antes quedaron ciudades y templos, y subsistieron fieles y sacerdotes, y monjes, y prelados, si bien en una dependencia lastimosa y humillante.

¿Cuál fué la suerte que corrieron estos cristianos mozárabes que vivian mezclados con los hijos de Is-

(1) Tom. II., lib. IV., cap. VIII. al final.

mael? A pesar de lo que ordenaba el libro del Profeta, la condicion de estos desgraciados estaba sujeta á la voluntad mas ó menos despótica y á los sentimientos mas ó menos generosos ó crueles de cada emir, y tambien á los caprichos ó á los arranques de intolerante celo del pueblo musulman. Abdelaziz que los habia considerado, bien por efecto de su condicion blanda y apacible, ó por agradar y complacer á su esposa Egilona la cristiana, infundió sospechas y dió celos á los ardientes ismaelitas, y le costó morir asesinado por los suyos. Ayub, que recorrió muchas provincias arreglando la administracion, hizo justicia por igual, dicen las historias, á musulmanes y cristianos. El-Horr, cuyo carácter duro y guerrero contrastaba tanto con el de Ayub, si bien exigió rigurosamente á los mozárabes los tributos á que estaban sujetos, no se mostró menos implacable con los mismos muslimes. Ambiza distribuyó tierras entre los árabes sin perjudicar á los cristianos. Yahia, que reunia el esfuerzo y pericia militar á un carácter severo y justiciero, favoreció á los cristianos contra las violencias de los musulmanes, pero excitó el descontento de estos y fué causa de su deposicion. Alhaitan, de génio duro, vengativo y cruel, irritado por las turbulencias de los alcaides, hizo pesar sobre los mahometanos un yugo de hierro, con el pretesto, verdadero ó falso, de proteger á los cristianos contra sus vejaciones. Mohamed ben Abdallah hizo entregar

á los mozárabes los templos que les pertenecian con arreglo á los pactos, mandando al propio tiempo arrasar los que las autoridades muslímicas habian permitido construir de nuevo, merced á las gruesas sumas que para otorgar su permiso arrancaban á los cristianos,

Pero las propias medidas y castigos que los emires más humanitarios y tolerantes se veian forzados á tomar é imponer contra las arbitrariedades y demasías, ó de otros emires, ó de los alcaides y walíes, relativamente á los pobres cristianos, ya en el ejercicio de su culto, ya en la posesion de sus bienes, ya en las exacciones de los tributos, prueban cuán angustiosa era la situacion de los infelices mozárabes, pendientes de la voluntad de un emir despótico, ó del fanatismo, de la codicia y de la rapacidad de un walí ó de un alcaide subalterno.

Notablemente mejoró su condicion cuando la España musulmana se emancipó del Califato de Damasco. El primer Ommiada, Abderrahman, no solo se mostró tolerante, sino que llevó su respeto y su justicia hasta crear en Córdoba un magistrado con el cargo y título de protector de los cristianos. Institucion benéfica, en demasía tal vez, puesto que tanto halago y contemporizacion pudo ser causa de que se entibiara en algunos el fervor religioso, y de que otros llegaran á apostatar, como lo hacen creer los matrimonios que ya comenzaban á celebrarse entre

cristianos y musulmanes, la guardia de tres mil mozárabes que creó para sí Alhakem I., y las sentidas quejas que emitieron luego los celosos escritores católicos Alvaro, Eulogio y Samson. A favor, pues, de esta tolerancia interesada y política, habia obispos que regentaban sus iglesias en Córdoba, en Málaga, en Baeza, en Guadix, en Elvira, en Ecija, en Martos, y en otras poblaciones, principalmente de la España Meridional y Oriental: los sacerdotes se presentaban en público con el trage de su profesion, con su barba rapada y su ropa talar; los monjes vivian tranquilos en sus claustros; las vírgenes consagradas á Dios eran respetadas en sus modestos asilos, con arreglo al mandamiento del Profeta: «respetad á los monjes y solitarios.» En la misma córte del imperio, en Córdoba, habia tres iglesias y tres monasterios: en la vecina sierra y á las márgenes del Guadalquivir se contaban hasta ocho monasterios y varias iglesias: y el pueblo á toque de campana concurria á los templos y asistia á los divinos oficios sin que nadie se atreviera á inquietarle (1).

¿Subsistirá este estado, no lisonjero, pero en alguna manera tolerable para el pueblo cristiano? Pronto soplará el vendabal de la persecucion que vendrá á turbar su efímero y mal seguro reposo. Pronto sobrevendrá una era de martirios, y sangre preciosa

(1) Isid. Pacens.—Eulogio, Samson, Alvaro Cordob.—Don Rodrigo, Moralés, Florez.

de fervorosos cristianos enrojecerá las calles y los campos de Córdoba. Pronto vendrán, pero no anticipemos siquiera estos infaustos tiempos.

Digno es de notarse cuán diferente comportamiento observaban los sarracenos en su lucha con los cristianos españoles y en sus guerras domésticas, intestinas y civiles. Al lado de las capitulaciones benignas con aquellos, estremece la ferocidad aterradora que desplegaban con sus propios correligionarios. Como si fuesen los sencillos partes de una victoria, eran enviadas al emir las cabezas cortadas de los walíes rebeldes, y hacíanlas servir despues ó para trasmitirlas al Califa cuidadosamente alcanforadas en cajas lujosas como un delicioso presente, ó para festonar con ellas las murallas de las ciudades. El primer Ommiada, aquel noble y generoso Abderrahman, que creaba una magistratura protectora de los cristianos, que erigia y dotaba escuelas y enseñaba á sus hijos á disputar en las academias literarias los premios del saber, que desahogaba su corazon en tiernas baladas y confiaba la ternura de sus sentimientos á las palmeras de sus jardines, tenia la cruel complacencia de hacer cortar la cabeza, pies y manos al cadáver de Alí Ben Mogheitz y de enviar á Cairwan sus mutilados miembros para exponerlos clavados en un madero en la plaza pública con un rótulo ignominioso. Apenas se concibe que el bondadoso, el humanitario Hixem, el que abrazaba llorando al hermano que acababa de



disputarle el trono, el que daba á su hijo consejos y preceptos que honrarian al mejor de los príncipes, recibiera como deleitosa ofrenda las cabezas de los vencidos caudillos que le remitia el walí Otman. Que aquellos mismos hombres que no podian resistir á las tiernas caricias de una esclava, y á los halagos de una *Redhya* ó de una *Zahira*, fueran los que ordenaban y presenciaban impasibles el acuchillamiento de un pueblo, los que degollaban en una sola noche á cuatrocientos nobles convidados á un banquete y saboreaban al dia siguiente el bárbaro placer de enseñar al pueblo sus cabezas destilando sangre, los que guarnecian las márgenes del Guadalquivir con una hilera de trescientos jeques empalados.

Si como españoles y como cristianos consultáramos solo el interés de nuestra patria y de nuestra religion, parece que debiéramos celebrar estos terribles holocaustos, puesto que sacrificadores y víctimas todos eran musulmanes, y todo redundaba en descrédito de sus creencias y en enflaquecimiento de su poder. Pero hay en el hombre un sentimiento que no puede ahogar el interés de la patria, y que le hace mirar con lástima y horror tan trágicas escenas. Este sentimiento es el de la humanidad. Que á lo menos nos sirva la memoria de tales sacrificios para compadecer á aquellos pueblos que como el mahometano están sujetos á los caprichos de un solo hombre, que resumiendo en sí todos los poderes y todas las sobe-

ranías, dispone á su antojo de las vidas de sus súbditos, sin que haya tribunal en lo humano que le impida reposar tranquilo sobre los mutilados troncos de sus víctimas: que tal era la índole y la organizacion del gobierno establecido por Mahoma.

¿Cómo se esplica esta mezcla de ferocidad y de ternura, de generosidad y de fiereza de nuestros dominadores? El árabe, impetuoso y ardiente como su corcél, violento en sus pasiones y en sus arranques, es generoso, galante y agradecido, pero vehemente en sus ódios, ciego en sus iras é implacable en sus venganzas. La venganza es para él un artículo de religion, se trasmite como una herencia, y se hace inextinguible. Además de ser por lo comun en todas partes y en todos tiempos las guerras civiles más crueles y sangrientas que las que se sostienen contra pueblos estraños, éranlo mucho más entre los musulmanes de España, en que los ódios y rivalidades de tribu, de raza y de familia comenzaron á mostrarse profundos y rencorosos desde Muza y Tarik, para proseguir sañosos entre árabes y africanos, entre Abassidas y Omeyas, entre Fehríes y Moawias, como despues habian de continuar entre Almoravides y Almohades, para perpetuarse por siglos hasta su mútua y comun destruccion. Pudo contribuir á tan ruda ferocidad la necesidod en que se veian de reprimir con el escarmiento y el terror la tendencia de los walíes y gobernadores y de los caudillos de las tribus á la in-

subordinacion, á la rebeldía y á la independencia, acompañadas las más veces de la traicion y la perfidia. Es lo cierto que hasta el fanatismo religioso desaparecia ante el ódio de razas, y que Yussuf, Ibnalarabi, Balhul y demás caudillos rebeldes, no escrupulizaban de invocar la ayuda de los príncipes cristianos, ni de acaudillar bandas y capitanear huestes de enemigos de su fé, á trueque de vengarse de sus propios emires, y estos por su parte tampoco dificultaban de hacer treguas y pactos con los monarcas católicos, reservando toda su ardiente ojeriza, toda la fogosidad de sus odiosos ímpetus para los díscolos muslimes, y unos y otros trataban con más saña á los enemigos de su estirpe ó de su tribu que á los enemigos de Mahoma y del Coran. Esta habia de ser una de las causas más poderosas de su perdicion. ¡Ojalá los cristianos hubieran sabido esplotar más en su provecho estos elementos de disolucion y de ruina!

III. Como del gobierno, de las leyes y de las costumbres de los conquistadores siempre se trasmite algo á los pueblos conquistados, cuando es larga y detenida su mansion en ellos, natural consecuencia de las relaciones sociales que entre los dos pueblos, por antipáticos que sean, se engendran siempre, y que vienen á reflejar y aun á formar parte de su fisonomía, de sus hábitos, de su vocabulario, y hasta de sus instituciones, no nos es posible desentendernos de hacer algunas observaciones sobre la índole y for-

ma del gobierno y administracion de los árabes en España.

Mientras la España muslímica estuvo sujeta á los califas de Damasco y á los walíes supremos de Africa, su gobierno no podia ser sino un reflejo del de Oriente, y participar de su misma organizacion y estructura. La necesidad obligó, no obstante, á los árabes españoles en más de una ocasion á apartarse de las formas legales y á proveerse á sí mismos de emir ó gefe que los gobernára, sin órden del Califa y aun sin su consejo. Así aconteció con los nombramientos de Ayub y de Yussuf el Fehrí, hechos en una asamblea de jeques ó sea de los principales y mas ancianos personages de cada tribu; y á una asamblea de este género se debió la eleccion de Abderrahman ben Moawiah, y la revolucion que produjo el establecimiento del imperio muslímico español independiente del de Damasco, con trono, gobierno y dinastía propia. Que así en los extremos casos proveen todos los pueblos á su conservacion, y los más avezados al despotismo practican como impulsados por una inspiracion secreta é instintiva el ejercicio de una soberanía que teóricamente no conocen.

Desde entonces comenzaron á introducirse en el imperio y córte de Córdoba empleos y cargas que no se habian conocido en el Oriente. El *mexuar*, ó consejo de estado, establecido por Abderrahman y al que consultaba en los casos árduos y negocios graves,



ejerció atribuciones supremas durante las discordias civiles, y siendo como el plantel de donde se sacaban los altos funcionarios del estado, habia de irse convirtiendo en una especie de institucion aristocrática. Elegíase de entre sus miembros el *hagib* ó primer ministro, al modo del gran visir de Oriente, cuyas facultades se estendian á todos los ramos de la administracion. Seguian los *catibes* ó secretarios. Un magistrado, que los romanos habrian nombrado censor, entendia en los delitos contra las costumbres públicas, y estaba investido de atribuciones terribles, y facultado hasta para imponer por sí la pena de muerte, dado que rara vez la decretáran é impusieran. Encomendada estaba la administracion de la justicia á los *cadíes*, á quienes presidia el *cadí de los cadíes* ó juez supremo, que residía en la capital: este era el que fallaba las causas en apelacion, y su autoridad era tan respetada, que el mismo califa ó emir tenia que comparecer ante él cuando era citado. Tenian bajo de sí los cadíes un funcionario subalterno llamado *alwacil* ó alguacil, encargado de prender los delincuentes y de ejecutar las sentencias criminales.

Tan sencilla como era la administracion de justicia, lo era tambien la económica. Ademas de la capitacion impuesta á los cristianos, cuya cuota solia variar segun las circunstancias y segun la condicion y carácter de arbitrarios gobernadores, habia dos clases de rentas del estado, el *azaque* y los derechos de aduana. El

azaque consistia en la décima de los frutos de la agricultura, ganadería, minería y comercio, Destinábanse estas rentas al mantenimiento del califa y de sus funcionarios, á los gastos de guerra, á la construccion y reparacion de obras públicas, á la dotacion de escuelas y maestros, y al rescate de cautivos y alivio y socorro de los muslimes desvalidos ó pobres. Los productos de aduanas se cree consistian tambien en la décima de las mercancías importadas y exportadas. Percibíanse por un administrador, almojarife, nombre y empleo que se conservó durante algunos siglos entre los cristianos, como se conservó en la corona de Aragon y otros puntos el de almotacen, ó fiel medidor, que entendia en todo lo relativo á pesos y medidas, calidad de los comestibles y policía urbana. Aplicábanse al fisco los bienes de los que morian sin herederos. Siendo tan sencillo el plan de los impuestos, no podia menos de ser igualmente sencilla y fácil la administracion. El valor de las rentas subió al paso que se fué fomentando la agricultura y el comercio, y desde Abderrahman I. hasta Abderrahman III. hubo un aumento desde trescientos mil dinares, hasta cinco millones cuatrocientos ocho mil. Conócese la importancia que los árabes daban á la estadística, pues desde los primeros gobernadores ó walíes, desde Alzama hasta que se declaró el reino independiente, hiciéronse ya varios censos y empadronamientos generales de España para la mas conveniente distri-



bucion de los impuestos. El recaudador general residia en la córte, y tenia sus subalternos en las provincias.

Estas fueron cinco, segun la division hecha por Yussuf el Fehrí, á saber: Andalucía, Toledo, Mérida, Zaragoza y Narbona. Al frente de cada una de ellas habia un *wali* ó gobernador. Abderrahman hizo una nueva division territorial, quedando repartida en seis provincias, á saber: Toledo, Mérida, Zaragoza, Valencia, Granada y Murcia. Narbona habia dejado de pertenecer á los árabes, y Córdoba era la capital del reino. Habia ademas otros doce *wasires* ó gobernadores subalternos en doce de las mas principales ciudades despues de las referidas. En las demas ciudades y fortalezas tenian establecidos *alcaides*, nombre que se ha conservado tambien en España aplicado á diferentes empleos. Creáronse los walíes ó comandantes de frontera para aquellas comarcas que estaban más espuestas á las invasiones ó acometidas de los cristianos.

Es digno de reparo que el sistema de sucesion al trono entre los árabes fuese tan semejante al que regia entonces la sociedad cristiana. Mixto de electivo y hereditario, el califa designaba de entre sus hijos el que preferia para que le sucediese en el imperio, y atendiendo mas, ó á las cualidades personales del hijo, ó al cariño y predileccion del padre que al órden de progenitura, á veces le asociaba á sí y com-

partia con él la gobernacion del estado, á veces solo cuando se sentia próximo á la muerte manifestaba su voluntad de que fuese reconocido *alhadi* ó futuro sucesor del reino. Convocaba para esto á los altos funcionarios del estado, cadíes, walíes y wazíres, y á los principales jeques de las tribus, y ante aquella asamblea de los más ilustres personages muslimes nombraba al que tenia designado por futuro emir y pedia su reconocimiento. Otorgábansele ordinariamente sin réplica ni oposicion los próceres musulmanes, y todos por su órden iban besando la mano al príncipe electo en señal de obediencia y fidelidad. A la muerte del califa se aclamaba solemnemente al príncipe jurado, se rezaba por él la *chothba* ó oracion pública en todas las *aljamas* ó mezquitas del imperio, y esta ceremonia se repetia al fallecimiento de cada emir. Apenas esta libertad de preferencia de los padres dejó de producir en cada sucesion quejas, pretensiones, rebeliones y guerras de parte de los hijos ó deudos que se creian injustamente postergados.

IV. Hemos indicado las principales leyes de la guerra prescritas en el Coran. Vistoso espectáculo deberia ser el de un campamento árabe en España. Al fin de cada jornada y al acercarse la noche hacia alto la hueste, y desplegaba sus tiendas y pabellones que con los bagages llevaban siempre consigo al uso de Oriente, conducidos en ligeros carros y acémilas, y en camellos, especie introducida por los árabes en

nuestra península, como antes los cartagineses habian importado los elefantes de Africa, que tanto estupor causaron al pronto á los españoles, y tanta parte tuvieron en el éxito de algunas batallas. Largas hileras de estacas servian para tener sujetos los caballos y mulos: los camellos acurrucados en grupos entreteníanse en rumiar: los guerreros se sentaban en derredor de las hogueras: las diversas formas y colores de los gorros y turbantes que distinguian á los berberiscos de los persas, á estos de los sirios, de los egipcios y de los árabes de todas razas, completaban la variada visualidad de aquel cuadro nocturno: que conservaron nuestros invasores por mucho tiempo en toda su originalidad y pureza, aunque los modificaron despues sin perder nunca el tinte oriental, los trages, colores y formas que diferenciaban á cada tribu, raza ó nacion. Allí al fulgor de las hogueras se contaban en su animada, pintoresca y expresiva lengua, sus antiguas hazañas ó sus azares del dia, y exornándolos con la poesía natural á sus fecundas imaginaciones, y ávidos de aventuras y de cuentos pasábanse hasta que el cansancio los rindiera, los unos relatando su historia, los otros escuchándola sin pestañar. Por la mañana plegábanse las tiendas, cargábanse los carros y los camellos, enfrenábanse los corceles, y se emprendia otra jornada. Los restos humeantes de las hogueras indicaban donde habia acampado el ejército musulman.

Hábiles para la sorpresa, y propensos á la guerra de montaña, más semejantes en esto á los españoles que á los demás pueblos que les habian precedido en la conquista, fuesen cartagineses, romanos ó godos, mil veces desde las fragosas y enmarañadas sierras de Ronda y de la Alpujarra, ó desde las asperezas del Pirineo, fatigaron los rebeldes sarracenos á los emires de Córdoba, ó tenian en jaque contínuo á los cristianos con sus correrías y súbitas invasiones á que daban el nombre de *algaras*, y á que se prestaba así la ligereza de sus caballos como la agilidad y destreza de los ginetes. Pero topáronse en España con gente que no les cedia en inclinacion, inteligencia y práctica de este linage de guerra. Y por otra parte la preferencia que los árabes daban á la caballería fué en las batallas campales una de las desventajas que tuvieron para luchar con la infantería española, y una de las causas más frecuentes de sus derrotas y descalabros.

Su marina militar tan escasa en los primeres tiempos de la conquista, que Yussuf el Fehrí hubo de suprimir por innecesario el cargo de almirante ó emir del mar, recibió desde el primer Abderrahman tal desarrollo y fomento que sus fuerzas navales no solo bastaban para poner la Península al abrigo de las contínuas irrupciones de los moros de Africa y de los francos de Aquitania, sino que derramándose sus naves por el Mediterráneo, las islas y las costas de España, de la Galia, y de Italia, no podian verse libres

de las contínuas agresiones de las flotas musulmanas, y los insulares de Córcega, de Cerdeña y de las Baleares se veian incesantemente acosados por atrevidos corsarios sarracenos que desde los puertos de España salian á devastar sus poblaciones marítimas y los obligaban á buscar un asilo en el corazon de las montañas.

Pero artistas y poetas los árabes, al propio tiempo de guerreros y piratas, los hemos visto batallar y fundar escuelas, degollar en las lides y disputar en los certámenes literarios, manejar el alfange y pulsar la lira, incendiar ciudades enemigas y erigir aljamas suntuosas, piratear en los mares y cultivar jardines, saquear poblaciones cristianas y construir palacios, acueductos y baños, adornar con cráneos humanos los lienzos de las murallas y cantar baladas amorosas en los artesonados salones de sus alcázares.

Espresiva y animada la lengua de los árabes, casi todos sus nombres personales significan alguna cualidad moral ó física. Los de las mugeres por lo comun son tomados ó de las gracias ó de las virtudes ó de bellos objetos del arte ó de la naturaleza; como *Redhiya*, dulce ó agradable; *Nocma*, graciosa; *Kinza*, tesoro; *Maliba*, bella; *Sobeiha*, aurora; *Zahira*, florida; *Naziha*, deliciosa; *Ommalisam*, la de los lindos collares; *Amina*, fiel: *Zaida*, dichosa; *Lobna*, blanca como la leche. De la misma manera los hombres gustaban de tomar un sobrenombre significativo, como *Al-*

Sherif, el ilustre; *Al-Admed*, el deseado; *Saddilz-Allah*, el testigo de Dios; *Al-Radhi*, el benigno; *Al-Mudhaffar*, el vencedor; *Al-Mostayn-billah*, el que implora el auxilio de Dios; *Abder-el-Rahman*, servidor del misericordioso; *Obeid-Allah*, humilde servidor de Dios, etc.

No usaban los árabes el nombre de familia; distinguíanse solo, como en otra parte hemos indicado ya, por el de su padre, que añadian al suyo con la palabra *ben* ó *ebn*, de que hicieron muchas veces *aven* los europeos. Al nombre del padre solian agregar los de muchos de sus abuelos. «Entre nosotros, decia Numan, en uno de sus diálogos, no encontrarias á nadie que no pudiese nombrar sus padres hasta la vigésima generacion, sin omitir un grado.» A estos nombres añadian el de la tribu. Así tenian los nombres de los árabes aquella longitud tan propia para fatigar la memoria. El emir Yussuf, de quien tantas veces llevamos hecha mencion, se nombraba *Yussuf ben Abderrahman ben Habib ben Abi Obeida ben Okba ben Nafte el Fehri*. El *Fehri* era el patronímico de la tribu de *Fehr*, como el *Gafequi*, el *Yemeni*, los de las tribus de *Gafek* ó del *Yemen*, y así de los demás.

Otras cualidades y costumbres de los árabes tendremos ocasion de ir observando en el curso de la historia. Prosigamos ahora nuestra interrumpida narracion.

CAPÍTULO XI.

ABDERRAHMAN II. Y MOHAMMED I. EN CÓRDOBA.

RAMIRO I. Y ORDOÑO I. EN OVIEDO.

DE 822 Á 866.

Excelentes prendas de Abderrahman II.—Rebelion y sumision estraña de su tio Abdallah.—Condado de Barcelona: Bera: Bernhard.—Segunda derrota del ejército franco en Roncesvalles.—Curioso episodio de la vida de Abderrahman.—Célebres insurrecciones de Mérida y Toledo.—Revueltas en la Marca de Gothia.—Cárlos el Calvo.—Ramiro I. de Astúrias, *el de la vara de la justicia.*—Supuesta batalla de Clavijo atribuida á este príncipe.—Guerras en la Marca de Gothia.—
—Terrible persecucion de los cristianos en Córdoba.—Martirios.—Causas que movieron esta persecucion.—Muerte de Abderrahman II.—Continúa la persecucion con su hijo Mohammed. San Eulogio: Alvaro: el abad Samson. Concilios en Córdoba. Apostasías.—Reinado de Ordoño I. en Astúrias.—Verdadera batalla de Clavijo.—Muza el Renegado.—Rebelion famosa del bandido Hafsûn.—Muerte de Ordoño I.

«Treinta y un años, tres meses y seis dias, dice con su acostumbrada minuciosidad la crónica arábiga, cumplia el hijo de Alhakem el mismo dia que fué enterrado su padre, é investido él de unos poderes que de hecho habia ejercido ya en el imperio. Era, añade, Abderrahman II. hermoso de rostro, alto de cuerpo, esbelto de talle, color trigueño y bien dis-



puesta barba, que se teñia con alheña. Apellidábasele ya *Almudhafar* ó vencedor feliz, por el valor con que habia vencido y domado los rebeldes de las fronteras y los enemigos que habitaban los montes y sierras, gente rústica y feroz. Era, prosigue, tan intrépido y duro en la guerra como humano y benigno en la paz: llamábasele el padre de los desvalidos y de los pobres: tenia además excelente ingenio y admirable erudicion, y hacia elegantes versos. Gustábale la ostentacion y la magnificencia, y aumentó su guardia con mil africanos, gente brillante y lucida.» Falta hacia á los árabes un príncipe de tan esclarecidas prendas para consolarse de las locuras de Alhakem (822).

Mas parecia ser estrella de la familia Ommiada que ninguno habia de subir al trono sin tener que luchar con algun pretendiente de la misma familia. Por tercera vez se presentó en campaña aspirando á hacer valer sus pretensiones aquel Abdallah á quien dejamos en Africa, dos veces vencido por Alhakem, «y en quien la nieve de las canas, dice la crónica, no habia apagado el fuego de su corazon.» Confiaba ahora en la ayuda de sus tres hijos, Cassim, Esfah y Obeidallah. Pero los hijos, ó menos ambiciosos ó menos confiados en sus fuerzas que el padre, lejos de prestarle ayuda y fomentar sus ilusiones, acudieron á persuadirle que se sometiera al legítimo emir, cuando este, despues de algunos combates, le tenia cercado en Valencia. La manera como se



decidió Abdallah á hacer su sumision retrata al vivo lo que era un verdadero creyente, un musulman fanático de aquellos tiempos.

Tenia preparada una salida con toda su gente. Era un jueves, víspera del dia festivo de los musulmanes. «Compañeros, les dijo, mañana, si Dios quiere (1), «haremos nuestra oracion de jhuma, y con la bendi-«cion de Allah partirémos el sábado, y pelearémos «si fuese su divina voluntad.» El viernes congregadas sus tropas delante de la mezquita de Bab Tadmir ó puerta de Murcia, dirigióles otra breve arenga, y alzando despues los ojos y las manos al cielo: «¡Dios «mio! exclamó, si tengo razon y es justa mi deman-«da, si mi derecho es mejor que el del nieto de mi «padre, ayúdame y dame la victoria; mas si su de-«recho al trono es más fundado que el de su tio, «bendícele, Señor, y no permitas las desgracias y «horrores de la guerra y discordia que hay entre «nosotros: apoya su poder y estado y ayúdale.»— «Así sea,» contestaron á una voz el ejército y mucha parte del pueblo que se hallaba presente, En aquel

(1) La fórmula «*si Dios quiere*» que usa todavía en España comunmente el pueblo, estaba espresamente prescrita para los mahometanos en el Coran. Dícese que tuvo el siguiente origen. Habiendo rogado algunos cristianos á Mahoma que les contase la historia de los siete durmientes, les respondió: «mañana os la contaré,» olvidándose de añadir, «si asi lo quiere Dios.» Reprendiéronle el olvido, y de sus resultas dicen que le fué revelado por Dios este verso que se añadió al Coran: «Nunca digas: mañana yo haré tal cosa, sin añadir: «*si Dios quiere*.» Los turcos siguen observando escrupulosamente esta máxima, y jamás ofrecen hacer cosa alguna, sin añadir: «Si Dios quiere.» *En seha Allah*.

momento, añade la crónica, sopló un viento frio y helado, estraño en aquel clima y estacion, que ocasionó á Abdallah un accidente repentino y le dejó sin habla, de modo que fué necesario concluir la oracion sin él. A los pocos dias desató Dios su lengua, y dijo Abdallah: «Dios ha declarado su voluntad, y no permita el Señor que yo intente cosa alguna contra ella.»

Al dia siguiente un venerable anciano musulman se apeaba á la entrada de la tienda de Abderrahman: un jóven llevaba asida la brida y otro sostenia el estribo de su lujoso palafren. Eran Abdallah y sus hijos que iban á hacer su sumision al emir instituido por Dios para gobierno del pueblo musulman. Abderrahman los recibió con los brazos abiertos, y generoso como su abuelo Hixem, concedió á Abdallah el gobierno y señorío de Tadmir, donde murió dos años despues.

Desembarazado Abderrahman de esta guerra, iba á licenciar sus tropas, cuando recibió noticia de una irrupcion que los condes de la Marca de España, habian hecho en tierras musulmanas de este lado del Segre. Retuvo pues las licencias á sus soldados, y marchó precipitadamente sobre la Gothia llevando de vanguardia al caudillo Abdelkerim. Cerca de veinte años hacia (desde 801) que gobernaba la ciudad y condado de Barcelona el godo Bera, cuando fué acusado de traicion por otro godo llamado Sunila ante

el emperador franco Luis, el cual le hizo comparecer en Aquisgran. Negó Bera los cargos de infidelidad que se le hacian, y apeló á un *juicio de Dios*, pidiendo que, pues el acusado y el acusador ambos eran godos, se tuviese el duelo al uso de su nacion. es decir, á caballo, al revés de los francos que en casos tales combatian á pié. Verificóse el combate, y vencido Bera, fué con arreglo á la ley de aquel tiempo, declarado culpable y condenado á muerte; pero Luis conmutó esta pena en la de destierro á Ruan. Con tal motivo, el emperador nombró conde de Barcelona en reemplazo de Bera á Bernhard, hijo del conde Guillermo de Tolosa, que era el que gobernaba ya á Barcelona cuando se aproximó Abderrahman. Cuentan las historias arábigas que aquella importante ciudad cayó esta vez en poder del emir, así como Urgel y otras poblaciones de la Marca, obligando á los cristianos á refugiarse á las fortalezas de los riscos y á las angosturas de los montes, despues de lo cual, dejando á los francos llenos de pavor, regresó á Córdoba. Dúdase no obstante que llegaran los árabes á posesionarse esta vez de Barcelona. Las crónicas cristianas no lo confirman, y la poca certeza que puede adquirirse de acontecimientos tan importantes como este prueba lo mucho que dejan que desear las crónicas de aquellos tiempos.

En la primavera del año siguiente vióse llegar á Córdoba unos personages griegos, llevando consigo

muchos y hermosos caballos con preciosos y elegantes jaeces, cuales nunca en España se habian visto. Eran enviados del emperador bizantino Miguel el Tartamudo, que venian á ofrecer á Abderrahman aquel obsequio á nombre de su señor, y á solicitar su alianza contra el enemigo comun de las dinastías de Bizancio y de Córdoba, Almamun, califa de Bagdad. Abderrahman los hospedó en su alcázar, y despues de haberlos agasajado, los despidió «con muy buena respuesta,» enviando en su compañía á Yahia ben Hakem, el Gazali, marino de gran mérito, tambien con caballos andaluces y espadas toledanas para el emperador.

Otra embajada, menos espléndida pero no menos interesante, recibió poco despues Abderrahman. Los vasco-navarros, que miraban, como hemos dicho, con mas antipatía á sus vecinos de raza germana, aunque cristianos, que á los mismos musulmanes, amenazados de otra invasion franca por los puertos de Roncesvalles y Roncal, iban á demandar auxilio á los árabes contra los enemigos traspirenáicos. De buena voluntad admitió Abderrahman la peticion, como admitia la alianza de aquellos montañeses. El temor de estos no era infundado. Al fin del año 823, los condes Eblo y Aznar, lugartenientes del rey de Aquitania, habian tenido órden de franquear los Pirineos en direccion de la Vasconia. Sin obstáculo atravesaron aquellos valles, y sin dificultad llegaron tambien á Pamplona. Cum-

plido su objeto (que el historiador no declara), los condes y su ejército emprendieron su regreso á Aquitania por el mismo camino. Aquellos valles parecia estar destinados para cementerio de guerreros francos. Reprodújose la tragedia de Carlo-Magno al cabo de cerca de medio siglo, y las cóncavas montañas de Roncesvalles volvieron á resonar con los alaridos de los francos moribundos. Oigamos como lo refieren unos y otros autores.

«Los nuestros (dice el Astrónomo, en la Vida de Ludovico Pio), esperimentaron de nuevo la perfidia acostumbrada del lugar, la astucia y el fraude innato de sus habitantes. Circuidos de todos lados por los naturales del pais, las tropas fueron deshechas, y los mismos condes cayeron en manos de los enemigos.» «Los walíes de la frontera (dicen las historias árabes) tuvieron este año sangrientas batallas con los cristianos de los montes de Afranc, y los vencieron con cruel matanza en los angostos valles de los montes de Albortah.... y cautivaron sus caudillos, que vinieron con muchos despojos á Córdoba.» «A su retirada (dicen las historias de Navarra) acometieron los navarros á los franceses segun su costumbre, y derrotaron todo el ejército, quedando la mayor parte con bagages y banderas en el campo de batalla. Los condes fueron hechos prisioneros. Aznar, que era vascon, y tenia parientes y amigos entre los navarros, recobró la libertad, bajo juramento de no hacer la guerra

contra Navarra: pero Eblo fué enviado con título de regalo á Abderrahman rey de Córdoba, cuya amistad y alianza necesitaban y solicitaban los navarros contra los franceses.»

Sufrieron, pues, los franco-aquitanios otra segunda derrota en Roncesvalles, que si acaso menos sangrienta que la primera, sirvióles de tan dura leccion y escarmiento que no volvieron mas á visitar aquellos funestos lugares. Del cotejo de las historias de las tres naciones infiérese que alguna parte del triunfo debió tocar á los sarracenos cono auxiliares, si bien la gloria principal fué de los vascones, y así lo confiesa el mismo Astrónomo biógrafo, que ciertamente en esto no podrá ser tachado de parcial (824).

Como un agradable alivio á la fatigosa narracion de tantas guerras se presenta aquí un corto episodio del reinado del segundo Abderrahman, que aprovechamos con gusto, porque al propio tiempo que nos informa de las ocupaciones pacíficas de los príncipes musulmanes, nos proporciona ir conociendo por los hechos el carácter galante y caballeresco de nuestros dominadores de Oriente. Oigamos á uno de sus historiadores. «En este tiempo (dice) mandó Abderrahman construir hermosas mezquitas en Córdoba, y en ellas puso fuentes de mármol y de varios jaspes, y trajo á la ciudad aguas dulces de los montes con encañades de plomo, y abrevaderos y grandes pilas para las caballerías. Edificó alcázares en las ciudades princi-





pales de España, reparó los caminos y construyó las ruzafas á orillas del rio de Córdoba: dotó las *madrisas* ó escuelas de muchas ciudades, y mantenia en la madrisa de la aljama de Córdoba trescientos niños huérfanos. Las horas que robaba á los negocios graves del estado, se entretenia con los sábios y buenos ingenios que habia en su córte, que eran muchos, y entre ellos estimaba y distinguia al célebre poeta Abdalá Aben Xamri, y Yahia ben Hakem, el Gazali, y como este sábio habia estado entre los cristianos de Afranc, y en Grecia en sus embajadas, gustaba mucho de conversar con él y de informarse de las costumbres de los reyes infieles, y de los pueblos y ciudades que habia visto. Habia hecho hagib al walí de Sidonia Aben Gamri, y con este sábio caudillo solia jugar al *scahtrang* ó ajedrez, que era uno de los más diestros jugadores que en aquel tiempo se celebraban, y competia con él Abderrahman á este juego con grandes apuestas de joyas muy preciosas. Era en estremo liberal y dadivoso, y gastaba mucho con sus esclavas, pagando sus gracias y sus mas cortos obsequios con joyas inestimables.

«Cuenta Ibrahim el Catib y otros, que un dia regaló á una niña esclava suya, muy linda y agraciada, un collar de oro, perlas y piedras preciosas, de valor de mil dinares, y como algunos wazires de su confianza que estaban presentes encareciesen tan sobresaliente dádiva, diciendo que aquel collar era joya

de las que ennoblecian el tesoro real y podian servir en un apuro ó vicisitud de fortuna, Abderrahman les dijo: «Me parece que os deslumbra el brillo del collar «y la estimacion imaginaria que dan los hombres á la «rareza de estas piedrezuelas y á la figura y lindeza «de sus perlas: ¿pero qué tienen que ver con la her-«mosura y gracia de la humana perla que Dios ha «criado? Su resplandor encanta los ojos de quien la «mira, arrebata y desmaya los corazones: las mas be-«llas perlas, los jacintos y esmeraldas mas preciosas «que ofrece la naturaleza en su especie, no deleitan «así los ojos ni los oidos, no tocan el corazon ni re-«crean el ánimo; y así me parece que Dios ha puesto «en mis manos estas cosas para que yo les dé su «propio destino, y sirvan de adorno y gargantilla á «esta graciosa muchacha.»

Refiriendo despues el rey á su poeta Abdalá ben Xamri la contienda que sobre el collar habia tenido con los wazires, uno y otro dedicaron á la linda esclava versos igualmente conceptuosos. «Guallah, dijo el rey al poeta (continúa el historiador), que tus versos son mas ingeniosos que los mios,» y mandó darle una *bidra* ó bolsa de diez mil adharames que repartió entre sus amigos presentes.

¿Pero de dónde sacaba Abderrahman para tantas larguezas, para tantos dispendios y tan locas prodigalidades? De donde comunmente lo sacan los príncipes, del pueblo. El que mucho daba, mucho tenia

que pedir. Los impuestos se habian aumentado, el *azaque* ó diezmo, limitado al principio á los frutos de la tierra y de los ganados, se habia estendido á infinitos otros artículos. El pueblo murmuraba: cristianos, musulmanes y judíos, á todos desazonaba igualmente que á su costa estuviera el emir ganando fama de espléndido y dadivoso: el descontento era general: y en Mérida principalmente, ciudad populosa y considerable, se notaban muchas disposiciones á la revolucion. No se ocultaba este estado de los ánimos al emperador Luis el Benigno, y calculando en su política la utilidad que podria sacar de esta situacion de los ánimos, y poco escrupuloso en los medios, arrojó una tea incendiaria en el corazon de la España árabe, escribiendo á los meridanos y excitándolos á revolucionarse contra su emir (1).

(1) Hé aquí las frases más notables de este estraño documento imperial.

«En el nombre del Señor Dios «y de nuestro Salvador Jesucristo, «Luis, por ordenacion de la divina «Providencia emperador augusto, «á todos los primados, y á todo el «pueblo de Mérida, salud en el Se«ñor.—Hemos sido informados de «vuestra tribulacion y de las veja«ciones que sufrís de parte de «vuestro rey Abderrahman, cuya «avaricia os trae oprimidos. Lo «mismo hacia su padre Abolaz (Al«hakem), el cual os sobrecargaba «de impuestos que no debiais pa«gar, convirtiendo así á los ami«gos en enemigos, á los servidores «leales en rebeldes..... Pero sabe«mos que vosotros, como hombres «de corazon, habeis rechazado «siempre con vigor las injusticias «de vuestros inicuos reyes, y re«sistido valerosamente á su codi«cia y avidez. Por tanto nos com«placemos en dirigiros esta carta «para consolaros y exhortaros á «perseverar en defender vuestra «libertad contra los ataques de «vuestro tirano monarca, y á re«sistir con fortaleza, como hasta «aquí habeis sabido hacerlo, á su «dureza y crueldad. Y como este «mismo rey es tan adversario y «enemigo nuestro como vuestro, «os proponemos combatir de con«cierto contra él. Nuestra intencion

Pero mientras Luis suscitaba enemigos interiores á Abderrahman, éste por su parte ganaba tambien auxiliares y aliados entre los súbditos del emperador, y una revolucion estallaba en la Marca española. Un godo llamado Aizon, fugado del palacio del emperador, se puso en la Marca de Gothia á la cabeza de un partido numeroso que deberia tener ya preparado, y se hizo pronto dueño de Ausona (Vich), destruyó á Rosas, y para robustecer más su partido despachó á un hermano suyo á Córdoba á solicitar socorros de Abderrahman, el cual le facilitó de buen grado un ejército, cuyo mando confirió á Obeidalá, el hermano de Esfah y de Cassim. Con esta noticia Vil-Mund, hijo de Bera, el antiguo gobernador de Barcelona desterrado á Ruan, no quiso desaprovechar la coyuntura de vengarse de los enemigos de su padre, y se incorporó á los sublevados de Aizon (826).

Todo esto fué noticiado á Luis en ocasion de hallarse en la dieta de Seltz, del otro lado del Rhin, sin

«es en el próximo estío, con la «ayuda de Dios Todopoderoso, en«viar un ejército á nuestra Marca, «y tenerle allí á vuestra disposi«cion. Si Abderrahman y sus tro«pas hacen la tentativa de marchar «contra vosotros, nuestro ejército «lo impedirá atrayéndolos á sí, y «nada podrán contra vosotros sus «fuerzas. Os aseguramos además, «que si quereis separaros de Ab«derrahman y veniros á nosotros, «os volveremos vuestra antigua li«bertad íntegra y plena y os man«tendremos libre de todo tributo. «Vosotros mismos elegireis la ley «bajo la cual querais vivir, y nos«otros no os trataremos sino como «amigos y asociados, honrosamente «confederados para la defensa de «nuestro imperio. Os deseamos sa«lud en nuestro Señor.»—Eginhard, in Vit. Ludov.—El español Ferreras en su Sinopsis histórica de España, tom. IV., pág. 170 habla de esta carta como dirigida á los de Zaragoza, no á los de Mérida, y en aquella ciudad supone equivocadamente el alboroto de que hablaremos despues.



que al pronto tomára otra medida que pedir parecer á su consejo. Pero mientras el consejo daba su dictámen, los rebeldes y los árabes reunidos avanzaban por la Cerdaña, encerraban al conde Bernhard en las plazas fuertes de Barcelona y Gerona, y talaban y destruian campiñas y fortalezas, y engrosaban sus filas con los montañeses descontentos de los francos. Al fin un respetable ejército imperial se dirigió á la Marca al mando del jóven hijo del emperador, Pepino rey de Aquitania, y de los condes Hugo y Matfried. Pero este grande ejército no halló ocasion de medir sus armas con las huestes del rebelde Aizon y del árabe Abu Meruan, que reunidas recorrieron los campos de Barcelona y Gerona, y sin que nadie las hostilizára se volvieron á pequeñas marchas á Zaragoza. Afrentosa fué esta campaña para los leudes francos, á quienes la asamblea celebrada el año siguiente en Aquisgran, castigó con la privacion de sus empleos. «Pequeña pena, añade un historiador francés, para el crímen de no haber peleado en unas circunstancias en que parecia prescribirlo las leyes militares de todos los paises y de todos los tiempos.»

Hablábase entretanto de una grande expedicion que Abderrahman preparaba contra la Aquitania, y en otra segunda asamblea de Aquisgran se decidió que marchase un fuerte ejército á los Pirineos bajo la conducta de los hijos del emperador, Lotario y Pepino. Ya los dos príncipes se hallaban en Lyon dispues-

tos á emprender su marcha, y las tropas de Abderrahman iban á salir para las fronteras de Afranc, cuando un impensado incidente vino á llamar la atencion hácia otra parte y á dar otro giro á los negocios (1).

Las imprudentes prodigalidades de Abderrahman tenian, como dijimos, irritado al pueblo musulman, los tributos eran excesivos, el rigor de los recaudadores del diezmo acabó de encender el ya preparado combustible, y la revolucion que amenazaba en Mérida habia estallado. Figuraba á su cabeza Mohammed Abdelgebir, antiguo wazir de Alhakem, destituido por Abderrahman. El pueblo amotinado acometió las casas de los vazires, las saqueó, y degolló algunos de ellos: el walí pudo salvarse huyendo de la ciudad. Mohammed y otros gefes de la sedicion repartieron armas, vestuarios y dinero á la plebe, sin distincion de creencias, y se prepararon á sostener su tumultuario gobierno. Esto fué lo que detuvo la salida de Abderrahman á las fronteras de Aquitania. Con la mayor presteza dispuso que pasasen las tropas de Algarbe y de Toledo, mandadas por el walí Abdelrûf, á sofocar la rebelion. Mérida no estaba para ser tomada fácilmente. Más de cuarenta mil hombres armados recorrian sus calles. A falta de provisiones para tanta gente, pagábanlo las casas de los mercaderes y los ricos, de cuyos almacenes se apoderaban como de legítimo

(1) Eginhard, Vit. Ludov.—Astron., Anon.—Annal. Fuld.—Conde, part. II., cap. 39.



botin: achaque ordinario en las revueltas populares. En tan crítica situacion los buenos muslimes, dice la crónica, los hombres juiciosos y acomodados, entablaron inteligencias con Abdelrûf, y conviniéronse en entregarle la ciudad. Así sucedió. Dada una noche por los de dentro la señal convenida, abriéronse las puertas, y entraron sin dificultad las tropas. Grande fué la sorpresa de los sublevados: todos corrian inciertos; muchos dejaban las armas aturdidos; la caballería del emir recorria las calles persiguiendo la chusma; como unos setecientos del pueblo fueron acuchillados; los caudillos de la rebelion se salvaron en la confusion y entre el tropel de los fugitivos; muchos huyeron á los campos, y Mohammed se refugió á Galicia. Sosegó Abdelrûf los ánimos de los vecinos pacíficos, avisó al emir del allanamiento de la ciudad, y á los pocos dias un indulto general de Abderrahman acabó de disipar el temor del castigo que á muchos inquietaba (828).

No bien sosegado el alboroto de Mérida, otro no menos imponente y grave estalló en Toledo. Movióle Hixem el Atiki, rico jóven de la ciudad, por solo el deseo de vengarse del vazzir Aben Mafot ben Ibrahim. Habia Hixem derramado mucho dinero entre la gente pobre, y ganado los berberiscos de la guardia del alcázar. Con esto penetraron en él los tumultuados, apoderáronse de los ministros, arrastráronlos por las calles, «y toda la ciudad (dice un escritor árabe, gran reprobador de estas revueltas) se alegró

de ver arrastrados por la plebe los ministros de su opresion.» Fortuna del walí fué hallarse en aquella sazon en el campo: avisado de la insurreccion se retiró á Calat-Rahba (Calatrava), y comunicó la novedad al emír. Inmediatamente salió su hijo Omeya con parte de la caballería de su guardia y órden de reunirse al walí para castigar los rebeldes de Toledo. Pero Hixem con gran actividad repartió armas, distribuyó banderas, y viéndose al frente de una muchedumbre resuelta y armada, se atrevió á salir con la gente mas osada y escogida á buscar las huestes del emir. Algunos ventajosos encuentros con las tropas de Omeya y de Aben Mafot, dieron gran confianza y orgullo al jóven Hixem. Fué ya preciso que Abdelrûf pasára desde Mérida con todas las fuerzas disponibles.

Aun así trascurrieron tres años sin que los tres generales de Abderrahman lográran ventaja de consideracion sobre los rebeldes de Toledo: hasta que en 832 pudo Omeya hacerlos caer en una celada, orillas del Alberche, causándoles gran matanza y obligando á los que quedaron con vida á refugiarse en la ciudad. Todavía al abrigo de sus fortificaciones hallaron recursos para persistir en la rebelion: y no se rindió todavía Toledo.

En tal estado reprodújose otra vez la revolucion de Mérida. Ausente Abdelrûf y poco guarnecida la ciudad, introdújose en ella el mismo Mohammed, gefe del anterior motin, con todos los bandidos y

malhechores que habia estado capitaneando en tierras de Alisbona (Lisboa). Saqueó de nuevo los almacenes, armó y vistió la gente menuda, y se repitieron los excesos pasados. Esta vez acudió el mismo Abderrahman con toda la caballería de su guardia. Hecho alarde de sus huestes en Ain Coboxi (la fuente de los carneros), contáronse cuarenta mil hombres y ciento veinte banderas. Circuida Mérida de antiguos muros romanos, habia sido flanqueada de torres despues de la conquista. Hizo Abderrahman minar algunas de ellas; anchas brechas le facilitaban poder entrar en la plaza; pero queriendo evitar la efusion de sangre y dar á conocer sus humanitarias disposiciones á los meridanos, hizo arrojar dentro de la ciudad flechas con papeles escritos, en que ofrecia general perdon á los que se le entregasen, esceptuando solo á los gefes de la sublevacion, que señalaba con sus nombres. Algunos de estos billetes fueron á parar á manos de los esceptuados. Pero era imposible ya toda defensa, y Mohammed y sus cómplices huyeron, entregándose la ciudad á merced y discrecion del emir.

Magnánima y generosamente se condujo Abderrahman. Disculpándosele los principales meridanos de no haber podido prender á los caudillos rebeldes, cuentan que les dijo: «Doy gracias á Dios de que en «este dia de complacencia me haya librado del dis«gusto de hacerlos degollar: tal vez Dios abrirá los «ojos de sus entendimientos, y volverán de su locura;

«y si no lo hacen, Dios me dará poder para estorbar «que perturben la tranquilidad de mis pueblos.» Dignos y nobles sentimientos que representan á Abderrahman II. como heredero de las virtudes de su abuelo, y como el reverso de la barbarie y crueldad de su padre. En los pocos dias que permaneció en Mérida, hizo reparar las fortificaciones destruidas, empleando en estas obras á los pobres de la ciudad.

Continuaba entretanto el sitio de Toledo. Al fin, despues de seis años de una resistencia porfiada, estrechados y reducidos á lo alto de la ciudad, y acosados del hambre, tuvieron que rendirse. Hixem cayó herido én manos de Abdelrûf, que le hizo cortar instantáneamente la cabeza, y colgarla de un garfio sobre la puerta de Bab-Sagra (1). El generoso Abderrahman mandó publicar luego un indulto general para todos los ciudadanos. Nombró á Aben Mafot vazzir de su consejo de estado, y á Abdelrûf walí de la ciudad. Dedicóse éste á reparar los maltratados muros, estableció una buena policía en la ciudad, y separó los cuarteles por medio de puertas para mayor seguridad de los vecinos (838). Así terminaron

(1) «Ahora se llama Bisagra, dice Conde, depravada la voz arábiga *Bab*, puerta, y la latina *Sacra*, que fué su nombre antiguo.» Hay dos puertas en Toledo con el nombre de *Visagra*, la una antigua, tapiada ya, y la otra nueva, que es la principal de la ciudad, así por su construccion, como por ser la que dá salida al camino de Madrid. Algunos quieren derivar el nombre de *Visagra* del *Via sacra* de los romanos, pero construida la puerta nueva por los ára-

las dos famosas rebeliones de Mérida y de Toledo (1).

Pudo ya Abderrahman atender á la Marca Gótica, cuya situacion no podia ser más propicia para el progreso de las armas agarenas. Intrigas y discordias domésticas traian agitado el imperio franco-germano, y Bernhard, el conde de Barcelona, mezclado en ellas de lleno, habia corrido diferentes vicisitudes. Sus intimidades con la segunda muger del emperador Luis, llamada Judith, fueron causa de que el pueblo atribuyera á ellas el nacimiento de un hijo (en 823), el que despues habia de ser emperador y rey bajo el nombre de Cárlos el Calvo. A pesar de estos rumores, constituido Luis en padrino y protector decidido de Bernhard, le llamó en 829 á su palacio, y le nombró su camarero, conservándole el gobierno de la Gothia, que comprendia la Septimania y condado de Barcelona. Mal recibido el conde por los otros hijos del emperador, huyó en 830 del palacio imperial por sustraerse á su encono. Quedóle por único asilo la ciudad de Barcelona. Nuevas acusaciones le obligaron á comparecer en 832 ante la córte del imperio, y

bes no es de creer que estos adoptáran un nombre latino. Acaso ellos la nombráran *Bab-Sahra*, Puerta del Campo, y los cristianos corromperian despues la pronunciacion.

(1) Conde, del cap. 41 al 44, part. II.—Aquel Mohammed Aidelgebir, cabeza y gefe de los dos motines de Mérida, es el mismo de quien dijimos en el cap. IX. haberse acogido á la benignidad de Alfonso de Asturias, el Casto, el mismo á quien este monarca dió tierras cerca de Lugo, el que despues le correspondió con tanta ingratitud y perfidia.—Los meridanos no vieron resultado alguno de la famosa carta del emperador franco: los auxilios, ni los dió, ni estaba muy en disposicion de darlos.

aunque se juramentó en descargo, fué destituido del condado de Barcelona, que se confirió á Berenguer, hijo del conde Hunrico. Mas habiendo muerto éste en 836, Bernhard, que habia recobrado gran ascendiento y favor en la córte de Luis, fué segunda vez nombrado conde de Barcelona y de la Septimania, con más ámplios poderes que antes.

Hallábanse así las cosas en 838, cuando el diestro Abderrahman, desembarazado de revueltas intestinas y alentado con las que trabajaban los dominios francos, ordenó al walí de Zaragoza que allegando las banderas de la España Oriental corriese las tierras de la Marca. Enfermo y casi moribundo el emperador Luis, disputándose sus hijos la herencia del imperio como una presa, bullendo en la misma Gothia las facciones y los partidos, pudieron Obeidalah, Abdelkerin y Muza hacer por espacio de dos años devastadoras incursiones por aquellas tierras con grande espanto de los cristianos de la Gothia. No se limitaron á esto las atrevidas hostilidades de los sarracenos. Vióse salir de Tarragona una expedicion marítima, que unida á otras naves sarracenas de Yebisar y Mayoricas (Ibiza y Mallorca), se dirigió á las costas de la Provenza, y llegó á saquear la comarca y arrabales de Marsella, retirándose con no escasas riquezas y gran número de cautivos.

Al paso que el imperio de Carlo-Magno se debilitaba, crecia en importancia el hispano-sarraceno.



Otra vez vinieron á Córdoba legados de Constantinopla enviados por el emperador Teófilo, á solicitar los auxilios de Abderrahman contra el califa abassida de Oriente Almoatesim. Recibiólos el emir honoríficamente y los despidió con regalos, ofreciendo al emperador que le ayudaria tan pronto como las guerras que entonces le ocupaban se lo permitiesen. Falleció en esto en Alemania el emperador Luis el Benigno (840), y á su muerte sufrió el imperio franco-germano una nueva recomposicion, que habia de envolverle en mayores turbulencias, y habia de influir grandemente en los sucesos futuros de España [1]. Por el contrario el pequeño reino de Asturias habíase ido afirmando y engrandeciendo bajo la robusta mano del segundo Alfonso, cuyos postreros hechos dejamos en otro lugar referidos.

Muerto sin sucesion en 842 Alfonso el Casto, el sobrio, el pío, el inmaculado, como le nombra el cronis-

(1) Algun tiempo antes de morir habia hecho Luis el Benigno dos partes iguales de sus estados, dejando á su hijo mayor Lotario la parte que quisiera elegir para sí. Lotario tomó la primera, que comprendia la Francia Oriental, el reino de Italia, algunos condados de Borgoña, el reino de Austrasia, y la Germania, á excepcion de la Baviera, que dejaba á Luis su tercer hijo. La segunda abarcaba el reino de Neustria, la Aquitania, siete condados de Borgoña, la Provenza y la Septimanía con sus Marcas. Este estenso reino fué dado por la voluntad espresa del emperador á Cárlos el Calvo, el mismo que hemos dicho pasaba en el concepto público por hijo adulterino de la emperatriz Judith y del conde Bernhard, pero tiernamente amado no obstante esto por Luis. El Languedoc y una parte de Cataluña subsistian bajo el dominio del jóven Cárlos. Los hijos de Pepino, rey de Aquitania, quedaban excluidos de la sucesion de los estados de su padre en esta nueva particion del grande imperio de Carlo-Magno, lo cual fué más adelante un manantial de turbulencias y discordias en la Galia Meridional y paises contiguos.

ta de Salamanca, los grandes y prelados del reino, de acuerdo en esto con los deseos del último monarca, nombraron para sucederle á Ramiro, hijo de Bermudo el Diácono. Mas como se hallase á la sazon en Bardulia (Castilla), donde habia ido á tomar por esposa la hija de un noble castellano, aprovechóse en su ausencia un conde palatino llamado Nepociano, pariente de Alfonso, para hacerse aclamar rey de Oviedo por sus parciales. Informado de ello Ramiro, encaminóse derechamente á Galicia, donde sin duda contaba con más partidarios que en Asturias, y reuniendo en Lugo una numerosa hueste partió resueltamente en busca de su rival, á quien miraba como á un usurpador. Encontráronse los dos competidores cerca del rio Narcea. Batido Nepociano, y abandonado de los suyos, huyó hácia Pravia y Cornellana, pero alcanzado por dos condes de la parcialidad de Ramiro, fué entregado á éste, el cual le hizo sacar los ojos y le condenó á reclusion perpétua en un monasterio. Así subió al trono de Asturias el hijo de Bermudo el Diácono (1).

Conócese que el pequeño reino asturiano comenzaba tambien á ser codiciado y combatido de pretendientes como el imperio árabe. Otros dos nobles, Aldroito, conde del palacio como Nepociano, y Piniolo, uno de los próceres de Asturias, conspiraron más ade-

(1) Solo el monje de Albelda da lugar á Nepociano en el catálogo de los reyes de Asturias. Nadie le ha seguido, como tampoco á Pellicer y Mondéjar en las genealogías que tejen de los dos Bermudos que suponen.

lante unos tras otro contra el monarca legítimo. Ambos fueron desgraciados en sus tentativas, y Aldroito sufrió la horrible pena de ceguera, prescrita en las resucitadas leyes godas, y Piniolo fué condenado á muerte con sus siete hijos: ¡severidad terrible la del nuevo monarca! Bien que Ramiro era inexorable y duro en el castigo de toda clase de delitos. A los ladrones haciales tambien sacar los ojos, con lo que purgó de salteadores sus estados, y á los agoreros y magos los hacia quemar vivos: ¡espantosa crudeza la de aquellos tiempos! Este rigor hizo que los cronistas de aquella edad le llamáran *el de la vara de la justicia*.

Una tentativa de invasion de gente estraña, desconocida hasta entonces en nuestra península, vino á poner á prueba la actividad y el valor bélico de Ramiro. Los Normandos (*North-menn*, hombres del Norte), esos piratas emprendedores y audaces, especie de retaguardia de los bárbaros del Septentrion, que desde el fondo del Jutland y del mar Báltico, desde Dinamarca y Noruega habian salido á fines del siglo VIII. como á reclamar para sí una parte de los despojos del mundo, lanzándose atrevidamente á los mares en frágiles barcos sin más equipaje que sus armas para arrojarse sobre las costas occidentales de Europa, saquearlas y volver á engolfarse cargados de botin en las olas del Océano: esos aventureros impertérritos, ejército regimentado de piratas á las

órdenes de un gefe, que caian de improviso sobre las poblaciones de las costas, ó se remontaban con asombrosa rapidez por las embocaduras de los rios, para devastar tierras, degollar habitantes, hacer cautivos, y derramar sangre humana sin perdonar sexo ni edad: esos terribles facciosos de los mares que tan funestamente se habian hecho conocer en la Inglaterra y en la Galia, aparecen por primera vez en la costa de Asturias con gran número de naves en el principio del reinado de Ramiro. Hacen su primera tentativa de desembarco en Gijon (843): pero ante las fortificaciones de la ciudad, y ante la actitud enérgica de los asturianos, desisten de la empresa, pasan adelante y van á desembarcar en el puerto Brigantino (Coruña).

Ramiro no se ha descuidado; un ejército cristiano cae intrépidamente sobre aquellos salteadores; muchos murieron; varias de sus naves fueron incendiadas y viéronse forzados á abandonar aquellas costas fatales, y á tentar mejor fortuna en las de Lusitania y Andalucía. Allá van escarmentados por Ramiro el cristiano, á inquietar las poblaciones musulmanas, remontando el Guadalquivir hasta Sevilla, á continuar su obra de saqueo y de pillage, á pelear con las huestes de Abderrahman, hasta que son obligados á retroceder por los Algarbes, donde repiten los mismos estragos, y por último acometidos por los guerreros de Mérida, de Santarén y de Coimbra reunidos, desapa-



recen de aquellos mares (844). Honra fué del monarca de Asturias haber sabido guardar sus pequeños dominios de aquellos terribles invasores que habian logrado fijar su destructura planta en grandes y poderosos estados [1].

Con la misma intrepidez peleó Ramiro con los árabes, venciéndolos en dos batallas [2]: sin que otra cosa añadan las antiguas crónicas. Por lo mismo, y por no apoyarse en fundamento alguno racional histórico, ha rechazado ya la sana crítica la famosa victoria de Clavijo que historiadores posteriores atribuyeron á este príncipe, y que ha constituido por siglos enteros una de las más generalizadas y populares tradiciones españolas [3].

(1) Salmantic. Chron.—Id. Silens.—Conde, cap. 44.—Ann. Bertin.—Des Roches, Hist. de Dinam.

(2) *Adversus sarracenos bis præliavit et victor extitit.* Seb. Salm. Chron.

(3) Hé aquí en sustancia lo que cuenta de esta batalla el arzobispo don Rodrigo, verdadero autor de la leyenda. Indignado el rey Ramiro de que Abderrahman de Córdoba le hubiera reclamado el tributo de las cien doncellas, á que suponen hallarse sujeto Mauregato, convocó en Leon a los prelados y abades, á los próceres y varones ilustres del reino, y con su consejo declaró la guerra á Abderrahman. Marchó el ejército cristiano contra los moros, dirigiéndose á la Rioja. Hallándose hácia Albelda, junto á Logroño, se vieron acometidos los cristianos por un ejército numerosísimo de moros, no solo de España, sino de Marruecos y de otros paises de Africa. La batalla fué desgraciadísima para los nuestros, los cuales se retiraron á llorar su infortunio al vecino cerro de Clavijo. A pesar de la derrota y la tristeza el rey se durmió, y entonces se le apareció en sueños el apóstol Santiago, el cual le habló amistosamente y le alentó á que volviera al dia siguiente á la pelea, seguro de que quedaria vencedor, pues él mismo combatiria á la cabeza del ejército cristiano. Atónito el rey, comunicó esta aparicion al amanecer á los grandes y prelados y al ejército mismo, y todos locos de alegría no ansiaban ya sino el momento de entrar en combate bajo la direccion de tan ilustre capitan. Recibieron antes los Santos Sacramentos; llegó la hora de la lid, y exclamando: *¡Santiago! ¡Santiago! Cierra España* (costumbre que quedó desde entonces al entrar en las batallas), comenzó la pelea, y con el socorro

No menos piadoso y devoto Ramiro que sus predecesores, erigió cerca de Oviedo varios templos, que aun subsisten hoy, notables ya no solo por su admirable solidez, sino tambien por cierta regular proporcion y belleza de arquitectura, que todavía merece los elogios de los distinguidos artistas que visitan aquellos célebres lugares, y que justifica las alabanzas que se leen en el cronista Salmantino. Es notable entre aquellos el que con la advocacion de Santa María edificó á la falda del monte llamado Naranco, á menos de media legua de Oviedo. Sin otros hechos importantes

visible del Apóstol, que se apareció en los aires caballero en un blanco corcél y vestido él mismo de blanco, con espada en mano, fué tal el estrago que hicieron en los infieles, que quedaron en el campo más de sesenta mil moros, sin contar los que acuchillaron persiguiéndolos hasta Calahorra.

Mariana, que acogió sin exámen ni crítica todo lo que halló en don Rodrigo, añadió por su cuenta no pocas circunstancias á la batalla, entre las cuales no podian faltar las arengas de costumbre.

Ni el monje de Albelda, ni el de Silos, ni Sebastian de Salamanca, ni ninguno de los antiguos cronistas dicen una sola palabra de un suceso que, á ser cierto, no le hubieran omitido en verdad. El primero que le mencionó fué el citado arzobispo que escribió cuatro siglos despues.

Sobre esto se fundó, ó acaso fué él mismo el fundamento de la fábula, el celebre privilegio ó diploma de don Ramiro, llamado del *Voto de Santiago*, por el que se supone haber hecho la nacion española voto general y perpétuo de pagar anualmente á la iglesia de Santiago cierta medida de los primeros y mejores frutos de la tierra, y de aplicar al Santo Apóstol una parte de todo el botin que se cogiese en las expadiciones contra los moros, contándole como el primer soldado de caballería del ejército cristiano, cuya percepcion continuó realizándose hasta tiempos muy recientes. La falsedad de este pretendido documento ha sido tambien evidenciada por muchos sábios y críticos españoles de los tres últimos siglos, entre los cuales podemos citar al maestro José Perez, *Dissertationes eclesiasticæ*, tit. *Diploma celeberrimun de Voto*, al canónigo de Lugo, don Joaquin Antonio del Camino, en su Disertacion impresa en el tom. IV. de las Memorias de la Real Academía de la Historia, al duque de Arcos, en su *Memorial* á Cárlos III. Don Lázaro Gonzalez de Acebedo en otro *Memorial* al duque del Infantado; Ortiz, *Discurso Histórico-legal sobre el pretendido diploma del Voto de Santiago:* y pueden verse tambien, Florez, España Sagrada, tom. XIX., Ferreras, Sinop-

que las crónicas hayan consignado, terminó el honroso reinado del primer Ramiro en 850. Sus restos mortales fueron sepultados en el panteon de los reyes erigido por Alfonso el Casto, y su muerte no alteró la especie de armisticio tácito que habia entonces entre los sarracenos y los cristianos de Galicia.

No era por el Norte, sino por el Oriente de España, por donde ardia entonces vivamente la guerra. Los hijos de Pepino, resentidos de la exclusion á que se los habia condenado en la particion del imperio, se conjuraron en la Septimania contra Cárlos el Calvo,

sis, tomo IV. Masdeu, Historia Crítica, tomo XII. Sabau, en las notas á Mariana, lib. VII., cap. 13, y las razones que se expusieron en las Córtes de Cádiz de 1812, en que se abolió el tributo conocido con el nombre de *Voto de Santiago*; Diario de las Sesiones; Toreno, Revolucion de España, lib. XXI.

Las razones que principalmente demuestran lo apócrifo del diploma, son, el lenguaje en que está escrito, impropio de un rey cristiano; suponerse la córte del reino en Leon, donde aun no residian los monarcas; la firma de un arzobispo, cuyo título no se conocia todavía en España; mencionarse un arzobispo de Cantabria que no se conoció nunca, y estar fechado el año 834, ocho años antes que comenzára á reinar Ramiro, lo cual obligó á Mariana á decir con una naturalidad recomendable: «Puédese sospechar que en el copiar del privilegio *se quedó un diez en el tintero*: el original, añade, no parece.»

Sin embargo, no podemos tolerar la severidad con que suelen tratarnos los críticos estranjeros porque en nuestra historia se hayan mezclado invenciones como la de la batalla de Clavijo, como si no fuese comun achaque de las historias de todos los paises. Y para que se vea la injusticia con que en esto proceden, el mismo historiador Pedro de Marca, arzobispo de París, que de tan absurda califica esta aparicion del apóstol Santiago en Clavijo, refiere como cosa muy cierta que en una batalla que dieron los franceses á los normandos en 980, se apareció delante del ejército el mártir San Severo, en trage de capitan, montado tambien sobre un caballo blanco, matando y arrojando á los enemigos, en memoria de cuyo milagro el duque de Gascuña, Guillermo Sanchez, fundó el monasterio de San Severo en la ciudad del mismo nombre, por voto que de ello hizo. Así los mismos que tan ácremente nos censuran por nuestras tradiciones populares, las imitan ó las copian acaso más absurdas.

y ayudábalos secretamente Bernhard, el conde de Barcelona, con la mira ulterior de hacerse independiente. Pronto y muy caramente pagó su deslealtad el que pasaba por su hijo. Cárlos el Calvo en una asamblea de Tolosa á que le mandó comparecer le hizo condenar á la pena de muerte, que dicen ejecutó por su propia mano, y añaden que, poniendo el pié sobre su cadáver, «¡Maldito seas, exclamó, que has mancillado el lecho de mi padre y tu señor!» Cuyas palabras prueban que Cárlos no desconocia su orígen y que cometia á sabiendas un parricidio (1). Seguidamente nombró conde de Barcelona al godo Aledrán, pariente de Berenguer. Propúsose Guillermo, hijo de Bernhard, vengar la muerte de su padre, atacó á Aledran, se declaró en favor del hijo de Pepino contra Cárlos el Calvo, é invocó el auxilio de Abderrahman de Córdoba. Al propio tiempo levantábanse los vascones con su conde Aznar contra el rey Pepino de Aquitania; de forma que, de una y otra vertiente de los Pirineos hormigueaban las facciones en términos que no es estraño que San Eulogio de Córdoba dijera en una de sus cartas, que no habia podido pasar á Francia por las bandas armadas que infestaban aquellos paises. Cruzábanse las conspiraciones y se hacian y deshacian con admirable fecilidad las alianzas mas estrañas. Los árabes coligados con Guillermo

(1) Annal. Fuld.—Hist. gener. de Languedoc, tom. I.



en 846, hacian paces con Cárlos el Calvo en 847, pero Guillermo, peleando solo y por su cuenta, se apoderó en 848 de Barcelona y de Ampurias, y al año siguiente logró hacer prisionero á Aledran. Poco le duró el contento. En 850 fué á su vez vencido por los partidarios de Aledran, que repusieron á éste en el condado de Barcelona.

Las vicisitudes se sucedian rápidamente. En este mismo año vuelven á romperse las paces entre Cárlos el Calvo y Abderrahman II., y dos ejércitos musulmanes pasan el Ebro. El uno de ellos pone sitio á Barcelona, y declarándose los judíos por los islamitas, les abren las puertas de la ciudad, mientras una flota sarracena devastaba de nuevo las costas de la Provenza. No se empeñó Abderahman en conservar á Barcelona, contentóse con desmantelarla, y con perseguir á los enemigos hasta las tierras de los francos. Si no pereció Aledran en aquella invasion, por lo menos no volvió á saberse de él, y en 852 hallamos establecido como conde de Barcelona á Udalrico.

Todo iba entonces prósperamente para los musulmanes. El emperador Teófilo de Constantinopla, enviaba á Abderrahman nuevos embajadores, solicitando con urgencia su alianza y su ayuda. La marina musulmana recorria las costas de la Galia Meridional y de la Toscana, enseñoreaba el Mediterráneo, y llenaba de terror á la Europa entera: y otros sar-

racenos, no declaran bien las historias si de España ó de Africa, se atrevian á avanzar hasta las puertas de la capital del mundo cristiano, devastaban los arrabales de Roma, y saqueaban las iglesias de San Pedro y San Pablo, situadas extramuros sobre el camino de Ostia: gran conflicto, y sobresalto grande para la cristiandad.

Dias amargos y de ruda prueba estaban pasando ya los cristianos de Córdoba. La tormenta de la persecucion que anunciamos antes, descargaba ya con furia sobre aquellos fieles que hasta entonces habian logrado gozar de cierta libertad y reposo, y á la era de tolerancia habia sucedido una era de martirio. ¿Qué habia motivado este cambio? ¿No tenia fama de humanitario y generoso el segundo Abderrahman? Teníala, y los historiadores árabes cuentan el siguiente rasgo de su corazon benéfico.

Habia afligido en 846 á las provincias meridionales una sequía espantosa: faltaron las cosechas, se abrasaron las viñas y los árboles frutales; no quedó yerba verde en el campo; agotáronse los pozos y los abrevaderos; los ganados escuálidos morian de inanicion; las risueñas campiñas se convirtieron en soledades horribles, sin vivientes que las atravesaran; muchas familias pobres emigraron á Africa huyendo del hambre; la miseria hacia estragos horribles, y para completar este cuadro desconsolador un viento solano que sopló de Sahara envió una plaga de lan-

gosta que acabó de consumir las pocas subsistencias que quedáran. Abderrahman entonces apareció como un ángel de consuelo; suspendió la guerra santa y abrió las arcas del tesoro; distribuyó limosnas á los pobres, perdonó las contribuciones á los ricos, empleó los jornaleros en obras públicas, hizo por primera vez empedrar la ciudad, y de esta manera continuó curando los males del pueblo, hasta que Dios, dicen sus crónicas, se apiadó de los muslimes, y el rocío del cielo bajó á refrescar los campos. Esta conducta de Abderrahman hizo que los mismos que antes le murmuraban le amaran y llenaran de bendiciones.

¿Cómo este mismo Abderrahman, tan humano en Mérida y en Córdoba, persiguió despues tan crudamente á los cristianos? Examinemos las causas de este sangriento episodio.

A pesar de la tolerancia del gobierno musulman, y á pesar de haber adoptado mucha parte de los mozárabes el turbante, el albornoz y el calzon ancho de los muslimes, conservábanse vehementes antipatías entre los indivíduos de las dos religiones, en cada una de las cuales habia fanáticos que creian contaminarse con solo tocar los unos la ropa de los otros. Entre ciertas clases del pueblo es difícil, sino imposible, que haya la suficiente prudencia para disimular estos ódios y animosidades, y que no las dejen estallar en actos positivos de recíproca hostilidad; y esto era lo que

acontecia, sin que bastára á evitarlo el celo y vigilancia así de los cadíes árabes como de los condes cristianos. Los alfaquíes, ó doctores de la ley, y algunos musulmanes exagerados, cuando oian tocar la campana que llamaba á los cristianos á los divinos oficios, tapábanse los oidos, y hacian otras demostraciones semejantes, prorumpiendo á veces en exclamaciones ofensivas, y á veces tambien poníanse á orar por la conversion de los que ellos llamaban infieles. Los cristianos, por su parte, cuando oian al *muezzin* desde el *minaret* ó torre de la mezquita llamar á la oracion á los muslimes, hacian iguales imprecaciones y poníanse á gritar: «*Salva nos, Domine, ab audita malo, et nunc, et in æternum.*» Con esto exasperábanse unos y otros, y á la provocacion y á los denuestos seguíanse las riñas, las violencias y los choques.

La ley hacia esta lucha muy desventajosa por parte de los cristianos. Aunque gozaban de la libertad del culto, las palabras del Profeta daban mil ocasiones y pretestos para que fuesen molestados y perseguidos. El cristiano que pisaba una mezquita, ó habia de abrazar la fé de Mahoma, ó era mutilado de piés y manos. El que una vez llegaba á pronunciar estas palabras de su símbolo: «*No hay Dios sino Dios y Mahoma es su Profeta,*» aunque fuese solo por juego ó en estado de embriaguez, ya era tenido por musulman y no era libre de profesar otro culto. El que te-

nia comercio con muger musulmana, entendíase que abrazaba su religion. El hijo de mahometana y de cristiano ó vice-versa, el *mulado ó muzlita* (1), era reputado por mahometano tambien; porque el Profeta habia dicho muy astutamente que tenia que seguir aquella de las dos religiones del padre ó de la madre que fuese la mejor, y la mejor era natural que fuese la suya. El cristiano que de hecho ó de palabra injuriaba á Mahoma ó á su religion, no tenia otra alternativa que el mahometismo ó la muerte.

Con esto comenzó una série de persecuciones y de martirios á que ayudaba por una parte al celo religioso, á las veces indiscreto y exagerado, de algunos cristianos, y por otra las ardientes excitaciones de los monjes y sacerdotes, que ó alentaban á los demás ó se presentaban ellos mismos á buscar la muerte. El monje Isaac bajó espontáneamente de su monasterio, y comenzó á predicar el cristianismo en la plaza y calles de Córdoba, y aun á provocar al cadí ó juez de los musulmanes: el cadí le hizo prender, y de órden de Abderrahman le dió el martirio que buscaba. El presbítero Eulogio, varon muy versado en las letras

(1) Estos *mulados* (de donde vino nuestra voz *mulato*), *muzlitas*, *mozlemitas* ó *mauludines*, eran los hijos ó nietos de musulmanes no puros, sino que habian sido cristianos renegados, ó hijos de cristiana y musulman, ó de mahometana y cristiano. Como el número de españoles era infinitamente mayor que el de las familias árabes, y se fueron haciendo matrimonios mixtos, al cabo de algunas generaciones eran ya más los *mulados* que los árabes puros: de aquí las rivalidades de familias y muchas de las guerras de que hemos dado cuenta.

divinas y humanas, exhortaba incesantemente con sus palabras y sus cartas á despreciar la muerte, á persistir en la fé de Cristo y á injuriar la religion de Mahoma. Así lo hizo con las vírgenes Flora y María que se hallaban en la cárcel, con cuya ocasion escribió un libro titulado: «*Enseñanza para el martirio.*» Multitud de sacerdotes, de vírgenes, de todas las clases y estados del pueblo fueron martirizados en este sangriento período, sufriendo todos la muerte con una heroicidad que recordaba la de los primeros tiempos de la iglesia. Con la insensibilidad que ostentaban los sacrificados crecia el furor de los verdugos, y con las medidas rigurosas de los musulmanes se fogueaban más los cristianos, y se multiplicaba el número de las víctimas voluntarias.

Vióse con este motivo un fenómeno singular en la historia de los pueblos; el de un concilio de obispos católicos congregado de órden de un califa musulman. Convencido Abderrahman de que cada suplicio de un mártir no producia sino provocar la espontaneidad de los martirios, convocó en 852 un concilio nacional de obispos mozárabes en Córdoba, presidido por el metropolitano de Sevilla, Recafredo. El objeto de esta asamblea era ver de acordar un medio de poner coto á los martirios voluntarios, y los obispos, ó por debilidad ó por convencimiento, declararon no deber ser considerados como mártires los que buscaban ó provocaban el martirio, lo cual dió ocasion al fogoso

Eulogio para escribir con nuevo fervor contra esta doctrina, calificándola de debilidad deplorable. No cesó por esto ni la audacia de los fieles ni el rigor de los mahometanos: siguióse una dispersion de mozárabes, y el mismo obispo de Córdoba, Saul, se vió preso en una cárcel por el metropolitano de Sevilla (1).

Cumplióse en esto el plazo de los dias de Abderrahman II. Dicen nuestras crónicas, que asomándose una tarde á las ventanas de su alcázar, y viendo algunos cuerpos de mártires colgados de maderos orilla del rio, los mandó quemar; y que ejecutado esto, le acometió un accidente de que falleció aquella misma noche (setiembre de 852; último de la luna de Safar de 238). Todos los pueblos lloraron su muerte como la de un padre, dicen las historias musulmanas. Habia reinado treinta y un años, tres meses y seis dias. Dejó muchas hijas y cuarenta y cinco hijos varones: el que le sucedió en el imperio se llamaba Mohammed.

No se templó, antes arreció más con Mohammed I. la borrasca de la persecucion contra los cristianos. El nuevo emir comenzó por lanzar de su palacio á los que servian en él, y por destruir sus templos. Entre los muchos mártires de esta segunda campaña, lo fué el ilustrado y fervoroso Eulogio, que acababa de ser nombrado metropolitano de Toledo. La causa ostensible fué haber ocultado en su casa á Leocricia, que

(1) Eulog. Memorial. Sanctor. dicul. luminos. —Id. Liber apologet.—Alvar. In-



siendo hija de padres mahometanos habia abrazado el cristianismo, y buscado un asilo en casa de Eulogio. Ambos fueron decapitados: los cristianos rescataron los cuerpos de estos santos mártires y los depositaron en sus templos.

La imparcialidad histórica nos obliga á consignar lo mismo los lunares que las glorias de las actas del cristianismo. No todo fué pureza, virtud y perseverancia en esta época de tribulacion y de prueba. Algunos cristianos tuvieron la flaqueza de apostatar, lo cual no nos admira, porque el heroismo no puede ser una virtud comun á todos los hombres, y esto es precisamente lo que constituye su mérito. Lo peor fué que vino á los cristianos andaluces otra persecucion de quien menos lo podian esperar, de algunos obispos cristianos. Hostigesio, prelado de Málaga, y Samuel de Elvira, no contentos con haber convertido sus casas, de asilos modestos de la virtud que debian ser, en lupanares inmundos; no satisfechos con propalar heregías acerca de la naturaleza de Cristo conforme á lo que de ella enseñaban los mahometanos; y no teniendo por bastante apropiarse las limosnas y oblaciones de los fieles y malversar los bienes del clero, excitaron á Mohammed á que exigiese nuevos tributos personales á los cristianos, haciendo para ello un empadronamiento general escrupuloso, convidándose ellos á hacer uno minucioso y exacto de los de sus diócesis. Servando, conde de los cristianos, en quien



estos deberian creer encontrar consuelo y apoyo, habia pedido permiso á Mohammed para exigirles cien mil sueldos; hacia desenterrar á los mártires, y formaba causas á los fieles por haberles dado sepultura. En tan apurado y estraño conflicto, un nuevo atleta se presenta á sostener la buena causa de los oprimidos cristianos, el abad Samson, varon respetado por su piedad y por su literatura.

Pero el disidente Hostigesio negocia con Mohammed la convocacion y reunion de un concilio de los obispos de la comarca para que en él sea juzgado Samson, y para que se obligue á todos los prelados católicos á que hagan la matrícula de sus súbditos á fin de exigirles nuevos y crecidos impuestos. Estraña singularidad la de este lamentable episodio de la historia cristiana. Un obispo disidente, inmoral, avaro, manchado de heregía, instiga á un califa de Mahoma á celebrar un concilio de obispos cristianos para condenar al más celoso defensor de la pureza de la fé. Este concilio se celebra en Córdoba con asistencia del prelado de esta ciudad, de los de Cabra, Ecija, Almería, Elche y Medina Sidonia. Samson se previene con una profesion de fé que sustenta con valor en sus discusiones con Hostigesio, pero las furibundas amenazas, ya que no las razones de este prelado, logran intimidar á los débiles ancianos que componian el sínodo, y la doctrina y proposiciones de Samson son declaradas perniciosas, cuya sentencia hacen circular

Hostigesio y Servando por todas las iglesias de Andalucía. Samson, por su parte, demuestra la nulidad de la sentencia como arrancada por la violencia y el dolo. Provocada nueva declaracion, algunos obispos se retractan de la primera, y entre ellos Valencio de Córdoba, que para manifestar el aprecio que le merecia la doctrina de Samson le hizo abad de la iglesia de San Zoilo (1). Esto acabó de irritar al partido de Hostigesio y Servando, que acudiendo entonces á la calumnia y á la intriga, y aprovechando la predisposicion de Mohammed, consiguen que el abad Samson sea depuesto y desterrado á Martos, donde compuso la interesante defensa de su doctrina con el título de *Apologético*, acalorando con esto más y más los ánimos. Siguiérense mútuas profanaciones é insultos de cristianos y musulmanes en sus respectivos templos, hasta que la tormenta fué con la accion misma del tiempo calmando, ó más bien la atencion de los muslimes se distrajo hácia los campos de batalla, donde cristianos, muzlitas y moros rebeldes combatian con las armas el poder central del imperio árabe-hispano.

Tal fué este episodio tan glorioso como sangriento de la iglesia mozárabe española, que podremos llamar la era de los martirios, y que produjo, además

(1) El título de Ábad que se dá á Samson no lo era de dignidad monástica, sino de gobierno parroquial, como en nuestros dias se llaman abades los curas propios de las iglesias en Galicia y Portugal.

de una multitud de hechos heróicos mezclados con otros de lamentable recuerdo, un catálogo de santos con que se aumentó el martirologio de España, y los luminosos escritos de San Eulogio, de Pablo Alvaro y del abad Samson, que han llegado hasta nuestros dias, y sin los cuales nos veriamos privados de las noticias de este período de lucha religiosa, tanto más gloriosa cuanto era con más desiguales armas sostenida (1).

Habia sucedido en 850 á Ramiro de Asturias su hijo Ordoño, primero de este nombre, que tuvo que inaugurar su reinado con una expedicion contra los vascones de Alava que se habian sublevado, sospéchase que en connivencia con los musulmanes, y á los cuales logró sujetar y tener sumisos. Pero el hecho más brillante de las armas del nuevo monarca de Oviedo fué la famosa victoria que en la Rioja alcanzó sobre un ejército mahometano mandado por Muza ben Zeyad. Antes de referir este célebre triunfo de Ordoño,

(1) A principios del siglo XVI., con ocasion de limpiarse un pozo distante media legua de Trasierra, se halló la famosa *campana del abad Samson*, así llamada por haber sido donacion de este virtuoso y erudito presbítero á la iglesia de San Sebastian, en 875, notable por la circunstancia de creerse la campana más antigua que se conserva en España. Tiene cerca de un pié de alto y otro tanto de diámetro, con asa para tocarla, y una inscripcion que espresa el año de la oferta. Habia sido llevada al monasterio de Valparaiso cerca de Córdoba, y en la última supresion de las órdenes religiosas fué entregada por la comision de arbitrios de amortizacion á la de ciencias y artes, que la colocó en el colegio de humanidades de la Asuncion, donde se conserva.—Ramirez y las Casas-Deza, Antigüed. de Córdoba.—Los preciosos escritos de San Eulogio, de Pablo Alvaro y de Samson, que tan interesantes noticias nos han trasmitido acerca de este importante período de la historia cristiano-musulmana, se hallan en los tomos X. y XI. de la España Sagrada de Florez.

necesitamos dar cuenta de quién era este Muza que tan famoso se hizo en la historia española del siglo IX.

Muza era godo de orígen, y habia nacido cristiano. Por ambicion habia renegado de su fé, y abrazado el islamismo con toda su familia. En poco tiempo habia hecho una brillante carrera en tiempo de Abderrahman, y esto mismo acaso le tentó á rebelarse á su vez contra los árabes: con ardides tanto como por fuerza se habia ido apoderando de Zaragoza, de Tudela, de Huesca y de Toledo: el gobierno de esta última ciudad y comarca le dió á su hijo Lupo (el Lobia de los árabes), y cerca de Logroño levantó una nueva ciudad que nombró *Albayda* (Albelda entre los cristianos), y que hizo como la capital de sus estados. Los vascones, ó por temor á un vecino tan poderoso, ó por huir de sujetarse al reino de Asturias, hicieron alianza con Muza, y García su príncipe llegó á tomar por esposa una hija del doblemente rebelde caudillo. Alentado este con sus prosperidades, y noticioso del miserable estado en que los dominios de Cárlos el Calvo se hallaban, acometió la Gothia, franqueó los Pirineos, y solo á precio de oro pudo el nieto de Carlo-Magno comprar una paz bochornosa. Entretanto Lupo su hijo se mantenia en Toledo y el rey de Asturias fomentaba y protegia su rebelion, y aunque las huestes de Mohammed lograron un señalado triunfo sobre las tropas rebeldes de Lupo y las auxiliares cris-



tianas, matando gran número de unas y otras, la ciudad no pudo ser tomada: dejó el emir encomendado el sitio á su hijo Almondhir, el cual no tardó en ser batido por Muza. Envanecido este con tantas victorias se hacia llamar *el tercer rey de España*, y quiso tratar con el emir como de igual á igual. Y en efecto, llegó á dominar Muza en una tercera parte de la Península. Pero estas mismas pretensiones hicieron que los cristianos, en vez de mirarle como aliado, le miraràn ya como enemigo.

Desavenidos estaban cuando se encontraron en la Rioja. Ordoño fué el que tomó la ofensiva: un cuerpo de tropas destacó sobre Albelda, y al frente de otro marchó él mismo contra Muza. Dióse el combate en el monte Laturce, cerca de Clavijo: la victoria se declaró por los soldados de Ordoño; diez mil sarracenos quedaron en el campo; entre los muertos se halló el yerno y amigo de Muza, García de Navarra; el mismo Muza, herido tres veces por la lanza de Ordoño, pudo todavía salvarse en un caballo que le prestaron, y se fué á buscar un asilo entre sus hijos Ismail y Fortun, walí de Zaragoza el uno, de Tudela el otro: los ricos dones que habia recibido de Cárlos el Calvo quedaron en poder de Ordoño. El monarca cristiano marchó sin pérdida de tiempo sobre Albelda; y habiéndola tomado despues de siete dias de asedio la hizo arrasar por os cimientos; la guarnicion muslímica fué pasada á cuchillo, y las mugeres y los hijos hechos esclavos.

De tal manera consternó este doble triunfo de los cristianos al hijo de Muza Lupo, el gobernador de Toledo, que pareció faltarle tiempo para solicitar la amistad de Ordoño y ofrecerse para siempre á su servicio. Así humilló el valeroso rey de Asturias el desmedido orgullo de *Muza el renegado*, librando al mismo tiempo al emir de Córdoba de su más importuno y temible enemigo [1].

Alentóse con esto Mohammed, y consagróse á acabar á toda costa con la rebelion de los hijos de Muza. Años hacia que Lupo se mantenia en Toledo sitiado por Almondhir, sin que le arredrára el haber visto enviar setecientas cabezas de los suyos cogidos en Talavera para adornar, segun costumbre, las almenas de Córdoba. Fué, pues, Mohammed á activar y estrechar el sitio. Cansados los labradores y vecinos pacíficos de Toledo de los males de la guerra y de ver cada año destruir sus mieses, sus huertas y sus casas de campo, ofrecieron al emir que le entregarian la ciudad y aun las cabezas de los gefes rebeldes si les otorgaba perdon. Prometióselo así Mohammed, y abriéronsele las puertas de Toledo aun antes del plazo designado: algunos caudillos fueron puestos á su disposicion; otros pudieron huir disfrazados, entre ellos el mismo Lupo, que fué á refugiarse á la córte de

(1) Seb. Salmant. Chron. n. 26. —Esta fué la verdadera batalla de Clavijo, y es de sospechar que fuese la que por error se atribuyó á Ramiro.

Ordoño el cristiano (859), de quien continuó siendo aliado y amigo. Así acabó por entonces la famosa rebelion de Muza el renegado, del que tuvo la presuncion de titularse *el tercer rey de España*. Ocupóse Mohammed en arreglar las cosas del gobierno de Toledo [1].

Cúpole á Ordoño otra gloria semejante á la que habia alcanzado su padre Ramiro. Los normandos, esos aventureros de los mares, ni nunca quietos, ni nunca escarmentados (los *Magioges* de los árabes), vinieron á intentar un nuevo desembarco en Galicia (860). Sesenta naves traian ahora. Rechazó de allí esta segunda vez el conde Pedro aquellos formidables marinos, que se vieron forzados á bordear como antes el litoral de Lusitania y Andalucía en busca siempre de presas que arrebatar: arrasaron aldeas, atalayas y caseríos desde Málaga á Gibraltar, saquearon en Algeciras la mezquita de las Banderas, y acosados por las tropas de Mohammed pasaron á las playas de Africa, recorrieron la costa de la Galia, las Baleares, el Ródano, los mares de Sicilia y de Grecia, haciendo en todas partes los mismos estragos, dejando tras sí una huella de devastacion y de sangre, hasta que desaparecieron en el Océano para entrar otra vez en la Escandinavia con los despojos que habian podido recoger de todos los paises.

(1) Conde, part. II. cap. 48.

Ordoño, que no olvidaba sus naturales y más inmediatos enemigos, los árabes, llevó sus armas á las márgenes del Duero, venció al walí de la frontera Zeid ben Cassim, y tomó varias poblaciones, entre ellas Salamanca y Coria, que no se esforzó en conservar, contentándose con destruir sus murallas y llevar cautivos al centro de su reino. Así no creemos que para recobrarlas hubiera necesitado Almondhir el Ommiada llevar tan grande ejército como luego llevó, y cuyo aparato de fuerza podia solo justificar el respeto que ya les imponia el nombre de Ordoño. Desde el Duero llevó Almondhir sus huestes hácia el Nordeste de la Península, franqueó el Ebro, penetró por Alava en la alta Navarra y montes de Afranc, taló las campiñas de Pamplona, ocupó algunas fortalezas de su comarca, y cautivó, dice un autor árabe, á un cristiano muy esforzado y principal llamado Fortun [1], que llevó consigo á Córdoba, donde vivió veinte años, al cabo de los cuales fué restituido á su patria. Esta expedicion tuvo sin duda por objeto castigar á los que habian sido aliados del rebelde Muza.

A poco tiempo de esto (en 863) llevaron al emir de Córdoba sus *forénicos* ó correos de á caballo

(1) Este Fortun pudo ser muy bien el hijo de Muza, gobernador de Tudela: mas al decir de algunas historias navarras era Fortuño, hijo del García Iñigo ó Iñiguez, muerto en Albelda, y añaden que con él fué llevada á Córdoba su hermana Iñiga, y que el haber recobrado su libertad al cabo de los veinte años fué debido al casamiento de Iñiga con Abdallah, hijo segundo de Mohammed.

nuevas que le pusieron en grande cuidado y alarma. Los cristianos de Afranc y los de Galicia habian invadido simultáneamente y por opuestos puntos las tierras de su imperio. Ordoño habia entrado en la Lusitania, corrido la comarca de Lisboa, incendiado á Cintra, saqueado los pueblos abiertos y cogido multitud de ganados y cautivos. La fama abultaba los estragos, y Mohammed cre.ó llegado el caso de hacer publicar la guerra santa en todos los almimbares. Juntáronse todas las banderas y Mohammed penetró con sus huestes en Galicia hasta Santiago. Mas cuando él llegó, ya los cristianos se habian recogido y atrincherado en sus impenetrables riscos: con que tuvo por prudente regresar por Salamanca y Zamora hácia Toledo.

En las fronteras de Afranc un hombre oscuro daba principio á una guerra que habia de ser dura y porfiada. Este hombre era Hafsùn originario de aquellas tribus berberiscas que en el principio de la conquista se establecieron en los altos valles y sierras más ásperas del Pirineo. Aunque nacido en Andalucia, era oriundo de la proscrita raza de los judíos. Sus principios fueron oscuros y humildes. Vivia del trabajo de sus manos en Ronda, pero descontento de su suerte pasó á Torgiela (Trujillo) á buscar fortuna, y no hallando recursos para vivir se hizo salteador de caminos, llegando por su valor á ser gefe de bandoleros, y á adquirir no escasa celebridad en aquella

vida aventurera y agitada. Hafsûn y su cuadrilla se hicieron dueños de una fortaleza llamada Calat-Yabaster. Por último, arrojado del pais, se trasladó á las fronteras de Afranc, y se apoderó del fuerte de Rotah-el-Yehud (Roda de los Judíos), situado en un lugar inexpugnable por su elevacion y aspereza sobre peñascos cercados del rio Isabana.

No solo fué bien recibido allí Hafsûn por los judíos berberiscos, sino que viendo los cristianos de Ainsa, Benavarre y Benasque la fortuna de sus primeras algaras, confederáronse con él para hacer la guerra á los mahometanos; y precipitándose como los torrentes que se desgajan de aquellos riscos, cayeron sobre Barbastro, Huesca y Fraga, levantando los pueblos contra el emir. El walí de Zaragoza, resentido de haber sido nombrado otro gobernador de la ciudad, si no favoreció á los rebeldes á lo menos no se opuso á sus progresos y correrías. El walí de Lérida Abdelmelik tomó abiertamente partido en favor de Hafsûn, y le entregó la ciudad. Lo mismo hicieron los alcaides de otras poblaciones y fortalezas. De modo que el menestral de Ronda, el gefe de bandidos de Trujillo, se vió en poco tiempo dueño de una parte considerable de la España Oriental y de gran número de ciudades y castillos, con lo que más y más envalentonado recorrió las riberas del Ebro y fértiles campiñas de Alcañiz, engrosando sus filas con todos los descontentos, fuesen cristianos, judíos ó musulmanes.

Sobresaltado Mohammed con tan séria insurreccion, y no pudiendo desatender las fronteras del Duero, continuamente invadidas é inquietadas por los cristianos de Ordoño, trató primeramente y antes de emprender operaciones contra el rebelde Hafsùn de asegurarse al menos la neutralidad del imperio franco, á cuyo efecto envió á Cárlos el Calvo embajadores con ricos presentes y con proposiciones de paz y amistad. Cárlos, á quien hallamos siempre dispuesto y poco escrupuloso en firmar paces y alianzas con todo género de enemigos, no desechó tampoco la propuesta del emir, y despachó á su vez á Córdoba mensageros encargados de acordar las bases de la pacificacion, los cuales, desempeñada su mision, volvieron llevando consigo en testimonio de las buenas disposiciones de Mohammed, camellos cargados con pabellones de guerra, ropas y telas de diferentes clases, y artículos de perfumería, que el nieto de Carlo-Magno recibió gustoso en Compiegne. Despues de lo cual juntó Mohammed el más numeroso ejército que pudo, haciendo concurrir á todos los hombres de armas de Andalucía, Valencia y Murcia, resuelto á dar un golpe de mano decisivo al rebelde Hafsùn. Su hijo Almondhir quedó encargado de la frontera de Galicia con las tropas de Mérida y de Lusitania, y él con su nieto Zeid ben Cassim marchó hácia el Ebro con toda la gente.

Temeroso Hafsùn de no poder competir con fuerzas tan considerables, recurrió á la astucia, ó mejor

dicho, á la falsía y al engaño, pero engaño mañosamente urdido para hombre de tan humilde extraccion. Escribió, pues, al emir haciéndole mil protestas, al parecer ingénuas, de obediencia y sumision, y jurando por cielos y tierra, que todo cuanto hacia era un artificio para engañar á los enemigos del Islam; que á su tiempo volveria las armas contra los cristianos y malos muslimes; que le diese al menos el gobierno de Huesca ó de Barbastro, y veria cómo oportunamente y de improviso daba á los enemigos el golpe que tenia pensado. Cayó completamente Mohammed en el lazo, creyó las palabras arteras del rebelde, ofrecióle para cuando diese cima á sus planes no solo el gobierno de Huesca sino el de Zaragoza, envió una parte del ejército, como innecesario ya, á las fronteras de Galicia á reforzar el de Almondhir, encomendó á su nieto Zeid ben Cassim la expedicion proyectada de acuerdo con Hafsûn, y él regresó camino de Córdoba.

Incorporáronse las tropas de Zeid con las de Hafsûn en los campos de Alcañiz: con las demostraciones más afectuosas acamparon llenas de confianza junto á los que creian sinceros aliados. Mas cuando se hallaban entregadas al reposo de la noche los soldados de Hafsûn se echaron traidoramente sobre los de Zeid, y degollaron alevosamente á los más, incluso el mismo Zeid ben Cassim, que murió peleando valerosamente antes de cumplir diez y ocho años. El emir,

todos los caudillos de su guardia, todos los walíes de Andalucía, juraron vengar accion tan aleve; Mohammed lo escribió á su hijo Almondhir, el cual recibió los despachos de su padre en tierras de Alava, é inmedíatamente hizo leer su contenido á todo el ejército. La indignacion fué general; caudillos y soldados, todos pedian ser llevados sobre la marcha á castigar la negra perfidia de Hafsûn. De Córdoba y Sevilla se ofrecieron muchos voluntarios á tomar parte en aquella guerra de justa venganza.

Partió, pues, Almondhir con su ejército de sirios y árabes, ardiendo todos en cólera. Los rebeldes habian vuelto á atrincherarse en los montes y en la fortaleza de Roda, que era, dice un autor musulman, el nido del pérfido Hafsûn. Allí salió á rechazarlos el intrépido Abdelmelik, el walí de Lérida que se habia incorporado á Hafsûn. A pesar de las ventajas que le daba la posicion, los andaluces pelaron con tal corage, que sus espadas se saciaron de sangre enemiga. Abdelmelik escapó herido con un centenar de los suyos, y se refugió en el castillo de Roda. La noche suspendió la matanza. Al dia siguiente los soldados de Almondhir atacaron la fortaleza sin que les detuvieran las breñas y escarpados riscos que la hacian al parecer inaccesible. Todo lo allanaron aquellos hombres frenéticos, si bien á costa tambien de no poca sangre: Abdelmelik, aunque herido, peleó todavía hasta recibir la muerte, y su cabeza fué cortada para presen-



tarla á Mohammed; muchos rebeldes se precipitaron de las rocas: Hafsûn logró escapar á los montes de Arbe, aconsejó á sus secuaces que se sometiesen al vencedor para conjurar su justa saña, y repartiendo sus tesoros entre los que le habian sido más fieles, desapareció, dicen, en aquellas fragosidades. La victoria de Almondhir intimidó toda la comarca, y apresuráronse á ofrecerle su obediencia las ciudades de Lérida, Fraga, Ainsa, y todas aquellas tierras (866). Almondhir victorioso se volvió á Córdoba, donde fué obsequiado con fiestas públicas.

En este año, que fué el de 866, falleció el rey Ordoño en Oviedo, muy sentido de sus súbditos, así por su piedad y virtudes, como por haber engrandecido el reino y héchole respetar de los musulmanes, con los cuales tuvo otros reencuentros en que salió victorioso, y cuyos pormenores y circunstancias no especifican las crónicas. Ordoño habia reedificado muchas ciudades destruidas más de un siglo hacia, y entre ellas Tuy, Astorga, León y Amaya, y levantado multitud de fortalezas al Sur de las montañas que servian como de ceñidor al reino, y acrecido este en una tercera parte de territorio. Reinó Ordoño poco más de diez y seis años, y fué sepultado en el panteon destinado á los reyes de Asturias (1).

(1) El Albeldense le dá el bello nombre de *padre del pueblo*. Con él acabó su crónica el obispo Sebastian de Salamanca, y empieza la suya el obispo Sampiro de Astorga.



CAPÍTULO XII.

ALMONDHIR Y ABDALLAH EN CÓRDOBA.

ALFONSO III. EN ASTURIAS.

De 866 á 912.

Proclamacion de Alfonso III., el Magno.—Breve usurpacion del conde Fruela.—Su castigo.—Primeros triunfos de Alfonso sobre los árabes. —Casa con una hija de García de Navarra.—Consecuencias de este enlace para los navarros.—Conjuracion de los cuatro hermanos de Alfonso.—Brillantes victorias de éste sobre los árabes: en Lusitania; en Zamora.—Calamidades en el imperio musulman.—El rebelde Hafsûn y su hijo.—Batalla de Aybar, en que perece García de Navarra.—Condes de Castilla y Alava.—Fundacion de Búrgos.—Tratado de paz entre Mohammed de Córdoba y Alfonso de Asturias.—Conspiraciones en Asturias descubiertas y castigadas.—Misteriosa muerte de Mohammed.—Breve reinado de Almondhir.—Famosa rebelion de Ben Hafsûn.—Emirato de Abdallah.—Complicacion de guerras y sediciones.—Campañas felices de Abdallah.—Renueva la paz con Alfonso de Asturias.—Sus consecuencias para uno y otro monarca.—Conjúranse contra Alfonso la reina y todos sus hijos.—Magnánima abdicacion de Alfonso.—Reparticion de su reino.—Primer rey de Leon. —Origen y principio del reino de Navarra.—Origen y principio del condado independiente de Barcelona.

Catorce años solamente tenia Alfonso, el hijo de Ordoño, cuando su padre le asoció ya al gobierno del reino. Diez y ocho años cumplia cuando en mayo



de 866 entró á reinar solo bajo el nombre de Alfonso III., confirmando los prelados y próceres la voluntad de su padre [1]. Parecia haberse contaminado el reino de Asturias con el ejemplo del de los árabes, pues nunca faltaba ya ó algun magnate ó algun pariente del rey electo que le disputára la posesion del trono. Esto hizo con el tercer Alfonso el conde Fruela de Galicia, que puesto á la cabeza de un ejército marchó atrevidamente sobre Asturias, y hallando desapercibidos á los nobles y al rey penetró en Oviedo y se apoderó del palacio y de la corona, teniendo el jóven Alfonso que huir á los confines de Castilla y Alava, como en otro tiempo y por igual motivo habia tenido que hacerlo Alfonso II. De brevísima duracion fué su ausencia, porque volviendo pronto en sí los nobles asturianos, irritados contra el usurpador, asesinaron una noche á Fruela en su palacio, llamaron á Alfonso, y volvió el jóven príncipe á tomar posesion del trono que le pertenecia con gran contentamiento del reino.

(1) Mariana, en su empeño de hacer desde el principio hereditaria la corona de Asturias contra todos los datos históricos, no podia dejar de decir que pertenecia de derecho á Alfonso, por ser el mayor de los hermanos. El trono de la restauracion no era más hereditario que el de los godos: lo que hacian los monarcas era asociarse en vida aquel de sus hijos que querian les sucediese para allanar así el camino á la eleccion, y el clero y la nobleza solian condescender con la voluntad del padre cuando no habia un motivo poderoso para excluir al hijo. Así tácitamente y por consentimiento se fué haciendo el trono hereditario, como lo iremos viendo.—En cuanto á las variantes que se notan en la cronología del tercer Alfonso entre las crónicas de Albelda, de Sampiro y del Silense, parécenos que las concierta cumplidamente el erudito Risco en la España Sagrada, tom. 37, cap. 25, á quien seguimos.

Si en esto se asemejó el principio de su reinado al de su abuelo Ramiro, parecióse al de su padre Ordoño en haber tenido que hacer el primer ensayo de sus armas en reprimir una insurreccion de los alaveses, siempre inquietos y mal avenidos con la dominacion de los reyes de Asturias. La presencia y resolucion del jóven monarca, que voló á apagar aquel incendio, desconcertó á los sublevados, que asustados ó arrepentidos, le prometieron obediencia y fidelidad, y el autor de la sedicion, el conde Eilon, prisionero y cargado de cadenas, fué llevado por Alfonso á Oviedo y encerrado allí en un calabozo, donde acabó sus dias (1). El gobierno de Alava fué confiado al conde *Vigila* ó Vela Jimenez (867).

(1) Sampiro, Chron. p. 838.—La tradicion vascongada supone que apenas regresó Alfonso á Oviedo los habitantes de Vizcaya, provincia entonces comprendida en Alava, se rebelaron contra Alfonso, y congregados so el árbol de Guernica nombraron por su señor ó *jaona* a uno de sus compatriotas llamado *Zuria:* que Alfonso despachó á Odoario á sofocar esta nueva insurreccion, y que habiendo encontrado á los sediciosos en la aldea de *Padura*, no muy lejos del sitio donde más adelante se edificó Bilbao, se empeñó un sangriento combate, en que las tropas reales quedaron completamente derrotadas y muerto su gefe: que en memoria de tan señalado suceso el lugar de Padura tomó el nombre de *Arrigorriaga*, que en la lengua del pais significa *piedras bermejas*, aludiendo á la mucha sangre de que quedó teñido: que Alfonso ocupado en otras guerras no pudo ó no cuidó de vengar esta derrota, y que de aquí data la independencia del señorío de Vizcaya, suponiendo á los señores de la tierra descendientes y sucesores de *Zuria*. Mas como todas estas relaciones no se apoyan en documento alguno histórico de que tengamos noticia, nos contentamos con indicarlas sin admitirlas.—Sobre esto y sobre los demás precedentes en que pretenden los vizcainos apoyar la antigüedad de su señorío, trató de propósito el erudito Llorente, *Noticia de las Provincias Vascongadas*, tomo I., cap. 9.—Todo esto acogió con su acostumbrada sinceridad el P. Mariana, y además supone un señor de Vizcaya nombrado Zenon, descendiente de Eudon, duque de Aquitania, de que no nos habla escritor alguno de aquellos tiempos.

Aunque de pocos años Alfonso, y teniendo por rival á un príncipe tan avezado á los combates, tan valeroso y resuelto como Mohammed de Cordoba, estaba destinado á dar un gran impulso á la restauracion española y á merecer el renombre de *Magno* que se le aplicó y con que le conoce la posteridad. Una escuadra musulmana á las órdenes de Walid ben Abdelhamid se habia dirigido á Galicia. Al abordar á la desembocadura del Miño desencadenóse una borrasca de cuyas resultas se perdieron ó estrellaron casi todos los buques, pudiendo apenas el almirante Walid regresar por tierra á Córdoba, no sin riesgo de caer en manos de los cristianos. Alentado el rey de Oviedo con este desastre, atrevióse á pasar el Duero y tomó á Salamanca y Coria. Verdad es que no pudo conservarlas, porque los walíes de la frontera se entraron á su vez por el territorio cristiano; pero en cambio, habiéndose internado más de lo que la prudencia aconsejara, se vieron de improviso acometidos y envueltos en terreno donde no podia maniobrar la caballería, y una terrible matanza fué el castigo de su temeridad. Los árabes no disimularon su consternacion (868), y Alfonso se retiró tranquilo y triunfante á su capital.

Fueron los árabes, capitaneados por el príncipe Almondhir, á probar mejor fortuna por la parte de Afranc y montes Albaskenses. Tampoco fueron felices en esta expedicion. Almondhir intentó, pero no pudo

tomar á Pamplona, defendida por García, hijo del otro García el yerno de Muza. Levantó, pues, el sitio, y dirigió sus huestes sobre Zaragoza, resuelto á castigar al viejo Muza que aun se mantenia allí. Prolongóse el sitio por todo el año, hasta que habiendo ocurrido la muerte de Muza, no sin sospechas de haber sido ahogado en su misma cama, se rindió la ciudad (870). Pero el espíritu de rebelion estaba como encarnado ya en el corazon de los musulmanes españoles, y á pesar de la muerte trágica de Muza, y de la rendicion de Zaragoza, otra sublevacion estalló en la siempre inquieta Toledo. Dirigíala Abdallah, nieto del mismo Muza, é hijo de aquel Lupo que habia vivido en Asturias en compañía del rey Ordoño. Era hombre de ánimo y de experiencia, y los cristianos fomentaban aquella rebelion. Acudió Mohammed en persona como en tiempo de Lupo, y limitóse como entonces á sitiar la ciudad. Cuando Abdallah conoció que no podia resistir á las numerosas tropas del emir, salió con pretesto de reconocer el campo enemigo, y despachó luego comisionados aconsejando á los toledanos que se sometiesen á Mohammed. Poco faltó para que la plebe indignada despedazase á los enviados de Abdallah; con dificultad pudieron contenerla los hombres más prudentes y de más influjo; al fin aunque de mala gana, vinieron á capitulacion y se estipuló la entrega de la ciudad á condicion de que se echaria un velo sobre lo pasado. Muchos generales aconsejaban al emir que

hiciese demoler las murallas y torres de un pueblo en que se abrigaba gente tan indómita y díscola, y que seria un perpétuo foco de revolucion; pero los hijos de Mohammed fueron de contrario parecer y prevaleció su dictámen [1].

Realizóse en este tiempo un suceso que habia de ejercer grande influjo en la posicion respectiva de los cristianos entre sí y en sus relaciones con los musulmanes. Los vascones navarros que desde la derrota del ejército de Luis el Benigno en 824 en Roncesvalles habian sacudido la tutela forzosa en que querian tenerlos los monarcas francos, se habian sostenido en una situacion no bien definible, ni enteramente sujetos á los reyes de Asturias, ni del todo independientes, aliándose á las veces con los sarracenos para libertarse del dominio, ya de los cristianos de Aquitania ya de los de Asturias, y gobernábanse por caudillos propios, condes ó príncipes, que ejercian entre ellos una especie de autoridad real. Los monarcas asturianos solian domeñarlos de tiempo en tiempo, pero manteníase siempre viva una rivalidad funesta para los dos pueblos, y funesta tambien para la causa del cristianismo. Ejercia esta especie de soberanía en aquel tiempo aquel García gobernador de Pamplona y de Navarra, hijo del otro García Iñigo, acaso el conocido con el sobrenombre de Arista. Viendo Alfonso III. la

(1) Conde, cap. 54.



dificultad de someter á García, y deseoso de robustecer el poderío de los cristianos, hizo con él una alianza política, que quiso afianzar con los lazos de familia, y pidió y obtuvo como prenda de seguridad la mano de su hija Jimena. De este modo esperaba reunir todas las fuerzas cristianas de España contra el comun enemigo. De cuyo principio nace que los caudillos, condes ó soberanos del Pirineo, comenzaran á obrar como reyes, considerando como separados de la corona de Asturias los territorios de Pamplona y Navarra, que hasta entonces se habian mirado como anexos, agregados ó dependientes (1).

Hácia esta época se refiere la conjuracion que al decir del cronista Sampiro tramaron contra el trono y la vida de Alfonso sus cuatro hermanos ó parientes, Fruela, Nuño, Veremundo y Odoario; conjuracion que castigó el monarca haciendo sacar á todos cuatro los ojos, horrible pena que las bárbaras leyes de aquel tiempo autorizaban; añadiendo el obispo cronista la circunstancia difícilmente creible, de que Veremundo ó Bermudo, ciego como estaba, logró fugarse de la prision de Oviedo, y refugiándose en Astorga se mantuvo independiente en esta ciudad por espacio de siete años, aliado con los sarracenos (2).

Si fueron estas disensiones domésticas las que

(1) Sampiro, Chron. c. 1.—Rózase esto con el oscuro y cuestionado origen del reino de Navarra, de que volveremos á hablar luego.
(2) Id. l. c.

animaron al príncipe Almondhir á penetrar en los estados de Alfonso, engañáronle sus esperanzas, pues pronto las márgenes del pequeño rio Cea que riega los campos de Sahagun quedaron enrojecidas con la sangre de los más bravos caballeros muslimes de Córdoba y de Sevilla, de Mérida y de Toledo (873). Limitáronse con esto los árabes por algunos años á guardar sus fronteras, si bien no pasaba dia, dicen sus crónicas, en que no hubiese vivas escaramuzas entre los guerreros de uno y otro pueblo. Y hubiérales sido muy ventajoso mantenerse en aquel estado de defensiva, puesto que habiendo tenido Almondhir la temeridad de penetrar más adelante en Galicia, país (dice su historiador biógrafo) el más salvage y el más aguerrido de los pueblos cristianos, no solo le rechazó Alfonso hasta sus dominios, sino que invadiéndolos á su vez, tomó el castillo de Deza y la ciudad de Atienza, arrojó á los musulmanes de Coimbra, de Porto, de Auca, de Viseo y de Lamego, empujándolos hasta los límites meridionales de la Lusitania, y poblando de cristianos aquellas ciudades (876). En una de estas expediciones fué hecho prisionero el ilustre Abuhalid, primer ministro de Mohammed, que rescató su libertad á precio de mil sueldos de oro, teniendo que dejar en rehenes hasta su pago á un hijo, dos hermanos y un sobrino [1]. Tampoco fué más di-

(1) Cron. Albeld. n. 61 y 62.—Conde, cap. 55.



choso Almondhir en el ataque de Zamora. Alfonso habia fortificado y agrandado esta pequeña ciudad del Duero. La importancia que con esto habia tomado movió al príncipe musulman á ponerle sitio en 879. Apurada tenia ya la ciudad cuando supo que el rey de Asturias venia en su socorro con numeroso ejército. Y como durante el sitio se hubiera eclipsado una noche totalmente la luna, tomáronlo los supersticiosos musulmanes por mal agüero, y cuando salieron al encuentro de Alfonso, y Almondhir los ordenó en batalla para la pelea, negábanse todos á combatir, y costó gran trabajo y esfuerzo al príncipe Ommiada y á sus caudillos hacer entrar en órden á los atemorizados muslimes.

Vinieron por último á las manos los dos ejércitos en los campos de Polvararia, orillas del Orbigo, no lejos de Zamora. Tambien aquellos campos como los de Sahagun quedaron tintos de sangre agarena: quince mil mahometanos degollaron allí los soldados de Alfonso, y á excitacion y por consejo de Abuhalid, el que habia estado antes prisionero, se ajustó una tregua de tres años entre cristianos y musulmanes. Entonces fué cuando Alfonso sometió tambien á Astorga, y obligó á su hermano Bermudo el ciego á huir de la ciudad y buscar un asilo entre los árabes sus aliados (1).

(1) Conde, cap. 53.—Albeldens. n. 62 y 63.—Sampir. Cron. n. 3.



Al terminar aquel armisticio (831) ocurrió en el Mediodía y Occidente de España un suceso, que aunque ageno á las guerras, influyó de tal modo en los supersticiosos espíritus de los musulmanes que los sumió en el mayor abatimiento. Un escritor arábigo lo refiere en términos tan sencillamente enérgicos, que no haremos sino copiar sus mismas palabras. «En el año 267 (dice), dia jueves, 22 de la «luna de Xaval (25 de mayo de 881), tembló la tier«ra con tan espantoso ruido y estremecimiento, que «cayeron muchos alcázares y magníficos edificios, y «otros quedaron muy quebrantados; se hundieron «montes, se abrieron peñascos, y la tierra se hundió «y tragó pueblos y alturas; el mar se retiró de las «costas, y desaparecieron islas y escollos. Las gentes «abandonaban los pueblos y huian á los campos, las «aves salian de sus nidos, y las fieras espantadas de«jaban sus grutas y madrigueras con general turba«cion y trastorno: nunca los hombres vieron ni oye«ron cosa semejante: se arruinaron muchos pueblos «de la costa meridional y occidental de España. Todas «estas cosas influyeron tanto en los ánimos de los «hombres, y en especial en la ignorante multitud, «que no pudo Almondhir persuadirles que eran cosas «naturales, aunque poco frecuentes, que no tenian «influjo ni relacion con las obras de los hombres ni «con sus empresas, sino por su ignorancia y vanos «temores, que lo mismo temblaba la tierra para los



«muslimes que para los cristianos, para las fieras que «para las inocentes criaturas.»

No se habian recobrado los árabes del espanto que les causára tan terrible terremoto, cuando una tormenta de otro género se desgajó sobre ellos de los riscos de Afranc, y montes de Albortat, de las breñas de Aragon y de Navarra. Aquel Hafsûn, el antiguo capitan de bandoleros, el gran revolucionario de Roda y Ainsa, el que engañó á Mohammed y degolló traidoramente á su nieto Zeid ben Cassim y á sus tropas en los campos de Alcañiz, y á quien vimos despues desaparecer solo en las fragosidades de las montañas de Arbe, reaparece al frente de innumerables huestes, y descolgándose de los bosques que le sirvieron de guarida, recorre todo el país hasta el Ebro: los walíes de Huesca y Zaragoza intentan detener en Tudela el curso de este torrente, y son arrollados por la impetuosa muchedumbre. El rey de Navarra, García Iñiguez, con sus cristianos marcha ahora incorporado con el intrépido Hafsûn. Mohammed lo sabe y se pone en movimiento con su caballería: reúnensele todos los mejores caudillos árabes, cada cual con las tropas de su mando; sus dos hijos Almondhir y Abu-Zeid, padre este último del desgraciado Zeid ben Cassim, Ebn Abdelruf y Ebn Rustan, son los que guian el grande ejército que marcha contra los confederados. Temiendo estos venir á batalla con tan formidable hueste, se retiran precipitada-

mente á sus montañas; pero en esta ocasion, dice arrogantemente un escritor árabe, «las montañas eran para los muslimes iguales á las llanuras.» Un dia, á primera hora de la mañana, encuentran á los enemigos tan cerca, que les fué imposible á estos dejar de aceptar el combate. Era en un lugar llamado Larumbe en el valle de Aybar (Eibar llaman otros), de donde tomó el nombre la batalla. Peleóse bravamente de una parte y otra; mas declaróse el triunfo por los árabes, y los campos quedaron regados con sangre cristiana. El rey García Iñiguez murió en la pelea, y Hafsûn quedó mortalmente herido, de cuyas resultas murió, como veremos despues. Gran triunfo fué el de Aybar para los musulmanes. Almondhir permaneció en la frontera hasta el fin del año 882, y Mohammed regresó á Córdoba, donde fué recibido como acostumbraban serlo los triunfadores.

Entretanto, cumplido el plazo de la tregua, distraido Mohammed por la parte de Navarra, y no pudiendo las armas de Alfonso permanecer ociosas, éntrase el rey de Asturias por tierras enemigas, pasa el Guadiana á diez millas de Mérida, avanza hasta las ramificaciones de Sierra-Morena, encuentra allí un cuerpo sarraceno, le derrota, mata algunos millares de enemigos, y regresa victorioso á sus montañas. Por primera vez desde el tiempo de la conquista hollaron plantas cristianas aquellas cordilleras: ningun príncipe se habia atrevido á llevar tan adentro sus estandartes.

La derrota de Aybar, aunque terrible, no escarmentó todavía á los parciales de Hafsûn. Y aunque el famoso caudillo sucumbió á los pocos meses de resultas de sus graves heridas, quedábale un hijo, heredero de los ódios de su padre y de su tribu. Quedaban tambien los hijos de Muza el renegado, Ismael y Fortun, que aun retenian á Zaragoza y Tudela; todos enemigos de Mohammed. Por otra parte aquel Abdallah, hijo de Lupo, antiguo gobernador de Toledo, celoso de las relaciones que habia entre el rey de Asturias y los hermanos Ismael y Fortun, se desprendió de la alianza de aquel y buscó la del emir de Córdoba, que con este arrimo se creyó bastante fuerte para acometer las posesiones de Alfonso en Alava y Rioja. Pero inútilmente atacó el castillo de Celorico, que defendió briosamente el conde de Alava Vela Jimenez. Tampoco pudo rendir á Pancorbo, que defendia el conde de Castilla Diego Rodriguez, por sobrenombre Porcellos, y solo pudo tomar á Castrojeriz, que el conde Nuño habia abandonado por no hallarse en estado de defensa.

Corrióse luego Almondhir hácia la comarca de Leon, y entró en Sublancia, abandonada por sus moradores. Pero la espada de Alfonso el Magno le amenazaba ya de cerca, y no creyéndose seguro el príncipe Ommiada ni aun al abrigo de aquellos muros, retiróse á los estados de su padre, batiendo de paso á Cea y Coyanza, destruyendo el monasterio de Saha-

gun, y dejando en la frontera á Abul-Walid, que negoció con Alfonso dos cosas, primeramente el rescate de su familia que aun estaba en poder del monarca cristiano y que éste generosamente le restituyó, despues una paz entre el emir y el rey de Asturias. Para acordar las bases de esta paz fué enviado por el monarca cristiano á Córdoba un sacerdote de Toledo llamado Dulcidio. Estipulóse muy solemnemente y despues de muy madura deliberacion en 883 el tratado entre los dos príncipes, entrando en las condiciones una cláusula que revela bien el espíritu de aquella época, á saber, que los cuerpos de los santos mártires de Córdoba Eulogio y Leocricia habian de ser trasladados á Oviedo, lo cual se verificó con gran pompa y solemnidad. La paz pareció haberse hecho con sinceridad por parte de ambos soberanos, puesto que no se quebrantó ni el reinado de Mohammed ni en los de sus dos hijos y sucesores. El uno de ellos, el ya célebre guerrero Almondhir, fué declarado aquel mismo año *alhadi* ó futuro sucesor de su padre y reconocido por todos los grandes dignatarios del imperio, segun costumbre (1).

Desde este tiempo quedaron incorporadas al reino de Asturias, Zamora, Toro, Simancas, y otras poblaciones del Pisuerga y del Duero que se iban ya haciendo importantes. Se aseguró al rey de Oviedo la

(1) Albeid, n. 76.—Risco, Esp. Sagr., tom. 37.—Conde, cap. 57.

posesion del condado de Alava, cuyas fronteras solian invadir los árabes frecuentemente, y para más asegurarlas encomendó Alfonso al conde Diego Rodriguez la fundacion del castillo y ciudad que con el nombre de Búrgos habia de adquirir más adelante tanta celebridad histórica (1). Nada descuidaba el grande Alfonso, y preparándose en la paz para la guerra como previsor y prudente monarca, hizo construir en Asturias una línea de castillos ó palacios fortificados, ya en el litoral, como el de Gauzon que aun conserva hoy su nombre, fabricado sobre altas peñas á la orilla del mar cerca de Gijon, ya en el interior, como los de Gordon, Alba, Luna, Arbolio, Boides y Contrueces, que todos llegaron á tener importancia histórica (884).

Mas al tiempo que en tan útiles obras se ocupaba, fraguábanse contra él en su mismo reino conspiraciones inmerecidas é injustificables. La de Hano, magnate de Galicia, que intentaba asesinarle, fué oportunamente descubierta, condenado el autor á la horrible pena de ceguera, y confiscados sus bienes y adjudicados á la iglesia de Santiago. Al año siguiente (885) levantóse etro rebelde nombrado Hermenegildo: su muerte no impidió á su esposa Hiberia, muger resuelta y varonil, continuar al frente de los sublevados, que recibieron tambien el condigno castigo, y sus haciendas fueron igualmente á acrecer las rentas

(1) Chron. Burg.—Flórez, Esp. Sagr. tom. 23.—Annal Complut.

de la basílica compostelana. Y no tuvieron por fortuna otro éxito algunas conjuras que adelante se formaron, si se esceptúa la de sus propios hijos que á su tiempo habremos de referir. Necesitamos ahora volver al imperio árabe.

Abdallah ben Lopia habia vencido á sus dos tios Ismael y Fortun, retenia prisionero á uno de ellos, y habia llegado á formarse un estado en el Ebro superior. Mas como en su desvanecimiento hubiese negado la obediencia al emir, hallóse con dos poderosos soberanos por enemigos, el de Córdoba y el de Asturias, que no le dejaban reposar. Viose, pues, forzado á solicitar con humillacion las mismas amistades de que antes orgullosa y deslealmente se apartára. Pedíasela con oportunidad á Alfonso de Asturias, negábasela éste con justo teson, y cuando el monje de Albelda acabó su crónica en 883 la terminó con estas palabras: «El susodicho Abdallah no cesa de enviar legados pidiendo á nuestro rey paz y gracia al mismo tiempo; pero todavía Dios sabe lo que será.» Infiérese no obstante que al fin la otorgaria el rey, puesto que no vuelve á hablarse de guerra entre los dos.

En este mismo año ofrecióse otra prueba de lo inextinguibles que eran los ódios y las venganzas entre los musulmanes. Un hijo del rebelde Hafsún, llamado Caleb, sediento de vengar la muerte de su padre, descendió de las montañas de Jaca al frente de numerosos parciales, y por espacio de tres años hizo

por toda la izquierda del Ebro una guerra viva á las tropas del emir, derrotándolas en más de una ocasion, y llegando á hacerse dueño de todo el país oriental comprendido entre Zaragoza y la Marca franco-hispana, donde le daban el título de rey. Así las cosas, ocurrió en Córdoba la muerte del emir Mohammed, que las crónicas musulmanas refieren de un modo esencialmente oriental. «Los más grandes acaecimientos «(dicen) como los más leves, el hundimiento de una «montaña como el movimiento y vida de una hoja de «sauce, todo procede de la divina voluntad, y está «escrito en la tabla de los eternos hados cómo y cuán«do el soberano Señor lo quiere: así fué que el rey «Mohammed, hallándose sin dolencia alguna y recreán«dose en los huertos de su alcázar con sus vazzires y «familiares, le dijo Haxen ben Abdelaziz, walí de «Jaen: ¡cuán feliz condicion la de los reyes! ¡para «ellos solos es deliciosa la vida! para los demás hom«bres carece el mundo de atractivos: ¡qué jardines tan amenos! ¡qué magníficos alcázares! ¡y en ellos «cuántas delicias y recreos! Pero la muerte tira la «cuerda limitada por la mano del hado, y todo lo «trastorna, y el poderoso príncipe acaba como el rús«tico labriego.» Mohammed le respondió: «La senda «de la vida de los reyes está en apariencia llena de «aromáticas flores, pero en realidad son rosas con «agudas espinas; la muerte de las criaturas es obra «de Dios, y principio de bienes inefables para los

«buenos: sin ella yo no seria ahora rey de España.»
«Retiróse el rey á su estancia, y se reclinó á descan-«sar, y le asaltó el eterno sueño de la muerte, que «roba las delicias del mundo y ataja y corta los cui-«dados y vanas esperanzas humanas. Esto fué al ano-«checer del domingo 29 de la luna de Safar, año 273 «(886 de J. C.), á los sesenta y cinco años de su «edad, y treinta y cuatro y once meses de su reina-«do: tuvo en diferentes mugeres cien hijos, y le so-«brevivieron treinta y tres: fué de buenas costum-«bres, amigo de los sábios, honraba á los alimes, «hafitzes ó tradicionistas, etc. [1]»

Sucedióle su hijo segundo, el infatigable guerrero Almondhir, reconocido tres años hacia sucesor del imperio. Mientras el nuevo emir acudió de Almería, donde se hallaba cuando murió su padre, á tomar posesion del trono, el rebelde Caleb ben Hafsûn se apoderaba de Zaragoza y Huesca, y juntando hasta diez mil caballos y contando con la proteccion de los cristianos de Toledo marchó sobre esta ciudad, entró en ella, hízose proclamar rey, y tomó y guarneció los castillos de la ribera del Tajo. Así el hijo del antiguo artesano de Ronda y del capitan de bandidos de Extremadura se veia dueño y señor, con título de rey, de la mayor parte de la España oriental y central, desafiando el poder de la córte de Córdoba. A

(1) Conde cap. 57.

esta novedad congregó Almondhir todas las banderas de Andalucía y de Mérida, y envió delante á su primer ministro Haxem con un cuerpo de caballería escogida. Propúsole el astuto Ben Hafsùn entregarle la ciudad y retirarse al oriente de España, con tal que le facilitase las acémilas y carros necesarios para trasportar sus enfermos, aprestos y provisiones, pues de otro modo no podria hacerlo sin causar extorsiones á los pueblos, añadiendo que habia venido engañado por los cristianos de Toledo y por los malos muslimes.»

Parecióle bien á Haxem, y con deseo de evitar una guerra sangrienta y de éxito dudoso, lo avisó al emir inclinándole á aceptar la proposicion. «Miráos mucho, le contestó Almondhir, en fiaros de las ofertas *del astuto zorro de Ben Hafsún*,» Hablaba Almondhir como hombre escarmentado, pues no podia olvidar la tragedia de los campos de Alcañiz, en que la flor de los muslimes valencianos habia sido víctima de la falsía de Hafsùn. No bastó esta prevencion á desengañar á Haxem: la proposicion fué aceptada, y las acémilas enviadas á Toledo con una parte de sus soldados. Dióse principio á cargar en ellas los enfermos y provisiones, y salió Ben Hafsùn con algunas de sus tropas de Toledo. El ministro del emir dióse por posesionado de la ciudad, licenció sus banderas, dejó una corta guarnicion en Toledo, y se volvió á Córdoba. Pero Ben Hafsùn, digno hijo de su

padre, y heredero de su doblez y de su perfidia como de su ódio á los Ommiadas de Córdoba, cargó entonces de improviso sobre los conductores de las acémilas, los degolló á todos sin dejar uno solo con vida, y volviendo á Toledo, donde habia dejado oculta una parte de sus tropas, de acuerdo con los parciales de aquella ciudad, ejecutó lo mismo con los soldados de Haxem, aseguró los fuertes del Tajo, y quedó campeando en todo el pais.

Cuando la nueva de esta catástrofe llegó á Córdoba, bramó de cólera Almondhir, y haciendo prender á Haxem, y llevado que fué á su presencia, «tú «fuiste, le dijo, quien me aconsejó, tú el que ayu«daste á la perfidia del rebelde, tú morirás hoy mis«mo, para que aprendan otros en tí á ser mas cautos «y avisados.» Y sin tener en cuenta sus buenos y largos servicios, le mandó decapitar en el acto en el patio mismo del alcázar; y no satisfecho todavía, hizo encerrar en una torre y confiscar sus bienes á sus dos hijos Omar y Ahmed, walíes de Jaen y de Ubeda. Profundo sentimiento causó aquella muerte á todos los caballeros y gefes muslimes, porque era Haxem por sus altas prendas querido de todos [1].

Hecho esto, reunió de nuevo sus banderas, y partió él mismo á Toledo con su guardia, llevando

(1) Conde, cap. 58.

consigo á su hermano Abdallah, el más esforzado, dicen, y el más sábio de todos los hijos de Mohammed. A él encomendó el sitio de Toledo, y él se dedicó á la persecucion de los rebeldes y sus auxiliares con un cuerpo volante de caballería escogida. Más de un año pasó sosteniendo diarias escaramuzas y reencuentros con partidas rebeldes, en que logró algunas parciales ventajas. Un dia, recorriendo el pais con algunas compañías de sus mas bravos caballeros, descubrieron en las cercanías de Huete numerosas tropas enemigas. Almondhir, dejándose llevar de su natural ardor, y sin reparar ni en el número ni en la ventajosa posicion de los contrarios, los acometió con su acostumbrado arrojo, y aun los hizo al pronto cejar. Mas luego repuestos circundaron por todas partes á los caballeros andaluces, que envueltos en una nube de lanzas perecieron todos, incluso el mismo Almondhir, que cayó acribillado de heridas. Así acabó el valeroso Almondhir Abu Alhakem en el segundo año de su reinado. Fué su muerte en fin de la luna de Safar, año 275 (888), y reinó dos años menos unos dias. Era Almondhir valeroso guerrero, sereno en las batallas, en extremo frugal: en sus vestidos armas y mantenimiento no se diferenciaba de otros caudillos inferiores, y su tienda solo se distinguia por la bandera de las de otros walíes.

Abdallah su hermano partió inmediatamente para Córdoba. Encontró ya el mejuar reunido para delibe-



rar sobre la eleccion de emir. Entró Abdallah en el consejo; á su presencia levantáronse todos, y unánimemente le proclamaron emir de España sin restricciones ni reservas: nuevo testimonio de la libertad electiva que conservaban los árabes, puesto que Almondhir habia dejado hijos, aunque jóvenes. Inauguró Abdallah su gobierno mandando restituir la libertad y la hacienda á Omar y Ahmed, y llevando mas adelante su generosidad, repuso á Omar en el cargo de walí de Jaen, y nombró á Ahmed capitan de su guardia. Tan noble comportamiento le granjeó el afecto y los aplausos del pueblo, pero disgustó á los príncipes de su familia, y muy particularmente á su hijo Mohammed, walí de Sevilla, resentido de Omar y Ahmed por cosas de amoríos y galanteos juveniles. Preparábase Abdallah á partir á Toledo para proseguir la guerra contra el pertinaz Ben Hafsûn, cuando recibió aviso de haberse levantado ya en Sevilla su hijo Mohammed, en union con sus dos tios, hermanos del emir, Alkacim y Alasbag, apoyados por los alcaides de Lucena, de Estepa, de Archidona, de Ronda y de todos los de la provincia de Granada. El nuevo emir, sin mostrarse por eso turbado, encargó á su hijo Abderrahman que negociase por prudentes medios la sumision de su hermano y de sus tios, y él se encaminó á Toledo considerando siempre como el enemigo mas temible al hijo de Hafsûn.

Comienza aquí una madeja de guerras y sedicio-



nes en todos los ángulos del imperio hispano-muslímico, una complicacion tal de escisiones y luchas entre las diferentes razas y tribus y entre los príncipes de una misma familia, que el mediodía y centro de España semejan un horno en que hierven las rivalidades, los ódios, los celos, los elementos todos que anuncian el fraccionamiento á que está llamado el imperio árabe antes de su destruccion.

No habia llegado Abdallah á dar vista á Toledo, cuando le fueron noticiadas dos nuevas insurrecciones, en Lisboa la una, en Mérida la otra. Para sofocar la primera envió con una flota equipada en Andalucía al wazzir Abu Otman. A reprimir la segunda marchó él en persona con cuarenta mil hombres. El rebelde cadí de Mérida Suleiman ben Anís se echó á los piés del emir, y puso su cabeza sobre la tierra, dice la crónica. Abdallah le otorgó perdon en gracia de su talento y juventud, y en consideracion á los servicios de su padre. Seguidamente volvió á Toledo, donde se empeñó en una série de parciales combates con el sagaz ben Hafsún. Etretanto las gestiones amistosas de Abderrahman con su hermano y tios habian sido de todo punto infructuosas; Mohammed ni siquiera se dignaba contestar á las atentas cartas de su hermano. Antes bien habia atizado el fuego por los distritos de Granada y Jaen, y los walíes puestos por el emir, reducidos á sus fortalezas, se veian aislados en medio de la general conflagracion. Ben Haf-

aûn no se descuidaba en añadir leña al fuego, y enviaba al valiente Obeidalah ben Omiad á impulsar y organizar las masas rebeldes que infestaban aquella tierra. Hasta las tribus semi-nómadas de los oscuros valles de la Alpujarra abandonaban sus rústicas guaridas para engrosar las filas de unos ú otros combatientes. No quedó quien labrára los campos, ni se pensaba sino en pelear. No habia rincon de Andalucía en que no ardiera la guerra civil.

Necesitábase todo el corazon de Abdallah, necesitábase un ánimo tan levantado y firme como el suyo para no abatirse ante tal estado de cosas. Hasta en la capital misma fermentaba el espíritu de sedicion, temíase un golpe de mano de Mohammed, y por consejo de Abderrahman tuvo que acudir su padre con preferencia á preservar la capital, sin que otra noticia satisfactoria en medio de tantos disgustos recibiera que la de haber vencido Abu Otman al rebelde walí de Lisboa y á sus secuaces, de cuyo triunfo recibió el parte oficial que acostumbraban á enviar los árabes, á saber, las cabezas cortadas de los sublevados. En cambio el agente de Ben Hafsûn, Obeidalah, se habia unido con Suar, que mandaba siete mil rebeldes, y con Aben Suquela, que tenia á sueldo seis mil hombres, árabes y cristianos. El caudillo imperial Abdel Gafir habia sido derrotado, cautivado él y sus mejores oficiales, y encerrados en las fortalezas de Granada. Con esto se estendieron los rebeldes por todo

el país, ocupando á Jaen, Huescar, Baza, Guadix, Archidona y toda la tierra de Elvira hasta Calatrava, apoyados en una imponente línea de fortificaciones (889).

Desesperado salió ya Abdallah de Córdoba con la caballería de su guardia, jurando, dice el historiador de los Ommiadas, no volver hasta exterminar aquellas taifas de bandidos. Con esta resolucion se entró por tierra de Jaen, y avanzó hasta la Vega de Granada (890). Saliéronle al encuentro Suar y Aben Suquela apoyados en Sierra Elvira: brava y récia fué la pelea; doce mil rebeldes perecieron, entre ellos el caudillo Aben Suquela: Suar cayó herido del caballo, cogiéronle unos soldados del emir, y presentáronle á Abdallah, que en el momento le hizo decapitar [1]. No se desanimaron los rebeldes con tan rudo golpe; pero tuvieron el mal tacto de elegir por caudillo á Zaide, hermano del poeta guerrero Suleiman, guerrero y poeta él tambien, que más arrojado que prudente cometió la temeridad de salir de Granada, cruzar la Vega y provocar á las tropas del emir en los campos de Loja, precisamente donde podia maniobrar la ca-

(1) El poeta Suleiman que seguía á los rebeldes y habia celebrado los anteriores triunfos de Suar, dedicó á su muerte estos sentidos versos.

De Suar se quebró la espada—en esa de Sierra Elvira,
La espada que á las hermosas—de tristes lutos vestia,
La que de mortales ansias—daba copas repetidas,
Y de una misma brindaba—á gente noble y baldia......

Conde, cap. 62.



ballería real: de modo que fueron pronto lastimosamente alanceados sus peones y regados con sangre aquellos hermosos campos. El mismo Zaide, despues de haber hundido su lanza en muchos pechos enemigos, tuvo al fin que rendirse. Abdallah, faltando á su natural generosidad, ordenó con la crueldad de la desesperacion que un verdugo le abrasase los ojos con un hierro candente, y despues de tres dias de agudísimos dolores y tormentos mandó que le cortáran la cabeza. Por resultado de esta campaña las tropas del emir ocuparon á Jaen, y recobraron á Granada, Elvira y muchos de los torreones alzados en las llanuras del Darro y del Genil (1).

Los restos de las destrozadas huestes se retiraron á la Alpujarra, donde aclamaron por gefe á un ilustre persa, señor de Medina Alhama de Almería (2), llamado Mohammed ben Abdeha ben Abdelathif, conocido en las historias granadinas por Azomor; el cual, mas cauto que sus antecesores, se limitó á guarnecer castillos, y á hacer desde las inaccesibles sierras de Granada, Antequera y Ronda la guerra de montaña tan propia para cansar y fatigar al enemigo. Así fué que Abdallah hubo de retirarse á Córdoba para no gastar en una guerra sin brillo las fuerzas que necesitaba para empresas mas urgentes.

Si próspera y feliz habia sido la campaña de El-

(1) Ben Alabar, Ben Hayan, in Casiri, tom. II.—Conde, c. 61 y sig.

(2) *Alhama*, baños: *Medina Alhamia*, ciudad de los baños.



vira y de Jaen, no lo fué menos la de su hijo Abderrahman en Sevilla. En pocos dias quitó á su hermano esta ciudad y la de Carmona, y continuando su persecucion, y habiéndose empeñado á poca distancia de la primera una batalla en que pelearon de una y otra parte todos los mas nobles y principales caballeros de Andalucía, cayeron en poder de Abderrahman prisioneros y heridos su hermano Mohammed y su tio Alkasim. A ambos los hizo curar con esmero: á ambos los encerró en una torre de Sevilla, donde Alkasim vivió como olvidado, y donde Mohammed murió en 895, no sin sospechas de que su muerte hubiese sido mas violenta que natural. Lo cierto es que la voz popular designó á este infortunado príncipe con el dictado de *El Mactul*, que quiere decir el *asesinado*; y un niño que dejó de cuatro años llamado Abderrahman fué conocido siempre con el nombre de «el hijo de Mactul», ó el *hijo del asesinado.*» Este tierno huérfano habia de ser despues el más ilustre de la esclarecida estirpe de los Ommiadas.

Con esta felicidad se iba desembarazando Abdallah de aquel enjambre de rebeliones, no restándole al parecer más enemigos musulmanes que Ben Hafsûn y Azomor. Pero mil enconados ódios quedaron por consecuencia de tan complicadas guerras y encontrados intereses. Retábanse eetre sí los walíes y caudillos rivales, y se asesinaban en las calles mismas: así por personales resentimientos veia el emir perecer no

pocos de sus mas bravos y útiles servidores. Otra calamidad vino por aquel tiempo á aumentar la turbacion en que se hallaba el imperio muslímico. Padecióse en el año 285 de la hegira (897 de J. C.) tal esterilidad y carestía, y siguióse un hambre tan terrible, que al decir de las historias musulmanas, «los pobres se comian unos á otros; y la mortandad de la peste fué tal que se enterraban muchos en una misma sepultura, sin lavar los cadáveres y sin las oraciones prescritas por la religion, y no habia ya quien abriera sepulcros (1).»

Por fortuna de Abdallah, mientras devoraba sus dominios la llama de tantas guerras civiles, el rey Alfonso de Asturias observaba religiosamente la tregua y armisticio concertado en 883 con su padre Mohammed, y le dejó desembarazado para desenvolverse de tan complicadas sediciones y de tantos enemigos domésticos. Lejos de turbarse despues esta buena inteligencia entre el príncipe musulman y el cristiano, un suceso vino luego á estrecharla más, y dió ocasion al Ommiada para mostrar que sabia corresponder á la religiosidad con que Alfonso habia cumplido lo pactado, en unas circunstancias en que hubiera podido convertir las discordias intestinas del imperio sar-

(1) Conde, cap. 63.—La frecuencia con que las historias arábigas nos hablan de años de esterilidad, de sequía, de hambres y pestes, de mortandades y estragos, nos permiten sospechar que haya en ello algo de hipérbole, pues de otro modo apenas se concibe cómo entre tan continuadas guerras y tan repetidas plagas no se despobló muchas veces el imperio, y principalmente la Andalucía.

raceno en provecho propio, y quizá derribar el combatido trono de los Beni-Omeyas.

Habia en el partido de Caleb ben Hafsûn un general ilustre, de la misma familia, dicen, de los Ommiadas, llamado Ahmed ben Moavia, por sobrenombre Abul-Kasim, que sin duda por algun resentimiento contra los suyos se habia pasado al bando rebelde. Este Abul-Kasim, á quien Ben Hafsûn tenia confiado el mando de las fronteras cristianas, fanático y orgulloso hasta el punto de apellidarse profeta, quiso señalarse por alguna empresa ruidosa, y reclutando cuanta gente pudo en toda la España oriental y en tierras de Algarbe y Toledo, con muchos berberíes de Africa que trajo á sueldo, llegó á reunir un ejército de sesenta mil hombres, el mayor que habia acaudillado nunca ningun gefe rebelde. Este hombre presuntuoso tuvo la arrogancia de escribir al rey de Asturias intimándole, que ó se hiciese musulman ó vasallo suyo, ó se preparase á sufrir una muerte ignominiosa. Con estos pensamientos se entró el arrogante musulman por tierras de Zamora, talando y pillando indistintamente poblaciones muslímicas y cristianas.

Los cristianos que, en paz entonces con el emir de Córdoba, tenian mal guardadas las fronteras, refugiáronse á Zamora, desde donde pidieron auxilio á sus correligionarios. No tardó Alfonso en aparecer en los campos de Zamora con un ejército no menos considerable que el de su atrevido competidor. Tan pron-

to como se encontraron empeñóse un combate general que se sostuvo con igual encarnizamiento por espacio de cuatro dias. Arrollaron al fin los cristianos á los infieles, y el orgulloso Ahmed encontró la muerte en lugar de la gloria que ambicionaba: huyeron con esto desordenadamente los suyos, haciendo en ellos los cristianos gran carnicería, en la que cayó tambien envuelto Abderrahman ben Moavia, walí de Tortosa y hermano de Ahmed. «Cortaron los cristianos, dice la crónica musulmana, muchas cabezas, y las clavaron en las almenas y puertas de Zamora:» costumbre que sin duda tomaron de ellos. Llamóse aquella célebre batalla *el dia de Zamora* (901 de J. C.) [1].

Motivo fué este triunfo de Alfonso para que se renovára y se estrechára mas la alianza entre el emir de Córdoba y el rey de Oviedo; que á ambos soberanos aprovechaba y convenia mantenerse amigos para mejor resistir al inquieto, activo y formidable Ben Hafsûn, á quien miraban uno y otro como el mas temible y peligroso vecino. Alentado Alfonso con la reciente victoria y con el nuevo pacto, marchó al año siguiente sobre Toledo como quien se consideraba bastante fuerte para atacar al hijo de Hafsûn en el corazon mismo de sus dominios; mas habiéndole ofrecido los toledanos gran suma de dinero porque se alejára, y conociendo por otra parte las dificultades que

(1) Sampir. Chron. n. 14.—Roder. Tolet., De reb. in Hisp. gest. —Conde, cap. 64.

le oponia la fuerte posicion de la ciudad, volvióse á Asturias, tomando de paso algunos castillos, y contento con el fruto de su expedicion y con la gloria de haber sido el primer monarca cristiano que se habia atrevido á acercar sus banderas á los muros de la antigua córte de los godos (902).

Por el contrario la conducta de Abdallah con el rey cristiano excitó de tal modo la murmuracion y el descontento de los austeros y fanáticos sectarios de Mahoma, que en algunas ciudades de Andalucía llegaron los imanes y katibes de las mezquitas á omitir su nombre en la chotba ú oracion pública, como si fuese un musulman excomulgado, y en Sevilla propasáronse á aclamar el nombre del Califa de Oriente. Su mismo hermano Alcasim, acaso libertado de la prision por los disidentes, predicaba abiertamente que no debia pagarse el azaque ó diezmo á un mal creyente que le empleaba en combatir á los mismos musulmanes. Procedió Abdallah en esta ocasion con enérgica entereza; hizo prender á Alcasim que al poco tiempo murió envenenado en la prision, y desterró de Sevilla á algunos alimes turbulentos, con lo que logró restablecer por entonces la tranquilidad (903).

No estaba en tanto Caleb ben Hafsûn ni dormido ni ocioso. Desde Bailen, donde se hallaba de incógnito, expiaba las discordias y bandos que agitaban la córte misma del emir; contaba en ella con parciales poderosos, y tan audaz como mañero y astuto halló

medio de introducirse en Córdoba disfrazado. No pecaba Ben Hafsûn de humilde en sus pensamientos, y acaso lisonjeaba al hijo del antiguo bandido la idea de ser cabeza de una nueva dinastía que reemplazára en el trono imperial á los Beni-Omeyas. Una casualidad dió al traste con todos sus altivos proyectos. Entre las numerosas sátiras y escritos picantes que se habian publicado contra el emir habia llamado la atencion una en que se le daba el apodo de *El Himar*, el ignorante, el *asno*. Súpose que era de aquel cadí revolucionario de Mérida, Suleiman ben Albaga, que por haberse postrado á los piés de Abdallah habia obtenido su perdon. Llevado ahora á su presencia, «¡por «Dios, amigo Suleiman, le dijo el emir, que mis be«neficios han caido en bien ingrato terreno! A fé que «no merecia de tí estos vituperios, ó sean alabanzas, «que para mí lo mismo valian siendo tuyas; y pues «tan poco te aprovechó en otro tiempo mi benignidad «y mansedumbre, ahora deberia darte á gustar el «rigor de mi justo enojo; pero no, quiero que vivas, «y cuando te lo mande me has de repetir tus versos; «y para que veas que los estimo en mucho, has de «pagar por cada uno mil doblas, y si más hubieras «cargado *al asno*, mayor y de más precio seria la «paga (1).» Abochornado Suleiman, y «puesta la cara,

(1) Conde, cap. 65.—Romey traduce: «prepárate á recibir de mi tesoro mil piezas de oro por cada verso;» tomando por paga del emir lo que segun el texto arábigo era multa al poeta.

dice la historia, á los piés del emir,» le pidió perdon, otorgósele Abdallah, y agradecido el delincuente poeta le descubrió la conspiracion, y le reveló la estancia de Ben Hafsún en Córdoba; mas este, sabedor del arresto de Suleiman, huyó otra vez disfrazado de mendigo, y pidiendo de puerta en puerta, segun despues se supo, pudo llegar á su ciudad de Toledo (905).

Perseguido allí y acosado por el vazzir Abu Otman, vióse reducido á no poder salir en tres años de la ciudad. Quiso despues encargarse de la guerra de Toledo el hijo del emir, el valiente Abderrahman, llamado ya Almudhaffar, que acababa de pacificar las provincias del Mediodía. Abu Otman fué nombrado capitan de los slavos, que formaban la guardia asalariada del emir, y con tal vigor y energía emprendió Almudhaffar la guerra contra Ben Hafsûn, que no era osado el orgulloso rebelde á desamparar los muros de Toledo (909). La paz se habia ido restableciendo, gracias á la vigorosa actividad del emir y su hijo, en el resto de la España musulmana, antes tan agitada y revuelta.

Proseguia la amistad y buena inteligencia entre el emir de Córdoba y el rey cristiano de Asturias. Dedicado se hallaba el grande Alfonso al fomento de la religion y al gobierno interior de su estado, y cuando parecia que deberia reposar tranquilo entre los suyos sobre los laureles de sus anteriores victorias, un acto de horrible deslealtad de parte de su propia familia

vino á acibarar los últimos dias de su existencia y de su glorioso reinado. Tenia Alfonso de su esposa Jimena cinco hijos adultos, á saber, García, Ordoño, Fruela, Gonzalo y Ramiro; casado el mayor, García, con la hija de un conde de Castilla llamado Nuño Fernandez, residentes los dos entonces en Zamora. Ambicioso García, y alentado é instigado por su suegro Nuño, tramó una conspiracion encaminada á arrancar la corona de las sienes de su propio padre. Oportunamente pareció haberla conjurado Alfonso, haciendo prender á su hijo en Zamora y trasladarle cargado de cadenas al castillo de Gauzon en Asturias. Así hubiera sido, á no haber entrado en esta conspiracion indefinible todos sus hijos, y lo que es más incomprensible aun, su misma esposa, sin que la historia nos haya revelado las causas de este estraño concierto de toda una familia contra un padre, contra un esposo, contra un monarca, de quien no sabemos qué pudo haber hecho (1) para concitar contra sí ingratitud tan universal (908).

Es lo cierto que todos sus hijos, su esposa, su yerno, todos se alzaron en armas contra él, y libertando de su prision á García, y apoderándose de los castillos de Alva, de Luna, de Gordon, de Arbolio y de Contrueces, de toda aquella línea de fortificaciones que Alfonso habia levantado para proteger las Asturias contra los ataques de los sarracenos, vióse el rei-

(1) Conténtase el arzobispo don Rodrigo con decirnos que la reina amaba poco á su marido.

no cristiano arder por espacio de dos años en una funesta y lamentable guerra civil. Alfonso, siempre grande en medio de sus amarguras, conociendo las calamidades que de prolongar aquella lucha doméstica lloverian sobre todos sus súbditos, y deseando evitar el derramamiento de una sangre que no podia dejar de serle querida, convocó á toda su familia y á los grandes del reino en el palacio fortificado de Boides, y á presencia de todos y con su asentimiento renunció á una corona que con tanta gloria y por tan largos años habia llevado (909), y abdicó solemnemente en favor de sus hijos (1).

Repartiéronse, amistosamente al parecer, los tres hermanos mayores los dominios de su padre. Tomó García para sí las tierras de Leon, que desde entonces comenzó á ser la capital del reino de este nombre. Tocáronle á Ordoño la Galicia y la parte de Lusitania que poseian los cristianos. Obtuvo Fruela el señorío de Asturias. Gonzalo, que era eclesiástico, se quedó de arcediano de Oviedo; y Ramiro, á quien acaso por su corta edad no se adjudicaron estados, llegó á usar más adelante como dictado de honor el título de rey (2). Reservó para sí Alfonso únicamente la ciudad de Zamora, á la cual miraba con predileccion por haberla él reedificado y por haber sido teatro de uno de

(1) Sampir. Chron. n. 15.—Roder. Tolet. De Reb. Hisp. l. IV.—Risco, Esp. Sagr., tom. 37.

(2) Consta así de una donacion hecha por el mismo Ramiro á la catedral de Oviedo en 926.

sus más gloriosos triunfos. Pero antes de fijarse en ella quiso visitar el sepulcro del apóstol Santiago, cuya iglesia habia reconstruido y dotado; y como de regreso de este piadoso viage hallase en Astorga á su hijo García, pidióle el destronado monarca, siempre magnánimo, le permitiese pelear, una vez siquiera antes de morir, con los enemigos de Cristo. Otorgóselo García, y emprendió Alfonso su última campaña contra los moros de Ben Hafsún el de Toledo, que desde los fuertes del Tajo no cesaban de inquietar las fronteras cristianas. Con el ardor de un jóven se entró todavía Alfonso por las tierras de los musulmanes; y despues de haber talado sus campos, incendiado poblaciones y hecho no pocos cautivos, volvió triunfante á Zamora, donde enfermó al poco tiempo, y falleció el 19 de diciembre de 910, á los 44 años de su advenimiento al trono [1].

Habia ido entretanto creciendo en Córdoba el jóven Abderrahman, el hijo de Mohammed el Asesinado, nieto de Abdallah y sobrino de Almudhaffar, siendo por su gentileza, amabilidad y talento la delicia del pueblo, el querido de los walíes y vazzires, el protegido de Abu Otman, y el predilecto de su abuelo, si bien no se atrevia Abdallah á manifestar ostensiblemente todo el cariño que le tenia por no dar celos

(1) Seguimos en esto la crónica del obispo Sampiro. Sobre la variedad que se nota en los historiadores acerca del año de la muerte de Alfonso el Magno, que algunos han querido prolongar hasta el 919 puede verse á Risco, Esp. Sagr. tom. 37, pág. 223.

á su propio hijo Almudhaffar. Con razon se habia captado tan universal cariño el tierno príncipe, que á la edad de ocho años sabia de memoria el Coran y recitaba todas las sunnas ó historias tradicionales, que aun no tenia doce cumplidos y ya manejaba un corcél con gracia y soltura, tiraba el arco, blandia la lanza, y hablaba de estratagemas de guerra como un capitan consumado. Tan raras prendas y tan precoz talento anunciaban que habia de ser el más ilustre entre los ilustres Ommiadas. Los trabajos, las inquietudes y disgustos, más aun que la edad, tenian á su abuelo Abdallah desmejorado y enmagrecido. La muerte de su madre le afectó hondamente, y le sumió en una profunda melancolía; íbale consumiendo una fiebre lenta, y sintiendo cercano el fin de sus dias, congregó á los walíes y vazzires y les declaró su voluntad de que le sucediera en el imperio Abderrahman ben Mohammed su nieto Reconociéronle todos con gusto, incluso su tio Almudhaffar, que lejos de darse por resentido de su postergacion se constituyó en protector generoso y en servidor leal de su sobrino. Cumplióse el plazo de los dias de Abdallah, y falleció á principio de la luna de Rabie primera del año 300 de la hegira (noviembre de 912), dejando once hijos y catorce hijas. Príncipe de gran corazon fué Abdallah, bondadoso en lo general y benigno; si bien la exasperacion de tantas rebeliones le hizo cometer algunos actos de crueldad, que sin duda le causaron remordimientos. Tuvo ha-

bilidad para vencer enemigos, pero le faltó maña para hacerse amigos, y sus alianzas con el rey cristiano y sus preferencias á los sirios sobre los árabes fueron causa de malquistarle con estos y de enagenarse á los fervientes y fanáticos muslimes.

¿Y qué habia sido de los cristianos de la Vasconia y de la Marca franco-hispana, de esos dos estados que se estaban formando á uno y otro estremo de la cadena del Pirineo?

Despues de la desgraciada batalla de Aybar en que pereció el conde de Pamplona, ó si se quiere rey de Navarra García Garcés *(Garcia Garseanus)*, con cuya hija habia casado Alfonso III. de Asturias, aparece gobernando á los navarros el hijo de García y descendiente de los condes de Bigorra Sancho Garcés, temible enemigo con quien tuvo que contar el rebelde y poderoso moro Ben Hafsûn en la parte del Ebro superior á que se estendian sus dominios. Mientras este formidable rival de los Ommiadas habia sostenido su sediciosa bandera en el Mediodía y Centro de España, peleando alternativamente con el emir de Córdoba y con el monarca de Asturias, Sancho Garcés de Navarra habia hecho una guerra viva á los musulmanes del nordeste, ganándoles muchas poblaciones, tomando muchas fortalezas, y estendiendo sus conquistas desde Nájera hasta Tudela y Ainsa, y hasta las tierras á que comenzaba á darse el nombre de Aragon. Dueño de estos territorios, sobre los cuales ejercia un mando



independiente, tomó en 905 el dictado de rey de Navarra, sino por primera vez, por lo menos más abiertamente que ninguno de sus predecesores (1). Es

(1) *In era DCCCCXCIII* (dice la crónica Albeldense) *surrexit in Pampilona Rex nomine Sancio Garseanis.* Hasta ahora ninguna crónica que sepamos habia hecho mencion tan expresa del título de rey con aplicacion á los gobernadores pamploneses. —No es posible que haya un punto histórico en que más disientan los autores que el origen, y principio del reino de Navarra. No estrañamos que al llegar á este período digan casi unánimemente los modernos historiadores: «El origen del reino Pirenáico está cubierto de oscuridad y »de tinieblas.»—«Nada se presenta »en los anales de nuestra nacion »más oscuro y enmarañado que el »origen del reino de Navarra, y no »solo ha contribuido á esta confu»sion la falta de documentos histó»ricos, sino muy especialmente la »rivalidad de los escritores arago»neses y navarros: he estudiado »detenidamente las relaciones de »los mismos, y no he podido sacar »otra cosa que confusion y contra»riedad en las ideas.» (Tapia y Moron, en sus Historias de la Civilizacion de España). Así, poco más ó menos, se esplican todos. Repetimos que no es de extrañar esta perplegidad y embarazo al tratarse de un reino sobre cuyo principio hay entre los autores la discordancia nada menos que del año 716, en que le suponen unos, hasta el 905, en que le fijan otros, aparte de las fechas que otros señalan en el intermedio de estos 189 años. Tambien nosotros, como el escritor citado, hemos intentado penetrar en este laberinto, y procurado examinar los fundamentos en que apoyan sus diferentes opiniones los autores que más de propósito han tratado este punto, tales como Moret, Blancas, Garivay, Morales, Sandoval, Yepes, Briz, Elizondo, Zurita, Risco, Mariana, Mondéjar, Traggía, Yangüas y otros de los que pasan por más autorizados, sin que nos haya sido posible recoger otro fruto que oscuridad y contradicciones; contradicciones tales, que no vemos medio de concertar ni avenir unos con otros. Y no se limita solo la divergencia en cuanto á la época en que pudo el reino de Navarra tener principio, sino tambien en cuanto á las cronologías de los antiguos reyes que cada cual supone. Pueden servir de muestras las siguientes:

SEGUN GARIBAY.

García I. Jimenez.
García II. Iñiguez.
Fortuño I. Garcés.
Sancho I. Garcés.
Jimeno I. Iñiguez.
Iñigo I. Jimenez, *Arista.*
García III. Iñiguez.
Fortuño II. Garcés.
Sancho II. Garcés, etc.

SEGUN MORET.

García I. Jimenez.
Iñigo I. Garcés, *Arista.*
Fortuño I. Garcés.
Jimeno Iñiguez.
Iñigo II. Jimenez.
García II. Jimenez.
García III. Iñiguez.
Fortuño II. Garcés.
Sancho II. Garcés, etc.

SEGUN TRAGGIA.

Iñigo I. *Arista.*
García I. Iñiguez.

lo cierto que desde esta época y con este rey comenzó el reino de Navarra á adquirir estension, importancia y celebridad, y verémosle desde ahora ir creciendo y robusteciéndose hasta ser uno de los que contribuyeron más á la grande obra de la restauracion española.

Cuéntase de este Sancho, que hallándose del otro lado del Pirineo en ocasion que los moros de Zaragoza hicieron una tentativa sobre Pamplona, y estando los montes cubiertos de nieve, proveyó á sus soldados de abarcas de cuero para que pudiesen trepar mejor por aquellas nevadas sierras (de que le quedó el nombre de Sancho *Abarca*, á semejanza del que de su calzado tomó el emperador Calígula), y cayendo pre-

Fortuño I. Garcés.
Sancho I. Garcés.
García II. Jimenez.
Iñigo II. Garcés.
García III. Iñiguez.
Fortuño II. Garcés.
Sancho II. Garcés.
Jimeno II. Garcés, etc.

SEGUN MASDEU.

García Sanchez Iñiguez I.
Sancho Garcés, *Abarca*, II.
García Sanchez, el *Temblon*, III. etc.

Para hablar de los fundamentos en que cada cual apoya su genealogía, dando cada uno por apócrifos los documentos en que los otros fundan su sistema, necesitaríamos hacer una disertacion aun más difusa que la de Traggia inserta en el tomo IV. de las Memorias de la Academia, la cual confesamos que á pesar de la asombrosa erudicion que el autor ha vertido en ella no ha podido satisfacernos, ni despejar para nosotros el confuso caos en que los espresados autores han logrado envolver este punto, y hemos estado para esclamar al leerla: *non nostrum est tantas componere lites*. Por eso en nuestra historia nos hemos concretado á consignar lo que acerca de este reino hemos hallado en el Continuador del Biclarense que escribia en 724, en el Pacense que acabó su crónica en 754, en Sebastian de Salamanca, en el de Albelda, en Vigila y Sampiro, en San Eulogio de Córdoba que hizo un viage á Navarra á mediados del siglo IX., en los biógrafos de Carlo-Magno y Luis el Pio, en las historias francas y en las arábigas de aquel tiempo, que son para nosotros las fuentes más auténticas. Parécenos hasta cierto punto digna

cipitadamente sobre los enemigos, los sorprendió causándoles una horrible matanza, de que se salvaron pocos; y que seguidamente y sin descanso atacó y tomó el castillo de Moujardin (de donde algunos historiadores le nombran tambien Sancho *el de Monjardin*), llevando luego sus armas (908) por tierras musulmanas hasta la confluencia de los rios Ebro y Aragon, y casi sin soltar la espada de la mano pasó otra vez el Ebro, y corrióse hasta Nájera, Vecaria y Calahorra, donde le dejaremos, porque sus posteriores hechos se enlazan ya más con los de los reinos de Leon y de Córdoba en época á que no alcanza todavía la narracion que nos hemos propuesto comprender en este capítulo.

Tambien en la Marca Hispana habian ocurrido novedades importantes. Habia Cárlos el Calvo dividido el condado de Barcelona separando la Septimania de la Gothalania ó Cataluña, cada una bajo el gobierno de un conde. Obtuvo despues de Udalrico el condado

de elogio la sinceridad con que un moderno historiador de las cosas de Navarra, el señor Yanguas, archivero de aquel antiguo reino, esclama al ver el calor con que se sostiene esta controversia: «Por-«que á la verdad (dice) ¿qué nos «importa que los primeros reyes «de Navarra se llamasen Sanchos, «Iñigos ó Aznares? ¿Qué significan «esas eternas disputas queriendo «atribuirse cada uno la gloriosa «casualidad de haber dado reyes á «un pais que jamás quiso ser do-«minado sino de sí mismo? ¿No «tiene tambien algo de puerilidad «la disputa entre aragoneses y na-«varros, sobre si el primer rey fué «proclamado en Sobrarbe ó en «Amescoa? ¿Acaso entonces las «montañas de Jaca y de Navarra «dejaban de ser una misma nacion? «No habia aragoneses ni navarros, «todos eran vascones, todos parti-«cipaban igualmente de las virtu-«des y de los vicios de los monta-«ñeses y de sus glorias, y los mo-«ros no les daban otro dictado que «el de *cristianos de los montes de* «*Afranc*.» (Prólogo á la Historia del reino de Navarra: 1832).

de Barcelona Wifredo llamado el de Arria, que le gobernó con una especie de independencia moral, y sucedióle al poco tiempo un godo-franco de la Septimania nombrado Salomon. Asesináronle los catalanes en 874, que deseando ya tener condes propios é independientes nombraron á uno que habia nacido en su país, llamado Wifredo *el Velloso*, á quien muchos suponen hijo del otro Wifredo, emparentado con la estirpe real Carlovingia de Francia (874).

Fuese que Cárlos el Calvo remitiera á Wifredo en compensacion de algun servicio el feudo en que hasta entonces habian estado los condes de Barcelona, ó que él conquistara su independencia con la punta de la espada y con la ayuda de los catalanes, es fuera de duda que con Wifredo el Velloso dió principio aquella série de condes soberanos é independientes de Barcelona, que habian de elevar á tan alto punto de grandeza aquel nuevo estado cristiano de la España oriental, uno de los más importantes de la gran confederacion monárquica española. Supone la tradicion haberle concedido el emperador Cárlos por armas las cuatro barras coloradas en campo de oro, marcadas en su escudo con los cuatro dedos de la mano ensangrentada de la herida que recibió peleando en favor del emperador contra los normandos. Sea lo que quiera de estas contestadas tradiciones, es lo cierto que Wifredo, primer conde independiente de Barcelona, con la sola ayuda de los catalanes arrojó á

los sarracenos de todo el antiguo condado de Ausona (Vich), de las faldas del Monserrat, y de una gran parte del Campo de Tarragona; y que tan piadoso como guerrero, fundó en el valle alto del Ter los dos célebres monasterios de San Juan de las Abadesas y de Santa María de Ripoll.

A los catorce años de gobierno independiente murió Wifredo el Velloso, dejando el triple condado de Barcelona, Ausona y Gerona, á título ya de herencia, á su hijo Wifredo II. ó Borrell I., que con ambos nombres le designan los documentos (898): *Vifredi, qui vocabulum fuit Borrello*. Continuó Borrell la obra de su padre hasta 912, en que pereció en la flor de su edad, no dejando sino una hija llamada Rikildis, y pasando por lo tanto la herencia del condado, segun la costumbre de los francos por que se regian los condes de Barcelona, y que no admitia la sucesion de las hembras, á su hermano Suniario ó Sunyer [1].

(1) Bofarull, condes de Barcelona, tom. I.—Comienza á servirnos de guia en lo relativo á la cronologia y genealogia de estos condes la obra que con el título de *Los Condes de Barcelona vindicados* ha publicado el investigador laborioso y erudito don Próspero de Bofarull, archivero general de la antigua corona de Aragon, con cuya amistad nos honramos, y á cuya inteligencia y amabilidad debimos durante nuestra estancia en aquel archivo la satisfaccion de revisar multitud de preciosos documentos históricos, que sin su atinada direccion dificilmente hubiéramos podido examinar. La posicion del señor Bofarull, por tan largos años al frente de aquel riquisimo depósito de antigüedades, unido á su laboriosidad é inteligencia, le ha permitido hacer un bien inmenso á la historia de Cataluña y de consiguiente de España, aclarando, rectificando y fijando la cronologia de aquellos condes soberanos, incierta, oscura ó equivocada hasta ahora, no solo en nuestras historias generales, sino tambien

Hé aquí lo que hasta la época que nos propusimos recorrer en el presente capítulo habia acontecido en todos los ángulos de España.

en las que pasaban por las principales fuentes históricas de aquel principado, tales como la Historia del Languedoc, la Marca Hispana del arzobispo Pedro de Marca, la coleccion de documentos de Balluclo, los manuscritos de Ripoll, las crónicas de Pujades, Diago, Feliú, etc. La gran copia de datos auténticos y originales con que el señor Bofarull ha enriquecido su obra le dan una autoridad indisputable, si bien no puede menos de adolecer de falta de amenidad, achaque natural y consiguiente á toda obra documental.

CAPÍTULO XIII.

FISONOMIA SOCIAL DE AMBOS PUEBLOS EN ESTE PERIODO.

(SIGLO IX.)

I.—Extension material de los tres estados cristianos á la muerte de Alfonso III.—Observacion importante sobre las turbulencias que señalaron estos reinados; en Asturias, en Cataluña, y en los imperios árabe y franco-germano.—Estrañas relaciones entre unos y otros pueblos.—Examínase el móvil y principio que las dictaba.—Espíritu religioso del pueblo.—Conducta de los monarcas.—Su política.—Respeto de los árabes á Alfonso el Magno.—Nobleza de los árabes: perfidia y doblez de la raza berberisca.—Estado de las letras en esta época.—II.—Qué leyes regian en cada uno de los estados.—Astúrias: legislacion goda.—Condado de Barcelona: leyes góticas: leyes francas.—Navarra: fuero de Sobrarbe.—Qué era.—Diversos juicios sobre este código.—Opinion del autor.—Otras observaciones sobre el gobierno de los estados cristianos.—III.—De la lengua que en este tiempo se hablaria en España.—Principio de la formacion de un nuevo idioma.—Qué elementos entraron en él.—Orígen del castellano.—Idem del lemosin.

I. Cerca de otro siglo ha trascurrido desde Alfonso II. el Casto hasta Alfonso III. el Magno, desde Abderrahman II. hasta la proclamacion de Abderrahman III.: y en este período la situacion material y moral de ambos pueblos ha sufrido modificaciones

sensibles. La España cristiana ha crecido, el imperio musulman ha menguado: los confines de la una han avanzado, los límites del otro han retrocedido. Un hijo del rey de Asturias se atreve ya á establecer su córte en Leon; ya no se necesitan riscos que constituyan un valladar al pequeño reino de Asturias; basta ya el Duero, que corre por país llano, para servir de frontera al que ha sido reino de Asturias y comienza á serlo de Leon. Aquel otro pais del Pirineo, la Vasconia Navarra, que tanto ha pugnado por recobrar su apetecida libertad, ha logrado sacudir la triple dependencia que alternativamente pesaba sobre ella ó la amenazaba, la de los francos, la de los árabes y la de los asturianos. Roncesvalles la ha libertado de la primera; Pamplona de la segunda; un matrimonio, una muger, Jimena, ha recabado de un rey de Asturias una especie de *fiat* á la independencia en que de hecho se habian constituido ya los navarros; y ya la Navarra es otro reino cristiano aparte, con monarcas y leyes propias. Aquella Marca Hispana que al Oriente de la Península fundaron los emperadores francos, ha redimido el feudo de la Francia y se ha erigido tambien en estado español independiente. El condado de Barcelona se ha hecho otro reino cristiano; que si sus condes siguen usando este modesto título, el nombre será signo de su modestia, no de que falten al estado las condiciones de monarquía, al modo que se cuentan por emperadores y califas de Córdoba los que has-



ta ahora han conservado el sencillo título de emires.

Vió, pues, el siglo IX. constituido dentro de los naturales lindes de la Península tres estados cristianos, independientes entre sí, que han ido arrancando al imperio musulman los territorios comprendidos, de una parte desde el mar Cantábrico hasta el Duero, de otra desde el Pirineo hasta el Ebro. Y á estas adquisiciones de las armas cristianas se agregan las usurpaciones que la rebelion ha hecho al imperio muslímico, dominando un rebelde mahometano desde el Ebro hasta el Tajo, desde más allá de Zaragoza hasta más acá de Toledo. Gran desmembracion, que no han bastado á impedir ni la actividad, ni la política, ni los talentos militares de los emires.

Han imperado en este período en Asturias Ramiro, Ordoño y Alfonso el Magno; en Córdoba Abderrahman II., Mohammed, Almondhir y Abdallah; en Navarra los dos Garcías y Sancho; en Barcelona, despues de los siete condes francos, los españoles Wifredo y Borrell; en Francia Luis el Pío, y sus hijos Cárlos, Lotario y Pepino.

No hemos visto que ningun historiador haya reparado en la semejanza y analogía de los elementos y contrariedades con que tuvo que luchar cada uno de los soberanos ó gefes de estos estados, ó de tan diferentes procedencias, ó de tan distintas religiones; y sin embargo, creemos que esta observacion nos revelará en gran parte la índole, la tendencia, el ge-

nio, los rasgos comunes de la fisonomía de cada pueblo en estos siglos: sediciones y revueltas en los paises por cada uno dominados: rebeliones de súbditos, conspiraciones de magnates, conjuras y tramas de príncipes, de hermanos, de hijos de cada soberano reinante: ¡qué asimilacion de circunstancias!

Ramiro no ha empuñado el cetro, cuando se ve suplantado por el conde Nepociano, y tiene que castigar despues las conspiraciones de Aldroito y de Piniolo. Ordoño, antes que contra los enemigos de la fé, tiene que ensayar sus armas contra sus propios súbditos de la Vasconia alavesa rebeldes á su autoridad. El reinado de Alfonso III. se inaugura con la rebelion de un conde como el de Ramiro, y antes que contra los sarracenos tiene que marchar contra los alaveses como Ordoño. Multiplícanse y se suceden en tiempo de aquel gran monarca las conjuraciones. Ya son los magnates Hanno y Hermenegildo, ya son los hermanos del príncipe, ya son sus propios hijos y esposa, que le ponen en el caso de desprenderse de un cetro que con tanta gloria y por tantos años habia manejado.

¿Qué acontecia en el imperio musulman? Abderrahman II., como Alhakem su padre, y como Hixem su abuelo, tiene que pelear contra sus propios parientes que le disputan el trono antes que con los cristianos sus naturales enemigos. Los Suleiman y los Abdallah, los Mohammed y los Aben-Mafot, son para los emires de Córdoba lo que los Nepocianos, los Al-

droitos, los Piniolos, para los monarcas de Asturias. Los walíes del Ebro y del Pirineo se rebelan contra Abderrahman y Mohammed, como los condes de Galicia y de Alava contra Ramiro y Alfonso. En el reinado de Abdallah se suceden una tras otra las conjuraciones como en el de Alfonso el Magno. Los Hafsùn, los Muza, los Lupos, los Suar y Aben Suquela son para el emir Abdallah lo que los Fruelas, los Hannos, los Hermenegildos y los Witizas para el rey Alfonso. Si contra Alfonso se alzaron sus hermanos y sus hijos en Oviedo y Zamora, contra Abdallah se rebelaron dos hermanos y un hijo en Sevilla: Mohammed, Alkasim y Alasbag nos recuerdan á García, Fruela y Ordoño.

¿Reinaba más armonía entre los cristianos de la Marca Hispana? Bera, primer conde godo-franco de Barcelona, es acusado de traidor por otro godo, y condenado á muerte. Bernhard, despues de haber sido combatido por un conde del palacio imperial, muere asesinado por el mismo Cárlos el Calvo, su emperador, y probablemente su padre. Aledran es hecho prisionero por Guillermo, y Guillermo á su vez muere á manos de los parciales de Aledran. Supónese al conde Salomon autor del asesinato de Wifredo el de Arria, y Salomon á su turno perece á manos de los catalanes, que proclaman á Wifredo el Velloso.

¿Habia más concordia entre los sucesores de Carlo-Magno y Luis el Pío, entre estos príncipes, entre quienes se distribuyó el imperio del nuevo César de

Occidente? Por favorecer Luis á su hijo menor Cárlos el Calvo desmembra la herencia de Lotario: los obispos no escrupulizan de alentar la sedicion de el hijo contra el padre, y Pepino y Luis sus hermanos se ligan con el hermano mayor contra el padre de los tres, como Fruela y Ordoño se ligaron en Asturias con su hermano mayor García contra su padre comun Alfonso el Magno. Los leudes destronan á Luis en el *Campo del Perjurio*, como los nobles habian destronado en Oviedo á Alfonso el Casto, y condenado Luis en un concilio á penitencia canónica por el resto de sus dias, viste públicamente el cilicio y el saco gris de la penitencia en la Abadía de Saint-Medard, como Alfonso el Casto en el monasterio Abelianense, aunque luego recobra el trono como Alfonso II. ¿Hay necesidad de recordar el destronamiento de Cárlos el Calvo por su hermano Luis el Germánico, y las perpétuas guerras domésticas en que anduvo siempre envuelto el débil nieto de Carlo-Magno?

A vista de este cuadro, de esta fisonomía que presentan el imperio franco-germano, la España Oriental y Septentrional, los reinos y estados cristianos, el imperio árabe-hispano de Mediodía y Occidente, ¿no podremos designar este espíritu de sedicion, de discordia y de rebeldía, como uno de los caractéres del génio de la época, y en este gérmen de insubordinacion y de ruda independencia entrever ya en lontananza el gran fraccionamiento y descom-

posicion á que ha de venir la España cristiana, y más todavía la España sarracena?

Este mismo espíritu producia las transacciones mas estrañas y las alianzas mas injustificables entre gentes de distintas y aun opuestas creencias y principios. ¿Era ya la fé, era el principio religioso el solo que motivaba los pactos ó las rupturas entre los dos pueblos contendientes, y el que aflojaba ó estrechaba los vínculos sociales? ¿O prevalecian ya el interés y la política sobre el principio religioso? Es lo cierto que hemos visto pelear no solo ya cristianos con musulmanes, sino cristianos con cristianos y agarenos con agarenos: y lo que es más, al tiempo que los guerreros del cristianismo se hostilizan entre sí, negocian tratos de alianza y amistad con los sectarios de Mahoma, y pelean juntos y unidos por una misma causa, que parece no puede ser la del Evangelio: y mientras los seguidores del Profeta se despedazan entre sí, se ligan en confederaciones solemnes con los monarcas ó condes cristianos, y sus huestes combaten unidas y mezcladas por una causa que parece no puede ser tampoco el triunfo del Coran. Si antes vimos al moro Balhul acaudillando guerrilleros cristianos en el Pirineo Oriental contra su propio emir, vemos luego á Caleb ben Hafsûn al frente de los montañeses cristianos de Jaca desprenderse de aquellos riscos para batir las huestes del soberano Ommiada. Si antes los cristianos de la Vasconia imploraban la ayuda de los

emires cordobeses contra los reyes cristianos de Aquitania, despues García de Navarra se enlaza con la hija de Muza el renegado, y combate contra el monarca cristiano de Asturias.

Podriamos atribuir estos y otros semejantes ejemplos ó á personales resentimientos y ambiciones, ó á individuales deslealtades, que nunca faltan en todo pueblo y en toda causa por popular y nacional que sea, ó á ódios de localidad, de tribu ó de familia, si no viésemos tales alianzas y tratos erigidos como en sistema entre los mas poderosos soberanos de unos y otros estados y de opuestas y enemigas creencias; si no viésemos á los condes de la Gothia, á los caudillos ó reyes de la Vasconia, á los emperadores cristianos de Occidente, aliarse, no ya solo con la córte del imperio mahometano, sino con cualquier caudillo musulman que no tuviese mas representacion que la de un intrépido capitan de bandidos; si no viésemos á los mismos monarcas de Asturias, los legítimos representantes de la causa cristiana, al mismo Alfonso el Magno, el piadoso, el devoto, que fundaba basílicas y convocaba concilios, hacer alianzas ofensivas y defensivas, y observarlas con religiosa escrupulosidad con Abdallah, último soberano del imperio muslímico el siglo IX.

¿Deberemos sospechar por eso que el sentimiento religioso de ambos pueblos no se conservaba ya tan puro como en los primeros tiempos de la conquista y

de la restauracion? Creemos que no hay necesidad de suponer que se hubiera ido enfriando ó evaporando el ardor religioso para esplicar las causas de unas negociaciones y conciertos, que en verdad se habrian tenido por irrealizables en el principio de una lucha, que parecia haber abierto una sima infranqueable entre los dos pueblos. Creemos, y es mas natural que asi fuese, que obraban así los más por ambicion, por rivalidades de localidad y de orígen, por enconos y venganzas, por amor á la independencia individual, y por pasiones humanas comunes á musulmanes y á cristianos. Aconsejábaselo á los monarcas la necesidad ó la conveniencia política, á la cual no escrupulizaban en sacrificar una parte de la antipatía religiosa á trueque de libertarse de un vecino temible ó de quedar desembarazados para atender á un competidor peligroso. Pero el pueblo, que no alcanzaba las miras políticas de sus soberanos, estaba pronto á murmurar de unos convenios de que se figuraba no podian salir sino muy lastimadas sus creencias. Así los árabes andaluces y los moros de Toledo criticaban á Abdallah de mal creyente porque negociaba paces y alianzas con Alfonso el infiel, y los unos omitian su nombre en la oracion pública, y los otros excitaban á la rebelion contra el ismaelita excomulgado. Así los cristianos de Asturias, aun cuando nuestras crónicas explícitamente no lo espresen, debian llevar muy á enojo la larga paz de Alfonso con los soberanos infieles de Córdoba,

pues no se comprende de otro modo el grande apoyo que encontraron en el reino sus rebeldes hijos, siendo como era Alfonso un monarca tan esclarecido y de tan grandes prendas, y que á tan alto punto de esplendor habia sabido ensalzar la monarquía.

El primero que contó el milagro de la batalla de Clavijo se mostró más conocedor del espíritu del pueblo que de su historia. Porque tal era la fé y el entusiasmo religioso de los soldados españoles de aquel tiempo, que si les hubieran dicho que peleaba por ellos el apóstol Santiago en persona hubieran jurado verle, como los soldados de Constantino juraban haber visto la misteriosa cruz; y con el mismo ardor que combatieron las legiones del emperador romano en los campos del Tiber hubieran lidiado las huestes de Ramiro en el collado de Clavijo, confiados en que el esclarecido capitan los sacaria triunfantes cualquiera que fuese el número de los infieles. Y este espíritu fué el que les dió, no ya la victoria fabulosa de Clavijo con Ramiro, sino el triunfo verdadero de Albelda con Ordoño, casi en el mismo sitio en que se supuso la primera.

Gran monarca fué este Ordoño. «Príncipe, decia su epitafio de Oviedo, de quien siempre hablará la fama, y cuyo semejante no verán quizá los siglos futuros.» Sin poder convenir nosotros con el autor del honroso epitafio, y mas cuando hemos visto sucederle un Alfonso III., no ya semejante, sino muy superior





á Ordoño, debiéronle engrandecimiento la religion y el reino. Administrador celoso y acertado, mereció el título más honroso de los reyes, el de padre de los pueblos. Fué, dicen, de irreprensibles costumbres, y esto mas que la fortuna y el valor en las batallas nos hace mirar con gusto su alabanza en el sarcófago de Oviedo.

¿Pero era Alfonso III. menos piadoso y menos devoto que sus antecesores porque celebrase tratos de paz y viviese á veces en buena inteligencia con los emires del imperio mahometano? ¿Lo sería por que enviára sus hijos á instruirse en las ciencias naturales en las escuelas arábigas de Zaragoza de acuerdo y aun bajo la proteccion del walí Ismael? Alfonso, bastante ilustrado para no confundir la educacion profana con la religiosa, y bastante discreto para distinguir las necesidades del guerrero de los deberes del creyente, no cedió á ninguno de sus predecesores en actos de piedad cristiana. Bajo su reinado, y merced á sus generosas donaciones, prosperan el culto, la riqueza y la magnificencia de los templos. La iglesia compostelana, erigida de pobre y tosco material por Alfonso el Casto, se trasforma en templo suntuoso de sólidos sillares por la mano liberal de Alfonso el Magno. La de Oviedo, que habia hecho catedral Alfonso II., es elevada á metropolitana por el tercer Alfonso, y asigna rentas de que puedan vivir á los obispos de las ciudades ocupadas por los infieles que se ha-

bian ido congregando en Oviedo. Propúsose exceder al rey Casto en esplendidéz y largueza, y al modo que aquel enriqueció el templo del Salvador con la famosa *cruz de los Angeles*, éste no satisfecho con haber hecho el presente de una hermosísima cruz de oro á la iglesia de Santiago, regala á la de Oviedo otra cruz aun mas preciosa, forrada en planchas de oro, con labores de esmalte, y tachonada de riquísimas piedras, casi con las mismas inscripciones que se leian en la del segundo Alfonso, como si en los actos mas piadosos no pudiera dejar de entreverse el orgullo humano. El alma ó parte interior de esta segunda cruz es de roble. ¿Qué misterio encierra este leño? Encierra un recuerdo el más propio para excitar al mismo tiempo el entusiasmo religioso y el patriotismo de los asturianos. Es la misma cruz de Pelayo, es aquella cruz rústica que el primer libertador de España tenia en Covadonga, y con la cual se presentó en el glorioso combate. Es *la cruz de la Victoria*, que así la llama el pueblo, porque con ella venció su héroe.

¿Cuál seria el móvil principal que impulsára á Alfonso á consagrar este don, que Ambrosio de Morales, teniéndole á la vista, llamó la más rica joya de España? ¿Seria todo piedad, mezclaríase algo de rivalidad humana, ó seria acaso un pensamiento político? Todo pudo aunarse en unos tiempos en que si la devocion y la piedad eran verdaderas virtudes en los

príncipes, tenian que ser tambien su política, como el medio de captarse las voluntades de unos pueblos para quienes era todo la fé (1).

Al espirar el año 883 y comenzar el 884, presenciaron los españoles, cristianos y musulmanes, un espectáculo interesante, cuadro dramático y tierno, que representa y dibuja á los ojos del hombre pensador, mejor que los documentos históricos, la índole de la época y la situacion respectiva en que se habian colocado ya los dos pueblos. Un embajador cristiano se habia presentado en la córte mahometana de Córdoba, enviado por el rey de Asturias. Este embajador era un ministro del altar, era un presbítero, Dulcidio de Toledo. ¿Cómo así se ha atrevido ya un sacerdote de Cristo á presentarse, solo, desarmado, indefenso, en la capital del imperio Ommiada, allí donde está el sucesor de Mahoma, el terrible Mohammed, gran perseguidor que ha sido de los cristianos? Es que este Mohammed ha solicitado una tregua, ha propuesto una alianza al rey cristiano Alfonso el temido, y ese sacerdote ha llevado de Alfonso la mision de ajustar las condiciones de la paz. Entre estas condiciones habia entrado una muy propia del espíritu de aquel tiempo, la de que los cuerpos de los santos mártires Eulogio y Leocricia que los mozárabes de Córdoba guardaban

(1) En el tomo 37 de la España Sagrada pueden verse las escrituras de otras donaciones hechas á diferentes iglesias y monasterios por Alfonso el Magno.

fuesen trasladados á Oviedo. Accedió á todo el emir, y las reliquias de dos santos, conducidas por un sacerdote, cruzaron pacíficamente desde el Mediodía de España hasta su extremidad septentrional por en medio de pueblos mahometanos, sin que nadie se atreviese á inquietar ni los sagrados restos ni al ministro de paz que los conducia. Una solemne festividad religiosa anunciaba el 9 de enero en la córte del reino cristiano la llegada del precioso tesoro. Es estraño que la imaginacion poética de los orientales no augurára de esta primera humillacion del islamismo que pudiera un dia el templo del Salvador de Oviedo donde iban las reliquias, acabar de abatir la gran mezquita de la ciudad de donde salian.

¡Sublime testimonio del gran respeto que debia inspirar ya á los infieles el solo nombre de Alfonso el cristiano! ¿Y cómo no habian de respetar el vencedor de Abdel Walid, al triunfador de Orbigo, de Polvoraria, de Sahagun y de Zamora, al que les habia arrancado á Deza y Atienza, á Salamanca y Coria, al que los habia arrojado de Coimbra, de Porto, de Auca, de Lamego y de Viseo, al que se habia atrevido á llevar las lanzas cristianas hasta tocar con ellas los viejos torreones de la antigua córte de Recaredo y de Wamba? ¡Príncipe magnánimo, que despues de abdicar un cetro que empuñára con gloria por espacio de 45 años, tuvo la heróica humildad de pedir permiso al mismo á quien acababa de hacer mo-



narca para combatir á los infieles, y que, anciano y destronado, acreditó que para ser grande y vencedor no necesitaba ni de juventud ni de cetro, y ejecutada su postrera hazaña bajó tan satisfecho al sepulcro como habia descendido resignado del trono!

Por lo menos entre los monarcas de Asturias y los emires de Córdoba hemos visto guardarse los pactos con cierta nobleza y dignidad correspondiente á dos grandes poderes. La sangre árabe mostrábase por lo comun menos indigna de mezclarse con la sangre española. Perfidia y doblez era lo que acreditaban casi siempre los caudillos berberiscos. Estos africanos no solo no escrupulizaban de faltar abiertamente á las promesas y convenios, sino que empleaban los artificios mas aleves para engañar así á cristianos como á musulmanes, así á enemigos como á favorecedores. Zaid, Hassam, Amrû, hacen gala de rebelarse primero contra su soberano para burlar despues á Carlo-Magno y Luis. Mohammed ben Abdelgebir, el revolucionario de Mérida, infiel á Abderrahman, concluye con ser traidor á Alfonso el Casto, á quien habia debido asilo y hospitalidad. Hafsûm, el famoso gefe de bandidos de Trujillo, gran revolvedor en el Pirineo y en el Ebro, despues de protestar sumision, obediencia y lealtad á Mohammed, asesina traidoramente á su nieto Ben Cassim y á las tropas que el confiado emir le suministrára. Su hijo Caleb, heredero de su des-

lealtad, ejecuta en Toledo una felonía semejante á la de su padre en Alcañiz, abusando tan alevemente de la buena fé de Haxem, como su padre habia abusado de la de Almondhir. Abdallah ben Lopia corresponde con ingratitud á Alfonso III. protector de su padre; abandónale sin motivo, para aliarse despues y faltar alternativamente á sus dos tios, al emperador musulman y al monarca cristiano. La conducta de Muza el renegado con árabes y españoles, con estraños y con deudos, mostró lo que habia que fiar en la fé morisca. Parecia que estos africanos se habian propuesto renovar en España y resucitar la memoria de aquella fé púnica de los otros africanos sus mayores, los cartagineses.

En este período han comenzado á sonar en Alava, Castilla y Galicia, y como á anunciar su futura influencia los condes gobernadores de provincias y castillos. En Alava, Eilon y Vela Jimenez, rebelde y prisionero el uno, enviado á reemplazarle el otro: en Castilla Rodrigo, de desconocido linage, Diego Rodriguez Porcellos su hijo, fundador de Búrgos, Nuño Nuñez, gobernador de Castrojeriz, Nuño Fernandez, suegro de García de Leon y conspirador con él: en Galicia Pedro, el que arrojó á los normandos, y Fruela, el que se levantó contra Alfonso III. Hasta ahora han sido gobernadores puestos por los monarcas; no tardarán en aspirar á ser independientes.

Epoca estéril todavía en letras, no dejaba de haber ya escuelas cristianas, tales como la estrechez de los tiempos las permitia. Abundaban los libros sagrados [1], y no faltaba algun obispo y algun monje que escribiera las crónicas de los sucesos; y si la que hemos citado tantas veces como del obispo Sebastian de Salamanca no fué acaso del mismo rey Alfonso III., como muchos sostienen, y con cuyo nombre es tambien conocida, prueba por lo menos que se suponia á aquel monarca bastante aficionado á las letras para hacerla escribir, ó con bastante capacidad para escribirla él mismo [2].

II. ¿Cómo y por qué leyes se regian estos tres estados cristianos independientes que se han formado en la Península? Distintos en orígen y procedencia, distintos el carácter, las costumbres, las tendencias de cada localidad, distintos tenian que ser tambien los principios que sirvieran de base á su organizacion, y diversa la fisonomía social de Asturias, de Barcelona y de Navarra.

Las tradiciones y las leyes góticas seguian prevaleciendo en el más antiguo de los tres reinos, así en la córte como en la Iglesia, así en el órden de suce-

(1) En el testamento ó carta de dotacion de Alfonso III. á la iglesia de Oviedo se lee haber entrado en el número de las dádivas *muchísimos* libros sagrados: *libros etiam divinæ paginæ plurimos.*

(2) Atribuyéronla al primero, Pelayo de Oviedo, Ocampo, Morales y Sandoval; al segundo, Perez, Mariana, Pellicer, Mondéjar, Pagi y otros. Puede verse sobre esto el Apéndice VII. al tomo 13 de la España Sagrada de Florez.

sion al trono como en el sistema penal; y las dos asambleas de obispos que el tercer Alfonso congregó en Santiago y en Oviedo, para consagrar aquella iglesia reedificada por él, y para elevar ésta á la clase y dignidad de metropolitana, ambas fueron como una reproduccion de los concilios góticos, con la misma intervencion que en aquellas antiguas congregaciones eclesiásticas tenian respectivamente los monarcas y los prelados (1).

Mixto de orígen godo y franco el condado de Barcelona, tenian que reflejar en su constitucion y en sus usos el génio y carácter de los dos pueblos de que procedia. Godos eran los que se habian refugiado en considerable número á aquel territorio; con el nombre de Gothia se señaló el vasto país de que formaba parte la Marca Hispana, y despues el condado de Barcelona, y era natural que se considerára en derecho como vigente la legislacion goda; por lo mismo no es maravilla que las leyes godas se citáran

(1) En el concilio de Oviedo dijo el rey á los padres, que los habia convocado para elegir metropolitano, arreglar la disciplina eclesiástica, y reformar las costumbres que con la revuelta de los tiempos andaban algo estragadas. Determinóse en él entre otras cosas que se celebrasen sínodos dos veces cada año, y se concluyó mandando que se observasen los cánones de los de Toledo. Las actas se perdieron, y no hay razones bastante fuertes para asegurar que sean auténticas las que publicó Aguirre en el tomo 3.° de su coleccion. Véanse Risco, Esp. Sagr. tom. 37.—Ferreras, Sinopsis Hist.—Mariana se muestra bien poco versado en la historia cuando al hablar de este concilio dice: «No era lícito conforme á las «leyes eclesiásticas convocar los «obispos á concilio si no fuese con «licencia del papa.» En harto fuertes términos le reprenden este error histórico sus dos ilustradores Mondéjar y Sabau. Nosotros le remitiríamos á la historia de los ocho siglos de la Iglesia que iban trascurridos.

con la frecuencia que manifiestan los documentos insertos en el apéndice á la Marca Hispánica del arzobispo Pedro de Marca. ¿Pero cómo habia de dejar de sentirse al propio tiempo, y aun con más fuerza, la influencia inmediata de la organizacion y de las costumbres francas, habiendo sido los monarcas francos los creadores de aquel estado? ¿Cómo no habia de participar el condado de Barcelona, aun despues de erigido en independiente, de la constitucion, de la índole, de la legislacion de la monarquía franca, de que era hijo y de que habia sido feudatario? De aquí la necesidad que más adelante se reconoció de corregir en parte la legislacion goda y de suplir lo que á ella faltaba con los *Usages*, que á su tiempo daremos á conocer, como lo hicimos con el fuero de los visigodos.

Desde luego se observa en el condado de Barcelona el principio hereditario de la soberanía, con aquella especie de carácter patrimonial y de familia que le daban los reyes de la raza Carlovingia, tan diferente del principio cuasi electivo que seguia observándose en la monarquía de Asturias. Veíase el tinte, la fisonomía feudal que constituia la organizacion de las monarquías francas, y que arrancando de la corona se estendia á las últimas autoridades y funcionarios del Estado, formando como una escala gerárquica de infeudaciones, de señoríos y de vasallage, viniendo á ser la condicion social del condado de

Barcelona por causas de orígen y de influencia casi idéntica á la de aquellas monarquías, como nos lo irá demostrando la historia (1).

Si oscuro, intrincado y nubloso hemos hallado el orígen y principio del reino de Navarra, no rodea más claridad ni alumbra más copia de luz al orígen, época y naturaleza del primer código de leyes que se supone hecho por los navarros, conocido con el nombre de *Fuero de Sobrarbe*. ¿Qué era, y dónde y cuando nació el famoso fuero de Sobrarbe? Compendiaremos lo que se cuenta de la historia de este código, que así se refiere al reino de Navarra como al de Aragon, que algunos suponen simultáneos, pretendiendo otros hacer aquel posterior é este, que es la eterna disputa que el afan de la antigüedad ha suscitado, y mantendrá si se quiere perpètuamente entre aragoneses y navarros, como si uno y otro país no abundaran de verdaderas glorias históricas, sin necesidad de encaramarse á buscarlas allá donde no pueden hacer sino darse tormento á sí propios y dárselo al historiador.

(1) El erudito catalan Masdeu se dejó sin duda arrastrar de un celo laudable, pero exagerado, de amor patrio, al sentar en términos absolutos que «Cataluña jamas recibió la legislacion francesa.»—(Historia crítica de España, t. 13). Asercion estraña en quien da cuenta de los nombramientos de condes hechos por los reyes francos, y de los *preceptos* de Carlo-Magno, Luis el Piadoso y Cárlos el Calvo, que en el nombre mismo de *preceptos* parece llevar envuelto carácter jurisdiccional. Pudiera ser admisible la asercion del docto crítico si se refiriera á época posterior.

Merece mencionarse, por la idea que dá de las costumbres de la época el singular privilegio que Ludovico Pio concedió á la iglesia de San Justo y Pastor de Barcelona, fundada y dotada por él. Cuan-

Dícese que un ermitaño llamado Juan, con deseo de hacer vida retirada, construyó para sí una morada en el monte Uruel cerca de Jaca, donde levantó tambien una capilla con la advocacion de San Juan Bautista. La fama de su santidad le atrajo otros cuatro compañeros que quisieron hacer la misma vida ascética y eremítica que él. Cuando murió el ermitaño Juan, acudió mucha gente de la comarca á hacerle las honras. Entre los concurrentes lo fueron trescientos nobles ó caballeros, que algunos hacen subir á seiscientos, los cuales no iban, dicen otros, á hacer las exéquias al ermitaño Juan de Atarés, sino huyendo de los conquistadores moros. Allí reunidos comenzaron á tratar de la manera de defender su país de los infieles y sacudir su pesada servidumbre, y entonces aclamaron por rey ó caudillo, segun unos á Iñigo Arista, segun otros á García Jimenez, que suponen dió el señorío de Aragon al conde Aznar, padre de Galindo que le sucedió en el condado de aquella tierra. Bajo la conducta de aquel gefe ganaron una gloriosa batalla sobre un numeroso ejército de moros junto á la villa de Ainsa, que desde entonces fué como la capital del naciente reino de Sobrarbe. A la media legua de esta villa se encuentra una cruz

de algun caballero era desafiado, retado y retador debian ir á jurar la batalla en dicha iglesia. El dia del combate antes de pasar al campo habian de entrar en el templo á prestar juramento, el acusador de ser cierta la acusacion, y el acusado de ser falsa, de pelear con armas legales, etc.—Pujades, chronica, part. II. lib. 10, cap. 14.

puesta sobre una columna de piedra, imitando el tronco de un árbol, rodeada de otras columnitas de órden dórico, que sostienen una media naranja cubierta de pizarra, cerrado todo el monumento por una verja de hierro. Este, dicen, fué el sitio de aquella célebre victoria, y aquella cruz es el emblema de una cruz roja que se le apareció al afortunado caudillo sobre una encina durante la refriega, y de la cual viene el nombre de *Sobrarbe*, contraccion de *sobre-el-árbol*, si bien otros le derivan de *super-Arbem*, *sobre la sierra de Arbe*. Todos los años el 14 de setiembre acuden los fieles en romería á aquella capilla, y para mantener viva la memoria de tan glorioso suceso algunos vecinos vestidos de moros hacen una especie de simulacro de la referida batalla. Esta es una de las diferentes versiones con que se esplica el nacimiento del reino de Sobrarbe á principios del siglo VIII. (1).

Añádese que al depositar aquellos montañeses el poder en manos de un caudillo le pusieron entre otras las condiciones siguientes: «que jurase mantenerlos en derecho y mejorar siempre sus fueros; que se

(1) De aquí han pretendido muchos escritores aragoneses derivar la antigüedad del reino de Aragon, disputándosela al de Navarra, apoyándose en la vecindad de Bigorra, de donde creen haber venido Iñigo Arista, en que los caballeros que se hallaron á la eleccion de rey eran de sus montañas, y en haber elegido para su sepultura aquellos primeros reyes los monasterios de San Juan de la Peña y San Vitorian; sin embargo, los críticos modernos no dudan en rechazar por apócrifas las inscripciones sepulcrales de San Juan de la Peña, uno de los grandes fundamentos de toda esta historia.

obligase á partir la tierra y distribuir bienes y honores entre los naturales del país; que ningun rey pudiera juzgar, ni hacer guerra, paz ó tregua, ni determinar negocios graves con príncipe alguno, sin acuerdo de doce ricos-omes, ó de doce de los más ancianos y sábios de la tierra.» A esto poco más ó menos se reducia el Fuero de Sobrarbe segun Moret y Elizondo; el mismo en lo sustancial, pero distinto en los términos del que trae Blanca en sus comentarios de las cosas de Aragon, escrito en la propia forma y estilo que las famosas leyes de las Doce Tablas de los romanos (1). Avanzan algunos escritores aragoneses á asegurar que en el *Fuero de Sobrarbe* se estableció ya la dignidad del *Justicia*, que tan célebre se hizo en la historia política y civil de aquel reino; y no lo dirian sin fundamento á ser ciertas las palabras del Fuero latino: *Judex quidam medius adesto, ad quem á rege provocare, etc.*

En vista de esto, ¿será cierta la existencia del

(1) Hé aquí el testo latino: *In pace et justicia regnum regito, nobisque foros meliores irroganto.—E Mauris vindicabunda dividuntur inter ricos-homines non modo, sed etiam inter milites et infantiones.—Peregrinus autem homo nihil inde capito.—Jura dicere regis nefas esto, nisi adhibito subditorum consilio.—Bellum agredi, pacem inire, inducias agere, remve aliquam magni momenti pertractare caveto rex præterquam seniorum annuente consilio.—Ne quid autem damni, detrimentive leges aut libertates patiantur, judex quidam medius adesto, ad quem á rege provocare, si aliquem læserit, injuriasque arcere, siquas forsan reipublicæ intulerit, jus fasque esto.*

El que insertó Pellicer en castellano antiguo en sus Anales de España, copiado de un códice del Escorial, y compuesto de un prólogo y diez y seis leyes, ha sido calificado expresamente de apócrifo.

Fuero de Sobrarbe? El historiador Moret que trató de propósito esta materia despues de haber consultado los archivos, y á cuyo buen juicio y espíritu investigador hacen justicia los mismos que difieren de sus opiniones, sienta como cosa incontestable que el Fuero de Sobrarbe no pudo redactarse hasta fines del siglo XI. en tiempo de don Sancho Ramirez [1]. El motivo, dice, de haberse puesto en forma por don Sancho Ramirez el Fuero de Sobrarbe fueron las grandes quejas que en su reinado se levantaron acerca del gobierno, leyes y forma de juzgar entre aragoneses, pamploneses y sobrarbinos. Así lo indica aquel rey en una escritura suya, segun la cual pasó á arreglarlo todo con los magnates en San Juan de la Peña [2].

Niegan muchos modernos no solo la existencia del Fuero sino hasta la del reino mismo de Sobrarbe, que ciertamente no hallamos mencionado en las crónicas que nos han servido de guia, al menos como existente en la época remota en que se supone [3].

El señor Yanguas, antiguo archivero de la dipu-

(1) Investig. Histor. lib. II.

(2) El original que vió Moret comenzaba así: *Quoniam mezclabatur omnis terra mea per judicios malos super terras, et vineas, et villas, placuit mihi supradicto regi, et veni ad Sanctum Joannem, etc.*—Tabula pinnat. lig. 1, n. 20, lib. 1.

(3) «En mi concepto, dice Moron, no existió jamás el reino de Sobrarbe figurado por los aragoneses, ni el fuero que suponen en el modo y forma con que describen su redaccion. Hasta don Sancho el Mayor, es decir, hasta el siglo XI., no hacen mérito los documentos históricos ni siquiera del territorio de Sobrarbe, ni aparece la monarquía de Aragon hasta que don Sancho el Mayor de Navarra dió este reino, pequeño á la sazon,

tacion de Navarra, y de cuyos conocimientos en esta materia tenemos más de un testimonio en sus diferentes obras [1], dice así hablando del Fuero de Sobrarbe: «Si oscura es la materia que acabamos de esplicar [2], no lo es menos la del orígen del Fuero de Sobrarbe, y el tiempo en que se estableció; porque *el Fuero primitivo no existe*, y son muchos los códices que andan manuscritos, casi todos de diferente contexto, variados y adicionados..... Yo sospecho que el Fuero original de Sobrarbe contenia muy pocos artículos, reducidos principalmente á la forma de levantar rey, su juramento, y las prerogativas de la nobleza y del país de Sobrarbe á quien parece se concedió; de manera que podia titularse el *Fuero de los Infanzones*, como lo indica el artículo 137 del códice de Tudela que dice así: «Et establimos é damos por fuero á los infanzones de Sobrarbe, etc. [3].» Y más adelante: «El título y prólogo de este Fuero de Sobrarbe tampoco dan ninguna luz acerca de la época de su establecimiento, porque están llenos de inconnexiones.» El de Tudela comienza diciendo: «En «el nombre de Jesucrist, que es ó será nuestro salva«mento, empezamos este libro, por siempre remem-

á don Sancho Ramirez.» «Y en el siglo XIII., añade, no se sabia siquiera lo que era el Fuero de Sobrarbe.» Hist. de la civilizacion de España, tom. IV.

(1) En su Diccionario de Antigüedades del reino de Navarra, Diccionario de los Fueros, Apuntes para la sucesion á la corona de Navarra, y su Historia compendiada del mismo reino.

(2) Hablaba del *Fuero general* de Navarra.

(3) Diccion. de Antigüed., tomo 1, art. *Fuero general*.

«bramiento, de los Fueros de Sobrarbe é de cristian-
«dad exaltamiento.» «En medio de estas dificultades, dice despues, solo se puede asegurar que hubo un Fuero de Sobrarbe, pero nada de la época en que se estableció, del rey que intervino en su concesion, ni de sus leyes primitivas. Pudiera dudarse tambien si se le dió el nombre de Fuero de Sobrarbe por haberlo concedido á ese pais, ó por haberse formado en él; pero parece mas cierto lo primero, si se examina con reflexion el artículo 137 ya copiado: *et establimos é damos por fuero á los infanzones de Sobrarbe*: lo cual indica que dicho Fuero era relativo únicamente á la nobleza, esto es, á los hombres libres: pero tambien se mezclaron en ese código leyes y costumbres antiguas, y se adicionaron otras sucesivamente.... Puede asegurarse finalmente, que hubo ciertos pactos sociales y jurados entre los monarcas y los pueblos de Navarra, Sobrarbe y Aragon, cuyos naturales, unidos desde el principio de la guerra contra los africanos, por costumbres, simpatías y necesidades que les eran comunes, caminaron tambien acordes en sus instituciones civiles, hasta que la division de las monarquías, las nuevas conquistas de Aragon, y las relaciones de Navarra con Francia, les hizo contraer respectivamente otros hábitos, y alejarse con el tiempo de los primitivos [1].»

(1) Ibid., pág. 378.



La Academia de la Historia (dice el académico Tapia), que registró tantos autores y documentos originales para ilustrar la primera época del reino Pirinaico, da por sentado que en la eleccion de Iñigo Arista se hicieron pactos fundamentales. Natural era, pues, prosigue, que se escribiesen para preservarlos del olvido; y esto se haria en latin, que era la lengua usada para los instrumentos públicos [1].

Sentados estos precedentes, y omitiendo otros que no harian sino complicar esta reseña de las diversas opiniones sobre la existencia, carácter y orígen del Fuero de Sobrarbe, nosotros creemos que los vascones del Pirineo y montañeses de Jaca, viéndose acometidos por los moros, y con noticia de la resistencia que á los mismos opusieron los cristianos de Asturias, se unieron y aliaron más estrechamente de lo que antes estaban, y reconociendo la necesidad de elegir un caudillo que los gobernára en la paz y en la guerra, y obrando conforme á su espíritu de independencia y á sus costumbres, impusieron á este caudillo, bien se llamára García Jimenez, bien Iñigo Arista, bien García Iñiguez, ó bien Sancho Garcés, ciertos pactos y condiciones que creyeron necesarias para conservar sus libertades, y para que el gobierno que se iban á dar no degenerara en un despotismo como el de los últimos monarcas godos cuya memoria tuvieron acaso

(1) Tapia, Historia de la Civilizacion española, tom. I., cap. 6.

presente. No creemos que para esto fuese necesario un grado de ilustracion como el que algunos modernos parecen exigir para la redaccion de aquellos fueros: bastaba para dictarlos el sentimiento de libertad y de independencia que era como innato á aquellos rústicos montañeses.

Tenemos, pues, por cierta la existencia de un pacto entre los pueblos aragoneses y navarros, todos vascones en aquel tiempo, y sus primeros reyes, cuyo pacto se llamaria entonces ó despues *Fuero de Sobrarbe*. Y así como convenimos en que aquellos primeros reyes, más que verdaderos monarcas serian unos caudillos militares, á quienes unos pueblos tambien guerreros confiaban el ejercicio de un poder mixto de legislativo, judicial y militar, así tambien convendremos en que aquellos fueros ó no se escribieron en el principio, supliendo el juramento á la escritura, ó si se consignaron por escrito, perdiéronse en aquella época de turbulencias y de guerras, quedando acaso mejor conservados en la memoria tradicional que en las diferentes copias que de ellos nos han dado diversos autores, las cuales opinamos con el juicioso Yanguas han sido variadas y adicionadas, no existiendo ya el primitivo fuero.

El estar basados sobre el Fuero de Sobrarbe así el general de Navarra, como los demás cuadernos legales que con el nombre de Fueros otorgaron despues los reyes don Sancho Ramirez y don Alonso el Bata-

llador á las ciudades de Jaca y Tudela, y el haber sido el fundamento y principio de las tan famosas y celebradas libertades de Aragon que tan merecido renombre gozan en la historia, al propio tiempo que nos persuade no haber podido ser el llamado Fuero de Sobrarbe una mera invencion ó un hecho imaginado, nos da una alta idea del espíritu de independencia y libertad que abrigaban en sus corazones los rústicos montañeses del Pirineo, espíritu que unido á su denuedo y bizarría en los combates y al celo religioso que los animaba, contribuyó tanto á enfrenar el orgullo sarraceno, influyó tan poderosamente en la reconquista de España, y sirvió de nuevo cimiento á las libertades españolas, como en el discurso de la historia tendremos más de una ocasion de ver comprobado [1].

Tales eran en general los respectivos principios que servian de base al gobierno de cada uno de los tres estados cristianos de la Península; gobierno imperfecto todavía, como de estados nacientes, pues si bien el de Asturias contaba ya dos siglos de existencia, la rudeza de los tiempos y la necesidad contínua del pelear hacian que monarcas y súbditos atendieran más ó á la propia defensa ó á la conquista y material

(1) Escriben además algunos autores, que cuando Iñigo Arista aceptó los fueros añadió: que si por un evento llegaba en lo futuro á lastimar en lo más mínimo los fueros del reino ó la libertad del país en ellos contenida, pudiesen elegir otro rey, cual ellos por mejor tuviesen, «ó infiel ó cristiano;» mas que en lo de poder elegir rey infiel, no lo admitieron por cosa deshonesta. Zurita, Anal. tomo 1.°, cap. 5.

engrandecimiento de territorio que á la organizacion política y civil del estado, que al estudio de las letras, al fomento de la industria y de las artes, y á los medios de regularizar una administracion.

III. ¿Qué lengua se hablaria en estos primeros siglos de la reconquista en las diversas comarcas y estados cristianos de España? Que el idioma se alteró y modificó con la gran revolucion social que sufrió España, con la conquista de los árabes y la caida del imperio godo, es incuestionable. Fuera es de duda tambien que el latin, ya algo adulterado en la dominacion goda aun entre las clases ilustradas y los hombres de letras, y más viciado y corrompido en el uso vulgar de las masas iliteratas é incultas, apareció desde los primeros tiempos de la restauracion no solo alterado en su sintaxis, en sus casos y declinaciones, sino salpicado tambien de palabras nuevas y extrañas, que revelaban el nacimiento y formacion de un nuevo lenguage en el pueblo, cuyo lenguage trascendia á los documentos oficiales, á las escrituras públicas y á los instrumentos solemnes. No hay sino ver los que de esta clase y de aquellos tiempos insertan en sus obras Yepes, Sandoval, Aguirre, Florez, y otros coleccionistas de escrituras, de donaciones y privilegios de los primeros siglos de la restauracion (1).

(1) En la de fundacion del monasterio de Obona en 780 se encuentran las palabras: *vacas*, *tocino*, *mula*, *rio*, *peña*, y otras completamente estrañas al latin, y que hoy forman parte del diccionario castellano. En la de donacion de Alfonso el Católico á la

¿Pero qué elementos entraban en la confeccion de este nuevo idioma, de que habia de resultar andando el tiempo la rica y armoniosa lengua castellana? Creemos que los eruditos Aldrete, Pellicer, Poza, Mayans y Ciscar, Larramendi, Escolano, Sarmiento, Marina y otros ilustres españoles que han tratado de propósito esta materia, hubieran podido andar más acordes en sus opiniones y sistemas, si algunos no se hubieran dejado llevar del apasionamiento hácia lo que se llaman glorias de cada país; flaqueza de que no suelen eximirse los escritores de más ilustracion y criterio [1]. No nos empeñaremos ahora nosotros en apurar la parte respectiva que en la formacion del nuevo idioma que lentamente se elaboraba pudo caber á cada uno de los elementos que entraron en su composicion: ni es de nuestro propósito, ni nos prometeríamos que de nuestro exámen saliera una opinion menos sujeta á

iglesia de Covadonga se lee: «Propterea damus vobis Abbati Adulpho et monachis,.... duas *campanas de ferro*, et duas cruces..... *tres casullas de syrgo*, et tres pallias, et quinque *capas*..... viginti equos, et totidem equas, triginta *porcos*, etc.» En otra de Ordoño I. se encuentra *verano*, *iberno*, *ganado*, *carnicerías*, y otras del lenguage usual moderno, como *caballo*, desfigurándose cada vez más el degenerado latin con la mezcla de estas voces castellanas al paso que avanzan los tiempos.

(1) Desconsuela ver la divergencia que en este punto se nota entre nuestros filólogos. Mientras Larramendi hace la lengua euskara ó vascongada una de las más influyentes en la adulteracion del latin y en la formacion del castellano, Mayans y Ciscar la coloca en el último lugar de las que entraron en su composicion. «Los etimologistas, dice el escritor valenciano, hallarán en el territorio español más etimologías en la lengua latina que en la árabe, más en la arábiga que en la griega, más en la griega que en la hebrea, más en la hebrea que en la céltica, más en la céltica que en la gótica, más en la gótica que en la púnica, y más en la púnica que en la vizcaina ó vascuence.» Orígenes de la lengua castellana, tomo II. p. 67.

controversia que las de los autores citados. Cúmplenos solo como historiadores considerar las circunstancias de tiempo y de lugar en que comenzó á obrarse esta fusion de idiomas y la situacion relativa en que cada pueblo entonces se hallaba, para deducir cuáles de ellos pudieron ejercer mas influjo en la construccion de aquella nueva é imperfecta gramática, de que despues habia de resultar una de las más variadas y armoniosas lenguas vulgares.

Reunidos al abrigo de unos riscos los restos del imperio godo-hispano, apiñados allí y en inmediato contacto emigrados é indígenas, obispos, clérigos, monjes, nobles y pueblo de diferentes comarcas de España, así habitantes del interior como moradores de aquellas montañas que mas habian resistido la influencia civilizadora de los pueblos dominadores; los unos con el influjo que les daba su mayor saber, los otros con el ascendiente del número; viviendo todos en íntimo trato y comunicacion; hablando el clero y los hombres mas ilustrados el latin heredado de los romanos, más ó menos alterado ó puro, degenerado en las masas, y adulterado y confundido en los dialectos usuales de estas con vocablos del primitivo idioma que siempre conservan los pueblos, y con los que en más ó menos copia dejan y trasmiten á cada pais las dominaciones que pasan, al modo de las arenas ó del limo que los rios desbordados van depositando en las comarcas que riegan: todos estos elementos, allí

donde la necesidad, el peligro y el interés estrechaban tanto á los hombres, debieron entrar en la refundicion del idioma que comenzó á obrarse. Por lo mismo no tenemos dificultad en convenir en que al latin, raiz principal y elemento dominante siempre, se agregarian voces célticas, euskaras, fenicias, púnicas, griegas y hebreas, y que alterando su sintaxis, y modificándole en sus casos, desinencias é inflexiones, dieran nacimiento á la lengua mixta, que perfeccionada y enriquecida habia de ser la que despues habláran los españoles.

Siguiéronse luego las guerras con los árabes; las contínuas y recíprocas irrupciones; las conquistas y reconquistas, las treguas y alianzas. Comarcas enteras eran dominadas frecuente y alternativamente por españoles y sarracenos; árabes resentidos emigraban á territorio cristiano, cristianos habia en paises de contínuo ocupados por los árabes; ejércitos árabes y españoles peleaban juntos; cautivos musulmanes eran educados por los cristianos y los hacian sacerdotes, como los *clérigos sacricantores* de Alfonso el Casto; sacerdotes cristianos eran hechos cautivos por los sarracenos, y con sus predicaciones convertian despues á los muslimes como San Victor [1]; renegados de una y

(1) Florez, Esp. Sagr., tom. 23: Apéndice III.—El mismo Florez, y Berganza, en sus Antigüedades traen documentos de fundaciones religiosas, en los cuales se leen, entre los nombres de los firmantes, no pocos de presbíteros ó clérigos, ó con muy poca alteracion, ó completamente árabes, como *Meliki presbiter*, *Maeruanus presbiter*, *Alaytrac presbiter*, *Ayub diaconus*, *Mohamadi diaconus*, etc.

otra religion que se pasaban á los dominios contrarios; capitulaciones, cartas, embajadas, y por último enlaces matrimoniales entre súbditos y aun entre príncipes de ambos pueblos. Todas estas relaciones no podian menos de producir mezcla en los idiomas, y no estrañamos que Marina señale la lengua arábiga como una de las que se inocularon más en la que hoy se habla en Castilla [1]; ni que Escalígero dijera que eran tantas las voces arábigas que se encontraban en España, que podia hacerse de ellas un lexicon completo [2]. Y aunque no carezca de razon un crítico moderno cuando dice, «que entrando en el exámen de la afinidad de las lenguas por el significado de ciertos vocablos y por el análisis, se entra en un laberinto y se prueban los mayores absurdos,» tales pueden ser las afinidades, y tan numerosas las voces y de tan clara procedencia, que no pueda ponerse en duda su orígen, y no hay sino abrir el vocabulario español paro hallar multitud de palabras cuya raiz, sabor y sonido arábigo es imposible desconocer.

Mientras así se formaba la lengua en el Norte de España, los cristianos del Mediodía de tal manera llegaron á arabizarse, que al decir del ilustre cordobés Pablo Alvaro [3], á mediados del siglo IX, apenas se encontraba en aquella tierra quien supiese escribir

(1) Memoria sobre el origen y progresos de la lengua, y especialmente del romance castellano, inserta en el tomo IV. de las de la Academia de la Historia.

(2) Joseph. Escalig., Epistolæ: epist. 228 ad Isaacum Fontanum.

(3) En su *Indiculus luminosus*.

bien una carta en latin, habiendo por el contrario muchísimos que hacian elegantes y muy correctos y limitados versos en árabe. Y esto hubiera acontecido de todos modos con el trascurso de los tiempos, aun cuando el emir Hixem no hubiera prohibido, como prohibió, que se enseñase el latin en las escuelas de los cristianos, y ordenado el uso del árabe para todas las transacciones sociales.

Entretanto en el Oriente de España, en la Cataluña ó condado de Barcelona, formábase tambien otra lengua, nacida, como la castellana, del latin corrompido y modificado con los idiomas y dialectos de los pueblos de raza germánica que se establecieron en el Mediodía de la Francia, con quienes en tan inmediatas y tan largas relaciones estuvieron aquellas regiones españolas. Este idioma construido tambien sobre las ruinas del romano, fué el provenzal ó lemosin, del que dijo nuestro historiador Gaspar Escolano: «La «tercera lengua maestra de las de España es la lemo«sina, y mas general que todas.... por ser la que se «hablaba en Provenza, y toda la Guiayna y la Fran«cia Gótica, y la que agora se habla en el Principado «de Cataluña, reino de Valencia, Islas de Mallorca, «Minorca, etc. (1).» Y hablábase en efecto el lemosin en la larga zona comprendida desde las fronteras de Valencia y parte de Aragon, Cataluña, la Guiena,

(1) Hist. de Valencia, part. I., lib. 1, cap. 14.

Languedoc, Provenza, y la Italia Septentrional hasta los Alpes: era la lengua de los célebres *trovadores provenzales* (1).

No insistimos ahora mas sobre este punto, porque la historia y los documentos nos irán mostrando cómo el idioma, siguiendo la misma marcha que la nacion, se fué formando como ella sobre los fragmentos incoherentes y dispersos arrancados á anteriores dominaciones, que unidos con el tiempo habian de constituir una nacion y una lengua propia abundante y rica.

(1) «Tal vez, añade un moderno escritor francés que suele hablar con acierto de las cosas de España, tal vez en Cataluña y Aragon tomó origen el uso de la lengua provenzal, porque los catalanes en su famosa *Proclamacion católica* recuerdan al rey de España, como uno de sus principales méritos, que los primeros padres de la poesía vulgar fueron los catalanes.....» Viardot, Hist. de los Arabes de España, part. II., cap. 2.

CAPÍTULO XIV.

ABDERRAHMAN III. EN CÓRDOBA.

DESDE GARCÍA HASTA ORDOÑO III. EN LEON.

De 912 a 950.

Toma Abderrahman el título de *Califa* y de *Emir Almumenin*.—Dedícase á pacificar la España musulmana.—Vence á Caleb ben Hafsûn.—Persigue y somete á los rebeldes de Sierra Elvira.—Breve reinado de García, primer rey de Leon.—Eleccion de Ordoño II.—Recobra Abderrahman á Zaragoza.—Muerte del famoso revolucionario ben Hafsûn.—Triunfo de Ordoño II. sobre los árabes en San Esteban de Gormaz.—Derrota de los reyes de Leon y Navarra en Valdejunquera: resultados de esta batalla.—Llega Ordoño II. hasta una jornada de Córdoba.—Prende y ejecuta á cuatro condes de Castilla.—Muerte de Ordoño II.—Efímero reinado de Fruela II.—Jueces de Castilla: Lain Calvo y Nuño Rasura.—Alfonso IV. de Leon.—Gloriosos triunfos de Abderrahman.—Apodérase de Toledo.—Ramiro II. de Leon.—Encierra en un calabozo á su hermano Alonso y á sus tres primos, y hace sacarles los ojos.—Su primera campaña contra los sarracenos: toma y destruye á Madrid.—El conde Fernan Gonzalez.—Célebres batallas de Simancas y Zamora: triunfos de Ramiro II.—Tregua con Abderrahman.—Prision y libertad de Fernan Gonzalez.—Muerte de Ramiro II. y elevacion de Ordoño III.

Llegamos á uno de los reinados mas brillantes de la dominacion árabe en España; pero tambien comienza á complicarse la historia de esta nacion, abriéndose nuevos teatros á los sucesos.

Reinaba García en Leon, gobernaban sus dos hermanos Ordoño y Fruela la Galicia y Asturias, como condes ó señores, ó si se quiere con el título honorarios de reyes; á Borrell I. habia sucedido Sunyer en el condado de Barcelona [1]; y en Navarra seguia reinando Sancho García ó Garcés, cuando subió al trono de los Beny-Omeyas el nieto de Abdallah, el hijo de Mohammed *el Asesinado*, el jóven y aventajado príncipe que estaba siendo el encanto y las delicias de la córte de Córdoba, el más hermoso de los muslimes, el de color sonrosado y ojos azules, el amable, el gentil, el erudito y prudente Abderrahman, de quien anunciamos habia de ser la gloria y el orgullo de los Ommiadas, de quien dijo Ahmed Almakari, «que Dios le habia dado la mano blanca de Moisés, aquella mano poderosa que hace brotar agua de las peñas, que hiende las olas del mar, la mano que domina, cuando Dios lo quiere, los elementos y la naturaleza entera, y con la que llevó el estandarte del islamismo más lejos que ninguno de sus predecesores.» Todos los pueblos y todos los partidos recibieron con júbilo la proclamacion de aquel jóven de 22 años, á quien

(1) Y no Miron, como suponen casi todas nuestras historias, inclusas las de Cataluña, hasta que en la obra antes citada del archivero Bofarull se fijó la verdadera cronología de los condes. Es estraño que habiéndose publicado esta obra en 1836, y habiendo dado á luz tres años despues el diligente Cárlos Romey el tom. III. de su Historia de España, haya incurrido en el mismo error cronológico, haciendo á Miron sucesor de Wifredo el Velloso, cuando mediaron entre los dos Borrell I., Sunyer ó Suniario, y Borrell II. Acaso no conoceria aun los *Condes de Barcelona vindicados*.

conocian ya por su discrecion y sus virtudes. Los partidarios de Abdallah veian en él al predilecto de su abuelo; los muzlitas no recelaban de un príncipe cuyo padre habia sido sacrificado por su propia causa; y hasta los cristianos andaluces, despues de las persecuciones sufridas, miraban con aficion al primer soberano musulman por cuyas venas corria sangre cristiana, porque «la madre que le parió (dice la crónica árabe) se llamaba María, hija de padres cristianos [1].»

Fué el primer emir de Córdoba que tomó el título de Califa á imitacion de los de Bagdad, abusivamente dado por nuestros historiadores á los que le habian precedido. Y deseando honrarle los pueblos le dieron tambien otros como el de Iman, de *Al-Nassir Ledin Allah* (amparador de la ley de Dios), y de *Emir Almumenin* (príncipe de los fieles), de que los cristianos hicieron por corrupcion *Miramamolin*. Fué el primero tambien que hizo grabar su nombre y sus títulos en las monedas, que hasta entonces no se habian diferenciado de las de los califas de Oriente sino en la indicacion del año y lugar en que se acuñaban. En las de Abderrahman se leia de un lado esta frase sacramental: *No hay más Dios que Dios, único y sin*

(1) Conde, cap. 68.—Segun un Mss. del Escorial à que se refiere Morales, Abderrahman III. era nieto de Abdallah y de Iñiga, hija de García Iñiguez el de Navarra, la cual fué cautivada en la batalla de Aybar en que murió su padre. Mohammed, hijo de esta cristiana, se casó tambien con otra, llamada María, de quien nació Abderrahman.

compañero: circundada de una orla que contenia estas palabras: *En el nombre de Dios, esté dirhem* (ó dinar) *ha sido acuñado en Andalucía* en tal año. De otro lado: *Iman Alnasir Ledin Allah Abd-el-Rahman Emir Almumenin*; y por último, la leyenda siguiente: *Mahoma es el apóstol de Dios: Dios le envió para dirigir el mundo, para anunciar la verdadera religion, y hacerla prevalecer sobre todas las demás, á despecho de los adoradores de muchos dioses*. La naturaleza de los caractéres arábigos y el carecer sus monedas de busto permitian tan largas inscripciones. A partir de este reinado muchas de ellas llevaban tambien el nombre del hagib ó primer ministro, lo cual no dejó en lo sucesivo de influir en las prerogativas de estos primeros funcionarios.

Dedicóse antes de todo Abderrahman á pacificar la España muslímica, y dirigiendo sus miras hácia los hijos del rebelde Hafsùn que seguian apoderados de Toledo, de algunas ciudades del Mediodía, y de gran parte del Este de España, hizo un llamamiento general á todos los buenos muslimes, los cuales acudieron en tanto número á la voz del nuevo califa, que para que las familias no quedáran sin apoyo y los campos sin cultivo, fué menester limitar las huestes, quedando reducidas á cuarenta mil hombres, distribuidos en ciento veinte y ocho banderas. Al frente de este ejército se encaminó Abderrahman hácia Toledo. Sometiéronsele pronto las fortalezas de la comarca, y

no atreviéndose Caleb ben Hafsûn á sostener la campaña, salió en busca de refuerzos á la España Oriental, dejando encomendada la defensa de Toledo á su hijo Giafar. Siguióle allí el califa: su tio el valeroso Almudhaffar, bien conocido ya de los rebeldes, guiaba la vanguardia y se encargó de dirigir el combate. Pronto se encontraron con los enemigos en una espaciosa llanura á propósito para los horrores de una batalla campal, entre Toledo y las montañas de Cuenca. Prévias algunas ligeras escaramuzas entre las avanzadas de uno y otro ejército, empeñáronse en la lid ambas huestes en medio de espantosos alaridos y al ruido de las trompetas y añafiles (1). Algun tiempo estuvo incierta la victoria. Al fin la numerosa caballería de Abderrahman desordenó las filas contrarias, y siete mil cadáveres enemigos quedaron cubriendo el campo del combate; el triunfo costó al califa tres mil hombres: Ben Hafsûn se retiró á Cuenca con fuerzas respetables todavía. Era la primera batalla en que se encontraba el jóven Abderrahman, y se estremeció de ver tanta sangre muslímica derramada; los heridos de uno y otro partido le merecieron igual solicitud, y mandó que se curara á todos con esmero (913).

La continuacion de aquella guerra quedó al cuidado del entendido y leal Almudhaffar, y el califa se volvió á Córdoba acompañado de los principales jeques

(1) *Al nafil*: una de las muchas palabras árabes que quedaron en nuestro idioma.



de las tribus andaluzas y de los gefes de su guardia particular. Poco tiempo permaneció en la córte del imperio. Habia entrado en su ánimo antes que todo sosegar las turbulencias intestinas y calmar los enconos de los partidos, y con este objeto se dirigió á las sierras de Jaen y Elvira, donde se abrigaban rebeldes que no cesaban de inquietar el reino. Cuál seria la política, la prudencia, la dulzura, y la confianza que inspiraba el jóven califa, demuéstranlo los resultados. Los más poderosos y altivos guerrilleros de aquellos montes no solo le rindieron las armas, sino que pidieron emplearlas en su servicio y ayudarle á acabar la guerra civil. Tales fueron el ya célebre Azomor, señor de Alhama, y el famoso Obeidalah, señor de Cazlona y gefe de los sediciosos de Huéscar y de Segura. El generoso Abderrahman no solo los recibió con benevolencia, sino que nombró al primero alcaide de Alhama, y al segundo walí de Jaen. Valióle esta conducta la sumision de más de doscientos alcaides de poblaciones fuertes, que tremolaron en sus almenas el pendon real con gran contento del pais. Despues de lo cual regresó Abderrahman á Córdoba, y fué recibido del pueblo con inexplicable regocijo (915).

¿Qué era entretanto de los reyes de Leon? Las crónicas musulmanas no hablan de guerras con los monarcas cristianos en los primeros años de Abderrahman, ni los mencionan siquiera. Pero suplen este vacío las crónicas cristianas. Por ellas sabemos que

:



el primer rey de Leon, García, hizo el primer año de su reinado (910), una expedicion contra los moros de Hafsûn, en que habiendo talado y quemado á Talavera, volvió con gran botin y cautivos, entre ellos el caudillo Ayola, que por descuido de los conductores logró fugarse [1]. Que dotó, segun costumbre, varias iglesias y monasterios, entre ellos el de San Isidoro de Dueñas, y que murió en Zamora despues de un reinado de poco más de tres años (desde diciembre de 910 á enero de 914). A su muerte, reunidos los grandes de palacio y los obispos del reino para el nombramiento de sucesor, con arreglo á la antigua costumbre de los godos, fué electo rey de Leon su hermano Ordoño, que gobernaba la Galicia, y que ya en más de una ocasion habia aterrado á los musulmanes con sus arrojadas escursiones hasta el Guadiana. Así volvieron á reunirse bajo un cetro Leon y Galicia, momentáneamente separadas [2].

Ocupábase Abderrahman, despues de los triunfos de Jaen y Elvira, en embellecer y agrandar los palacios, mezquitas, fuentes, y otros edificios de Córdoba y de otras ciudades de Andalucía, cuando recibió cartas de su tio Almudhaffar noticiándole sus ventajas contra los rebeldes de Ben Hafsûn, á quienes de tal manera habia acosado que ni se atrevian ya á entrar en las poblaciones, ni se tenian por seguros sino en las fra-

(1) Sampir., Chron. n. 17. p. 295.—Sandoval, Cinco Obispos.
(2) Samp. ibid.—Silens. Chron. —Morales, lib. 15.—Florez, t. 14.

gosidades más ásperas de las montañas; añadiendo que para acabar de esterminarlos era menester reunir toda la gente de armas de la tierra de Tadmir, y perseguirlos sin tregua ni descanso, y sin consideraciones de una humanidad mal entendida. Penetrado el califa de las razones de su tio, escribió sobre la marcha á los gobernadores de Valencia y Murcia, para que al apuntar la primavera tuviesen toda su gente aparejada y pronta para entrar en campaña: él mismo partió con su caballería á la provincia que conservaba el nombre de Tadmir: recibiéronle con entusiasmo en Murcia, Lorca y Orihuela, visitó las ciudades de la costa, Elche, Denia y Játiva, detúvose unos dias en Valencia, y de allí por Murviedro, Nules y Tortosa siguió por la orilla del Ebro hasta Alcañiz, donde se presentaron á hacerle sumision multitud de gefes que habian sido del partido de Ben Hafsûn.

Dirigióse seguidamente á Zaragoza, ciudad de muchos años ocupada por aquel rebelde, y donde por lo mismo contaba con numerosos parciales. Pero la fama de Abderrahman y de sus virtudes era ya grande; casi todos los habitantes se declararon por él, en términos que acordaron abrirle las puertas sin condiciones y sin otra fianza que su generosidad. No debió pesarles de ello, porque el califa recibió á todos con su bondad acostumbrada, publicó un indulto para todos los partidarios de Ben Hafsûn que se hallasen en la ciudad ó se le sometiesen en un plazo dado, á

escepcion del caudillo rebelde y sus hijos, de quienes exigia una sumision especial y con garantías que le asegurasen, y al dia siguiente entró en Zaragoza, dando un dia de júbilo á sus moradores. Gran prestigio ganó Abderrahman con la recuperacion de una plaza tan importante como Zaragoza, y tanto tiempo hacia desmembrada del imperio. Estas victorias alcanzadas sin efusion de sangre, prueban lo que puede un príncipe á quien antes que el aparato bélico y el esplendor de las armas ha precedido la fama de sus bondades y el brillo de sus virtudes.

Hallándose el califa en Zaragoza, cuya deliciosa campiña mostró agradarle mucho, presentáronsele dos enviados de Ben Hafsûn proponiéndole tratos de paz. El rey, dice la crónica árabe, los recibió sin aparato ni ostentacion en su campo á orillas del Ebro. El más anciano de los dos, que era alcaide de Fraga, le expuso en muy atentos términos que los deseos de Ben Hafsûn eran de vivir en paz con él; que sentia como el que más la sangre que se derramaba en los combates, y que por lo mismo, si le reconocia la tranquila posesion de la España Oriental para sí y sus sucesores, él mismo le ayudaria á defender las fronteras de aquella parte; en cuyo caso y en prueba de su lealtad le entregaria inmediatamente las ciudades de Toledo y Huesca, y los fuertes que tenia en su poder. Oyó Abderrahman el estraño mensaje y respondió: «por un exceso de paciencia he sufrido que

un rebelde se atreva á proponer tratos de paz al príncipe de los creyentes con aire de soberano: agradeced á vuestra calidad de parlamentarios el que no os haga empalar; volved y decid á vuestro gefe, que si en el término de un mes, no viene á rendirme homenage, pasado este plazo no le admitiré ni con ninguna condicion ni en ningun tiempo.» Volviéronse, pues, los dos mensajeros, poco satisfechos del éxito de su mision, y Abderrahman, arreglado lo necesario al gobierno de Zaragoza, y dejando otra vez á su tio Almudhaffar el cuidado de la guerra, regresó de nuevo á Córdoba (1).

Las aclamaciones con que le recibió el pueblo de Córdoba turbáronse con la noticia que llegó de una nueva sublevacion en las sierras de Ronda y de Alpujarra. ¿Quién movia ahora á estos montañeses, cuando sus principales caudillos se habian sometido al califa? Un imprudente recaudador de las rentas del azaque habia vuelto á encender el fuego ya apagado. La dureza que empleaba en la exaccion, las demasías de los soldados que le acompañaban y que se entraban por las casas de los contribuyentes á arrancarles á la fuerza los impuestos, exacerbó los ánimos de aquellos montañeses, que acometieron á las tropas y mataron la mayor parte de ellas. Una vez de nuevo rebelados, volvieron á nombrar por su caudillo al

(1) Conde, cap. 71.



alcaide de Alhama Azomor, el más prudente y humano de todos, y de quien habian sido tratados con dulzura. Azomor, aunque acababa de someterse al califa y de ser favorecido por él, no tuvo el suficiente carácter para resistir á las exigencias de sus antiguos secuaces y al entusiasmo y empeño con que le proclamaban otra vez. Por debilidad, pues, más que por su deseo, faltó al califa, y tornó á convertirse en caudillo de rebeldes. Indignado de tal conducta Abderrahman, acudió apresuradamente á sujetar á tan indócil gente, y su diligencia fué tal que apenas tuvieron tiempo los sublevados para internarse en las sinuosidades de sus breñas. Apoderóse el califa de muchos fuertes, mas como considerase que no era ocupacion digna de un gefe del imperio la guerra de bandidos, trasladóse á Jaen y desde allí á Córdoba.

Parecia destino de Abderrahman encontrarse, cada vez que entraba en la córte, con alguna importante nueva; esta vez era próspera y grata. Un despacho de su tio Almudhaffar le informaba de la muerte del obstinado Caleb ben Hafsûn, acaecida en un castillo de las inmediaciones de Huesca (en mayo de 919). Abderrahman dió gracias á Dios por la desaparicion de tan terrible enemigo. Quedaban, no obstante, todavía sus dos hijos, Suleiman y Giafar, herederos del valor y del espíritu revolucionario y terco de su abuelo y de su padre, que así se trasmitian y perpe-

tuaban de generacion en generacion entre los sarracenos los ódios de familia y de tribu.

Mientras el califa y sus huestes se hallaban ocupados en sujetar los rebeldes de su mismo imperio, el rey de Leon Ordoño II. que ya antes de serlo habia dado pruebas de su belicoso ardor á los musulmanes, mostraba al tercer Abderrahman que habia empuñado el cetro de Leon un monarca por cuyas venas corria la sangre de Alfonso el Magno. Despues de haber devastado el territorio de Mérida, y puesto á los meridanos mismos en la necesidad de comprarle una paz humillante á fuerza de dádivas (918), corrióse á la tierra de Castilla conocida ya con el nombre de Campos de los Godos. Otra acometida que hizo á Talavera, algo reparada ya por los moros de la destruccion de su hermano García, hizo que Abderrahman pensára en atajar los progresos del atrevido cristiano, y juntando grueso ejército, penetró con él hasta San Estéban de Gormaz. En mal hora avanzaron hasta allí los musulmanes; el valiente Ordoño los atacó de improviso, y ganó sobre ellos tan brillante victoria, que al decir del obispo Sampiro, *delevit eos usque ad mingentem ad parietem*, y segun el Monje de Silos, desde San Estéban hasta Atienza quedaron montes, collados, bosques y campos tan sembrados de cadáveres sarracenos, que sobrevivieron pocos que pudieran llevar al califa la nueva de tan fatal derrota (919): que grande debió ser aunque se su-



ponga la asercion de los cronistas algo exagerada [1]. Decímoslo, porque no debieron quedar los musulmanes tan completamente deshechos, cuando al poco tiempo se los vió vengar en Mindonia el desastre de San Estéban de Gormaz, haciendo en las tropas de Ordoño considerable matanza.

Pero otro suceso, de más compromiso, aun, sobrevino al año siguiente, no ya solo al rey de Leon, sino al de Leon y al de Navarra juntos. El ilustre Sancho García (Abarca), que despues de haber dilatado maravillosamente los términos de su reciente reino habia encomendado la direccion del estado á su hijo García, y retirádose él al monasterio de Leire, veia su provincia invadida cada dia y sin cesar hostigada por el valeroso Almudhaffar que guerreaba por la parte de Zaragoza. La noticia de una mas numerosa irrupcion de musulmanes debió despertar su antiguo ardor bélico, y hubo de dejar el claustro para acudir al socorro de su hijo: ello es que nos presentan las crónicas á uno y otro príncipe pugnando por rechazar el torrente invasor: y como se sintiesen todavía débiles para resistirle, reclamó García el auxilio del monarca de Leon. No vaciló el leonés en responder al llamamiento del navarro, y púsose en marcha para darle ayuda. Acompañábanle dos prelados, Hermogio de

(1) Silens., p. 297.—Sin embargo no tenemos otra guia para estos sucesos que las crónicas cristianas, pues los historiadores árabes guardan aquí un profundo, y como si fuese estudiado silencio.

Tuy y Dulcidio de Salamanca [1], llevados de aquella aficion á las lides y al estruendo de las armas que tenia entonces contaminados á sacerdotes y obispos. Invitó Ordoño á varios condes de Castilla á que se le incorporáran y ayudáran en esta empresa, mas ellos, ó abiertamente se negaron, ó por lo menos no respondieron á la excitacion, y Ordoño prosiguió con sus leoneses hasta juntarse con Sancho y García, y verificada que fué la union marcharon en busca del enemigo que hallaron acampado entre Estella y Pamplona, ó más bien entre Muez é Irujo en un valle que por estar cubierto de juncos se llamó Val-de-Junquera (921).

Allí se dió la batalla de este nombre, tan fatal para los tres reyes cristianos. Disputada fué la victoria, pero declaróse por los agarenos, los cuales, entre otros muchos cautivos, llevaron á Córdoba los dos ilustres prelados. Dulcidio pudo al fin obtener su rescate: Hermogio para poder volver á su diócesis tuvo que dejar en rehenes á su sobrino Pelayo, niño de diez años, que encerrado en un calabozo alcanzó despues la palma del martirio, y cuya desventurada y lastimosa historia más adelante referiremos. Derrota fué la de Valdejunquera que hubiera podido ser mucho más desastrosa para los cristianos, y muy señala-

(1) El mismo á quien, siendo presbítero de Toledo, envió Alfonso el Magno á Córdoba á estipular con Abdallah las condiciones de la paz.

damente para el rey de Navarra, si en lugar de seguirle las huellas no hubieran tomado los moros con estrañeza general el camino de Francia por los ásperos y rudos senderos de las montañas de Jaca, sin que sepamos qué objeto pudo moverlos á tan aventurada expedicion. Sabemos sí que algunos llegaron por la Gascuña hasta Tolosa, donde acaso se contentaron con la curiosidad de visitar rápidamente, ó con la vanidad de poder contar que habian visitado los paises donde habian llegado las armas de sus mayores. De todos modos al regreso tuvieron ocasion de reconocer su imprudencia, porque rehechos Sancho y García, los esperaron en los terribles desfiladeros del Roncal, donde vengaron la derrota de Valdejunquera, por más que Murphy parezca ó negarlo ó ignorarlo (1).

Tampoco hablan las historias árabes de lo que hizo el rey de Leon durante la expedicion del ejército musulman allende el Pirineo. Parece estudiado olvido el que sobre estos reinados padecieron los escritores mahometanos. Mas no por eso hemos de dejar de mencionar nosotros la atrevida incursion de Ordoño II. por las tierras muslímicas, asegurando el cronista Sampiro que llevó su arrojo hasta ponerse á una jornada de Córdoba (2). De vuelta de esta arriesgada correría y hallándose en Zamora tuvo el sentimiento

(1) Abarca y Moret en sus historias.—Murphy, c. 3.

(2) Chron. n. 18.

de perder su primera esposa Elvira (1), á quien amaba mucho, y de quien tenia cuatro hijos y una hija, Alfonso, Sancho, Ramiro, García, y Jimena: sentimiento que no le impidió contraer segundas nupcias con una señora llamada Aragonta, gallega tambien como Elvira, y á la cual repudió luego (2), pasando á tomar otra tercera muger de la sangre real de Pamplona, Sancha, hija de García (3).

No podia olvidar el monarca leonés el desaire y agravio que le hicieron los condes de Castilla en haberse negado á acompañarle y auxiliarle en la guerra de Navarra; y como á su falta atribuyese en gran parte el desastre de Valdejunquera, determinó castigar con todo rigor á los que tanto habian ofendido su autoridad. El resentimiento parecia fundado: el castigo no le aplaudiremos nosotros si fué del modo que Sampiro refiere. Cuatro eran los condes que principalmente se habian atraido el enojo del rey, y los mas poderosos de aquella época; Nuño Fernandez (el suegro de su hermano y predecesor don García), Aboli-

(1) Sampiro la llama Nuña. El arzobispo don Rodrigo la supone dos nombres, cosa muy comun en aquel tiempo.—Florez, Reinas Católicas, tom. I., pág. 79.

(2) Este acto del repudio, que algunos escritores censuran ágriamente en Ordoño, y que otros omiten como quien huye de lastimar su reputacion, era muy frecuente en aquellos tiempos, y de ello encontraremos en lo de adelante ejemplos muy repetidos. En Navarra, al decir de Yanguas (Hist. de Navar., pág. 43), los nobles podian divorciarse libremente segun fuero, y los plebeyos pagando un buey de multa. El obispo de Pamplona Pedro de Paris aconsejó á Sancho el Sábio que no permitiese semejante abuso, y el rey con acuerdo de los ricos-hombres mandó que los matrimonios hechos con capellan y sortija no pudieran deshacerse.

(3) Florez, Reinas Católicas, tomo I.



mondar el Blanco (en cuyo nombre no puede desconocerse la procedencia árabe), su hijo Diego, y Fernando Ansurez. Sabedor Ordoño de que todos cuatro se hallaban reunidos en Burgos, los invitó á una conferencia en un pueblecito de la provincia llamado Tejares sobre las márgenes del Carrion. Acudieron allí sin desconfianza los desprevenidos condes; y tan luego como los tuvo en su poder hízolos conducir, cargados de cadenas, á las cárceles de Leon: despues de lo cual ya no se supo más sino que todos habian sido condenados á muerte. De desear seria que se descubriera, si llegó á formarse, el proceso de estos desgraciados.

Dos solas ciudades de Navarra se levantaron por la causa de los condes, Nájera y Viguera (entonces Vecaria ó Vicaría). Nuevamente solicitó el navarro el auxilio del leonés para el recobro de las dos fuertes ciudades rebeladas, y nuevamente acudió Ordoño en persona al frente de su ejército, y obrando en combinacion con García, no tardó en poner á su amigo y aliado es posesion de aquellas dos importantes plazas. En esta expedicion, última que hizo el rey Ordoño (923), fué cuando obtuvo la mano de la princesa Sancha (1), viviendo aun la repudiada Aragonta.

Poco tiempo pudo gozar de los halagos de su nue-

(1) Sanctiva la llama Mariana.

va esposa. Regresado que hubo con ella á sus estados, sorprendióle la muerte en el camino de Zamora á Leon (enero de 924) á los nueve años y once meses de reinado. Fué el primer monarca que se enterró en la suntuosa catedral de Leon, que él mismo habia hecho erigir desde 916 en el sitio donde estaban los palacios reales (1).

Aunque Ordoño II. dejaba los cuatro hijos varones que hemos nombrado, á ninguno de ellos le fué dada la corona. Los magnates y prelados colocaron en el trono de Leon á su hermano Fruela, que gobernaba las Asturias dándose el título de rey, verificándose así que todos tres hijos de Alfonso el Magno fueron sucesivamente reyes de Leon, con perjuicio de los hijos del segundo: bien para la unidad española, porque de esta manera volvieron á unirse en el tercero de estos príncipes Leon, Galicia y Asturias, divididas á la muerte de su padre. No sabemos qué pudo mover á los grandes á dar esta preferencia á Fruela II., cuyo corto reinado de catorce meses solo ha suministrado á la historía dos actos de insigne crueldad é injusticia cometidos con dos hijos de un caballero leonés nombrado Olmundo, condenando á muerte al uno, y desterrando del reino al otro, que lo era Fronimio, obispo de la ciudad, sin razon ni causa que se sepa, como acaso no los sospechára

(1) En su sepulcro se leen dos largos epitafios latinos, que son como un compendio de su historia.

cómplices en las anticipadas pretensiones de Alfonso, hijo de Ordoño II., al trono que ocupaba su tio. De todos modos no debió aparecer justificado el motivo, puesto que el hecho le concitó la odiosidad de sus súbditos, y á castigo providencial de aquella arbitrariedad tiránica atribuyeron la temprana muerte del rey (925), y la inmunda lepra de que sucumbió. Algunas fundaciones y donaciones piadosas y un camino público hecho en Asturias, todo antes de ser rey de Leon, fueron los únicos recuerdos que dejó este monarca (1).

En el mismo año que se coronó rey de Leon Fruela II., falleció el ilustre rey de Navarra Sancho García Abarca, dejando por sucesor del reino á su hijo García Sanchez llamado el Temblon (2).

Refiérese tambien á este tiempo la creacion de un famoso tribunal en Castilla; creacion que aunque descansa en el testimonio del arzobispo don Rodrigo, escritor muy posterior á la época de los sucesos, alcanzó gran celebridad histórica, y ha sido despues objeto de graves cuestiones entre los críticos. Hablamos de la institucion de los *Jueces de Castilla*. Refiérese que indignados los castellanos de las arbitrariedades de los monarcas leoneses, y no siéndoles fácil levantarse en armas contra su autoridad, acordaron

(1) Sampir. Chron. n. 20.—Risco, Esp. Sagr. tom. 37.
(2) Porque temblaba, dicen, y se agitaba siempre al entrar en batalla, no de miedo, añaden, sino por natural ardor é impaciencia de vencer al enemigo.

proveer por sí mismos á su gobierno, á cuyo fin eligieron de entre los nobles dos magistrados, uno civil y otro militar, con nombre de *Jueces*, título que les recordaba su mision de hacer justicia, no el derecho de autoridad sobre los pueblos, ni menos el de oprimir su libertad. Que para este honroso cargo nombraron á Lain Calvo y á Nuño Nuñez Rasura, yerno aquel de éste, aquel para los negocios de la guerra, por ser varon de grande ánimo y esfuerzo, á éste para los asuntos civiles, por su mucha instruccion y prudencia. Que estos magistrados juzgaban por el Fuero Juzgo de los visigodos, y que bajo esta forma semi-republicana se rigió la Castilla hasta que se erigió en condado independiente. Por último, que de estos dos primeros jueces trajeron su procedencia y fueron oriundos los ilustres Fernan Gonzalez y Rodrigo Diaz de Vivar, que sucesivamente se hicieron despues tan célebres en los fastos españoles (1).

Del mismo modo que Fruela II. habia sido ante-

(1) Emitiremos más adelante nuestro juicio sobre esta institucion, que admitió sin vacilar Mariana, que niegan sus comentadores, y sobre la que escribió Masdeu una de las *Ilustraciones* de su Historia Crítica.—Diremos, no obstante, que en la provincia de Búrgos, á trece leguas de la capital, partido judicial de Villarcayo, existe un pueblo llamado *Visjueces*; en el pórtico de su iglesia se ven dos estátuas de piedra, que dicen representar los dos primeros jueces de Castilla, sentados en actitud de administrar justicia, por ser este el pueblo donde supone la tradicion tenian su residencia y tribunal los dichos jueces, y de aquí el nombre de *Visjueces*, corrupcion del antiguo *Vijudico*. Al pié de las estátuas se leen las siguientes inscripciones.

Laino Calvo fortissimo Civi Gladio, Galeæque civitatis.
Nuño Rasure Civi sapientissimo civitatis Clipeo.

puesto en la dignidad real á los hijos de su hermano Ordoño, así á su fallecimiento se vieron á su vez postergados los hijos de Fruela eligiendo los grandes al mayor de los de Ordoño, Alfonso, que ciñó la corona con el nombre de Alfonso IV. [1]: prueba grande de la libertad electiva que seguian ejerciendo los prelados y nobles del reino. De carácter pacífico y devoto Alfonso IV., aunque débil y voluble, comenzó su reinado con un acto de justa reparacion, llamando del destierro y reponiendo en su silla al obispo Fronimio, relegado por su tio Fruela (927). En el mismo año hizo una expedicion á Simancas, donde erigió silla episcopal. Pero inclinado Alfonso á las prácticas y ejercicios de devocion, y más dado á ellas que á los cuidados del gobierno, resolvió en el quinto año de su reinado abdicar el cetro para retirarse al claustro, y llamando á su hermano Ramiro que se hallaba en el Vierzo (entre Leon y Galicia), con acuerdo de los grandes y demás electores reunidos en Zamora, hizo en él cesion formal de la corona de Leon (11 de octubre de 930), ejecutado lo cual se retiró al monasterio de Sahagun sobre el rio Cea, donde tomó el hábito de monje.

Dejemos reposar en su claustro al monje ex-rey, mientras damos cuenta de cómo marchaban las cosas

(1) Los hijos de Fruela, habidos de su primera esposa Nunilona Jimena, eran tres, Alfonso, Ordoño y Ramiro, y otro tenido fuera de matrimonio nombrado Azenar. Su segunda muger se llamaba Urraca. Flórez, Reinas Católicas, tomo I.

del imperio musulman bajo la vigorosa conducta del emir Almumenin Abderrahman III.

Los moros rebeldes de Sierra Elvira habian vuelto á lograr algunas ventajas sobre las tropas imperiales, y su primer caudillo Azomor se habia apoderado otra vez de Jaen. Otra vez tambien tuvo que acudir Abderrahman en persona á apagar el nuevo incendio. Al aproximarse á Jaen huyeron los sediciosos á sus guajaras y riscos, y Azomor fué á buscar su último asilo en Alhama, ciudad fuerte por su natural posicion, guarnecida ademas con gigantescas torres, provista de almacenes y rebosando de agua sus algibes. Pero allí le siguió Abderrahman, resuelto á no alzar reales hasta ver á sus piés la cabeza del pérfido Azomor. Rudos y obstinados fueron los ataques, y obstinada y ruda la defensa de los sitiados. Desesperaba al califa la dilacion de un sitio en que veia comprometida su honra. Al fin aplicado un combustible á una parte enmaderada del muro, que calcinando la obra sólida produjo su desplomo y abrió una ancha brecha, por encima de aquellos ardientes escombros penetraron arrojadamente en la ciudad los soldados del rey. Muchos defensores murieron peleando: todo lo que se halló con vida en la poblacion, sin distincion de edades ni sexos, fué pasado á cuchillo: reconocióse entre los moribundos á Azomor acribillado de heridas y horriblemente desfigurado. Abderrahman en cumplimiento de su promesa mandó decapitarle, y su ca-



beza fué el parte triunfal que se envió á Córdoba.

De Alhama pasó el califa á Granada, cuya pintoresca situacion, bordados ya de jardines los amenos valles del Darro y del Genil, agradóle mucho y se detuvo allí algun tiempo. Allí bajaron á prestarle sumision los rebeldes de las sierras, que privados de su gefe se vieron en la necesidad de reconocer al califa, quedando así extinguidas unas facciones que por espacio de medio siglo habian tenido en contínuo desasosiego la Andalucía y ensangrentado muchas veces sus campos.

Terminada esta guerra, volvió el califa su atencion hácia Toledo, que en poder de Giafar, el hijo de Ben Hafsùn, estaba siendo largos años hacia padron de afrenta para los soberanos Beni-Omeyas. Esta vez se propuso Abderrahman á todo trance recobrarla para el imperio. Por espacio de dos años hizo que sus caudillos se ocuparan exclusivamente en talar la tierra no dejando en pié ni mieses ni frutos de ningun género. Apurada ya de recursos la ciudad, convocó el califa todas las banderas musulmanas, y él mismo con sus cordobeses estableció su campo al norte de la plaza, el solo punto por donde no la ciñe el Tajo. Destruidos los antiguos edificios que habia entre el campo y la ciudad y que servian de avanzados baluartes á los sitiados, de tal manera se apretó el cerco, que convencido Giafar de la imposibilidad de sostenerse trató con los principales toledanos sobre el mejor mo-

do de salir de tan difícil trance. Una mañana al romper el alba y cuando todo reposaba todavía en el campamento árabe, salió Giafar con dos mil ginetes, cada uno de los cuales llevaba otro soldado á la grupa ó asido á la cincha del caballo, y abriéndose impetuosamente paso á traves del campo enemigo, cuando las tropas reales se apercibieron de este inopinado movimiento apenas pudieron ya hacer algunos prisioneros. El califa prohibió que se persiguiera á los fugitivos, suponiendo que le seria entregada la ciudad, y así fué. Aquel mismo dia salieron comisionados á ofrecerle obediencia, aprovechando, decian, el primer momento en que se veian libres de sus opresores. Este habia sido el plan concertado entre los toledanos y Giafar. Abderrahman aceptó benévolamente su ofrecimiento, dándoles seguridad de sus vidas y bienes; y entró el tercer Abderrahman en Toledo por la puerta Bisagra en el año 315 de la hegira (927), despues de cerca de cincuenta años de estar la ciudad emancipada del dominio ommiada [1].

El gran recurso de los moros rebeldes cuando se veian vencidos era buscar apoyo en los cristianos. Así lo habia hecho Caleb Ben Hafsún acogiéndose á Sancho Abarca el de Pamplona poco antes de su muerte, y así lo hizo ahora su hijo Giafar, prefiriendo hacerse vasallo del rey de Leon, que lo era Alfon-

(1) Conde, cap. 72 y 73.



so IV., á someterse al califa de Córdoba. A tal extremo llegaba la enemiga y el encono de los bandos y parcialidades que dividian á los mahometanos. Gran partido hubiera podido sacar de esta sumision otro que hubiera sido menos irresoluto y débil que el cuarto Alfonso.

Dejamos á este príncipe en 930 haciendo la vida de monje en el monasterio de Sahagun. Al año siguiente su hermano Ramiro II., más animoso y resuelto que él, se hallaba en Zamora preparando una expedicion contra los moros, cuando llegó el inopinado aviso de que Alfonso, tan voluble en el claustro como en el trono, habia dejado la morada religiosa y trasladádose á la córte de Leon, cambiada otra vez la cogulla monacal por las vestiduras reales. Ramiro, de génio vivo y belicoso, y de temperamento irrascible y fuerte, á la noticia de esta novedad mandó tocar clarines y blandir lanzas, y con el ejército que tenia preparado contra los sarracenos tomó apresuradamente el camino de Leon, y sin permitir un momento de descanso á sus tropas llego á la ciudad, que asedió y estrechó hasta rendirla; apoderóse de Alfonso, y le encerró en un calabozo con grillos á los piés (1).

Acaso la noticia de esta prision hizo pensar á los tres hijos de Fruela II., Alfonso, Ordoño y Ramiro, que se hallaban en Asturias, en aprovecharse de las

(1) Samp. Chron. n. 21.

discordias de sus primos para algun proyecto personal, y más cuando no habrian olvidado que eran los hijos del tercer monarca leonés. Ello es que Ramiro II. pasó á Asturias á invitacion de los nobles asturianos, invitacion que hubo de parecerle sospechosa, puesto que fué bien prevenido y escoltado. Si habia designios contra él, no solo supo frustrarlos, sino que apoderándose de los tres hijos de Fruela los hizo conducir á Leon, y encerrándolos en la misma prision en que tenia á Alfonso, en un mismo dia ordenó que á todos cuatro les fuesen sacados los ojos con arreglo á la cruel legislacion goda. Añádese que más adelante los mandó trasladar al monasterio de Ruiforco, donde fueron tratados hasta la muerte con más humanidad y blandura. Alfonso el Ciego, el ex-monje, vivió todavía más de dos años. Habia tenido de su muger Iñiga un hijo, á quien veremos figurar despues bajo el nombre de *Ordoño el Malo* (1).

Tan luego como Ramiro II. se vió, aunque por tan crueles medios, afirmado en el trono, no permitiéndole su belicoso génio tener ociosas las armas, y no olvidando que aquel mismo ejército que le habia servido para reducir y castigar á su hermano y primos le habia reunido anteriormente para combatir á los sarracenos, celebró un consejo ó asamblea de los magnates del reino para acordar hácia qué parte de

(1) Samp. Chron. l. c.



los dominios musulmanes convendria llevar las banderas cristianas. Determinóse dirigirse hácia el Este, y el ejército leonés acaudillado por Ramiro franqueó la sierra de Guadarrama, que era la marca fronteriza de moros y cristianos por la parte de Castilla, y se puso sobre Magerit [1], desmanteló sus murallas, pasó á cuchillo su guarnicion y habitantes, ejecutó lo mismo en Talavera, y sin que pudiese darle alcance el walí de Toledo se retiró á su capital cargado de despojos (932).

El conde Fernan Gonzalez que gobernaba á Castilla avisó luego á Ramiro del peligro en que ponia sus tierras el movimiento de las tropas musulmanas, ansiosas de vengar los desastres de Madrid y Talavera, y conjurábale que acudiera en su socorro. Hízolo así el leonés, y avanzando hácia Osma, é incorporadas las tropas del monarca y del conde, encontraron á las de Almudhaffar acampadas cerca de aquella ciudad. Empeñóse allí un récio combate, y «el Señor por su divina clemencia (dice la crónica cristiana) dió á Ramiro la victoria; muchos enemigos mató, multi-

(1) Es la primera vez que suena en la historia el nombre de esta poblacion que andando los siglos habia de ser la capital de España. El cronista Asturicense la nombra *Magerit*: el monje de Silos y Lucas de Tuy *Magerita*; don Rodrigo de Toledo *Majoritum*: es la misma que el Nubiense llama *Maghlit*, y de la que dijo más expresamente la crónica de Cardeña: «Regnó don «Ramiro XX annos, é cercó á *Ma*«*drid* é prisóla é lidió muchas ve«ces con los moros é fué aventu«rado contra ellos.» Debia ser ya Madrid entonces plaza fuerte y de alguna importancia, como situada cerca del cordon fronterizo de los castillos cristianos y como un fuerte avanzado para proteger á Toledo. Samp. n. 22.—Chron. Silens.—Id. Tudens.—Roder Tolet. lib. V.—El Edris. Clima IV.

tud grande de cautivos, llevó consigo, y regresó á sus dominios gozoso de triunfo tan brillante [1].» Y, sin embargo, atribuyéronse los árabes la victoria, segun en sus historias se lee; y cuando Almudhaffar á su regreso por Talavera, cuyos demolidos muros hizo reparar, entró en Córdoba, fué recibido en medio de aclamaciones: cosa muy comun en las guerras, aplicarse el triunfo de una misma batalla unos y otros contendientes (933).

Estos primeros hechos de armas de Ramiro II. no fueron sino los preliminares de otros más brillantes y ruidosos, que habian de mostrar á los mahometanos que si ellos tenian un Abderrahman III. y un Almudhaffar, guerreros insignes, los cristianos tenian un Ramiro II. y un Fernan Gonzalez que sabian medir con ellos su poderío y su brazo y les harian probar el alcance y temple de sus armas. Hubo, no obstante, de mediar alguna tregua entre los sucesos referidos y los que ocurrieron despues. Para la inteligencia de estos necesitamos exponer la situacion en que se encontraba el imperio muslímico español y sus relaciones con los mahometanos de Africa.

De mal grado sujetos siempre los musulmanes africanos á los califas de Damasco y de Bagdad, habian logrado los descendientes de Edris sacudir el yugo de los Abassidas de Oriente y fundar en Fez el imperio

(1) Samp. Chron. n. 23.



independiente de los Edrisitas. Otra dinastía rival de esta, la de los Aglabitas, habia alzado tambien el pendon de la independencia y erigido otro imperio en la parte central del Magreb, estableciendo la córte de su nuevo estado primero en Cairwan, despues en Tunez. Los Aglabitas habian estendido su dominacion á la Sicilia y la Calabria y llevado sus devastadoras excursiones á todo el litoral de Italia. A principios del siglo X. levantóse en Africa otro nuevo profeta, Obeidallah Abu Mohammed, que se nombraba *Al Mahadi* (el conductor), y se decia, como Edris, descendiente de Alí y de Fátima la hija de Mahoma. Este impostor acertó á fanatizar las poblaciones africanas que en gran número se le adhirieron y reconocieron por gefe, y en poco tiempo fundó otro nuevo imperio en el Magreb central, fijando su córte en una ciudad nueva que de su nombre denominó Almahadia. Arrojados por él los Aglabitas de Cairwan y de Sicilia, sujetos tambien á su obediencia los Edrisitas del Magreb, pronto la naciente monarquía de el Mahadi ó de los Fatimitas se encontró más extensa, pujante y poderosa que la de los mismos califas de Córdoba y de Bagdad. El octavo soberano edrisita de Fez, Yahia, se veia cercado en su capital por el Mahadi, y solo á costa de oro y de su independencia pudo comprar una seguridad momentánea. A poco tiempo se apoderó de la ciudad el emir de Mequinez, y le obligó á salvarse con la fuga. El depuesto Ben Edris invocó el auxilio

del califa de Córdoba Abderrahman III. el cual, ya acordándose de la antigua amistad de los Edrisitas y los Ommiadas, ya por el interés de atajar los progresos de los Fatimitas que podian ser peligrosos para la misma España, ya tambien porque viese ocasion de estender sus dominios por la costa de Africa, envió en socorro del destronado rey de Fez un ejército y una escuadra.

No es nuestro propósito referir las vicisitudes de las terribles guerras de Almagreb que empaparon de sangre los campos africanos, sino indicar solamente que estas expediciones lejanas gastaban al califa de Córdoba las fuerzas que le hubiera sido mas conveniente emplear contra los cristianos españoles, Cierto que por un pacto con el último heredero de la estirpe de los Edris llegó Abderrahman III. á gobernar á Fez por medio de uno de sus walíes, mientras el príncipe protegido se habia venido á residir en la Península; pero ademas de haberle costado muchas pérdidas y no poca sangre de los suyos, debió convencerse de que en país como el de Almagreb era más fácil hacer conquistas que conservarlas, por más que el engrandecimiento momentáneo de sus dominios pudiera lisonjear su amor propio. En esto tenia empleada una gran parte de su ejército cuando ocurrieron en España los sucesos que vamos á referir.

Ramiro de Leon habia empezado á inquietar de nuevo á los musulmanes por la parte de Lusitania y



Estremadura, y un poderoso walí nombrado Omeya ben Ishak Abu Yahia [1], resentido con el califa por haber condenado á muerte á un hermano suyo, pasóse al rey de Leon arrastrando consigo muchos valientes musulmanes de la frontera, y entregándole los castillos que dependian de su gobierno (937). Sabido por Almudhaffar, hizo con sus cordobeses una correría hácia el Duero como para neutralizar el mal efecto de aquella defeccion, pero volviése por Mérida á Córdoba, sin otro resultado que el de una algara comun. Esto mismo le movió á concertar con el califa y con el divan una expedicion séria para castigar al propio tiempo las atrevidas incursiones de Ramiro el cristiano y la deslealtad escandalosa de Abu Yahia.

Proclamóse entonces la guerra santa: á la voz del califa toda la España musulmana se puso en movimiento: Almudhaffar conducia la caballería de los Algarbes; Abderrahman salió de Córdoba con su guardia y la flor de los caballeros andaluces, con gran cortejo de jeques y llevando en su compañía todo el divan: los caminos, dicen sus crónicas, estaban cubiertos de gente y aparatos de guerra: el punto de reunion eran los campos de Salamanca. A orillas del Tormes se formó un vasto campamento (fines de 938), en que figuraban todas las tribus muslímicas de Es-

(1) Sampiro dice que era el de Zaragoza, el árabe Masudi supone que lo era de Santarén.

paña en número de cien mil guerreros. Pasada revista general y tomadas todas las disposiciones, púsose el ejército en marcha en la primavera de 939, y pasando sin resistencia el Duero, talando campos y quemando poblaciones, y haciendo (dice su crónica) los estragos de las tempestades, llegó la muchedumbre sarracena á la vista de Zamora, «fuerte á maravilla, circundada de siete muros de robusta y antigua fábrica, obra de los pasados reyes, con dobles fosos anchos y profundos llenos de agua, y defendida por los más valientes cristianos.» Comenzó el sitio: los cercados hacian salidas que los mismos enemigos llaman impetuosas, si bien rechazadas por los tiradores árabes que á la menor señal salian de sus tiendas armados de arco y de lanza, y montados en ligerísimos corceles.

En esto supo Abderrahman que Ramiro le iba al encuentro con gran golpe de gente cristiana, y con esta noticia, dejando veinte mil hombres en el cerco de Zamora al cargo del walí de Valencia y de Abdallah ben Gamri, pusiéronse en marcha el califa y Almudhaffar el Duero arriba en busca del ejército leonés. Encontráronse ambas huestes cerca de Simancas hácia la confluencia del Pisuerga y del Duero. Los escritores árabes y cristianos refieren todos que al dia siguiente hubo un espantoso eclipse de sol que en medio del dia cubrió la tierra de una amarillez oscura, que llenó de terror á aquellos guerreros que no habian

visto en su vida cosa semejente [1]. Inútil es decir cuánto consternaria este fenómeno á los supersticiosos cristianos, y á los más supersticiosos musulmanes. Dos dias pasaron sin que unos ni otros hicieran movimiento alguno. Al tercero comenzó el ruido de los añafiles y trompetas y los alaridos de ambas huestes á anunciar el combate. Dejemos á los autores árabes que nos cuenten ellos mismos esta memorable batalla.

«Bajaba el inmenso gentío de los cristianos muy apiñado en sus escuadrones, y con enemigo ánimo se acometieron ambas huestes y se trabaron con atroz matanza. Por todas partes se veia igual furor y constancia: el príncipe Almudhaffar recorria todos los puestos animando á los muslimes, blandiendo su robusta lanza, y revolviendo su feroz caballo entraba y salia en los más espesos escuadrones enemigos, haciendo cosas hazañosísimas. *Sostenian los cristianos el encuentro de la caballería muslímica con admirable esfuerzo, y su rey Radmir con sus caballos armados de hierro rompia y atropellaba cuanto se le ponia delante*: el rebelde Aben Ishac (Abu Yahia, el que acompañaba á Ramiro), con sus valientes caballeros

(1) El eclipse fué cierto, y le mencionan no solo las historias arábigas, sino tambien Sampiro, los Anales de Saint-Gall, Luitprand, los Monjes de San Mauro en su Cronologia de los eclipses, y otros muchos autores. La Crónica Burgense dice que salieron llamas del mar é incendiaron muchas ciudades y villas, y entre ellas un barrio de Zamora, Carrion, Castrojeriz, cien casas en Búrgos, Briviesca, la Calzada, Pancorbo y otras muchas. Chron. Burg. ad kalend. julii.

andaba tambien cubierto de crugientes armas, derramando la sangre de los muslimes como el mas feroz de sus enemigos: cedian el campo los muslimes al valor de esta aguerrida gente; pero el rey Abderrahman viendo desordenadas muchas banderas del ala derecha, y que toda la hueste cedia el campo á los enemigos, se lanzó con la caballería de Córdoba y toda su guardia al costado del ejército de los infieles, y rechazados con valor por apiñados escuadrones de lanceros, todo el ímpetu de la caballería logró penetrar en ellos, y se volvió de aquel lado toda la fuerza del ejército enemigo: por todas partes se renovó la batalla con el mayor ardimiento. Aben Ahmed separó su gente, y peleando en los primeros contra los mas valientes enemigos, fué derribado del tercer caballo con un fiero golpe de hacha y espiró al punto: tambien murió al lado de este caudillo, y á la vista del rey Abderrahman, el cadí de Valencia Gehaf ben Yeman, y el esforzado caudillo de Córdoba Ibrahim ben David, que se distinguió en este dia con estrañas proezas, y cayó lleno de heridas. Ya la victoria se declaraba á favor de los muslimes, y los cristianos se retiraban peleando, cuando la venida del encubridor tiempo de la noche puso treguas á tantos horrores. Quedaron los muslimes sobre el campo mismo de batalla, que estaba regado de humana sangre y cubierto de cadáveres y de heridos moribundos, que expiraban hollados entre los piés de la caballería:

allí pasaron la noche, y descansaban los vivos tendidos y mezclados sobre los muertos, esperando con impaciencia y temor la luz del dia para acabar aquella sangrienta é inhumana contienda.»

Hemos preferido de intento la relacion de un escritor árabe, porque en ella se revela bien á las claras la horrorosa derrota que en aquella célebre lid sufrieron los suyos: la verdad se le escapa de la pluma refiriendo la muerte de sus mejores caudillos y describiendo las irresistibles acometidas de los cristianos, sin atreverse ni siquiera á indicar la pérdida que estos tuviesen.

Confiesan tambien los árabes, que si Ramiro no acabó al dia siguiente con todo el poder de Abderrahman fué porque el moro Abu Yahia, arrepentido ya sin duda de haber contribuido á derramar tanta sangre ismaelita, halló medio de disuadir al rey de Leon de continuar la pelea, so pretesto de tenerle preparada una emboscada los árabes, y con otras razones y engaños: lo cierto es que «desistió, dicen sus cronistas, alejándose de aquellos estragados campos, lo cual libró á los muslimes de manos de Radmir.» Dirigióse entonces otra vez el escarmentado ejército sarraceno á Zamora, donde, como dijimos, habian quedado veinte mil hombres sitiando la ciudad. Oigamos tambien la relacion que hace el escritor arábigo de la no menos famosa batalla conocida con el nombre de batalla del *Foso de Zamora*.

«Diéronse, dice, recios combates á sus torreados muros, *y los cercados se defendian con bárbaro valor*. No se adelantaba ni ganaba un paso sino á costa de sangre de los esforzados muslimes: la presencia del rey Abderrahman y del príncipe Almudhaffar escitaba el ánimo de los combatientes, y lograron aportillar y derribar dos muros, entraron numerosas compañías de muslimes, y hallaron dilatado espacio, y en medio una ancha y profunda fosa llena de agua, y los cristianos con desesperado ánimo defendian aquella fosa. Fué una espesa nube y horrible torbellino de tiros y saetas, la matanza fué atroz, y los *esforzados castellanos caian muertos en el lugar que ocupaban*. Los valientes muslimes perdieron en aquella pelea algunos millares que alcanzaron este dia las copiosas recompensas y premios de su algihed: entraron muchas banderas de la gente de Algarbe y Toledo, y *arrojando al foso los cadáveres de sus hermanos muslimes, estos les sirvieron de puentes*, y los cristianos no pudieron resistir el ímpetu de tantas espadas sedientas de sangre, y allí *murieron como buenos*. La sangre de estos y la de los muslimes enturbió y enrojeció las aguas del foso, y parecia un lago de sangre............ Esta fué la célebre batalla de Alhandic, ó del foso de Zamora, *tan sangrienta para los vencedores como para los vencidos*.....»

Hasta aquí la relacion del cronista musulman, de la cual harto claramente se desprende que si los maho-

metanos llegaron á plantar sus estandartes en los muros de Zamora, no lo hicieron sino á costa de una mortandad desastrosamente horrible, que el cronista Sampiro hace subir á ochenta mil muertos; número que convendremos podrá ser exajerado, como acaso los árabes le disminuirian tambien por su parte al fijar el de cuarenta ó cincuenta mil, pero que de todos modos hace equivaler á una gran derrota la que ellos proclaman como victoria insigne, y en la cual hasta el mismo califa, segun Sampiro, fué retirado del campo del combate malamente herido. Fué la famosa batalla del foso de Zamora el 5 de agosto de 939, víspera de los santos Justo y Pastor, catorce dias despues de la de Simancas (1).

Poco tiempo fueron los árabes dueños de Zamora; contados dias se enseñorearon de la ciudad, porque Ramiro revolvió inmediatamente sobre ella, y recobróla, é hizo pagar bien caro á los soldados del califa su efímero triunfo, si triunfo habia sido. Allí hizo prisionero al dos veces desleal Abu Yahia. ¿Cómo se encontraba ahora en Zamora este caudillo sarraceno que habia peleado en las filas de Ramiro en la batalla de Simancas? Falto de fé este moro, como lo eran generalmente los de su nacion, despues de haber sido traidor á Abderrahman no paró hasta serlo á su vez al rey Ramiro.

(1) Nuestros historiadores suelen confundir las dos batallas, acaso por mala interpretacion del breve y sumario texto de Sampiro: pero en las historias árabes se señalan bien explícitamente las dos.

Abandonó, pues, las banderas de Cristo el que antes habia desertado de las de Mahoma. Recibióle el Miramamolin, acaso más por política que por benevolencia, pues le importaba mucho privar á Ramiro de tan temible auxiliar. Preso ahora por el monarca leonés, cuando acaso iba á recibir el merecido de su felonía, con la suerte que á las veces tienen los malvados, logró fugarse y volvió á obtener entre los muslimes las funciones de walí que antes habia ejercido.

Dos meses más tarde, y retirado ya á Córdoba el califa, envió Ramiro su ejército hácia el Tormes á repoblar varias ciudades y pueblos ó desiertos ó arruinados, entre los cuales lo fueron Salamanca, Ledesma, Baños, Peñaranda y varios otros lugares y castillos (1). Pero el conde de Castilla Fernan Gonzalez, que debia traer ya en su ánimo el proyecto de emanciparse del rey de Leon, celoso de que el leonés erigiera por sí solo poblaciones que pertenecian al territorio de Castilla, levantóse contra Ramiro en union con Diego Nuñez ó Muñoz, á quien suponen su yerno, conde tambien ó gobernador de alguna comarca. Nó

(1) La mala inteligencia de una palabra de Sampiro dió ocasion á muchos historiadores españoles para suponer que en esta expedicion del Tormes habia tenido que pelear Ramiro con un general moro llamado *Azeipha*, con quien dicen se alió Fernan Gonzalez. Es el caso que Sampiro dijo: *Deinde post duos menses* azeipham *ad ripam Turmi ire disposuit.* Y siendo *azeipha* una palabra árabe (de *al saiffah*) que significa ejército ó reunion de gente armada, tomáronlo ellos por el nombre propio de un caudillo sarraceno, y de aquí la batalla que era menester se siguiese, y las desavenencias entre Ramiro y Fernan Gonzalez á instigacion del moro *Azeipha*, y todo el edificio que sobre este falso cimiento se levantó.

so descuidó Ramiro en conjurar esta tormenta, y haciendo á los dos prisioneros (940), los trasportó, al castillo de Leon al uno y al de Gordon al otro. Allí permanecieron algun tiempo, hasta que hecho juramento de lealtad al rey y de renunciar para siempre á todas sus pretensiones, no solo les dió libertad, sino que llevó su confianza en Fernan Gonzalez, cuyo mérito y valor por otra parte conocia, al estremo de concertar el matrimonio de su hijo primogénito Ordoño con la hija de Gonzalez llamada Urraca (1).

No bien escarmentados todavía los árabes, intentaron al año siguiente (941) otra invasion por la frontera cristiana del Duero. Mas sorprendidos los infieles cerca de San Esteban de Gormaz entre el rio y unos altos cerros y tajadas peñas, no les quedaba otra alternativa que perecer ó triunfar. El Coraixi que los mandaba era uno de aquellos musulmanes que reunian la cualidad de poetas á la de guerreros; para alentar pues á sus soldados en trance tan comprometido les recitó unos célebres versos que nos han conservado sus historiadores (2). Segun ellos surtió su efecto la enérgica excitacion del caudillo poeta; las aguas del Duero se enturbiaron con sangre cristiana, y se apo-

(1) Sampir. n. 23. — Monach. Tolet. Silens. — Lucas. Tud. — Roder. (2) Conde los traduce así:

De un lado nos cerca Duero,—del otro peña tajada,
La salida está en vencer,—y en el valor la esperanza;
La sangre de los infieles—enturbie del Duero el agua.

deraron de la fortaleza de *Sanestefan* con gran mortandad de sus defensores.

Desde esta batalla no se habla de otras relaciones entre árabes y leoneses hasta una tregua ajustada en 944, que el escritor arábigo refiere en los siguientes términos: «El rey Radmir de Galicia envió sus mandatarios al rey Abderrahman para concertar ciertas avenencias de paz en sus fronteras; y Abderrahman los recibió muy bien, y otorgaron sus treguas que ofrecieron guardar por conveniencia de ambos pueblos, y envió el rey Aderrahman á su vazzir Ahmed ben Said con los mandaderos de Galicia para saludar en su nombre al rey Radmir, y fué el vazzir á Medina Leionis (Leon)..... se ajustaron treguas por cinco años y fueron muy bien guardadas (1).»

Tales fueron las consecuencias de la famosa batalla de Simancas, la mayor que se habia dado entre cristianos y musulmanes desde el desastre de Guadalete.

Invirtiéronse los años que duró la tregua en fundar y repoblar ciudades y villas en Castilla y Leon, hasta que habiendo aquella espirado (949), y no bien avenido con la ociosidad el génio activo y belicoso de Ramiro, repasó el Duero con sus leoneses, y dirigiéndose á la siempre combatida Talavera maltrató sus muros, obligó á los moros á aceptar un combate en que les mató doce mil hombres, les hizo siete mil

(1) Conde, cap. 82.



prisioneros, y se volvió victorioso á su córte de Leon [1]. Esta fué su última campaña. Habiendo en el otoño del mismo año hecho un viage de Leon á Oviedo, regresó atacado de una gran enfermedad, de la cual sucumbió el 5 de enero de 950, víspera de la Epifanía, despues de haber recibido la confesion y el hábito penitencial ante la presencia de varios obispos y abades y hecho cesion de la corona en su hijo Ordoño, tercero de este nombre, casado con la hija del conde Fernan Gonzalez. Enterrósele en el monasterio de San Salvador de Leon, fundado por él para su hija Elvira; que en los pocos períodos de paz que en un reinado de cerca de veinte años disfrutó Ramiro II. hizo lo que acostumbraban á hacer los monarcas de aquel tiempo, fundar y dotar monasterios y dedicarse á arreglar las cosas de la Iglesia [2].

(1) Samp. Chron. n. 24.—Los árabes lo cuentan de otro modo, y se atribuyen la victoria como de costumbre.

(2) Dispútase mucho todavía sobre si Ramiro II. tuvo una sola, ó dos ó más mugeres. Sampiro dice expresamente que casó con *Teresa Florentina*, hija de Sancho Abarca de Navarra. Morales menciona escrituras en que aparece el nombre de *Urraca*, Sandoval cita otras en que se nombra á *Jimena*. El maestro Florez en sus Reinas Católicas intenta resolver la cuestion del modo que generalmente acostumbra esforzándose en probar que fué una sola con los nombres de *Urraca Teresa*. Con frecuencia vemos suscitarse estas dudas sobre el número y nombre de las mugeres de los reyes de Asturias, Leon y Castilla, bien nazca de que en aquellos tiempos pusieran á las reinas varios nombres, bien de los muchos yerros que en punto á nombres propios cometian los copiantes de manuscritos, bien de que se confundieran los de las mugeres legítimas con los de las *amigas* de los reyes (que así las llama por decoro el erudito Florez), ó bien de que no se diera á la averiguacion de este asunto la mayor importancia, hasta que el mencionado Florez dedicó á este esclusivo objeto su utilísima obra de las *Reinas Católicas*, que por lo comun nos sirve de guía sobre este particular en nuestra historia.

CAPÍTULO XV.

ABDERRAHMAN III. EN CÓRDOBA.

DESDE ORDOÑO III. HASTA SANCHO I. EN LEON.

De 950 á 961.

Grandeza y esplendidez de la córte de Abderrahman III.—Descripcion del maravilloso palacio de Zahara.—Embajada del emperador griego Constantino Porphirogeneta.—Otras embajadas de príncipes extranjeros al soberano de Córdoba.—Grave disgusto de familia.—Suplicio de su hijo Abdallah.—Muerte de Almudhaffar.—Ordoño III. de Leon.—Conspiran contra él su hermano Sancho y el conde Fernan Gonzalez.—Frustra su empresa, y repudia á su muger Urraca.—Muerte de Ordoño III. y elevacion de Sancho el Gordo.—Sancho es destronado.—Refúgiase á Pamplona.—Pasa á Córdoba á curarse de su extremada obesidad.—Su amistad con Abderrahman.—Repónele el califa en el trono de Leon.—Fuga y desgraciado término de Ordoño el Malo.—Guerras y engrandecimiento de Abderrahman en Africa.—Conquista de Tunez.—Riquísimo y espléndido regalo de Ahmed.—Célebre embajada.—Othon el Grande de Alemania.—El monje Juan de Gorza.—Sobre el martirio de San Pelayo.—Ultimos momentos de Abderrahman III.—Su córte.—Ciencias, letras, artes.—Poetisas de su alcázar.—Dicho célebre de Abderrahman III.

A cinco millas rio abajo de Córdoba habia un ameno y apacible sitio, donde Abderrahman, convidado por su frescura y frondosidad, solia pasar las temporadas de primavera y otoño. Allí hizo construir



edificios magníficos y bellos jardines, pasion predilecta de los árabes. En medio levantó un soberbio alcázar, que se propuso decorar y enriquecer con todo lo más suntuoso y que más pudiera halagar los caprichos de la imaginacion humana. Tan galante como espléndido el califa, dedicóle á su esclava favorita, la más hermosa y linda de su harém, llamada *Zahara*, que significa *Flor*, y de cuyo nombre llamó á la nueva ciudad Medina Zahara, ciudad de las flores [1].

Para la construccion de este palacio trabajaron, dicen sus historias, diez mil hombres, mil quinientos mulos y cuatrocientos camellos. Entraban cada dia seis mil piedras labradas, sin contar las de mampostería. Hiciéronsele quince mil puertas, y sustentábanle cuatro mil trescientas columnas de mármoles preciosos. Empleábanse en su servicio interior trece mil setecientos cincuenta esclavos varones, y seis mil trescientas cuarenta mugeres. Los pavimentos y paredes eran tambien de mármol, los techos pintados de oro y azul, las vigas y artesonados de cedro con relieves de un trabajo exquisito. En los salones habia elegantes fuentes que derramaban sus aguas en tazas y conchas de mármoles de colores. En la llamada del Califa habia una de jaspe con un cisne de oro de maravillosa labor, trabajado en Constantinopla, y sobre

(1) Otros escriben *Azzahra*.— Aun quedó entre nosotros el nombre de *azahar*, aplicado á la flor del naranjo y del limonero, que es una de las más aromáticas y agradables.

la fuente del cisne pendia del techo una magnífica perla que habia regalado á Abderrahman el emperador griego Leon VI. Contiguo al alcázar estaba el generalife [1], con multitud de árboles frutales, bosquecillos de laureles, arrayanes y mirtos, estanques y lagos en que se pintaban las frondosas copas de los árboles y las arreboladas nubes del cielo. En medio de los jardines, y sobre un cerro que los dominaba, se veia el pabellon del califa, sostenido por columnas de mármol blanco con capiteles dorados, en el cual descansaba cuando volvia de caza. Las puertas eran de ébano y marfil. Cuentan que en el centro de este pabellon habia una gran concha de pórfido con un surtidor de azogue vivo, que fluia y refluia como si fuese de agua, y daba con los rayos del sol y de la luna un resplandor fantástico. Los baños de los jardines eran igualmente de mármol, hermosos y cómodos; las alcatifas, cortinas y velos tegidos de oro y seda, con figuras de flores y animales que parecian vivos y naturales á los que los miraban. En suma, dice el escritor árabe de quien tomamos esta descripcion, dentro y fuera del alcázar estaban como compendiadas todas las riquezas y delicias del mundo que puede gozar un príncipe poderoso. Con razon, pues, escla-

(1) *Genat al Aryf*, jardin de recreo, sitio de placer. El que con este nombre se conserva todavía en Granada al Oriente de la Alhambra puede dar idea del gusto de estos jardines, en que se mezclaba lo agreste con lo bello, y en que competian la naturaleza y el arte.

ma en su estilo otro escritor arábigo (1), «que solo el Dios del cielo podria llevar cuenta de los grandes tesoros que en esta posesion consumió el califa Abderrahman.»

Espléndido y fastuoso en todo, hizo construir en Medina Zahara una mezquita que en preciosidad y elegancia, ya que no en grandeza, aventajaba á la de Córdoba. Edificó tambien una *zeka* ó casa de moneda, y otros muchos edificios, y cuarteles para el alojamiento de su guardia, que se componia de doce mil hombres, cuatro mil slavos de á pié, cuatro mil africanos zenetes de caballería, y otros cuatro mil caballeros andaluces; los gefes y capitanes de esta guardia habian de ser ó de la propia familia real, ó jeques principales de Andalucía. En sus cacerías y expediciones, además de la guardia militar que le acompañaba llevaba siempre consigo un número de esclavos y esclavas, y hacia tambien que le acompañasen algunos vazzires, alcatibes, sábios, poetas y astrónomos, porque Abderrahman no daba un paso en que no desplegase una ostentacion y una pompa verdaderamente orientales. ¿Pero qué se hizo esta ciudad de delicias, ese depósito de todo lo más magnífico y bello que la imaginacion de un árabe pudo inventar? ¿Qué fué de Medina Zahara? Ni un solo vestigio ha quedado de esta ciudad de maravillas; todo ha desaparecido, y tuviéramosla por una ciudad fantástica, y las des-

(1) Ahmed Almakari, Hist. de las Dinastías mahom. en España.



cripciones que de ella hacen sus historias se nos antojáran fabulosas, si no nos certificáran de su existencia las muchas monedas en ella acuñadas que se han conservado y aun subsisten. Edificóse Medina Zahara por los años 324 y 325 (936 y 937 de nuestra era).

Así vivia el califa Abderrahman III. el tiempo que le dejaban libre las guerras de que en el capítulo anterior hemos hablado. La tregua celebrada en 944 con el rey Ramiro de Leon, le permitió poderse dedicar más tranquilamente á los placeres del campo y al trato y comunicacion con los eruditos y sábios de su córte, que eran entonces muchos, y de los cuales andaba constantemente acompañado. La fama del esplendor y brillo de la córte de Córdoba y de las guerras de Abderrahman en Africa y España habia llegado á los reinos estrangeros y á los paises más apartados. En 949 recibió el esclarecido príncipe Ommiada una embajada del emperador griego Constantino Porphirogeneta, hijo de Leon VI., el que le habia regalado la famosa perla del alcázar de Zahara, solicitando la renovacion de las antiguas relaciones de amistad y alianza que habian existido entre sus mayores contra los califas de Bagdad. La carta del emperador venia escrita en pergamino con caractéres de oro y azul; esta carta contenia otra en fondo azul y letras de plata, en que se espresaban los regalos que ofrecerian al príncipe musulman los enviados del monarca bizantino. La primera estaba escrita de mano del mismo em-



perador, de quien dicen que era un escelente calígrafo. Cerrábala un sello de oro, de peso de cuatro mitcales, en cuyo anverso se representaba el rostro de Cristo, y en el reverso los bustos de Constantino y de su hijo Romano. Esta carta iba dentro de una cajita de plata elegantemente cincelada, sobre la cual en un cuadro de oro se veia el retrato de Constantino pintado sobre el cristal. Otra segunda caja de forma de un carcax, forrada de telá tejida de oro y plata, servia de cubierta á la primera. La carta comenzaba así: «Constantino y Romano, adoradores del Mesías, ambos «emperadores y soberanos de Roma, al grande, al «glorioso, al noble Abderrahman, Califa reinante de «los árabes de España, prolongue Dios su vida, etc.»

El recibimiento no podia menos de corresponder y aun era de esperar que escediese en magnificencia y brillo á la embajada. Desde que Abderrahman supo que venian los embajadores habia enviado á la frontera á Yahia ben Mohammed con un escogido cortejo para recibirlos, y cuando se aproximaron á la córte, las mejores tropas con los gefes mas distinguidos salieron á darles escolta. Alojáronse en el palacio Meruan, y allí estuvieron sin comunicarse con nadie hasta el dia de la recepcion solemne, que fué el 11 de la luna de rabie primera (7 de setiembre de 949). Aquel dia las tropas de la guardia se pusieron de gran gala; el pórtico, vestíbulo y escalera del alcázar se adornaron con ricas colgaduras. El califa estaba sentado en

su trono con sus hijos á la derecha, sus tios á la izquierda, y sus ministros á un lado y otro en el órden de su respectiva gerrarquía; los hijos de los vazzires, con los funcionarios subalternos, vestidos con ricos trages, ocupaban el fondo del salon, cuando comparecieron los embajadores, é hicieron presentacion al califa de la carta de Constantino. Abderrahman para hacerles los honores mandó á los poetas y literatos de su córte que celebrasen la grandeza del islam y del califato, dando gracias á Dios por la proteccion manifiesta que habia dispensado á su santa religion humillando á sus enemigos. Cuentan con este motivo una curiosa anécdota, en que no sabemos si habrá tenido alguna parte la imaginacion hiperbólica de los escritores orientales.

Dicen que turbados oradores y poetas con el brillo y magestad que presentaba aquella asamblea, bajaron los ojos y apenas pudieron tartamudear las primeras frases de sus discursos. Mohammed ben Abdilbar, encargado por Alhakem, hijo mayor del califa, de pronunciar una oracion, al tiempo de comenzar á hablar se sintió indispuesto y no pudo proseguir. Hallábase de huésped del califa un afamado sábio y poeta, llamado Abu Ali al Kaly, el cual fué con este motivo invitado á hablar; pero ni él ni nadie pudieron pronunciar sino algunas palabras. Presentóse entonces un jóven, á quien nadie tenia por poeta, y sin haberse preparado pronunció un largo discurso, que más

bien, dicen, fué un largo poema, con tal facilidad, elegancia y facundia, que dejó atónita la asamblea, y aquel hombre hasta entonces ignorado y oscuro fué mirado ya como un génio superior. Llamábase Almondhir ben Said, y tan satisfecho quedó el califa de las disposiciones de aquel jóven, que le confirió de pronto una de las primeras dignidades de la mezquita de Zahara, y despues le hizo Cadí de los cadíes de la grande aljama de Córdoba, en cuyo empleo murió con gran reputacion de predicador, poeta y escritor moralista.

Los embajadores despues de haber visitado y admirado las maravillas de Córdoba despidiéronse del califa, el cual dispuso que los acompañára uno de sus vazzíres hasta Constantinopla, con encargo de saludar al emperador, de llevarle algunos presentes, que consistieron en hermosos caballos andaluces, con jaeces y armas, y de mantener allí y estrechar los lazos de amistad que ya unian á los dos príncipes.

Habíase estendido la fama de Abderrahman y de su grandeza por toda Europa, y embajadores de otros monarcas extrangeros vinieron entonces á la capital de los musulmanes de Occidente. Cuéntanse entre ellos los del rey de los Esclavones, los de Hugo, rey de Italia y de Provenza, y los de la reina viuda de Cárlos el Simple, y madre de Luis de Ultramar, á quienes acompañaron enviados de Suniario conde de Barcelona, los cuales todos volvieron maravillados de la esplendidez de la córte del califa. Hallábase, pues,

Abderrahman III. en el apogeo de su poder y de su gloria, cuando vino á acibarar sus satisfacciones un suceso de familia de que ahora daremos cuenta, no por serlo de familia, sino por el influjo que tuvo en la suerte del estado.

Tenia Abderrahman dos hijos, Alhakem y Abdallah, ambos de brillantes prendas, de talento distinguido, y celebrados ambos por su vasta erudicion. Abdallah era poeta, astrónomo, filósofo y jurisperito, y habia escrito una historia de los Abassidas. Gozaba de gran popularidad; pero Abderrahman amaba con predileccion á Alhakem; habíale educado con esmero, y proporcionádole los maestros y profesores de más reputacion y saber: entre otros habia hecho venir á costa de oro al que en Oriente tenia más celebridad por su ciencia y erudicion, y este era el que instruia y acompañaba constantemente al príncipe, con el cual vivia en el palacio de Zahara: llamábase Abu Aly al Kaly, y era el mismo á quien hemos nombrado en la solemne recepcion de la embajada de Constantinopla. Digno Alhakem por su instruccion, por su bondad, y hasta por su carácter amable de ocupar el trono de los Ommiadas, habia sido declarado por su padre walí alahdi, ó príncipe heredero, ante el cuerpo reunido de los walíes, wazzires, alcatibes y demás altos funcionarios del estado, segun costumbre.

Pero Abdallah tenia á su lado un consejero ambicioso, Ahmed ben Mohammed conocido por Ben Ab-



dilbar, á quien tambien hemos nombrado en la audiencia de los embajadores griegos, que queriendo explotar para sí la popularidad de Abdallah, comenzó por adularle diciendo que todo el pueblo estaba resentido de la preferencia que su padre habia dado á su hermano; que conocia la superioridad de las prendas y de los merecimientos de Abdallah, y que por lo tanto estaba muy dispuesto á hacer una aclamacion popular en su favor, y á obligar al califa á revocar la declaracion hecha, para lo cual solo se necesitaba que diese su consentimiento: que en esto su padre no haria sino seguir el noble ejemplo del primer Abderrahman, el fundador de la dinastía de los Omeyas, que no habia vacilado en dar la preferencia á su hijo Hixem sobre sus dos hermanos mayores Suleiman y Abdallah atendiendo á la superioridad de sus talentos, que era el mismo caso en que él se hallaba con Alhakem su hermano. En fin tales razones le dijo el ambicioso consejero, y tan fácil y segura le representó la empresa, que el buen Abdallah, no exento de la flaqueza comun á todos los hombres, y más comun á los príncipes, de creer todo lo que les lisonjea, dejóse deslumbrar hasta el punto, no solo ya de acceder á que hiciese el pueblo la demostracion ofrecida, sino á fomentarla por su parte hablando al efecto y tratando de ganar á los walíes y caudillos y á los hombres de más valer. Así fascina y pierde muchas veces á los mejores y más virtuosos príncipes la li-

sonja y la instigacion de un consejero interesado y ambicioso. Eralo en gran manera Abdilbar bajo un exterior modesto y humilde; pero menos prudente y cauto que intrigante, confió el secreto de la conjuracion á uno con quien equivocadamente se atrevió á contar, y este lo denunció todo al califa, designando el dia en que estaba dispuesta y acordada la revolucion, que era el de la pascua de las Víctimas, una de las cuatro pascuas que celebraban los musulmanes de España.

Consultó el califa sobre tan grave negocio con su tio Almudhaffar, y para averiguar la verdad que pudiera haber en la delacion acordaron despachar uno de los vazzires de palacio con la mision de sorprender á media noche el de Merûan en que habitaba Abdallah. Hízolo así el vazzir, y habiendo hallado al príncipe acompañado de Abdilbar y de otro caballero conocido con el nombre del Señor de la Rosa (Sahed al Ward), los prendió á todos tres por sospechosos y los condujo al palacio de Medina Zahara, donde fueron encerrados separadamente y sin comunicacion. Cuando Abdallah fué presentado á su padre, le preguntó éste: «¿Te tienes por ofendido por que no reinas?» Abdallah dió solo lágrimas por respuesta. Interrogado despues por dos vazzires del consejo de Estado declaró cuanto habia, por instigacion de quién obraba, y que todo era obra de las sugestiones de Abdilbar, que aspiraba á ser cadí de los cadíes de todas las mezqui-

tas de España, pero que el Señor de la Rosa era inocente y no tenia complicidad alguna en la conspiracion. Ni la franqueza, ni el arrepentimiento, ni el llanto le sirvieron al infeliz Abdallah; Abderrahman obró menos como padre que como inexorable juez, y el ilustrado príncipe fué sentenciado á muerte el dia de la pascua de las Víctimas, el señalado para estallar la conspiracion. El pérfido Abdilbar se suicidó en la cárcel la noche de la víspera en que habia de ser ejecutado (1).

Dícese que Alhakem pidió á su padre el perdon de su hermano, y que Abderrahman le respondió: «Bien están de tu parte la intercesion y los ruegos, y si yo fuese un hombre privado y pudiera escuchar solo los impulsos y sentimientos del corazon, desde luego accederia á tus súplicas; pero como iman y califa que soy, tengo un deber de justicia que cumplir y dar ejemplo de ella á mis pueblos mientras viva: yo debo imitar al gran califa Oman ben Alchitab: asi, pues, ni tus lágrimas, ni mi desconsuelo y el de toda nuestra casa pueden librar á mi desgraciado hijo de la pena debida á su crímen.» El infeliz Abdallah tambien intercedió con su padre pidiéndole por el Señor de la Rosa: «Señor, le dijo, que no padezca un inocente por mi culpa.» Estas fueron las últimas palabras del desgraciado príncipe. Aquella misma noche reci-

(1) Abu Omar ben Afif, en su Historia que perfeccionó Ben Hayan. Conde, cap. 83.

bió la muerte en su propia habitacion, y al siguiente dia fué enterrado en el cementerio de la Ruzafa, acompañando sus restos mortales sus mismos hermanos y toda la nobleza de Córdoba. Severidad admirable de un padre, y lastimoso y sensible sacrificio el de un hijo de tan grandes prendas (950).

«Como las desgracias no vienen solas, añade aquí el historiador arábigo, poco despues falleció el príncipe Almudhaffar, tio del rey, con grande sentimiento de éste que le amaba como á padre.» Y bien pudo sentirlo, porque en él perdió el mejor y mas acreditado y temible guerrero del imperio, y sobre todo un príncipe que habia sido para él el tipo de la lealtad, de la nobleza y de la generosidad.

Era esto en ocasion que Ordoño III. acababa de suceder á su padre Ramiro en el trono de Leon. Príncipe hábil valeroso y discreto el tercer Ordoño, hubiera podido dar al reino dias de ventura si desde el principio no se hubiera levantado contra él su hermano Sancho, llamado despues el Gordo, gobernador de Burgos. Tuvo Sancho maña para arrastrar á su partido no solo á su tio García de Navarra, sino tambien á Fernan Gonzalez, suegro del de Leon, que así correspondió á los deberes de deudo y al juramento de fidelidad prestado á Ramiro en la prision. De acuerdo el ingrato conde con el desnaturalizado Sancho, entráronse cada uno con su ejército por tierras de Leon para caer simultáneamente sobre la capital. Pero en-

gañáronse en sus cálculos, porque prevenido Ordoño, hallaron los pasos tan cerrados, tan fortificadas las plazas, y tan apercibidas y bien distribuidas las tropas reales, que convencidos de las insuperables dificultades de su empresa tuvieron que desistir y retirarse vergonzosamente á sus casas (952).

Todo el golpe de esta campaña vino á descargar sobre la reina; porque irritado Ordoño de la infidelidad de su suegro, repudió á su hija, buscando en la infecundidad de Urraca motivo ó pretesto para la anulacion del matrimonio, pasando despues á contraer segundas nupcias con Elvira, hija del conde de Asturias Gonzalo, de quien tuvo á Bermudo que llegó á reinar más adelante.

No bien frustrada la tentativa de Sancho, un nuevo movimiento estalló en Galicia que llenó de amargura el corazon todavía lacerado de Ordoño: pero acudiendo prontamente con un ejército respetable logró fácilmente sujetar á los turbulentos, sin que nadie osára mas rebelarse contra el legítimo monarca; el cual viéndose allí con fuerzas imponentes no quiso volver á Leon sin señalarse con alguna empresa contra los mahometanos. Entróse, pues, por tierras de Lusitania, avanzó hasta la embocadura del Tajo, tomó y saqueó á Lisboa, y regresó á Leon victorioso con multitud de despojos y cautivos. Invasion tan atrevida exasperó á los musulmanes, y á su vez penetraron en Castilla, talando tambien y saqueando pueblos desde

San Estéban de Gormaz hasta las puertas de Burgos. La política ó la necesidad habia obligado al conde Fernan Gonzalez á volverse á poner al servício del rey de Leon, y castellanos y leoneses marcharon ya juntos contra los moros, persiguiéndolos hasta el Duero, y forzándolos á dejar en su poder tiendas, prisioneros y caballos (954). Los historiadores arábigos traducen, no obstante, esta campaña como gloriosa á sus banderas, suponiendo haber arrojado á los cristianos de Setmánica (Simancas) y de otras fortalezas del Duero, llevando sus algaras hasta los montes con gran matanza de infieles y gran presa de despojos, cautivos y ganados. Que así se confunde y oscurece la verdad histórica por el empeño de interpretar cada historiador los sucesos de una misma campaña en favor de las armas de su nacion.

Disponíase Ordoño III. á pelear otra vez en persona contra los sarracenos al año siguiente, cuando la muerte vino á atajar sus pensamientos en lo mejor de sus dias. Falleció, pues, Ordoño en Zamora (agosto de 955) despues de un corto reinado de poco más de cinco años y medio. Su cuerpo fué trasportado á Leon y sepultado en la iglesia de San Salvador al lado del de su padre Ramiro [1].

Con esto quedó abierto el camino del trono á su hermano Sancho que tan ansiosamente habia mostra-

(1) Samp. Chron.



do codiciarle, Reinó pues Sancho I., y reinó el primer año con sosiego y tranquilidad. Pero al siguiente (956) «dispuso el Dios de las venganzas, dice no sin oportunidad un escritor moderno, que sufriese los mismos trabajos que él habia hecho padecer á su hermano, y por los mismos caminos y con resultas todavía más pesadas.» Y así fué, que el conde Fernan Gonzalez, que parecia ser el instrumento escogido por la Providencia ó para castigar los vicios ó para poner á prueba las virtudes de todos los reyes de Leon; este mismo conde que años antes habia sido el alma de las pretensiones de Sancho contra su hermano Ordoño III, concertóse ahora con otro Ordoño, hijo de Alfonso (el monje de Sahagun) para destronar al que antes habia favorecido. Fernan Gonzalez habia casado á su hija Urraca, la repudiada de Ordoño III., con este otro Ordoño, y entraba en sus intereses colocar otra vez á su hija en el trono de Leon. Esta vez fué el conde de Castilla más afortunado: logró cohechar las tropas del rey, faltóle á Sancho el apoyo de la fuerza material, y se vió precisado á huir de Leon y buscar un asilo en Pamplona al lado de García su tio, dejando el trono á merced de otro Ordoño, cuarto de su nombre.

No negó el navarro al destronado sobrino la hospitalidad debida al infortunio, mas no se atrevió ó no pudo suministrarle socorros positivos con que pudiese recobrar el perdido trono. Aconsejole, sí, que pasára

á Córdoba á ponerse en manos de los médicos árabes para que le curaran aquella escesiva obesidad á que debió el sobrenombre de Sancho *el Gordo* ó Sancho *el Craso*, con que es conocido en la historia; grosura tal, que le inhabilitaba, dicen, para el manejo de las armas, para montar á caballo y para todo ejercicio militar, que en unos tiempos en que tan necesaria era la actividad personal á los reyes equivalia á imposibilitarle para el gobierno del reino. Decidióse Sancho á hacer el viage, despachó García embajadores al califa cordobés, hizo que acompañaran á su sobrino varios personages de su córte, entre los cuales afirman algunos haber ido la reina madre, Teuda, abuela de Sancho. Aunque el objeto ostensible de este viage era la curacion del obeso monarca, llevaba además el fin político de interesar al califa en su favor por si llegaba la oportunidad de poder reclamar sus derechos al trono: que ya los reyes de Leon y de Navarra no eran aquellos primitivos caudillos de groseros y rudos montañeses, sino príncipes que sabian manejarse con una astucia que hoy llamaríamos diplomacia.

Fué Sancho recibido en Córdoba con aquella cortesanía que distinguia á los árabes, y Abderrahman le hizo alojar en su mismo palacio, dándole sus propios médicos para que le asistiesen y tratasen. Pláceños ver á dos príncipes de enemigas religiones y pueblos, al uno arrojarse confiadamente en brazos del

otro buscando en él y en sus sábios el remedio á sus males, al otro hospedándole en su propio alcázar y haciendo servir á su bienestar la ciencia de sus doctores, siendo tan admirable la generosa correspondencia del sarraceno como la noble confianza del cristiano. Tuvo Sancho la fortuna y los médicos cordobeses el acierto de corregir su estremada obesidad, y hasta de volverle toda la agilidad y soltura de la juventud [1]. Mas para esto hubo de hacer larga residencia en Córdoba, y en este intérvalo se instruia en la lengua de los árabes y en sus costumbres, captábase mañosamente la gracia del califa y del divan mismo, ayudábale tambien el rey de Navarra con sus manejos, y cuando al cabo de tres años de permanencia trató ya sériamente de los medios de recuperar el usurpado trono encontró tan propicios á Abderrahman y sus principales jeques, que llegaron á poner á su disposicion un ejército musulman. Las crónicas no expresan las condiciones del tratado que debió ajustarse entre el destronado huésped y el poderoso Miramamolin, pero los resultados inducen á creer que fueron harto generosas por parte del califa y nada humillantes para el rey depuesto.

Vió, pues, España por primera vez con asombro ponerse en marcha un ejército agareno conducido por un príncipe cristiano. Emprendió este en derechu-

(1) *Crassitudinem ejus abstulerunt á ventre ejus et ad pristinam levitatis astutiam reductus, etc.* Samp. Cron. l. c.

ra el camino de Leon (959). Ordoño IV. llamado *el Intruso*, y á quien por sus violencias y exacciones apellidaban tambien *el Malo*, no tuvo valor para esperar las huestes sarracenas, y de noche y á la escapada se refugió á Asturias, donde esperaba con ayuda de algunos parciales mantenerse contra su rival. Continuó Sancho magestuosamente su marcha de ciudad en ciudad, aclamándole las más como libertador, sujetando con las armas á las que le resistian, que eran las menos, porque el escaso partido que tenia Ordoño el Malo acabó de perderle con su cobarde fuga, y apenas habia quien se atreviera á defender su causa. Así llegó Sancho á Leon, donde le esperaban numerosos parciales, y ganada la capital sometióse luego todo el reino de sus mayores.

Ordoño, no considerándose ya seguro en Asturias, pasó con su familia á Búrgos; pero allí donde pensaba encontrar más favor y apoyo, ni siquiera encontró un asilo, El conde Fernan Gonzalez su suegro, único que hubiera podido protegerle, habia salido á defender las tierras de Castilla acometidas por el rey de Navarra, y él y su hijo fueron hechos prisioneros por García en el pueblo de Cirueña (960), y de allí enviados á Pamplona (1). Los burgaleses, sin dolerse siquiera del infortunio, y sin mostrarse conmovidos de

(1) Moret, Investigaciones, lib. II., cap. 10.—Annal. Compostel. ad. ann. 960. Segun estos Anales, cuando García vió afianzado ya á su sobrino en el trono de Leon, sacó de la prision al conde y le envió libre á Castilla.

la suerte de un monarca abandonado y prófugo, apoderáronse de su muger Urraca y de sus dos hijos, y á él le hicieron salir de la ciudad, no quedándole otro recurso que pasarse á los dominios de los moros de Aragon, entre los cuales vivió algun tiempo haciendo una vida harto desgraciada y miserable, y allí murió ignorado y oscuro, sin que se sepa siquiera el lugar en que acabó su existencia infortunada [1]. Tal fué el desastroso fin de Ordoño, cuarto de este nombre, llamado *el Intruso*, y más conocido en las historias por *Ordoño el Malo*.

De este modo Abderrahman, de enemigo que habia sido de los cristianos, vino en cierto modo á hacerse mediador de sus diferencias, y con haber logrado colocar y asegurar en el trono á su protegido se halló en paz con toda la España. Sancho por su parte, viéndose tranquilo poseedor del reino, pensó en tomar estado, y se enlazó en matrimonio con doña Teresa (961), hija del conde de Monzon Ansur Fernandez, de quien tuvo á Ramiro, que más adelante veremos reinar tambien.

Aun se prolongó por algunos años el reinado de Sancho. Pero las circunstancias de haber ocurrido este mismo año la muerte del califa Abderrahman III., personage interesante y colosal del siglo X., nos mueve á dejar por ahora al repuesto rey de Leon para dar

(1) Samp. Chron. n. 26.



cuenta de lo que entretanto habia acaecido en la córte y dominios de los musulmanes españoles bajo el más esclarecido de sus príncipes.

Habíase hecho el califa español dueño de una gran porcion de la Mauritania, si bien teniendo que desplegar un rigor y una severidad inflexibles para con las tribus bereberes, que siempre turbulentas, inconstantes siempre, sin fé ni palabra, haciendo causa tan pronto con los Fatimitas, tan pronto con los Edrises, apenas pasaba año en que no fatigasen con alguna revolucion al califa cordobés. Bien se necesitaba el rigor de Abderrahman para tener á raya á aquellos díscolos y volubles africanos.

Un hecho privado, y pudiera decirse casual, vino á proporcionar á Abderrahman la conquista de las principales y más opulentas ciudades de la costa de Africa. Apoderadas sus escuadras de Tunez, sacaron de allí riquezas inmensas, así en oro y pedrería, como en telas y vestidos de todo género, y como en armas, caballos y esclavos, tanto, que despues de deducido el quinto para el califa, y despues de hacer una distribucion abundante á los generales, capitanes y soldados, hasta el punto de quedar satisfechos andaluces y zenetas, aun le restó al hahgib una suma cuantiosísima. Recibióle Abderrahman con alegría grande, hízole muchos honores, y le señaló una renta anual de cien mil doblas de oro.



Pero por grande que fuera el premio que del califa recibiera Ahmed ben Said, aun fué mucho mayor y más espléndido el regalo que éste hizo al emir Almumenin de la parte que le tocó de los despojos de aquella expedicion. Consistió este célebre regalo, segun lo refiere Aben Chalican, en los objetos siguientes: cuatrocientas libras de oro puro de Tibar, valor de cuatrocientos mil zequíes en plata en barras, cuatrocientas libras de madera de linaloe, quinientas onzas de ámbar, trescientas onzas de alcanfor precioso, treinta piezas de tela de oro y seda, ciento y diez pieles de martas finas de Korasan, cuarenta y ocho cubiertas ó caparazones de oro y seda para caballos, tegidas en Bagdad, cuatro mil libras de seda en madejas, treinta alfombras de Persia, ochocientas armaduras de hierro bruñido para caballos de guerra, mil escudos, cien mil flechas, quince caballos árabes de raza con ricos jaeces recamados de oro, cien caballos de Africa y de España bien enjaezados, veinte acémilas con sillones y cubiertas largas, cuarenta esclavos jóvenes, y veinte lindas esclavas, todas con vestidos preciosos, y una casida ó composicion larga de elegantes versos en elogio del rey, obra del mismo Ahmed ben Said (1). Todo aparece grande y suntuoso en el reinado del tercer Abderrahman.

(1) Conde, en el cap. 84, supone este famoso regalo de Ahmed ben Said como hecho de vuelta de su anterior incursion en Galicia. A no dudar se distrajo en esto el ilustrado orientalista español, pues si aun traidas estas riquezas de la opulenta ciudad de Tunez, no pue-

No pudiendo ya sufrir Maad ben Ismail, cuarto califa Fatimita, el engrandecimiento del iman de Córdoba en Africa, envió á su caudillo Gehwar el Rumi con veinte mil caballos de Ketama y Zanhaga, y muchos más de otras tribus, con órden de que ocupára los estados de Almagreb. El walí de Abderrahman de Córdoba reunió tambien sus cabilas de zenetas y mazamudas, y saliéronse al encuentro ambas huestes. Gehwar ofreció grandes premios al que quitára la vida al walí del califa español, y en efecto logró el placer, que placer era este siempre para todo sarraceno, de enviar su cabeza á Maad ben Ismail, el cual la hizo pasear clavada en una lanza por las calles de Cairwan. A esta victoria siguieron otras, y á principios del año 960 se atrevió ya el vencedor Fatimita á poner cerco á la ciudad de Fez, principal asiento del poder del califa español en Africa. Combatióla dia y noche sin descanso, y al cabo de trece dias la tomó por asalto con gran mortandad de andaluces y zenetas que se defendieron hasta morir: la ciudad fué saqueada, cautivado su gobernador, y demolidos sus muros y las torres de sus puertas. En pocos meses se apoderó el valiente Fatimita de todas las ciudades de Almagreb, á excepcion de Ceuta, de Tánjer y Tlencen que defendian las tropas de Abderrahmen. El

de menos de sospecharse algo de exageracion en el relato, ¿cómo pudo haberlas recogido en las pobres poblaciones cristianas, donde eran además desconocidos la mayor parte de estos objetos?

cautivo walí de Fez con otros quince caballeros, juntamente con el gobernador prisionero de Sigilmesa, fueron llevados encadenados y desnudos en lomos de camellos; y cubiertas sus cabezas con andrajos de lana y cuernos entrelazados, paseáronlos así por las calles y plazas de Cairwan y de Mahedia, y encerráronlos despues en calabozos donde todos perecieron.

Vivamente alarmado Abderrahman con estas noticias, recibidas en ocasion que acababa de perder á su primer ministro Ahmed ben Said, y cuando todavía lloraba las muertes de su hijo Abdallah y de su tio Almudhaffar, en el mal humor que todos estos disgustos le produjeron juró vengar los ultrages recibidos en Almagreb, y con los arranques de una melancólica desesperacion mandó hacer prontos y numerosos aprestos de gente y naves y que pasáran á Africa á volver por el honor de los Omeyas de Córdoba. Embarcáronse con presteza y diligencia tropas de á pié y de á caballo, y unidas con las que guarnecian á Ceuta, Tánjer y Tlencen, pelearon con tanto valor y con tan próspera fortuna, que en pocos meses recobraron las ciudades y fortalezas perdidas, y tomaron por asalto á Fez, quedando así dueños de todo el país desde Fez hasta el Occeano. En todos los almimbares y mezquitas de Almagreb fué proclamado emir Almumenin el poderoso califa de Córdoba Abderrahman Anasir Ledinala con general contenta-

miento y aplauso de los pueblos y cabilas cenetas (1).

Así iban las cosas de Abderrahman en sus últimos años por parte de las armas y de la conquista. Habia pacificado la España árabe aniquilando todas las facciones intestinas que la infestaban; el rey cristiano de Leon era hechura suya; vivia en amistad con el de Navarra; enviados del conde de Barcelona habian venido á su córte; príncipes y monarcas italianos, franceses, esclavones y griegos habian solicitado su amistad y enviádole embajadores que volvian haciendo lenguas de su grandeza; las naves de Egipto y de Tunez habian caido en su poder, y en Africa acababan de triunfar sus armas, y en todas las mezquitas resonaba su nombre como el de un salvador. Réstanos dar cuenta de otra embajada que recibió de otro príncipe contemporáneo, de Othon I., rey de la Germania, emperador de Alemania despues, llamado el Grande, embajada notable y curiosa, llena de lances dramáticos, que nos revelarán el espíritu religioso y político de los hombres de ambas creencias muslímica y cristiana en aquella época, y el génio y carácter de Abderrahman.

El califa de Córdoba habia tenido que enviar un mensaje al gran gefe de la *Alamanya* que ellos decian. La carta misiva de Abderrahman contenia varias frases de aquellas que tan familiares eran á los mus-

(1) Cartas de Abd el Halim.—Conde, part. II., cap. 86.



limes y que nunca faltaban en sus documentos oficiales, esto es, elogios de su religion, de la proteccion que Dios dispensaba á los mahometanos contra los infieles, de las excelencias del islamismo sobre el Evangelio y la Cruz, y otras semejantes. Pareciéronle á Othon estas espresiones otras tantas injurias que se hacian al Dios de los cristianos, y retuvo mucho tiempo á los enviados del califa, como quien temia con su respuesta ocasionar una ruptura. Pero era menester tomar una resolucion, y la resolucion fué despachar una embajada á Córdoba, menos al parecer para tratar negocios políticos que para responder á la parte injuriosa de la carta de Abderrahman en que se vulneraba la religion cristiana. El sábio Bruno, arzobispo de Colonia y hermano de Othon, se encargó de redactar la respuesta; respuesta en que prodigaba algunos mas denuestos á Mahoma y al Corán que los que de la carta del califa se hubieran podido sacar contra Cristo. Necesitábase para llevar esta carta una persona de resolucion y arrojo, que no temiera arrostrar la cólera del califa. Un monje de la célebre Abadía de Gorza se ofreció espontáneamente á ello, acaso con la esperanza del martirio: llamábase este monje Juan, y se le dió por adjunto á otro monje de la misma Abadía nombrado Garamanno. Partieron, pues, los dos mensageros camino de España, y llegaron á Córdoba donde hallaron una acogida benévola de parte del monarca musulman; el cual les destinó

una casa distante dos millas de su palacio, los hizo tratar con un lujo verdaderamente régio, pero en aquella especie de cautividad dorada los tuvo más y más tiempo sin que pudieran dar cuenta de su mision.

Preguntaron ya los buenos monjes en qué consistia que tanto se tardára en admitirlos á la presencia del rey, á lo cual les fué respondido que pues los enviados del califa habian sido detenidos tres años por su monarca, ellos lo serian tres veces más, es decir, nueve años. La verdad era que habiéndose traslucido que la carta del rey Othon contenia frases injuriosas á Mahoma y su religion, y prescribiendo espresamente el Coran que el que tal hiciese ó autorizase fuese irremisiblemente condenado á muerte, queria el califa evitar este extremo dando largas y moratorias, hasta ver si se hallaba medio hábil de salir de aquel compromiso. Ni el califa queria faltar á la ley, ni hubiera podido aunque quisiera, porque noticiosos los principales musulmanes de Córdoba del contenido de la carta, y recelando que el califa quisiera ser indulgente con los portadores de ella, presentáronse un dia tumultuariamente en palacio, exigiendo la observancia de la ley del Coran, y costó no poco trabajo á Abderrahman sosegar aquel movimiento hijo del celo religioso. Deseando el califa conciliarlo todo del mejor modo posible, envió á decir al monje Juan, que desde luego le recibiria, siempre que no presentase las cartas del rey de Germania: el comi-

sionado de Abderrahman se esforzó inútilmente en hacer ver al monje cristiano los inconvenientes y peligros que esto podia traer: el monje se mostró obstinado é inflexible; pero más prudente el califa quiso todavía darle tiempo para que lo pensára mejor, á cuyo efecto mandó que se le dejára solo y entregado á sus meditaciones, sin mas compañía que la del otro monje su adjunto.

Al cabo de algunos meses pasó de órden del califa el obispo mozárabe de Córdoba á la habitacion del monje Juan, con el solo objeto de persuadirle á que desistiera de presentar las ya ruidosas cartas, haciéndole ver que de insistir en su empeño, además de seguirse una colision entre los dos pueblos, se veria el califa obligado á usar con él personalmente de una severidad que no podria evitar. Pero si duro habia estado el monje embajador con el que le habia hablado primeramente, estuvo aun más en esta entrevista con el obispo mozárabe, reprendiéndole á él mismo por la sumision con que vivian él y su iglesia á un príncipe mahometano, y concluyendo con decir que nada en el mundo le haria cejar de su resolucion. Comunicada á Abderrahman esta respuesta, todavía quiso evitar un conflicto, y discurrir algun medio de ablandar el duro temple de alma del monje cristiano, que le causaba no poca admiracion. Trascurrieron algunas semanas más, y nuevos enviados pasaron á tantear las disposiciones del monje de Gorza, al cual

hallaron inmutable en su propósito. Entonces el califa determinó ensayar si por el terror conseguia lo que no habia podido recabar por la prudencia y la blandura; y conociendo que la amenaza de un castigo personal no bastaria á doblegar á un hombre de tanto corazon y de ánimo tan firme, hízole entender, que si persistia en su temeridad, decretaria una persecucion contra todos los cristianos de sus dominios, y que él solo por su obstinacion seria responsable de todas las víctimas y de todas las desgracias que se siguieran. Ni esto bastó á hacer desistir al inexorable monje, parapetándose en que su deber era ejecutar las órdenes de su monarca, sucediese lo que quisiera.

Ya eran los cristianos mozárabes los más interesados en buscar una solucion á tan difícil y delicado negocio. Hablaron, pues, con el monje Juan, y se acordó proponer al califa que se enviase nueva embajada al rey Othon informándole de los embarazos en que se hallaban, y pidiéndole nuevas instrucciones para ver el medio de salir de ellos. A todo accedió Abderrahman, y como no se encontrára quien se prestase á desempeñar tan delicada mision, publicó un edicto prometiendo un favor especial al que se ofreciese á pasar á Germania, y todo género de presentes para cuando volviese á Córdoba.

Habia en el palacio de Abderrahman un lego llamado Recemundo ó Raimundo, empleado en la secretaría del califa por su instruccion en las lenguas



latina y arábiga. Viendo Recemundo una ocasion de prosperar y acaso de elevarse á un alto puesto, y asegurado por Juan de que seria bien recibido, aceptó la embajada con una sola condicion, la de obtener el obispado de Illiberis que se hallaba vacante. No tuvo dificultad el califa en acceder á ello, y de simple lego que era se encontró de repente Recemundo convertido en prelado de una de las primeras iglesias de Andalucía (1). Consagrado obispo, y recibidas sus instrucciones como embajador, partió de Córdoba y al cabo de algunas semanas llegó á la abadía de Gorza, donde fué recibido con mucho agasajo, y aun le acompañaron despues á Francfort, donde Othon tenia entonces su córte. Presentado Recemundo al emperador, fácilmente consiguió lo que deseaba. Othon despachó un nuevo enviado á Córdoba acompañando á Recemundo con un escrito en que autorizaba á Juan á suprimir ó no presentar la carta primera, causa de todos aquellos debates, y á negociar en cambio un tratado de paz y amistad que pusiese fin á las incursiones de los bandidos sarracenos que infestaban el imperio de Othon. Recemundo y Dudon (que era el nombre del otro mensajero) llegaron á Córdoba á principios de junio de 959.

Presentóse inmediatamente el nuevo enviado en el

(1) Vióse en efecto en la iglesia mozárabe el ejemplar doblemente estraño de un lego elevado á la dignidad episcopal sin pasar por los grados intermedios, y de un prelado católico nombrado por un emperador mahometano.

palacio del califa pidiendo audiencia. «No consiento, contestó Abderrahman, en ver á nadie sin que venga antes ese monje testarudo que tanto tiempo me las ha estado apostando. Los otros se podrán presentar despues.» Y envió una comision á Juan mandándole comparecer á su presencia. Poco faltó para que otra vez burlára al califa aquel monje singular. Cuando los vazzires fueron á comunicarle la órden le encontraron despeinado y con barbas, con su túnica de sayal tosca y no nada limpia. Expusiéronle los vazzires que para poder presentarse al califa era menester que se hiciera rasurar la barba y peinar el cabello, asi como ponerse otro vestido mas decoroso, pues el califa no acostumbraba á recibir á nadie en trage desaliñado. El monje contestó sin turbarse que aquel era el hábito de su órden, y que no tenia otro. Dijéronselo así á Abderrahman, quien se apresuró á mandarle diez libras de plata, cantidad que consideró sobrada para que pudiera hacerse un trage cual correspondia. Juan aceptó la suma, y dió las gracias al califa por su atencion y generosidad, pero la distribuyó entera á los pobres, y volvió á repetir que no se presentaria sino con su ropaje ordinario. «Pues bien, exclamó ya Abderrahman al anunciarle esta última resolucion, que venga como él quiera, aunque sea envuelto en un saco si así le parece, y decidle que no dejaré por eso de recibirle bien.» Era menester tanta paciencia y bondad del califa para tanta obstinacion y terquedad del monje.



Fijóse, pues, el día para su recepcion, y Abderrahman hizo desplegar la más suntuosa pompa y aparato para hacer los honores al ya célebre benedictino. En toda la carrera desde la casa del humilde monje hasta el palacio del poderoso califa estaban escalonadas las tropas de infantería y caballería de la guardia, los unos con sus picas apoyadas en tierra, los otros blandiendo dardos y venablos y ejecutando una especie de simulacro de combate, los otros oprimiendo con sus largas espuelas los hijares de sus caballos, y haciéndolos retozar y caracolear de mil maneras. Unos grupos de moros, probablemente dervises, especie de monjes de la religion musulmana, que solian asistir á todas las ceremonias públicas, iban dando saltos y haciendo ridículas contorsiones, ataviados tambien de un modo extravagante y raro. Al aproximarse el monje cristiano al real alcázar salieron á su encuentro los principales dignatarios del califa. El atrio estaba cubierto de vistosas y ricas alfombras. El monje Juan fué introducido al fin por medio de dos filas de magníficos sillones á la presencia del príncipe de los muslimes, que sentado sobre blandos y suntuosos cojines con las piernas cruzadas á estilo oriental aguardaba al embajador en un salon cubierto de riquísimos tapices y telas de seda.

Cuando el monje lorenés estuvo ya cerca del califa español, dióle éste á besar la palma de su mano, honor que dispensaba muy rara vez á los mas eleva-

dos personages, nacionales ó extrangeros; y le hizo seña de que se sentára en un sillon que á su lado preparado le tenia. Un intervalo de silencio se siguió á esta ceremonia. Rompióle el califa exponiendo las causas que habian retardado aquella audiencia, contestó Juan de Gorza, y en seguida hizo entrega de los presentes del rey Othon; y como luego hiciera ademan de retirarse, «oh, nó, esclamó el califa, no lo consentiré sin obtener antes palabra de que nos habremos de ver muchas veces, y de que nos habremos de tratar para conocernos mejor.» Prometióselo así Juan de Gorza, y salió complacido y satisfecho de haber hallado en el príncipo musulman un hombre que estaba lejos de merecer el epíteto de bárbaro que entonces aplicaban los cristianos á todos los ismaelitas.

Las entrevistas y conferencias se repitieron conforme habian convenido: en ellas se informó el califa de las fuerzas y poder del rey Othon, del número de sus tropas, de su sistema de guerra y de gobierno, y de otras circunstancias: y despues de haber hablado y cuestionado diferentes puntos, y quedado mútuamente aficionados el emir y el monje, partió éste á dar cuenta al emperador del éxito de sus negociaciones, con lo cual quedaron amigos el emperador germano y el príncipe musulman. Tal fué el resultado de la célebre embajada de Juan de Gorza, que pudo haber sido trágico para éste y de muy desagradables consecuencias para los dos pueblos

sin la extremada prudencia de Abderrahman (1).

Por desgracia no habia sido siempre este príncipe tan tolerante con los cristianos. O era desigual su carácter, ó habia mudado con la edad. Porque diametralmente opuesta habia sido su conducta con el cristiano español Pelayo, aquel jóven sobrino del obispo Hermogio de Tuy que recordará el lector haber sido dado en rehenes á Abderrahman para rescatar á su tio hecho prisionero en la batalla de Valdejunquera. Era, dicen, Pelayo tan hermoso como discreto, y hacia ya tres años que estaba cautivo en Córdoba, cuando informado el califa de sus prendas quiso verle y atraerle á su religion. «Jóven, le dijo, yo te elevaré á los más altos honores de mi imperio, si renegando de Cristo quieres reconocer á nuestro Profeta como el profeta verdadero. Yo te colmaré de riquezas, te llenaré de plata y oro, te daré ricos vestidos y alhajas preciosas. Tu escogerás de entre los esclavos de mi casa los que mas te agraden para tu servicio. Te regalaré caballos para tu uso, palacios para tu habitacion y recreo, y tendrás todas las delicias y comodidades que aquí se gozan. Sacaré de sus prisiones á quien tú quieras, y si tienes gusto en que vengan tus parientes á vivir en este pais, les daré los más altos empleos y dignidades.»

(1) Suministran estas noticias las Actas de los Santos de los monjes benedictinos, en Mabillon, y las de la *Vida de San Juan de Gorza*; porque este monje se cuenta en el catálogo de los santos.

A estos y otros seductores halagos resistió con entereza y constancia el jóven Pelayo, que contaba entonces trece años de edad. Los escritores cristianos añaden que el califa se propasó á hacer al jóven demostraciones y caricias de otro género, que hubieran sido más criminales que las primeras, con lo cual enfurecido y colérico Pelayo se arrojó intrépidamente á Abderrahman, y le hirió en el rostro y le mesó la barba, desahogándose en las espresiones más fuertes contra el califa y contra su falsa religion. El desenlace de este drama fué el martirio del jóven atleta, cuyo cuerpo mandó Abderrahman atenacear, y que despues fuese arrojado al Guadalquivir: horrible muerte, que sin embargo sufrió el jóven cristiano con una resignacion que parecia increible en su corta edad. Fué el martirio de San Pelayo á 25 de junio de 925. Crueldad tan desusada en Abderrahman, y empeño tan grande en la conversion de un niño que apenas rayaba en la adolescencia, nos induce á sospechar que se mezclaba en ello otro interés que el de la religion, y que no carecen de fundamento las pretensiones de otro género que le atribuyen los escritores cristianos (1).

Esta mancha, la más negra, pero no la sola que

(1) Raquel, Vida y pasion de San Pelayo mártir. Ambrosio de Morales refiere largamente este martirio, que cantó en versos latinos la monja alemana Roswita, y que se hizo célebre por los poemas y dramas que sobre él se compusieron en la segunda mitad del siglo X.

afeó el reinado del tercer Abderrahman, y que tanto contrasta con otros actos de generosidad y de tolerancia de su vida, no nos impide reconocer que en lo general fué un reinado el suyo lleno de esplendidez y grandeza. Protector decidido de las letras y de los sabios, las ciencias y las artes tomaron bajo su influjo un desarrollo maravilloso. La historia, la geografía, la medicina, la poesía, la gramática, las ciencias naturales, la música, la arquitectura, porcion de otros ramos y conocimientos literarios y artísticos, todo prosperó de un modo admirable; fácilmente pudiéramos presentar un largo catálogo de literatos eminentes y de artistas distinguidos, que hicieron célebre en la historia de las letras el reinado del tercer Abderrahman, contando á él mismo entre los poetas y entre los hombres de erudicion no comun. Habíase propuesto que la capital del imperio árabe-hispano fuese el centro de la religion, la madre de los sábios, y la lumbrera de Andalucía. A este fin no perdonaba gasto ni medio para traer á Córdoba los profesores más ilustres y las obras más afamadas de todos los pueblos musulmanes: á aquellos los colmaba de honores, y estas las compraba á precio de oro. Sus mismos hijos eran historiadores y filósofos, y el palacio de Merûan, punto de reunion de todos los literatos, era mas bien que el palacio de un príncipe un liceo ó academia perpétua en que se cultivaban todos los ramos del saber que en aquella época se conocian; multitud de

obras arábigas de aquel tiempo llenan todavía los estantes de las bibliotecas.

Hasta las mugeres de que se acompañaba eran literatas ó artistas. «Los últimos meses de su vida, dice uno de sus historiadores, los pasó en Medina de Zahara entretenido con la buena conversacion de sus amigos, y en oir cantar los elegantes conceptos de Mozna, su esclava secretaria; de Aixa, doncella cordobesa, que cuenta Ebn Hayan que era la más honesta, bella y erudita de su siglo; de Safia, hija de Abdallah el Rayi, así mismo en estremo linda y docta poetisa, y con las gracias y agudezas de su esclava Noiratedia: con ellas pasaba las horas de las sombras apacibles en los bosquecillos, que ofrecian mezclados racimos de uvas, naranjas y dátiles.»

Ademas de los soberbios palacios y jardines de Zahara que hemos descrito en otro lugar, y que la mano destructora del tiempo, ayudada de la no menos destructora del hombre, ha hecho desaparecer, le debió la España la fundacion del arsenal de Tortosa (944), la construccion de un canal de riego y de un magnífico abrevadero en Ecija (en 949), la de un bello mihrab ó adoratorio en la mezquita principal de Tarragona, multitud de otras mezquitas, baños, fuentes y hospitales, y el patio principal de la grande aljama de Córdoba (en 958), llamado hoy patio de los Naranjos, plantado entonces no solo de naranjeros, sino de palmeras, de jazmines, de bosqueci-



llos de boxes, de mirtos y de rosales, por entre los cuales serpenteaban arroyuelos de puras y cristalinas aguas.

Llególe por fin á Abderrahman su última hora, y como dice uno de sus cronistas, «la mano irresistible del ángel de la muerte le trasladó de sus alcázares de Medina Zahara á las moradas eternas de la otra vida, la noche del miércoles dia 2 de la luna de Ramazan, del año 350 (961), á los setenta y dos años de su edad, y cincuenta años, seis meses y tres dias de su reinado, que ninguno de su familia reinó más largo tiempo: loado sea aquel Señor cuyo imperio es eterno y siempre glorioso.»

Cuenta Ahmed Almakari, que entre los papeles que se hallaron despues de su muerte se encontró uno escrito por él que decia así: «He reinado 50 años, y mi reino ha sido siempre ó pacífico ó victorioso. Amado de mis súbditos, temido de mis enemigos, respetado de mis aliados y de los príncipes más poderosos de la tierra, he tenido cuanto parece pudiera desear, poder, riquezas, honores y placeres. Pero he contado escrupulosamente los dias que he gustado de una felicidad sin amargura, y solo he hallado catorce en mi larga vida.» Otros dicen que hizo esta célebre confesion al filósofo poeta Suleiman ben Abdelgafir en un momento de melancolía. Uno y otro pudo ser muy bien. Así murió Abderrahman III. en el apogeo de su poder y de su gloria.

CAPÍTULO XVI.

ALHAKEM II. EN CÓRDOBA.

DESDE SANCHO I. HASTA RAMIRO III. EN LEON

DE 961 Á 976.

Solemne proclamacion de Alhakem II.—Brillantes cualidades de este príncipe.—Protege las letras y los sábios.—Riquísima biblioteca de Merûan—Sus campañas en Castilla.—Ajuste de paz con Sancho I. de Leon.—Traslacion del cuerpo del jóven mártir San Pelayo á Leon.—Rebelion de algunos condes de Galicia.—Muere Sancho alevosamente envenenado.—Escena dramática y ruidosa entre dos obispos de Compostela.—Ramiro III. de Leon.—Situacion de los demás reinos de España.—Condado de Barcelona. Suniario: Borrell II.: Miron.—Navarra. Muerte de García el Temblon, y principio de Sancho el Mayor.—Castilla. Muerte de Fernan Gonzalez.—Juicio crítico sobre este célebre conde, y sobre el origen y principio de la independencia y soberanía de Castilla.—Imperio árabe. Guerras de Africa y su resultado.—Extincion del imperio edrisita.—Cultura de la córte de Córdoba.—Las mugeres literatas.—Asambleas de hombres doctos y eruditos.—Estadística de la riqueza y poblacion de Córdoba.—Estado de la agricultura y ganadería entre los árabes.—Sentida muerte del ilustre Alhakem II.—Anuncio de cambio en la situacion de los pueblos de España.

Aquel Abderrahman que decia no haber gustado en los cincuenta años de su reinado sino catorce dias de felicidad, pudo haber contado por el décimoquinto el dia de su muerte, pues felicidad es para un mo-



narca en los últimos momentos de su vida saber que va á sucederle un hijo que perpetuará la gloria de su nombre.

Al siguiente dia de la muerte de Abderrahman III. (16 de noviembre de 961), veíase en el patio exterior del alcázar de Zahara los andaluces y zenetas de la guardia vestidos de gran lujo y cubiertos de brillantes armaduras:-seguian dos hileras de esclavos negros con trages blancos y con hachas de armas al hombro; otras dos filas de guardias slavos, teniendo en una mano su espada desnuda y en la otra su ancho escudo, circundaban un gran salon: los vazzires, cadíes y catibes en trages blancos, color de luto entre los árabes; los capitanes de la guardia, todos los altos dignatarios del imperio daban frente á un trono erigido en el centro del dorado salon, en que se veia sentado un hombre, que si no tenia el magestuoso continente de Abderrahman, era de un exterior agradable y de una presencia noble: era Alhakem, que rodeado de sus hermanos y primos recibia el juramento de obediencia y fidelidad de su pueblo, y á quien los astrólogos y poetas anunciaban en elegantes versos la continuacion del venturoso reinado de su padre. Tenia Alhakem II. de cuarenta y siete á cuarenta y ocho años.

Uno de los primeros actos del nuevo califa fué nombrar su hagib ó primer ministro á Ghiafar el Sekleby, hombre poderoso y guerrero acreditado.



El dia de su nombramiento regaló al califa cien mamelucos europeos, armados de espadas, venablos y escudos, montados en ligerísimos caballos, y uniformados á la india; trescientas veinte cotas de malla, cerca de quinientos cascos, indios unos y europeos otros, trescientos venablos ó lanzas arrojadizas, diez cotas de malla de plata sobredorado, cien cuernos de búfalos que servian como de trompetas, y otros efectos preciosos y raros.

Formado Alhakem II. desde sus más tiernos años en el estudio y cultivo de las letras; de las cuales habia hecho su placer y su pasion dominante, cuando llegó al poder recibieron las ciencias un impulso cual todavía no habian alcanzado jamás. No habia en parte alguna profesor de mérito, ni obra rara, que no hiciese venir á Córdoba á costa de oro, para lo cual tenia comisionados especiales en todas las ciudades principales de Africa, de Egipto, de Siria, de Persia, de todos los paises en que pudieran salir producciones literarias. Así llegó á reunir en el palacio Merûan la biblioteca más numerosa y escogida de aquellos tiempos. Componíase de *cuatrocientos mil volúmenes*, clasificados por ciencias y materias. El índice ó catálogo de obras, segun Ebn Hayan, formaba cuarenta y cuatro volúmenes, y además hizo emprender otro en que á los títulos de las obras se añadia los nombres de los autores con su genealogía y su biografía completa. La mayor parte de este trabajo



era obra del mismo Alhakem, porque este ilustrado príncipe no era solamente bibliógrafo, no solo sabia el objeto y materia de cada obra de su biblioteca, sino que era tambien biógrafo, historiador y genealogista, y él mismo habia escrito las genealogías de los árabes de todas las tribus que habian pasado á España. La biblioteca de Merûan ademas de abundante y rica era tambien vistosa, porque casi todos los libros estaban lujosamente encuadernados con dibujos y arabescos de los más vivos colores, á cuyo fin habia hecho venir y reunido en su palacio los encuadernadores más acreditados, así como los más hábiles copiantes. Ayudábale en sus trabajos bibliográficos su secretario particular Galib ben Mohammed, por sobrenombre Abu Abdelsalem, de quien dice El Razis que de órden del califa hizo el empadronamiento general de todos los pueblos de España. El escribió por sí mismo al célebre autor de aquel tiempo Abulfaragi, rogándole que le enviase una copia de su libro titulado el Agani, coleccion muy preciosa de canciones, y para gastos de la copia le envió letra franca y mil escudos de oro. Abulfaragi le mandó la copia, y además una historia genealógica de los Ommiadas muy completa y circunstanciada, y una casida muy elegante de versos en elogio de los príncipes de esta dinastía.

Como despues de hecho califa no pudiera dedicarse á su ocupacion favorita del estudio sino los ra-

tos que le dejaban libres los negocios del estado, y como por otra parte tuviese que habitar en el palacio de Zahara, encargó la administracion de la Biblioteca Meruana á su hermano Abdelaziz, y el cuidado de las academias y de los sábios á otro hermano llamado Almondhir. El pasaba la mayor parte del tiempo en Medina Zahara, gozando de las delicias de aquel sitio con más tranquilidad que su padre, comunmente en la compañía de su favorito Mohammed ben Yussùf de Guadalajara, que escribió para el rey la Historia de España y de Africa, y otras historias de ciudades particulares. Tenia tambien en mucho aprecio al poeta Mohammed ben Yahye, llamado el Calafate, uno de los más floridos ingénios de Andalucía, y al persa Sapor, que á instancias suyas habia venido á Córdoba; por ser uno de los hombres mas doctos de su pais, Alhakem le habia hecho camarero suyo. Y como apenas seria posible suponer á un príncipe árabe sin alguna linda esclava que amenizára aquellos vergeles, cítase como su favorita á la bella *Redhiya* (que quiere decir la *Apacible*), á quien él llamaba la *Estrella feliz*.

Vivió Alhakem los dos primeros años de su reinado enteramente consagrado á la administracion interior del imperio, sin que por parte del rey Sancho de Leon se turbáran las relaciones amistosas en que habia vivido con su padre. Solo el conde Fernan Gonzalez de Castilla, libre ya de la prision en que le

habia tenido el rey de Navarra, molestaba con correrías y cabalgadas los dominios musulmanes de las márgenes del Duero, tomando á los moros las mieses ó los frutos ya recogidos, los ganados y todo cuanto pillaba, de tal manera que no dejaba momento de reposo á los enemigos, y hacíales á estos insoportable vivir en país tan de contínuo acometido. Para poner un término á este estado de cosas, vióse precisado Alhakem á publicar el algihed ó guerra santa contra los cristianos de Castilla, y para dirigir mejor y más de cerca así los preparativos de la expedicion como las operaciones se trasladó en persona á Toledo (963). Entonces fué cuando mandó publicar á los caudillos de todas las banderas como órden del dia aquella célebre proclama que nos recuerda la de Abu Bekr, primer sucesor de Mahoma, en los campos de la Meca al tiempo de partir á la conquista de la Siria.

«Soldados, les decia Alhakem, deber es de todo «buen musulman ir á la guerra contra los enemigos «de nuestra ley. Los enemigos serán requeridos de «abrazar el islam, salvo el caso en que como ahora «sean ellos los que comiencen la invasion...... Si los «enemigos de la ley no fuesen dos veces más en nú«mero que los muslimes, el musulman que volviese «la espalda á la pelea es infame y peca contra la ley «y contra el honor. En las invasiones de un país, no «mateis las mugeres, ni los niños, ni los débiles an-

«cianos, ni los monjes de vida retirada, á menos que «ellos os hagan mal...... El seguro que diere un «caudillo sea observado y cumplido por todos. El «botin, deducido el quinto que nos pertenece, será «distribuido sobre el campo de batalla, dos partes «para el de á caballo, y una para el de á pié..... Si «un muslim reconoce entre los despojos algo que le «pertenezca, jure ante los cadíes de la hueste que es «suyo, y se le dará si lo reclamase antes de hacerse «la particion, y si despues de hecha, se le dará su «justo precio. Los gefes están facultados para pre- «miar á los que sirvan en la hueste, aunque no sean «gente de pelea ni de nuestra creencia.... No vengan á «la guerra ni á mantener frontera los que teniendo pa- «dre y madre no traigan licencia de ambos, sino en «casos de súbita necesidad, que entonces el primer «deber del musulman es acudir á la defensa del país, «y obedecer al llamamiento de los walíes (1).»

Arengadas las tropas y reunidas las banderas de todas las provincias, quiso Alhakem manifestar á los pueblos que no solo era sábio y prudente sino que tambien sabia ser guerrero, aunque era la primer vez que empuñaba las armas, pues su vida anterior habia sido toda consagrada al estudio de las letras. Hé aquí como refiere la crónica musulmana esta expedicion de Alhakem: «Entró, dice, con numerosa

(1) Casi todas estas máximas se encuentran á la letra en el Coran.

hueste en tierra de cristianos, y puso cerco al fuerte de Santistefan (San Estéban de Gormaz): vinieron los cristianos con innumerable gentío al socorro [1], y peleó contra ellos, y Dios le ayudó, y venció con atroz matanza; entró por fuerza de espada la fortaleza, y degolló á sus defensores, y mandó arrasar sus muros: ocupó Setmanca, Cauca, Uxama y Clunia (Simancas, Coca, Osma y Coruña del Conde), y las destruyó: fué sobre Medina Zamora, y cercó á los cristianos en ella, y les dió muchos combates, y al fin la entró por fuerza, y pocos de sus defensores lograron librarse del furor de las espadas de los muslimes: se detuvo en aquella ciudad con toda su hueste, destruyendo sus muros. Con muchos cautivos y despojos se tornó vencedor á Córdoba, y entró en ella con aclamaciones de triunfo; y se apellidó Almostansir Billah (el que implora el auxilio de Dios).»

Las crónicas cristianas confirman el resultado de esta expedicion de Alhakem, tan fatal para las armas de Castilla. Solo añaden que el conde castellano Vela, que de resultas de un choque con Fernan Gonzalez, de cuyo engrandecimiento recelaba, habia sido expulsado de Castilla, con propósito de vengarse, venia ahora ó acompañando ó guiando el ejército musulman,

(1) No debió ser tan innumerable, puesto que en esta guerra no se sabe que tomara parte el rey de Leon, y el conde de Castilla solo no podia acaudillar tantas tropas que ni por hipérbole se pudieran decir innumerables, y menos comparadas con el grande ejército musulman.

y del cual dicen que se ensangrentó en la pelea contra los cristianos como el más cruel de los enemigos. Acaso á la ayuda y direccion de este tránsfuga debieron los árabes tan rápido y completo triunfo (1).

A la primavera del año siguiente (964) el secretario de Alhakem, Galeb, literato á un tiempo y guerrero como lo eran muchos musulmanes, volvió á hacer de órden del califa nueva irrupcion en el país castellano, donde tuvo algunos reencuentros ventajosos. Despues de lo cual, y en combinacion con el walí de Zaragoza Attagibi revolvió contra el rey García el Temblon de Navarra, que dicen habia infringido las condiciones de un tratado hecho con Alhakem. Así el rey de Pamplona como el conde de Castilla se refugiaron á Coria. Las huestes musulmanas talaron el país y se retiraron. Tan felices expediciones persuadieron á Alhakem de la superioridad de sus armas, y no hubo ya parte de la España cristiana donde no dirigiera sus ejércitos en el otoño de 964 y principios del siguiente. Y si por un lado se atrevieron los musulmanes, conducidos por Attagibi, á penetrar hasta cerca de Barcelona, y á devastar y pillar el territorio de aquel condado, por otro Ebn Hixem y Galeb reunidos se apoderaron de Calahorra en Navarra, cuya ciudad reedificó y fortificó el califa haciendo de ella

(1) Roder. Tolet. de Reb. Hispan., lib. V.—Lucas Tud., Chron. —Comienzan á hacerse frecuentes estos casos de pasarse alternativamente cristianos y musulmanes á las banderas enemigas.

el baluarte avanzado del islamismo sobre el Ebro superior.

Victorias tan repetidas movieron al rey de Leon y á los señores de Castilla á enviar mensageros á Córdoba que entablasen còn el califa negociaciones de paz. Alhakem, que como hombre dado con apasionamiento al estudio, gustaba naturalmente más de la paz que del estruendo y ruido de las armas, recibió con complacencia las proposiciones de los cristianos y accedió á ellas fácilmente; y despues de haber agasajado á los mensageros en el palacio de Zahara segun la noble costumbre de su padre, cuando se despidieron para regresar á su país envió en su compañía á un vazzir de su consejo con despachos para el rey de Leon, encargado tambien de presentarle en su nombre dos hermosos caballos árabes ricamente enjaezados, dos preciosas espadas de las fábricas de Toledo y de Córdoba, y dos halcones de los más generosos y altaneros, dice la crónica (1).

Casi al mismo tiempo recibió Alhakem emisarios de los condes de Barcelona y de otras plazas de la España oriental, solicitando renovase con ellos la alianza en que habian vivido con su padre. Dice Almakari que la demanda de los enviados de Cataluña iba acompañada de un magnífico presente, compuesto de veinte jóvenes slavos eunucos, diez corazas

(1) Conde, cap. 89.



slavas, doscientas espadas del Frandjat, veinte quintales de martas cebellinas, y cinco quintales de estaño. El califa ajustó con ellos un tratado de paz, en que se estipuló que habian de destruir ciertas fortalezas de la frontera oriental que incomodaban á los musulmanes, y que habian de impedir á los cristianos de dichas fronteras el que despojasen y cautivasen como acostumbraban siempre que tenian ocasion á los muslimes de las comarcas aledañas [1].

Alentado Sancho de Leon con el buen éxito de la primera embajada, y á instancias de su muger Teresa y de su hermana Elvira, religiosa esta última en el monasterio de San Salvador de aquella ciudad, se atrevió á enviar al califa cordobés una nueva mision, no ya de carácter político, sino de naturaleza puramente religiosa; á saber, la de que permitiese trasladar á Leon el cuerpo del jóven mártir San Pelayo, que

(1) Cuentan los árabes un suceso ocurrido en este tiempo que nos da idea de cómo se habian ido adulterando las costumbres de los mahometanos españoles. Dicen que por abuso y licencia introducida por los de Irak y otros extrangeros, se habia hecho tan comun el uso del vino, que no solo el pueblo sino los alfaquíes mismos lo bebian con escandalosa libertad en las bodas y festines, perc que informado de ello Alhakem, religioso y abstinente como era, juntó sus alimes y alfaquíes y les preguntó en qué podia fundarse el uso que se hacia no ya solamente del ghamar y el sabiba (vino tinto y blanco de uva), sino tambien del de dátiles, de higos y otras bebidas embriagantes. Respondiéronle que desde el reinado de Mohammed se habia hecho recibida y comun opinion que estando los muslimes de España en continua guerra con los enemigos del Islam podian usar del vino, porque esta bebida alienta el ánimo de los soldados para las batallas, y que así en todas las fronteras se permitia su uso para tener mas valor y esfuerzo en las lides. Reprobó, añaden, el califa estas opiniones, y mandó arrancar las viñas en toda España, dejando solo la tercera parte de las vides para aprovechar el fruto de la uva en su sazon, en pasas y en arrope, y otras diferentes composiciones saludables y lícitas, hechas de mosto espesado.—Conde, cap. 90.

los cristianos cordobeses habian tenido cuidado de recoger del Guadalquivir. Acompañó esta vez á los legados del rey el obispo Velasco de Leon (966). Algunas dificultades parece que halló al principio el prelado cristiano, mas al fin condescendió tambien el generoso y amable califa con su demanda, y el cuerpo del mártir Pelayo entró en Leon al año siguiente con gran contento de todos los cristianos, y muy principalmente de las dos princesas á quienes se debia la adquisicion de la preciosa reliquia. El cuerpo fué llevado en procesion solemne á la iglesia de un monasterio erigido por el rey, cuyo monasterio se nombró de San Pelayo (1).

No pudo Sancho participar de esta solemnidad religiosa. Asuntos graves le habian llamado á Galicia mientras sus enviados negociaban en Córdoba la entrega de los restos mortales del santo mártir. Varios grandes, ó condes ó duques, se habian alzado en rebeldía contra el rey de Leon: entre ellos eran los principales Rodrigo Velazquez y Gonzalo Sanchez, este último pariente del obispo de Compostela Sisnando, por cuya instigacion se cree que obraba. Este prelado, más inclinado á manejar la espada del guerrero que el báculo del apóstol, hijo de un conde ilustre de Galicia de quien acababa de heredar cuantiosos bienes, habia solicitado y conseguido del rey Sancho

(1) Samp. Chron. n. 27.—Annal. Compost., p. 318.

el permiso para fortificar á Compostela so pretesto de poner el templo del Santo Apóstol al abrigo de las incursiones de los Normandos que de nuevo se habian dejado asomar por la costa de Galicia. En efecto él circunvaló su ciudad y palacio episcopal de murallas, torres y fosos al modo de una plaza fuerte, pero sacrificando para ello á los fieles de su iglesia, á quienes trataba como á esclavos. En vano el rey, á cuya noticia llegaron las tiranías del obispo, le reconvino repetidamente por sus excesos: el prelado continuaba en sus violencias sin que le movieran las reales amonestaciones. Confiaba en la proteccion de sus parientes, y en poder con su ayuda resistir al rey, el cual creyó llegado el caso de pasar á Galicia con algun golpe de gente. El obispo compostelano, á pesar de sus fortificaciones y sus bravatas no tuvo ánimo para resistir al rey, y le abrió las puertas de la ciudad. Sancho depuso al rebelde prelado de su silla, añadiendo algunos que le encerró en un castillo, y puso en su lugar á Rosendo, obispo que era de Mondoñedo y varon respetado por sus grandes virtudes [1].

Quedábale á Sancho todavía un enemigo poderoso, el conde Gonzalo Sanchez que gobernaba á Lamego, Viseo y Coimbra. El monarca leonés no dudó en dirigirse en su busca, pero apenas habia pasado el Miño encontróse con los enviados del sublevado con-

(1) Samp. Ibid.—Chron. Iriens., n. 9.

de que venian á ofrecerle en su nombre reconocimiento y homenage y á pedirle le concediera tener una entrevista con él. Todo lo otorgó el rey fácilmente; pero el paso del conde encerraba un proyecto pérfido y ocultaba una intencion indigna de un pecho castellano. La entrevista se verificó; el conde, mostrándose agradecido, quiso festejar al monarca, y en un banquete que le dió le hizo servir una fruta emponzoñada que el monarca comió sin recelo. Apenas la habia gustado comenzó á sentir sus efectos mortíferos: con gestos y palabras entrecortadas pudo solo hacer entender su deseo de ser llevado á Leon. Tratóse de ejecutar su voluntad, pero al tercer dia de camino espiró en el monasterio de Castrelo de Miño (967). Su cuerpo fué trasportado á Leon, y sepultado en la iglesia de San Salvador junto al de su hermano Ordoño [1].

Así acabó Sancho el Gordo á los doce años y un mes de haber empuñado por primera vez el cetro de Leon, dejando de su muger Teresa Jimena un hijo llamado Ramiro, de edad de solos cinco años.

Dos novedades notables ocurrieron en Leon á la muerte de Sancho el Gordo: fué la primera haber colocado la corona en las tiernas sienes del niño Ramiro, habiendo sido hasta entonces la infancia causa frecuente ó pretesto especioso para no sentar en el

(1) Samp. ibid.—Chron. Iriens., n. 10.

trono de sus padres á tantos hijos de reyes: la segunda fué haber puesto al tierno monarca, que tomó el nombre de Ramiro III., bajo la tutela de su madre y de su tia Elvira, religiosa ésta en el monasterio de San Salvador, viéndose por primera vez una monja constituida en co-regente y gobernadora de un reino.

Un suceso no menos estraño, pero de muy distinto linage, se verificaba entonces en Galicia. Reposaba tranquilamente en su lecho la noche de Natividad del Señor el venerable prelado de Compostela Rosendo (967), cuando un ruido que sintió en su dormitorio le hizo despertar despavorido y sobresaltado: un personage armado de espada y de coraza levantaba con la punta del acero el lienzo que le cubria; seguidamente vió amenazado su pecho con la punta de aquella misma espada. ¡Cuál seria la sorpresa del virtuoso obispo al reconocer á su antecesor Sisnando, el prelado depuesto por Sancho, que habiendo despues de la muerte del rey recobrado la libertad con ayuda de sus parientes se presentaba á reclamar la silla episcopal de aquella manera y por aquel medio! A semejante insinuacion el sobrecogido prelado mostróse dispuesto á ceder su báculo, mas no sin tener valor para recordar al obispo guerrero aquellas palabras de Cristo: «el que maneja el acero, por el acero perecerá.» Y despojándose de sus vestiduras episcopales se retiró resignado al monasterio de San Juan de



Cabero edificado por él, pasando despues al de Celanova fundado tambien por él mismo, donde vivió santa y tranquilamente por espacio de diez años hasta el fin de sus dias [1].

En cuanto á Sisnando, cumplióse en él la sentencia de la noche de Navidad. Habiendo los normandos y frisones acometido de nuevo la Galicia con una flota de cien velas al mando de su rey Gunderedo (968), y derramádose por la comarca de Compostela, talando, devastando y cautivando hombres y mugeres segun su costumbre, armóse loca y arrebatadamente el guerrero obispo Sisnando de todas armas, y con su gente salió furioso en busca de los invasores: hallólos cerca de Fornelos, los acometió, pero pagó su temeridad cayendo atravesado de una saeta; con lo que huyeron los suyos quedando los normandos dueños del campo [2]. Alentados con este triunfo internáronse esta vez aquellos piratas hasta los montes de Cebrero, saqueando, incendiando y degollando sin piedad, hasta que al regresar hácia la costa con objeto de embarcar el fruto de sus depredaciones viéronse arrollados por un ejército gallego capitaneado por el conde Gonzalez Sanchez (el mismo que habia propinado el veneno á Sancho el Gordo), que arremetiendo con ímpetu y bravura hizo un espantoso degüello en aquella gente advenediza, quedando en-

(1) Chron. Iriens. n. 11.—Vit. S. Rudesindi, apud Florez, tom. 18.

(2) Samp., Chron. n. 28.



tre los muertos el mismo Gunderedo. Quemadas fueron en seguida sus naves, y de este modo desapareció en Galicia aquella hueste de atrevidos aventureros que tan afortunados habian sido en Francia y en Bretaña [1]. Era el tercer año del reinado de Ramiro (969).

Desembarazados de este episodio, volvamos la vista hácia la situacion de los demás estados de España al tiempo que comenzaba á reinar en Leon Ramiro III.

Habíamos dejado en 912 establecido en Barcelona al conde Sunyer ó Suniario, hermano de Borrell I., e hijo segundo de Wifredo el Velloso. Lo mismo que los reyes de Leon y de Navarra, habia dividido Suniario su tiempo entre la devocion y la guerra, fundando y dotando monasterios y peleando con los musulmanes fronterizos. La suerte de las batallas le privó de su hijo primogénito Ermengaude ó Armengol, á quien amaba tiernamente y á quien habia dado alguna participacion en el gobierno, y titulaba conde de Ampurias. Asoció entonces el apesadumbrado conde en el mando al mayor que quedaba de sus hijos nombrado Borrell, en cuyas prendas cifraba tambien grandes esperanzas, y en quien por último vino á descargar todo el peso del gobierno, retirándose él á un monasterio, donde vistió el hábito religioso, y

(1) Chron. Iriens.—Id. Samp.—Annal é Hist. Compostel.



donde falleció en 15 de octubre de 953. Quedó, pues, Borell II. de conde soberano de Barcelona (954), rigiendo solo el estado hasta 956, en que entró su hermano menor Miron á compartir con él el sólio, acaso porque así fuese la voluntad testamentaria de su padre. Mas como sobreviniese á Miron una muerte anticipada (31 de octubre de 966), quedó otra vez Borrell II. solo para contrarestar las tormentas que no habian de tardar en amenazar á Cataluña como á los demás estados cristianos españoles. Promovió entretanto el segundo Borrell las fundaciones religiosas, y agregó á su corona el condado de Urgel por muerte sin sucesion de otro Borrell primo suyo, titulándose duque y príncipe de la Marca hispana, aun cuando los demás condados no viniesen vinculados al de Barcelona, pero al cual iban de esta manera incorporándose [1]. Este era el conde soberano de Barcelona al advenimiento de Ramiro III. al trono de Leon.

En Navarra acabó en 970 su vida y reinado García Sanchez el Temblon, sucediéndole su hijo Sancho García II., llamado Sancho el Mayor, de no más edad acaso que Ramiro el de Leon, y cuyo larguísimo reinado, el más dilatado que se habia conocido, pues le hacen durar cerca de sesenta y cinco años, fué

(1) Documentos del Archivo de la antigua corona de Aragon, citados largamente por Bofarull en los *Condes vindicados*. Recordamos al lector la rectificacion de la Cronología de los condes de Barcelona hecha por Bofarull, distinta de la que hallará en todas las historias generales de España y particulares de Cataluña anteriores á sus investigaciones.

tambien uno de los que ejercieron más influjo en la suerte futura de España. Y como si estuvieran los estados cristianos destinados á sufrir en este tiempo una renovacion general en el personal de sus príncipes, acaeció en el propio año en Búrgos (970), la muerte del célebre conde de Castilla Fernan Gonzalez, que tantas inquietudes habia causado á los reyes de Leon, que tantas batallas, ya prósperas, ya adversas, habia sostenido contra los musulmanes, uno de los más activos y briosos adalides de aquella edad, y el fundador de la independencia de Castilla. Enterrósele en el monasterio de Arlanza reedificado por él, y le sucedió en la soberanía de Castilla su hijo García Fernandez (1).

(1) La biografía de este famoso personage ha sido adicionada con tan maravillosas hazañas y estrañas aventuras por los historiadores y romanceros de los siglos XIII. al XVI., que vino á ser manantial fecundo é inagotable de asuntos dramáticos para los poetas. Y aunque estamos persuadidos de que los únicos hechos señalados y auténticos del insigne conde castellano que constan de las verdaderas fuentes históricas son los que dejamos consignados, basta la popularidad que aquellas han adquirido para que no dejemos de hacer una rápida y sucinta reseña de ellas, siquiera porque esta misma celebridad es ya histórica, y para que el lector pueda tambien juzgar por sí mismo si tales proezas deben pertenecer á la historia ó al romance.

La fama, dicen, de Fernan Gonzalez volaba ya por el mundo desde su mocedad. Una de las hazañas que empezaron á darle prez y á hacer resonar su nombre fué el desafío con el rey de Pamplona Sancho Abarca. Fernan ó Fernando se habia entrado con un ejército por los estados del rey de Navarra á tomar con la punta de su lanza la satisfaccion que no habia querido dar á sus embajadores. Encontráronse los dos ejércitos y se embistieron con igual ímpetu y corage; pero como en mucho tiempo ninguno de ellos venciese ni fuese vencido, impacientes entrambos generales se retaron como buenos caballeros para decidir la contienda personalmente y cuerpo á cuerpo. El combate fué tan reñido y fuerte que ambos á un tiempo cayeron heridos, con la diferencia que Sancho Abarca exhaló allí el último aliento, y el valeroso conde de Castilla no solo volvió á levantarse sino que se

Solo Alhakem II. continuaba en Córdoba en paz con los cristianos y entregado á las reformas interiores del reino y á los placeres literarios, más de su

sintió con fuerzas para pelear seguidamente con el conde de Tolosa que salió á vengar al difunto rey de Navarra, é hízolo con tal brio que de un bote de lanza le derribó tambien al suelo sin vida, y echó luego del campo á los enemigos permitiéndoles solo por gracia y generosidad que se llevasen los cadáveres de los dos príncipes. Mas los que inventaron esta proeza no tuvieron presente, que habiendo muerto Sancho Abarca hácia los años 924 o 26, en que suponen la exaltacion de Nuño Rasura, á quien hacen abuelo de Fernan Gonzalez, ó este era un niño cuando mató al rey de Navarra ó acaso no habia nacido todavía.

En cuanto á batallas y victorias contra los moros atribúyenle tantas que no se dan vagar unas á otras, y tan maravillosas que no hay términos como poderlas ponderar. Con cien caballos y quinientos infantes derrotó el dia de San Quirce un numerosísimo ejército de infieles, en memoria de lo cual edificó una iglesia á aquel santo en el lugar del combate. El dia de la batalla de Simancas, á consecuencia de un voto que hicieron el rey de Leon y el conde Fernando á sus respectivos santuarios de Santiago y San Millan de ofrecer un donativo anual y perpétuo á las dos iglesias si les concedian la victoria, ademas del eclipse de sol que privó á los hombres de luz por más de una hora, aparecieron en el aire estrellas ambulantes y cometas de figura espantosa, abrasándose las tierras en viva llama, y se vió pelear en la vanguardia del ejército cristiano sobre caballos blancos dos personages celestiales, que unos decian eran dos ángeles y otros conocieron ser Santiago y San Millan, el primero en defensa de los leoneses y gallegos y el segundo de los castellanos, y que por eso Leon y Castilla se repartieron el trabajo y las victorias, ganando don Ramiro la primera en Simancas y Fernan Gonzalez la segunda despues en Alhóndiga. A esta siguieron otras muchas en diferentes puntos, casi todas con intervenciones misteriosas, y no podia dejar de adjudicársele la derrota de aquel supuesto general moro *Azeipha*, que ni fué moro ni cristiano, ni general ni hombre.

Pero las dos más famosas batallas fueron las dos que dicen dió al valeroso y célebre Almanzor á fines del reinado de Ordoño III. y principios del de Sancho, es decir, sobre unos veinte y tres años antes que Almanzor comenzára á darse á conocer como regente del califa Hixem. Acompañaron á estas batallas lances dramáticos y aventuras novelescas, prodigios y milagros patentes. Almanzor habia acudido con un ejército de ochenta mil hombres; las fuerzas de Fernan Gonzalez eran infinitamente inferiores en número; pero este no era un inconveniente para el intrépido conde, que resueltamente marchó con sus escasas tropas á la villa de Lara, por donde los infieles tenian que pasar. Mientras llegaban, quiso divertirse en perseguir un jabalí, que aventado del monte se metió en una ermita en que vivian retirados tres santos varones, Pelayo, Arsanio y Silvano. Al encontrarse el conde con una capilla y un altar parecióle más oportuno hacer oracion que perseguir la fiera, y puesto de ro-

gusto que las guerras y el choque de las armas. Lejos de aprovecharse de la propicia coyuntura que le ofrecia la tierna edad de los reyes de Leon y de Navarra,

dillas oró á Dios muy fervorosamente por la felicidad de sus armas. Allí pasó toda la noche, ya orando, ya departiendo con el buen Pelayo, quien le anunció de parte de Dios que ganaria la batalla, pero que antes sucederia una catástrofe impensada y fatal. No nos dicen qué fué entretanto del jabalí, aunque es de suponer que se volveria al monte.

En efecto, el dia de la batalla un caballero llamado Pedro Gonzalez, que tenia fama de valiente, quiso adelantarse con su caballo, y de repente se abrió la tierra y los tragó, sin que jamás volviesen á parecer ni caballo ni caballero. Quedó con esto el ejército helado de asombro y hubiera querido retroceder si el conde á voz en grito no hubiera avisado que aquella precisamente era la señal de la victoria que le habia dado el ermitaño, con lo que realentado el ejército acometió con tal ímpetu que en poco tiempo desbarató y destrozó aquel enjambre de mahometanos. Y como más adelante volviesen otra vez los sarracenos con duplicadas fuerzas, siendo limitadísimas las dèl conde, no tuvo reparo en atacar á los infieles, seguro de la victoria, porque así se lo habia ofrecido el mismo ermitaño, que ya difunto se le apareció entre sueños la noche que precedió á la pelea. Duró, no obstante, tres dias el combate, hasta que el apóstol Santiago vino á dar visible ayuda á los cristianos, y entonces se cansaron de matar moros por espacio de dos dias sembrando de cadáveres toda la tierra. En reconocimiento de tan señalada proteccion de Dios y de sus santos, reedificó el antiguo monasterio de San Pedro de Arlanza, objeto predilecto de su especial devocion hasta el último dia de su vida.

A esta série de gloriosas hazañas añaden una cadena de aventuras amorosas. Diremos algunas de ellas. Fué el caso que la reina viuda de Navarra doña Teresa, deseando vengar la muerte que el conde habia dado á su padre don Sancho Abarca, discurrió inducirle con palabras dulces y engañosas á que se casase con su hermana doña Sancha, pero con la torcida intencion de que esto sirviese solamente como de anzuelo para llevársele á Pamplona, y allí hacerle prender de acuerdo con el rey don García. Marchó, pues, el conde á Pamplona con la alegría y satisfaccion de quien vá á enlazar su mano con la de una princesa ilustre. Pero el placer de novio se convirtió muy pronto en amargura de prisionero, viéndose encarcelado sin atinar el delito y la causa. La reina, sin embargo, no logró por esta vez su objeto, porque la princesa, á quien sin duda pareció bien el conde y en su virtud apetecia ya que las fingidas bodas pasasen á veras, ingenióse para sacarle de la cárcel, y escapándose con él llegaron felizmente á Búrgos, donde efectuaron su matrimonio.

Indignado el rey de Navarra con la fuga del conde, y más todavía con la de su hermana, salió inmediatamente con sus tropas para Castilla, resuelto á volverle á prender muerto ó vivo, como pudiese. Pero no pudo de ninguno de los modos, antes fué él el que quedó preso del conde, quien le retuvo más de un año, hasta que las lágrimas de doña Sancha y los rue-

respondia á los que le instigaban á la guerra, entre ellos algunos tránsfugas castellanos, con aquellas palabras del Profeta: «Guardad fielmente vuestros pactos, y Dios os lo tomará en cuenta.»

gos de los demás príncipes aplacaron el ánimo del héroe castellano. No desistió de su proyecto de venganza la reina viuda. Persuadió, pues, al rey don Sancho de Leon á que con pretesto de celebrar córtes generales llamase al conde y le hiciese prender. Así se verificó, cayendo el bueno de Fernan Gonzalez en este segundo lazo, que por lo visto era el conde más valiente y hazañoso que cauteloso y precavido. Mas sabedora de su nueva prision la ya condesa doña Sancha, que debia ser señora no poco varonil y resuelta, púsose luego en viaje con pretesto de ir á visitar el cuerpo del apóstol Santiago. A su tránsito por Leon obtuvo la gracia de pasar con su marido en la cárcel toda una noche, y al amanecer puso al conde sus vestidos, con los cuales salió disfrazado sin que la guardia se apercibiese de ello, quedando doña Sancha en la cárcel vestida con los del conde. Cuando le pareció que éste se hallaria ya en lugar seguro, escribió al rey una carta diciendo: «Señor, aquí me teneis «en la cárcel en lugar del conde «mi marido, con quien yo he tro«cado mi libertad. Si os hice inju«ria en tomaros un preso, lo re«compenso enteramente con mi «persona entregándome prisionera «en su lugar, para que me consi«dereis culpable de sus mismos «delitos, si es que los tuviese, y «cargueis sobre mí todo el peso «del castigo que él hubiere mere«cido. Dos cosas solas os suplico «que considereis; que yo soy her«mana de vuestra madre y muger «del prisionero á quien he liber«tado. Si os ensangrentais contra «mí, os bañareis las manos en «vuestra misma sangre, y si castigais mi único delito, castigareis «la piedad de una muger para con «su marido, etc.»

Sintió mucho el rey al principio el engaño, pero despues aplacado su enojo con la razon alabó el valor de su tia, y mandó que la llevasen á su marido con grande acompañamiento.

Pero aun es más peregrina la manera como logró el insigne Fernan Gonzalez hacerse conde soberano é independiente de Castilla, al decir de los mismos historiadores. Cuentan que el rey don Sancho de Leon se enamoró de un hermoso caballo y de un halcon de singular habilidad que el conde tenia, y como no quisiese admitirlos en concepto de regalo por más que el conde se empeñára en ello, los adquirió á un precio considerable, conviniéndose en que de no pagarlos el dia que se designó, por cada dia que pasára se duplicaria el precio. No los pagó el rey no sabemos por qué: y al cabo de siete años, resentido Fernan Gonzalez de los malos tratamientos que de Sancho habia recibido, reclamó la paga de su caballo y de su halcon, pero se halló que la suma en este tiempo habia subido tanto que no habia en el tesoro real dinero con que satisfaceria; y en su virtud se concertaron los dos en que el conde en recompensa de la deuda quedaria desde entonces soberano independiente de Castilla sin reconocer ningun género de vasallage á los reyes de Leon. Por más que la anécdota no

Las nuevas recibidas de África vinieron á turbar al sábio califa en sus pacíficos goces. La ambicion de los Fatimitas habia vuelto á inquietar el Magreb some-

carezca de cierto gusto romancesco, tal es su carácter de conseja que hasta los historiadores menos críticos y menos escrupulosos miran ya como cargo de conciencia el admitirla.

El prurito de formar líneas genealógicas, el empeño de hacer á Fernan Gonzalez descendiente directo é inmediato de los jueces de Castilla, y el error de suponer hereditario el condado de Castilla en un tiempo en que todavía no lo era, ha suscitado cuestiones cronológicas de dificilísima solucion, si posible acaso, dado que se admitan aquellos principios. Lo que más averiguadamente consta es que esta parte de España nombrada antiguamente Bardulia, que desde las conquistas de los primeros Alfonsos comenzó á llamarse Castilla por los muchos castillos que para la defensa de sus estados fueron levantando aquellos príncipes, comenzó tambien entonces á ser regida por condes ó gobernadores á estilo de los godos, pero dependientes de los reyes de Asturias y Leon. El primer conde de quien se tenga noticia cierta fué un Rodrigo, sin duda de origen godo á juzgar por su nombre, pero de familia desconocida. Este Rodrigo fué el poblador de Amaya, (villa á nueve leguas de Burgos), la cual hubo de hacer como la capital del condado, mientras duró su gobierno, como parece indicarlo aquel antiguo refran:

Harto era Castilla pequeño rincon,
Cuando Amaya era la cabeza y Fitero el mojon.

Hijo de este Rodrigo fué Diego Rodriguez Porcellos, el fundador y poblador de Burgos (884), destinada á ser el núcleo y la verdadera capital del condado. Prosiguieron los condes gobernadores, no en línea genealógica ni con el título hereditario, sino como autoridades amovibles puestas por los reyes; y á veces no mencionan uno solo las historias, sino varios que regian á un tiempo diferentes cocomarcas ó fortalezas de Castilla, acaso subordinados á un principal, como en lo antiguo lo estaban los condes al duque de la provincia. Cítanse entre estos Nuño Fernandez, Nuño Nuñez, Gonzalo Tellez, Rodrigo Fernandez, Gonzalo Fernandez, y Fernan Gonzalez, que aparecen como pobladores, Nuño Nuñez de Roa, Gonzalo Tellez de Osma, Gonzalo Fernandez de Oca, Coruña del Conde y San Esteban de Gormaz, Fernan Gonzalez de Sepúlveda. Todos estos condes y algunos otros cuyos nombres se suelen encontrar en las escrituras gobernaban temporalmente y sin órden de sucesion los paises ó ciudades que se les encomendaban.

Muy pronto mostraron así los condes como los pueblos de Castilla tendencias á emanciparse de los reyes de Asturias y Leon. Pruébalo la temprana rebelion de Nuño Fernandez contra Alfonso III, su suegro, el duro castigo que Ordoño II. hizo en los cuatro condes desobedientes, la eleccion que se supone de los dos jueces, y que probablemente entonces no tuvo más objeto que proveerse á sí mis-



tido por Abderrahman III. En 968 Moez ben Ismail habia enviado un ejército á las órdenes de Balkin ben Zeir para castigar las tribus zenetas que se habian

mos de magistrados que les administraran justicia mejor que solian hacerlo los monarcas leoneses, hasta que vino el ilustre Fernan Gonzalez, hijo de Gonzalo Fernandez, que con su esfuerzo, valor y destreza supo conquistar poco á poco la independencia de Castilla.

Vemos desde luego á Fernan Gonzalez eclipsar con su nombre á otros cualesquiera condes subalternos que en Castilla hubiese; dependiendo todavía del belicoso rey de Leon Ramiro II. hacer un papel importante en los más graves sucesos de la época, pelear por su cuenta con los musulmanes y vencerlos muchas veces: aun preso en las cárceles de Leon despues de frustrada su primera tentativa de independencia, merecer tal consideracion y respeto al monarca, que para obtener su juramento de fidelidad hubo de pactar el enlace de su hijo primogénito con hija del conde: vémosle más adelante todavía ó por política ó por fuerza, al servicio de Ordoño III.: mas luego aparece (siempre rivalizando su poder con el de los reyes), entronizando á Ordoño IV., casado con su hija la repudiada del III., y lanzando del trono á Sancho el Craso, su aliado anteriormente: y por último conducirse en sus luchas con los reyes de Leon y Navarra con tal actividad, sagacidad y política, que llega á sacudir definitivamente la dependencia de Leon, y á quedar como un soberano absoluto entre ambos reinos, siendo de esta manera el fundador del condado independiente de Castilla, nueva soberanía que en menos de un siglo habia de convertirse en el mayor y más preponderante de los reinos cristianos de la Península, hasta absorver en sí con el tiempo todas las demás monarquías de España.

Casado Fernan Gonzalez con Sancha, hija del rey Sancho Abarca de Navarra, habia tenido de ella varios hijos, de los cuales por muerte de los primogénitos le sucedió en el condado García Fernandez, tomando ya esta soberanía el carácter de hereditaria.

Tal fué el principio de la independencia de Castilla, cuyo ilustre fundador fué harto esclarecido por sus hazañas verdaderas, sin necesitar para serlo de las que posteriormente hayan podido ser inventadas por romanceros ó historiadores.

En un monumento erigido en la ciudad de Burgos, que lleva el nombre de *Arco de Fernan Gonzalez*, levantado, dicen, sobre el solar de la casa que habitó el insigne conde, se lee una inscripcion latina que viene á decir: *A Fernan Gonzalez, libertador de Castilla, el más excelente general de su tiempo, padre de grandes reyes; á su ciudadano, en el solar de su misma casa, para eterna memoria de la gloria de su nombre y de su ciudad.* Otra mucho mas pomposa se leia en el monasterio de San Pedro de Arlanza, cerca del altar mayor en un sepulcro de marmol sostenido por leones.

Estos nombres patronímicos ó apellidos de Castilla, terminados en *ez*, como *Rodriguez, Gonzalez, Fernandez, Nuñez*, etc., vienen de la costumbre de añadir al nombre de los hijos el bautismal de los padres. Y como en los documentos públicos se los nombra en latin: *Nunnius Roderici, Rodericus Ferdinandi, Ferdinandus Gundisalvi,*

negado á reconocer su imperio. El edrisita Alhassan que gobernaba el Magreb á nombre de los califas de Córdoba abandonó deslealmente la causa de su soberano, y se unió á los fatimitas que hacian proclamar en las ciudades y mezquitas africanas el nombre de Moez. No sirvió una victoria que Ghiafar, general de Alhakem, alcanzó en 972 contra los fatimitas. La guerra prosiguió viva, y habiendo hecho traicion á Ghiafar los gefes zenetas, tuvo que retirarse á Andalucía, donde el califa recompensó sus servicios con el título de hagib. Asustado Alhakem con el rápido engrandecimiento de sus rivales de Africa, envió al walí Mohammed ben Alcasim con numerosas huestes al Magreb, pero batido por las cabilas berberiscas del traidor Alhassan, pereció en un sangriento combate el caudillo andaluz, y los restos de su destrozado ejército se refugiaron á Tánger y Ceuta, las solas ciudades que quedaban al soberano cordobés. Aun no desalentado éste, despachó á Galib con nuevas fuerzas, diciéndole: «No volverás aquí sino muerto ó vencedor; el fin es vencer; así no seas avaro ni mezquino en premiar á los valientes.» El califa y su caudillo sabian bien el poder que tenia el oro para con

suprimiendo el *filius*, supliase en castellano con aquella terminacion, que equivale en español al *fitz* de los ingleses, al *witch* de los rusos, al *ebn* de los árabes, etc.

Sobre Fernan Gonzalez y los condes de Castilla pueden verse y cotejarse los documentos recogidos en Sandoval, Yepes, Argaiz, Sota, Berganza, Salazar de Mendoza, Coronel, Florez en el tomo 26 de la España Sagrada, y otros varios.



aquellos interesados y venales africanos. Las instrucciones fueron ejecutadas; el cebo se derramó copiosa y diestramente, y las codiciosas tribus se dejaron ablandar en tal manera, que en una sola noche se vió Alhassan abandonado de todas sus tropas, á escepcion de algunos caballeros que le ayudaron á refugiarse en la innaccesible *Peña de las Aguilas*, donde habia dejado su harem y sus tesoros.

Rodeó Galib la roca con toda su hueste, y cortando el agua á los sitiados vióse Alhassan reducido á tal extremidad, que hubo de someterse á la avenencia que le propuso Galib, asegurándole su vida, su libertad y sus tesoros, á condicion de venir á España á hacer por sí mismo su sumision á Alhakem (973). Con esto se posesionaron las tropas andaluzas de la *Peña de las Aguilas*; redujo seguidamente Galib todos los pueblos y fortalezas de Almagreb, puso en Fez un walí de su confianza, y asegurado aquel imperio para el califa en solo un año de campaña, embarcóse en Ceuta para Algeciras (974), llevando consigo al último descendiente de los Edris. Admirable fué la galantería y la generosidad de Alhakem con aquel ilustre prisionero á pesar de su pérfida conducta. Viendo ya en él solamente á un enemigo vencido que venia á ponerse en sus manos, y queriendo al propio tiempo honrar al general vencedor, él mismo con su hijo Abdelaziz y los principales jeques de Córdoba salió á recibirlos á cierta distancia de la ciudad.

Cuando se avistaron, apeóse Alhassan y se postró á sus pies. Pero el califa le alargó su mano, y haciéndole que volviese á montar y le acompañase á caballo, entró Alhakem en Córdoba llevando á un lado á Alhassan y á otro á Galib, recibiendo las aclamaciones de la agolpada muchedumbre. No contento con esto el generoso califa, mandó hospedar en el palacio Mogueiz á Alhassan y su familia, señalando rentas de príncipe al que habia sido tan ingrato y desleal enemigo. Cuentan que gastaba con él y con los demás africanos, que eran unos setecientos, lo que bastaria para vivir siete mil; con lo cual muchos de ellos se establecieron en Córdoba y quedaron al servicio de Alhakem.

Pero pronto se cansó Alhassam de aquella dorada prision, y pidió al califa permiso para volverse con su familia á Africa. Otorgósele Alhakem aunque con disgusto, y á condicion de que hubiera de residir en el Africa Oriental, donde su presencia era menos peligrosa. Embarcóse, pues, el africano con su familia y sus tesoros en Almería para Tunez (976). Mas desde allí partió á Egipto, donde puesto bajo la proteccion del califa Moez por cuya causa habia peleado en Africa, siempre ingrato y pérfido, escribia cartas insultantes á Alhakem, que las recibia con desdeñoso silencio [1]. «Así se extinguió, dice un escritor erudito,

(1) Conde, part. II., cap. 91 y 92.

la última huella del imperio de Edris, cuyo postrer vástago vivia de las limosnas de un califa y de la clemencia de otro.»

Desembarazado de la guerra de Africa pudo Alhakem dedicarse ya esclusivamente á sus ocupaciones favoritas, la administracion del estado y el fomento de las letras y de las artes. Por complacer á su muger predilecta Sobehia hizo celebrar con gran magnificencia el reconocimiento y proclamacion como futuro sucesor de su hijo Hixem, aunque muy niño. Con este motivo se leyeron en la solemne asamblea de la jura elegantes composiciones en verso de los mejores ingenios de España. Los escritores árabes se complacen, como siempre, en enumerar las obras que se presentaban, el premio que cada una obtenia, juntamente con los nombres y una reseña biográfica de sus autores. Por el número de estos se comprende bien los progresos que la amena erudicion habia hecho entre los árabes de España, y la estimacion grande que gozaban los literatos en el reinado del segundo Alhakem.

Si en tiempo de su padre Abderrahman se habia estendido hasta las mugeres la ilustracion, el alcázar de Alhakem era como un plantel de literatas que hubieran podido ser el ornamento de la buena sociedad en los mejores siglos. Radhiya, la *Estrella Feliz* que llamaba Abderrahman III., habia pasado del padre al hijo: era poetisa é historiadora, y aun despues de la muerte de este príncipe hizo un viage á Oriente don-

de se captó la admiracion de todos los sábios. Lobna, versada en la gramática y poesía, en la aritmética y en otros ramos del saber humano, prudente además y celebrada por la agudeza de sus pensamientos, era de quien se valia el califa para escribir sus asuntos reservados: Ayxa, de quien dice Ebn Hayan que no habia en España quien la aventajára en elocuencia y discrecion, ni en belleza y buenas costumbres: Cádiga, que cantaba con dulcísima voz los versos que ella misma componia: Maryem, que enseñaba en Sevilla literatura con gran celebridad á las doncellas de las familias principales, y de cuya escuela salieron muchas alumnas que hacian las delicias de los palacios de los príncipes y grandes señores; y otras que los escritores árabes enumeran con muy justo y fundado placer.

El ejemplo del califa no era perdido para los walíes y vazires de las provincias, que en sus respectivos gobiernos no perdian ocasion de fomentar las ciencias y de proteger y premiar á los doctos. Habíase hecho ya gusto de la época el dedicarse á la cultura del espíritu. La historia nos ha conservado la descripcion de cómo solian invertir el tiempo los literatos en sus reuniones amistosas. Ahmed ben Said, docto y rico alfaquí de Toledo, tenia costumbre de reunir en su casa todos los años, en los meses de noviembre, diciembre y enero, hasta cuarenta amigos aficionados á la bella literatura así de la ciudad como de Calatrava y otras poblaciones Reuníanse en un salon, cu-

y el pavimento estaba cubierto de alfombras de lana y seda, con almohadones de lo mismo, y cubiertas las paredes de tapices y paños labrados: en medio de la gran sala habia un grueso cañon cilíndrico lleno de lumbre, especie de estufa alrededor de la cual se sentaban. Comenzaba la sesion ó conferencia por la lectura de algun capítulo ó seccion del Coran, ó bien por algunos versos, que luego comentaban, y seguian despues otras lecturas, sobre las cuales cada uno emitia sus ideas. De tiempo en tiempo se suspendia la conferencia, y entraban los esclavos con perfumes para quemar y con agua de rosas para sus abluciones. Despues hácia el medio dia les servian una mesa sencilla pero abundante. Ningun habitante de Toledo, aunque los habia muy ricos, era tan generoso y espléndido como Ahmed ben Said, llegando á tanto su amor á las letras que solia pensionar y tener en su casa muchos jóvenes que buscaban su instruccion. Habiéndole hecho el califa prefecto de los juzgados de Toledo, un cadí de la misma ciudad, envidioso de su popularidad y fama, asesinó en su casa á aquel hombre inapreciable y singular.

Inútil es decir que Alhakem buscaba los más doctos profesores de Oriente y Ocidente para que dirigiesen la educacion del príncipe su hijo: y supondríase, si las historias no nos lo dijeran, que tenia colocados á todos los hombres literatos y doctos en los más honoríficos y eminentes puestos del estado.

Al empadronamiento ó matrícula general que mandó hacer de todos los pueblos del imperio debemos las siguientes curiosas noticias estadísticas de la poblacion y riqueza que alcanzaba entonces la España musulmana. Habia, dicen, seis ciudades grandes, capitales de capitanías, otras ochenta de mucha poblacion, trescientas de tercera clase, y las aldeas, lugares, torres y alquerías eran innumerables. Suponen algunos que solo en las tierras que riega el Guadalquivir habia doce mil: que en Córdoba se contaban doscientas mil casas, seiscientas mezquitas, cincuenta hospicios, ochenta escuelas públicas, y novecientos baños para el pueblo. Las rentas del estado subian anualmente á doce millones de mitcales de oro, sin contar las del azaque que se pagaban en frutos. Esplotábanse muchas minas de oro, de plata y otros metales por cuenta del rey, y otras por particulares en sus posesiones. Eran celebradas las de Jaen, Bulche y Aroche, y las de los montes del Tajo en el Algarbe de España. Habia dos de rubíes á la parte de Beja y Málaga. Se pescaban corales en la costa de Andalucía, y perlas en la de Tarragona. La agricultura prosperó tambien grandemente al abrigo de la larga paz que supo mantener Alhakem: se construyeron canales de riego en las vegas de Granada, de Murcia, de Valencia y Aragon: se hicieron albuheras ó pantanos con el propio objeto, y se aclimataron multitud de plantas acomodadas á la calidad



de cada terreno. En suma, dice el autor árabe que nos suministra estas noticias, este buen rey convirtió las espadas y lanzas en azadas y rejas de arado, y trasformó los belicosos é inquietos muslimes en pacíficos labradores y pastores. Los hombres más distinguidos se preciaban de cultivar sus huertos y jardines con sus propias manos; los cadíes y alfaquíes se holgaban bajo la apacible sombra de sus parrales, y todos iban al campo dejando las ciudades, unos en la florida primavera, otros en el otoño y las vendimias. Envidiable estado y admirable prosperidad el de la España árabe de aquel tiempo, que casi nos hace sospechar si habrá alguna exageracion de parte de sus escritores nacionales, si bien no desconocemos cuán grande y felíz puede hacer á un estado un príncipe ilustrado y virtuoso que tiene la fortuna de suceder á otro príncipe no menos grande, filósofo é ilustrado.

Muchos pueblos, continúa el mismo historiador, se entregaron á la ganadería, y trashumaban de unas provincias á otras procurando á sus rebaños comodidad de pastos en ambas estaciones, en lo cual seguian la inclinacion y manera de vivir de los antiguos árabes que de este modo pastoreaban sus ganados, buscando en la *mesaifa* ó estacion de verano las alturas frescas hácia el Norte ú Oriente, y volviendo al fin de la estacion para la *mesta* ó invernadero hácia los campos abrigados del Mediodía ó Poniente, Llamábanse

estos árabes *moedinos*, vagantes ó trashumantes (1).

Largo fuera enumerar todas las obras así literarias como artísticas, industriales y de ornato y comodidad pública que se debieron al ilustre Alhakem. La famosa biblioteca del palacio Merûan dicen que se aumentó hasta seiscientos mil volúmenes (2); cifra asombrosa para aquellos tiempos, cuando hoy mismo con el auxilio del gran multiplicador, la imprenta, y con los progresos admirables de la mecánica son pocas todavía las bibliotecas que reunen tan considerable depósito de libros. Siendo la poesía como innata á los árabes y una de las bases de su educacion, no podia Alhakem dejar de ser poeta, y lo era por educacion y por genio (3).

Dicen que solia dar á su hijo Hixem los consejos siguientes: «No hagas sin necesidad la guerra: mantén la paz para tu ventura y la de tus pueblos: no

(1) Es fácil, añade Conde, que de estos *moedinos*, alterado el nombre, haya procedido el de nuestros ganados *merinos*. Y de aquí, no sin verosimilitud, opinan muchos que ha podido traer su origen la institucion conocida en España con el nombre de *Mesta*, que tenia un objeto semejante y ha durado hasta nuestros dias.

(2) Ebn Alabar, in Casiri.

(3) Bella y notable es la composicion que dedicó á la sultana favorita Sobehya cuando partió para la campaña de San Esteban de Gormaz.

De tus ojos y los mios—en la triste despedida
De lágrimas los raudales—inundaban tus megillas:
Líquidas perlas llorabas,—rojos zafires vertias,
Juntos en tu lindo cuello—precioso collar hacian:
Estraño amor al partir—cómo no perdí la vida:
Mi corazon se arrancaba,—el alma salir queria:
Ojos en llanto anegados,—aquellas lágrimas mias
Si del corazon salieron,—en su propia sangre tintas,
Este corazon de fuego—¿cómo no se deshacia?
Loco de amor preguntaba,—¿dónde estás, bien de mi vida?
Y estaba en mi corazon,—y con su encanto vivia.......

desenvaines tu espada sino contra los malvados: ¿qué placer hay en invadir y destruir poblaciones, arruinar estados y llevar el estrago y la muerte hasta los confines de la tierra? Conserva en paz y en justicia los pueblos, y no te deslumbren las falsas máximas de la vanidad: sea tu justicia un lago siempre claro y puro, modera tus ojos, pon freno al ímpetu de tus deseos, confia en Dios, y llegarás al aplazado término de tus dias.» ¡Coincidencia singular! Estas máximas son casi las mismas que inculcó Hixem I. á su hijo Alhakem I. Ahora es Alhakem II. el que las recomienda á su hijo Hixem II. Perdidos fueron los consejos de ambos padres, y distantes estuvieron de observarlos los dos hijos.

Pasaron los dias del esclarecido Alhakem II., dice su cronista arábigo, como pasan los agradables sueños que no dejan sino imperfectos recuerdos de sus ilusiones. Trasladóse á las mansiones eternas de la otra vida, «donde hallaria, como todos los hombres, aquellas moradas que labró antes de su muerte con sus buenas ó malas obras: falleció en Medina Zahara á 2 de safar del año 366 (976), á los 63 años de su edad, y á los 15 años, 5 meses y 3 dias de su reinado: fué enterrado en su sepulcro del cementerio de la Ruzafa [1].»

Con la muerte de Alhakem II., último califa de los

(1) Conde, cap. 94.



Beny-Omeyas que mereciera el renombre de ilustre, variará completamente la situacion de todos los pueblos de España, musulmanes y cristianos. Se levantará un génio extraordinario y colosal, que amenazará acabar de nuevo con la independencia y la nacionalidad española, extinguir en este suelo la fé del Crucificado, llevar hasta el último confin de España el pendon del Profeta y frustrar la obra laboriosa de cerca de tres siglos. Examinaremos en otro volúmen esta época fecunda en graves sucesos,

---

APÉNDICES.

I.

EMIRES Ó GOBERNADORES DE ESPAÑA POR LOS CALIFAS DE DAMASCO.

Desde el principio de la conquista, hasta el establecimiento del califato independiente de Córdoba.

Tarik ben Zayad el Sadfi.
Muza ben Nosseir el Bekri.
Abdelaziz ben Muza.
Ayub ben Habib el Lahmi.
Alaur (el Horr) ben Abderrahman el Tzakefi.
Abderrahman el Gafeki: 1.ª vez.
Alzama ben Malek el Chulani.
Ambiza ben Sohim el Kelebi.
Yahia ben Salema.
Hodeifa ben Alhaus.
Otman ben Abu Neza el Chemi.
Alhaitam ben Obeid el Kenani.
Abderrahman ben Abdallah el Gafeki: 2.ª vez.
Abdelmelek ben Kotan el Fehri: 1.ª vez.
Ocbah ben Alhegag el Seheli.
Abdelmelek ben Kotan: 2.ª vez.
Baleg ben Bassir el Caisi.
Thaalaba ben Salema el Ameli.
Abulkatar Hussam ben Dhirar el Kelebi.
Thucba ben Salema el Hezami.
Yussuf ben Abderrahman el Fehri.



CALIFAS OMMIADAS DE DAMASCO.

Moavia ben Abi Sofian.
Yezid ben Moavia.
Moavia ben Yezid.
Meruan ben Hakem.
Abdelmelek ben Meruan.

DOMINARON EN ESPAÑA.

Walid ben Abdelmelek.
Suleiman ben Abdelmelek.
Omar ben Abdelaziz.
Yezid ben Abdelmelek.
Hixem ben Abdelmelek.
Walid ben Yezid.
Yezid ben Walid.
Ibrahim ben Walid.
Meruan ben Mohammed.

II.

IMPERIO MAHOMETANO.

CALIFAS DE CÓRDOBA.

Año en que empezaron.	Nombres.	Año en que concluyeron.
755	Abderrahman I. ben Moawiah.	788
788	Hixem I.	796
796	Alhakem I.	822
822	Abderrahman II.	852
852	Mohammed I.	886
886	Almondhir.	888
888	Abdallah.	912
912	Abderrahman III.	961
961	Alhakem II.	976

MONARQUÍA CRISTIANA.

REYES DE ASTURIAS.

718	Pelayo.	737
737	Favila, su hijo.	739
739	Alfonso I.	756
756	Fruela I., hijo.	768
768	Aurelio.	774
774	Silo.	783
783	Mauregato.	789
789	Bermudo.	791
791	Alfonso II.	842
842	Ramiro I.	850
850	Ordoño I., hijo.	866
866	Alfonso III.	909

DE LEON.

909	García.	914
914	Ordoño II.	924
924	Fruela II.	925
925	Alfonso IV.	930
930	Ramiro II.	950
950	Ordoño III.	955
955	Sancho I.	967
967	Ramiro III.	

CONDES FRANCOS DE BARCELONA.

822	Bera.	
	Bernhard 1.ª vez.	
	Berenguer.	
	Bernhard 2.ª vez.	
	Udalrico.	
	Wifredo el de Arria.	
	Salomon.	874

CONDES INDEPENDIENTES.

874	Wifredo el Velloso.	898
898	Wifredo II. ó Borrell I.	912
912	Suniario ó Sunyer.	953
953	{ Borrell II. / Miron.	

REYES DE NAVARRA.

	García Garcés.	
905	Sancho García Abarca.	925
925	García Sanchez el Temblon.	970
970	Sancho García II. ó Sancho el Mayor.	

INDICE DEL TOMO III.

PARTE SEGUNDA.

EDAD MEDIA.

LIBRO I.

CAPITULO I.

CONQUISTA DE ESPAÑA POR LOS ÁRABES.

De 711 á 713.

PAGINAS.



CAPITULO II.

GOBIERNO DE LOS PRIMEROS EMIRES.

De 713 á 732.

CAPITULO III.

PELAYO.—COVADONGA.—ALFONSO.

De 711 á 756.



PAGINAS.

CAPITULO IV.

LOS OMMIADAS DE CÓRDOBA.

De 756 á 774.

CAPITULO V.

ASTURIAS.

DESDE FRUELA HASTA ALFONSO EL CASTO.

De 757 á 791.

CAPITULO VI.

RONCESVALLES.—FIN DE ABDERRAHMAN I.

De 774 á 788.

CAPITULO VII.

HIXEM Y ALHAKEM EN CÓRDOBA:

ALFONSO EL CASTO EN ASTURIAS.

De 788 á 802.



PAGINAS.

CAPITULO VIII.

ALFONSO II. EN ASTURIAS.

ALHAKEM I. EN CORDOBA.

De 802 á 843.

CAPITULO IX.

LA ESPAÑA CRISTIANA

EN EL PRIMER SIGLO DE LA RECONQUISTA.

De 718 á 842.

PAGINAS.

CAPITULO X.

LA ESPAÑA MUSULMANA

EN EL PRIMER SIGLO DE SU DOMINACION.



CAPITULO XI.

ABDERRAHMAN II. Y MOHAMMED I. EN CÓRDOBA.

RAMIRO I. Y ORDOÑO I. EN OVIEDO.

De 822 á 866.

CAPITULO XII.

ALMONDHIR Y ABDALLAH EN CÓRDOBA.

ALFONSO III. EN ASTURIAS.

De 866 á 912.

CAPITULO XIII.

FISONOMIA SOCIAL DE AMBOS PUEBLOS EN ESTE PERIODO.

(SIGLO IX.)



CAPITULO XIV.

ABDERRAHMAN III. EN CÓRDOBA.

DESDE GARCÍA HASTA ORDOÑO III. EN LEON.

De 912 a 950.

CAPITULO XV.

ABDERRAHMAN III. EN CÓRDOBA.

DESDE ORDOÑO III. HASTA SANCHO I. EN LEON.

De 950 á 961.



PAGINAS.

